

CONSEJO NABA EL
TIDEB

ENSEÑAR EL ESTUDIO BIBLICO

ESTUDIOS POR EL LIBRO DEL DEUTERONOMIO

NOVEDAD
NABA NABOS COM
RECEPCION
ESTADIA

CONOCER (8) MINUTOS

ESTUDIOS

SOBRE EL LIBRO DEL

Deuteronomio

Por C. H. M.

821
—
*"Para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra
en los cielos."*

—
*"En mi corazón he guardado tus dichos
para no pecar contra ti."*

—
TOMO I.
—

GRANT PUBLISHING HOUSE
2827 Hyans Street Los Angeles, California

INSTITUTO BIBLICO PUBLICO
DE LA ALIANZA
DEL ECUADOR

ESTUDIOS SOBRE EL LIBRO DEL DEUTERONOMIO

INTRODUCCIÓN

EL LIBRO que ahora vamos a estudiar tiene un carácter tan propio como cualquiera otra de las cuatro secciones anteriores del Pentateuco. Si tuviéramos que juzgar del título de ese libro, podríamos suponer que es una simple repetición de lo que hemos encontrado en los anteriores. Eso sería una grave equivocación. No hay meras repeticiones en la palabra de Dios. En verdad Dios nunca se repite a sí mismo, ni en su palabra ni en sus obras. Dondequiera que tracemos a nuestro Dios, sea en una página de la sagrada escritura o en los vastos campos de la creación, vemos divina plenitud, infinita variedad, plan definido; y nuestra habilidad en discernir y apreciar tales cosas, estará cabalmente en proporción con la espiritualidad de nuestra mente. En esto, como en todo, es necesario que nuestros ojos estén ungidos con colirio celestial. ¡Qué menguado concepto de la inspiración se habrá formado el hombre que pueda pensar por un momento que el quinto libro de Moisés es una estéril repetición de lo que pueda leerse en Éxodo, Levítico y Números! Si en una composición humana no esperamos encontrar tan flagrante imperfección, mucho menos en la revelación perfecta que Dios nos ha dado tan benévolamente en su santa palabra. El hecho es que en todo el inspirado volumen no hay una sola sentencia superflua, ni una cláusula redundante, ni una relación sin su significado propio, sin su directa y particular aplicación. Si no vemos esto, tenemos que aprender aún la profundidad, la energía y el significado de las palabras: "Toda escritura es dada por inspiración de Dios."

¡Preciosas palabras! Ah, ¡si fuesen entendidas de un modo más completo en estos nuestros actuales tiempos! Es de la mayor importancia que el pueblo del Señor esté

arraigado, fundado y establecido en la eminente verdad de la plena inspiración de la santa escritura. Es de temer que la laxitud en cuanto a este muy importante asunto, vaya extendiéndose a toda la iglesia profesante en aterradora proporción. En muchas partes ha llegado a ser la moda infundir desprecio a la idea de la inspiración plena. Es considerada por muchos como verdaderamente infantil y signo de ignorancia. Se cree por muchos que es indicio de una profunda educación literaria, de ideas liberales y de originalidad intelectual, el ser capaz, por una libre crítica, de hallar defectos en el precioso libro de Dios. El hombre presume de juzgar la Biblia como si fuera una simple composición humana, pronunciándose sobre lo que es digno de Dios o no lo es. En realidad, esto equivale a entrar en contienda con el mismo Dios. El resultado inmediato es, como puede esperarse, profundas tinieblas y perturbación, tanto para esos mismos eruditos doctores, como para los necios que les escuchan. Y en cuanto al futuro, ¿quién puede concebir el eterno destino de todos aquellos que habrán de responder ante el tribunal de Cristo por el pecado de blasfemia contra la palabra de Dios y por haber descarriado a centenares con su enseñanza de incredulidad?

Sin embargo, no malgastaremos el tiempo deteniéndonos en disertaciones sobre la pecaminosa necedad de los incrédulos y escépticos, a pesar de llamarse cristianos algunos de ellos, en sus mezquinos esfuerzos de desacreditar el incomparable volumen que nuestro benévolo Dios ha mandado escribir para nuestra enseñanza. Algún día reconocerán su fatal equivocación. ¡Dios quiera que no sea demasiado tarde! Y en cuanto a nosotros: sea nuestro más intenso gozo y consuelo el meditar sobre la palabra de Dios, de tal manera que descubramos nuevos tesoros en esa mina inagotable, nuevas glorias morales en esa revelación celestial.

El Libro del Deuteronomio ocupa puesto aparte en el canon inspirado. Las líneas con que da principio bastan para probarlo. "Estas son las palabras que habló Moisés a todo Israel de esta parte del Jordán, en el

desierto, en el llano, delante del mar Bermejo, entre Parán y Tophel, y Labán y Haseroth, y Dizahab."

Esto en cuanto al lugar en el cual el legislador dispensó el contenido de ese maravilloso libro. El pueblo había llegado a la orilla oriental del Jordán, y estaban ya para entrar en la tierra de promisión. Sus peregrinaciones por el desierto estaban para terminar, según leemos en el versículo tercero, en el cual el tiempo está tan distintamente señalado, como la posición geográfica lo está en el verso primero. "Y fué, que a los cuarenta años, en el mes undécimo al primero del mes, Moisés habló a los hijos de Israel conforme a todas las cosas que Jehová le había mandado acerca de ellos."

Así que, no solamente tenemos aquí el tiempo y el lugar indicados con divina precisión y minuciosidad, sino que, de las palabras citadas se deduce que las comunicaciones hechas al pueblo en los llanos de Moab, estaban en realidad muy distantes de ser una repetición de lo que hemos visto en nuestros estudios en los libros del Éxodo, Levítico, y Números. De esto tenemos una nueva y más decisiva prueba en un pasaje del capítulo XXIX del libro en cuyo estudio vamos a entrar. "Estas son las palabras del pacto, que Jehová mandó a Moisés concertar con los hijos de Israel en la tierra de Moab, *además del pacto que concertó con ellos en Horeb.*"

Rogamos al lector fije muy particularmente su atención en esas palabras. En ellas se habla de dos pactos, uno en Horeb, y otro en Moab; y este último, lejos de ser una simple repetición del primero, es tan diferente como dos objetos puedan ser diferentes uno de otro. De esto iremos adquiriendo la más completa y clara evidencia, a medida que vayamos estudiando este profundo libro que está ahora ante nosotros.

Cierto que el título griego de ese libro, que significa segunda promulgación de la ley, parece suscitar la idea de que pueda ser una simple recapitulación de los anteriores; pero podemos estar seguros de que no es así, y sería un grave error creer así. Ese libro tiene su sitio propio y especial. Su alcance y objeto son distintos a los de los

libros anteriores. La lección principal que inculca desde el principio al fin es la *obediencia*, y ella no meramente en la letra sino en el espíritu de amor y de temor, obediencia fundada sobre una relación conocida y disfrutada, obediencia avivada por el reconocimiento de las obligaciones morales del mayor peso y del más influyente carácter.

El anciano legislador, el fiel, amado y honrado siervo del Señor estaba a punto de despedirse de la congregación. Iba a entrar en el cielo y ellos estaban a punto de atravesar el Jordán; por esto, sus recomendaciones finales son solemnes y conmovedores en alto grado. Pasa revista a la totalidad de su historia en el desierto, y esto de una manera patética e impresionante. Da recuento de las escenas y circunstancias de los cuarenta años de su vida en el desierto, y esto de una manera y con un estilo propiamente calculado para tocar los más íntimos resortes morales del corazón. Quedamos suspensos de admiración y deleite ante esos preciosísimos discursos. Poseen un encanto incomparable que procede de las circunstancias bajo las cuales fueron expuestos, como también del divino poder de su contenido. Nos hablan a nosotros con no menos eficiencia que a aquellos a quienes fueron especialmente dirigidos. ¿Y no es así con toda la Escritura Sagrada? Nos hablan tan al punto y con tal frescor como si nos hubiesen sido dirigidas a nosotros, y como si hubiesen sido proferidas hoy mismo. Nada hay en este punto comparable con la escritura. Tómese cualquier escrito humano de la misma época del libro Deuteronomio, y si podéis poner mano en algún libro escrito tres mil años atrás, ¿qué encontraréis allí? Una curiosa reliquia del pasado, algo que pudiera colocarse en el Museo Británico junto a alguna momia egipcia, sin aplicación ninguna a nosotros o a nuestros tiempos; una pieza de escritura antigua, prácticamente inútil para nosotros, haciendo referencia tan sólo al estado social y a la condición de cosas pasadas ya largo tiempo ha y enterradas en el olvido.

Por el contrario, la Biblia es el libro para hoy. Es el Libro de Dios, su perfecta revelación. Es su misma

voz que nos habla a cada uno de nosotros. Es un Libro para todas las edades, para todos los climas, para todas las clases, para todos los estados, altos o bajos, ricos o pobres, instruidos o ignorantes, viejos o jóvenes. Habla en lenguaje tan sencillo que un niño puede entenderlo; y al mismo tiempo tan profundo que la más poderosa inteligencia es incapaz de sondearlo. Además habla directamente a lo íntimo de nuestro corazón; alcanza a las más profundas fuentes de nuestro ser moral; penetra en las recónditas raíces del pensamiento y del sentimiento en el alma; juzga a nosotros en nuestro ser entero. En una palabra, es como dice el inspirado apóstol: "Viva y eficaz, más penetrante que toda espada de dos filos: y que alcanza hasta partir el alma y aun el espíritu, y las coyunturas y tuétanos; y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón." (Hebr. IV. 12).

Observemos además la maravillosa extensión que abarca. Trata con tanta precisión y energía de los hábitos y costumbres, de los modos y máximas del decimonono siglo de la era Cristiana, como de las más primitivas edades de la humana existencia. Despliega un perfecto conocimiento del hombre en cualquiera época de su historia. El Londres de hoy y Tiro de tres mil años ha, están reflejados con igual precisión y fidelidad en las sagradas páginas. La vida humana en cualquier plano de su desarrollo está retratada de mano maestra en ese admirable volumen que nuestro Dios en su bondad ha escrito para nuestra enseñanza.

¿Qué privilegio poseer tal libro! Tener en nuestras manos una Revelación divina; tener acceso a un libro, en el cual cada línea nos es dada por inspiración de Dios; poseer una historia, divinamente inspirada acerca del pasado, del presente y del futuro. ¿Quién podrá apreciar debidamente un privilegio como ese?

Además ese libro juzga al hombre; juzga sus caminos, juzga su corazón. Dice al hombre la verdad en lo tocante a él mismo. De ahí que el hombre no quiere el libro de Dios. El hombre no convertido prefiere mucho más un periódico o una novela sensacional que la Biblia. Leerá

con mayor gusto la relación de una causa criminal en una sala de justicia que un capítulo del Nuevo Testamento.

De ahí, también el constante esfuerzo por encontrar defectos en el bendito libro de Dios. Los incrédulos en todo tiempo y de toda clase han trabajado con ahinco para descubrir faltas y contradicciones en la santa escritura. Los denodados enemigos de la palabra de Dios se encuentran no solamente en las filas de los vulgares, de los toscos y desmoralizados, sino entre los educados, los refinados y cultos. Precisamente igual que acontecía en los días de los apóstoles: "Algunos ociosos, malos hombres" y "mujeres pías y honestas" tan separados unos de otros social y moralmente, encontraron un punto en el que podían cordialmente estar conformes, esto es, en una cabal recusación de la palabra de Dios y de aquellos que fielmente la predicaban. (Compárese Hech. XIII 50 y XVII, 5.) Así encontramos constantemente que hombres que difieren casi siempre en todo, convienen en su decidida oposición a la Biblia. A otros libros se los deja en paz. Los hombres no se preocupan en buscar defectos en Virgilio, en Horacio, en Homero o Herodoto; pero a la Biblia no la pueden soportar porque les expone y les dice la verdad de lo que ellos son y del mundo al cual pertenecen.

Y ¿no sucedió exactamente lo mismo con la Palabra viviente, esto es, el Hijo de Dios, el Señor Jesucristo cuando estuvo aquí entre los hombres? Los hombres le aborrecían porque les decía la verdad. Su ministerio, sus palabras, su conducta, su vida entera era un perenne testimonio contra el mundo; de ahí la continua y amarga oposición que le hicieron: a otro hombre le hubieran tolerado; pero a Él le vigilaban y acechaban en cada uno de sus pasos. Los grandes directores y guías del pueblo procuraban "enredarle con sus palabras" buscando ocasión contra Él a fin de que pudiesen entregarlo a la autoridad del gobernador. Así fué durante su maravillosa vida, y al final de ella, cuando el bendito Salvador fué clavado en la cruz entre dos malhechores, a éstos se les dejó en

paz; no llovían insultos sobre ellos; los sacerdotes y los ancianos no meneaban sus cabezas ante ellos. No; todos los insultos, toda la mofa, toda la vileza y vulgar ruindad iban dirigidos al divino ocupante de la cruz central.

Ahora bien; conviene que comprendamos a fondo el origen real de toda esa oposición a la palabra de Dios, ya sea a la Palabra viva, ya sea a la palabra escrita. Esto nos hará capaces de apreciarla más en todo su real valor. El diablo aborrece la palabra de Dios; la aborrece con odio perfecto; por esto se vale de incrédulos instruidos que escriben libros para probar que la Biblia no es la palabra de Dios; que no puede ser tal, toda vez que existen en ella errores y contradicciones: y no sólo esto, sino que en el Antiguo Testamento encontramos leyes e instituciones, hábitos y prácticas indignos, según ellos, de un Ser bueno y benévolo.

A toda esa clase de argumentos tenemos nosotros una réplica breve y precisa; a todos esos incrédulos eruditos les decimos simplemente que no conocen absolutamente nada de la cuestión. Podrán ser muy instruidos, muy diestros, pensadores originales y profundos, muy ilustrados en literatura general, muy competentes para formular una opinión sobre cualquier tema en los dominios de la filosofía natural y moral, y muy capaces de discutir sobre cualquier punto científico. Además podrán ser muy estimables en su vida privada, de buen carácter, bondadosos, benévolos, filantrópicos, amados en su vida privada y respetados en público. Todo eso pueden ser; pero siendo inconvertidos, y no teniendo el Espíritu de Dios, son por completo inhábiles para formar y mucho menos para dar un juicio acertado en cuanto al tema de la sagrada escritura. Si un sujeto totalmente ignorante en astronomía presumiese entrar en discusión sobre los principios del sistema de Copérnico, esos mismos hombres de quienes hemos hablado, unánimemente le declararían incompetente para hablar e indigno de ser escuchado sobre tales materias. En una palabra; nadie tiene derecho alguno para dar su opinión sobre un asunto que no conoce. Este principio está admitido en todos los terrenos; y por lo tanto, en el

caso de que estamos tratando no puede tampoco en justicia ser contradicho.

Ahora bien; el apóstol inspirado nos dice en su primera carta a los Corintios que: "El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura; y *no las puede entender* porque se han de examinar espiritualmente." Esto es concluyente. Habla del hombre en su estado natural, sea cual fuere su instrucción y su cultura. No habla de una clase determinada de hombres; sino sencillamente del hombre en su estado de inconversión, del hombre que carece del Espíritu de Dios. Quizá alguien imagine que el apóstol se refiere al hombre en estado de barbarie o de salvaje ignorancia. En ninguna manera; se refiere simplemente al hombre natural, sea un ilustrado filósofo o un ignorante hombre necio. "No puede entender las cosas del Espíritu de Dios." ¿Cómo, pues, podrá formar un juicio o emitir su parecer sobre la palabra de Dios? ¿Cómo puede tomar sobre sí la responsabilidad de dar su opinión acerca de lo que es digno o es indigno de Dios en la escritura? Y si tiene audacia bastante para hacerlo, y por desgracia, ¡ay!, la tiene, ¿quién será tan necio que quiera escucharle? Sus argumentos carecen de base, sus teorías son inválidas, y sus escritos sólo son dignos de ocupar el cesto de los papeles inútiles. Y todo ello, nótese bien, de acuerdo con el principio universalmente admitido, según dijimos antes, de que nadie tiene ningún título a que se le oiga en asuntos de los cuales está totalmente ignorante.

En esta forma es como debemos entendernos con toda clase de escritores incrédulos. ¿Quién escucharía a un ciego que disertara sobre la luz y la sombra? Y sin embargo ese hombre tendría mucho más derecho a ser oído que uno no convertido sobre el tema de la inspiración. Los humanos conocimientos, por extensos y variados que sean; la humana sabiduría, por profunda que sea, no pueden calificar a un hombre a emitir juicio sobre la palabra de Dios. No hay duda que un erudito puede examinar y comparar manuscritos simplemente desde el punto de vista crítico; podrá ser capaz de formar juicio

en cuanto a la cuestión de la autenticidad de la versión particular de un pasaje; pero ésta es una cuestión enteramente diferente de cuando un escritor incrédulo emprende la tarea de emitir juicio sobre la Revelación que Dios en su infinita bondad nos ha dado. Decimos positivamente que ningún hombre puede hacer tal cosa. Únicamente por el Espíritu mismo que inspiró la santa escritura es como estas escrituras pueden ser entendidas y apreciadas. La palabra de Dios debe ser recibida bajo su propia autoridad. Si el hombre puede juzgarla o entrar en razonamientos en cuanto a ella, entonces no puede ser la palabra de Dios. ¿Nos ha dado Dios una Revelación, sí o no? Si nos la ha dado, ha de ser absolutamente perfecta en todos conceptos; y siendo así ha de estar enteramente fuera del alcance del juicio humano. El hombre no es más competente para juzgar a la escritura que lo es para juzgar a Dios. La escritura juzga al hombre; no el hombre a la escritura.

Ahí está toda la diferencia. Nada puede haber más despreciable que los libros que los incrédulos escriben contra la Biblia. Cada página, cada párrafo, cada sentencia sólo consigue ilustrar la verdad de la afirmación apostólica: "El hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios...; y *no las puede entender* porque se han de examinar espiritualmente." Su completa ignorancia sobre el tema que se atreve a tratar iguala a su arrogancia. De su irreverencia nada decimos, pues ¿quién esperaría encontrar reverencia en los escritos de los incrédulos? Esperaríamos quizá encontrar en ellos un poquito de modestia, si no fuera que estamos plenamente al tanto del *ánimo amargo* que origina tales escritos y que los hace enteramente indignos de prestarles ni un momento de atención. Otros libros son objeto de examen desapasionado; pero el precioso libro de Dios no goza de este privilegio porque desde luego los incrédulos nos dicen que Dios *no puede darnos* una revelación de su mente por escrito.

¿Qué raro! El hombre puede darnos una revelación de sus pensamientos, y los incrédulos nos la han dado muy

claramente; pero Dios no puede. ¡Qué locura! ¡Qué arrogancia! ¿Por qué, preguntamos, no pudo Dios revelar su pensamiento a sus criaturas? ¿Por qué ha de pensarse tal cosa increíble? Por ninguna razón sino porque los incrédulos así lo quieren. De seguro que en este caso el deseo es padre del pensamiento. La pregunta formulada por la serpiente antigua en el jardín de Edén seis mil años atrás, ha venido trasmitiéndose de siglo en siglo por toda clase de escépticos, racionalistas e incrédulos. La pregunta es: "¿Ha dicho Dios?" Sí; decimos nosotros con intensa satisfacción: Sí, bendito sea su nombre; Él ha hablado, nos ha hablado a nosotros. Él ha revelado su pensamiento; Él nos ha dado la santa escritura. "Toda Escritura es inspirada divinamente, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instituir en justicia; para que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente instruido para toda buena obra." Y además: "Porque las cosas que antes fueron escritas, para nuestra enseñanza fueron escritas; para que por la paciencia y por la consolación de las escrituras, tengamos esperanza." (2a. Tim. III. 16. 17; Rom. XV. 4.)

¡Alabado sea el Señor por tales palabras! Ellas nos aseguran que toda escritura es dada por Dios; y que toda escritura nos es dada a nosotros. ¡Precioso vínculo entre el alma y Dios! ¿Qué lengua podrá describir vínculo semejante? Dios ha hablado; nos ha hablado. Su palabra es una roca contra la cual se estrellan las olas de los pensamientos de la incredulidad con despreciable impotencia dejándola en su propia fuerza divina y en su eterna estabilidad. Nada puede afectar a la palabra de Dios. Ni todos los poderes de la tierra y del infierno, ni hombres ni diablos juntos podrán jamás remover la palabra de Dios. Ella permanece en su propia gloria moral, a pesar de todos los asaltos del enemigo, siglo tras siglo. "Para siempre, oh Jehová, tu palabra está fija en los cielos." "Magnificaste tu palabra sobre todo tu nombre." ¿Qué nos queda? Pues esto: "Tu palabra escondí en mi corazón para no pecar contra ti." Aquí está el profundo secreto de la paz. El corazón está enlazado al trono, sí, al mismo

corazón de Dios, por medio de su preciosísima palabra y así está en posesión de una paz que el mundo no puede dar ni tampoco puede quitar. ¿Qué pueden efectuar todas las teorías, los razonamientos y los argumentos de los incrédulos? Absolutamente nada. *Valen lo que el polvo de las eras en verano.* Para él que ha aprendido en realidad, por la gracia, a confiar en la palabra de Dios, a descansar en la autoridad de la santa escritura, todos los libros incrédulos que jamás se hayan escrito serán sin valor alguno, obtusos, sin poder; demuestran sólo la ignorancia y arrogancia de los escritores; pero en cuanto a la escritura, la dejan donde siempre ha estado y continuará siempre estando, "fijada en los cielos," tan inmovible como el trono de Dios.¹ Los ataques de los incrédulos no pueden alcanzar al trono de Dios; ni pueden afectar a su palabra; y, bendito sea su nombre, tampoco pueden turbar la paz que brota del corazón que descansa en este fundamento imperecedero. "Grande es la paz de los que aman tu ley." "La palabra de Jehová permanece para siempre." "Porque toda carne es como la hierba, y toda la gloria del hombre como la flor de la hierba; secóse la hierba y la flor se cayó; mas la palabra del Señor permanece perpetuamente. Y esta es la palabra que por el Evangelio os ha sido anunciada." (1 Pedro I, 24, 25.)

Aquí tenemos de nuevo el mismo eslabón de oro. La palabra que ha llegado hasta nosotros, en forma de buenas nuevas, es la palabra del Señor que permanece para siempre; y por lo tanto nuestra salvación y nuestra paz son tan estables como la palabra sobre la que están fundadas. Si *toda* carne es como hierba y *toda* la gloria del hombre es como la flor de la hierba, ¿qué valor tienen, pues, todos los argumentos de los incrédulos? Valen tan poco como

¹ Al hacer referencia a los escritores incrédulos quisiéramos recordar que los más peligrosos de todos son aquellos que se llaman a sí mismos Cristianos. En nuestra juventud cuando oíamos la palabra "incrédulo" pensábamos en seguida en Tomás Paine o en Voltaire: mas ahora ¡ay! hemos de pensar en los llamados obispos y doctores de la iglesia profesante. ¡Terrible hecho!

la hierba seca o como las flores marchitas; y los hombres que los han expuesto y los que los han aceptado lo comprenderán así tarde que temprano. ¡Oh! La pecaminosa locura de combatir la palabra de Dios; combatir la única cosa en todo este mundo que puede proporcionar descanso y consuelo al mísero y fatigado corazón del hombre; combatir lo que trae las buenas nuevas de salvación a los pobres pecadores perdidos, que trae esas nuevas frescas del corazón de Dios!

Mas al llegar a este punto, toparemos tal vez con una pregunta tan frecuentemente suscitada, que ha turbado a muchos y que les ha inducido a buscar refugio en lo que se ha llamado "la autoridad de la iglesia." La pregunta es la siguiente: "¿Cómo podemos saber que el libro que llamamos la Biblia es la palabra de Dios?" Nuestra respuesta es muy sencilla, y es la siguiente: Aquél que nos ha dado graciosamente el bendito libro, puede darnos también la certeza de que el libro procede de Él. El mismo Espíritu que inspiró a los varios escritores de la santa escritura puede darnos a conocer que esas escrituras son la propia voz de Dios que nos habla a nosotros. Es solamente por el Espíritu que cada uno puede discernir esto. Como ya hemos visto, "el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios...; y no las puede entender porque se han de examinar espiritualmente." Si el Santo Espíritu no nos da a conocer, y no nos da la certidumbre de que la Biblia es la palabra de Dios, ningún hombre, ni ninguna corporación humana serán capaces de hacerlo; si Él nos da esa bendita certeza, para nada necesitamos del testimonio del hombre.

Admitimos de buen grado que en esta grave cuestión la más mínima sombra de duda es un positivo tormento y una calamidad. Mas ¿quién puede darnos esa certeza? Dios tan sólo. Si todos los hombres de la tierra estuviesen de acuerdo en su testimonio sobre la autoridad de la santa escritura; si todos los concilios que se han celebrado, si todos los doctores que han enseñado, todos los padres que han escrito estuviesen en favor del dogma de la plena inspiración de la Biblia; si la iglesia universal, si

todas las denominaciones de la Cristiandad dieran su asenso a la verdad de que la Biblia es realmente la palabra de Dios; en una palabra, si tuviéramos con respecto a la integridad de la palabra de Dios, toda la autoridad humana posible, toda esa autoridad sería insuficiente *en cuanto a fundamento de certeza*; y si nuestra fe la fundáramos en esa autoridad sería enteramente sin valor. Sólo Dios puede darnos la seguridad de que Él ha hablado en su palabra; y, bendito sea su nombre, cuando Él nos da esa certeza, todos los argumentos, todas las cavilaciones, todos los *juegos de palabras*, todas las cuestiones de los incrédulos antiguos o modernos son como la espuma de las aguas, el humo de las chimeneas o el polvo del suelo. El verdadero creyente los rechaza como cascote o escombros sin valor alguno, y descansa en santa tranquilidad en esa incomparable Revelación que nuestro Dios nos ha dado en su bondad.

Es de la mayor importancia para el lector que vea claro y que esté bien impuesto en tan grave asunto, si quiere elevarse por sobre la influencia de la incredulidad de una parte y de la superstición por otra. La incredulidad procura convencernos de que Dios no nos ha dado un libro de revelación de su pensamiento; que no pudo darlo. La superstición procura convencernos de que aun cuando Dios nos ha dado una Revelación, con todo no podemos estar seguros de ella sin la autoridad humana, ni entenderla sin interpretación humana. Conviene observar cómo en ambos casos se nos priva de la preciosa dádiva de la sagrada escritura. Y esto es cabalmente el propósito del diablo. Quiere robarnos la palabra de Dios y puede hacer esto de una manera tan eficaz por una aparente desconfianza propia que humilde y reverentemente se dirige a los hombres sabios e instruidos en busca de autoridad, como por la audaz incredulidad que atrevidamente rechaza toda autoridad, sea humana, sea divina.

Pongamos un ejemplo. Un padre escribe una carta a su hijo que reside en Cantón; una carta que rebosa el afecto y ternura de un corazón paternal. Le da cuenta en ella de sus planes y cálculos; le expone todo cuanto él cree

que puede interesar al corazón de un hijo, todo cuanto el amor de un corazón de padre puede pensar. El hijo acude a la oficina de correos de Cantón para averiguar si hay carta de su padre. Un oficial le dice que no hay carta alguna, que su padre no ha escrito y no puede escribir; que no puede comunicar de ningún modo sus pensamientos por tal medio, y que es necedad el mero hecho de pensar tal cosa. Se adelanta otro oficial y dice: "Sí; aquí hay una carta para usted, pero no es posible que la entienda; es casi inútil para usted; en realidad sólo puede producirle positivo daño ya que es usted enteramente inhábil para leerla acertadamente. Debe usted dejar la carta en nuestras manos y le explicaremos aquellos párrafos de la misma que consideremos convenientes." El primero de esos oficiales representa a la incredulidad; el último a la superstición. Por entrambos el hijo se vería privado de la ansiada carta, de la preciosa comunicación del corazón de su padre. Pero, podemos preguntarnos, ¿cuál sería la respuesta del hijo a esos indignos oficiales? Podemos estar seguros de que sería tan breve como pertinente. Al primero le diría: "Sé que mi padre puede comunicarme sus pensamientos por carta, y sé también que así lo ha hecho." Y al segundo: "Sé que mi padre puede darme a comprender su pensamiento mucho mejor de lo que usted pudiera hacer." Y diría, dirigiéndose a los dos, con fiera y enérgica decisión: "Déseme inmediatamente la carta de mi padre; va dirigida a mí, y nadie tiene derecho a retenerla."

De tal modo también el Cristiano de ingenuo corazón puede responder a la *insolencia* de la incredulidad y a la *ignorancia* de la superstición, las dos agencias del diablo en nuestros días para desacreditar la preciosa palabra de Dios. "Mi Padre me ha comunicado su pensamiento, y él puede hacerme comprender su comunicación." "Toda escritura es *divinamente inspirada*." Y, "las cosas que antes fueron escritas, *para nuestra enseñanza* fueron escritas." ¡Magnífica respuesta a los enemigos de la preciosa e incomparable Revelación de Dios, sean racionalistas o ritualistas!

No nos proponemos ofrecer una apología al lector por esta extensa introducción al libro del Deuteronomio. Estamos muy agradecidos por la oportunidad de añadir nuestro débil testimonio a la gran verdad de la divina inspiración de la santa escritura. Debemos mantener fielmente a toda costa la autoridad divina, y por lo tanto la absoluta supremacía y completa suficiencia de la palabra de Dios en todos los tiempos, en todos los lugares, y para todo propósito. Debemos apegarnos al hecho que las escrituras, habiendo sido dadas por Dios, son completas en el más alto y pleno sentido de la palabra; que ellas no necesitan de ninguna autoridad humana para acreditarlas, ni de ninguna voz humana para darles eficacia; ellas hablan por sí mismas y llevan consigo sus propias cartas credenciales. Lo que tenemos que hacer es creer y obedecer, no razonar o discutir. Dios ha hablado; a nosotros nos corresponde oír y prestar una obediencia reverente y sin reservas.

Este es el magno tema fundamental del Deuteronomio, según veremos a medida que vayamos avanzando en nuestras meditaciones; y nunca hubo un momento en la historia de la iglesia de Dios, en que fuese mayor la premura de instar en la conciencia humana la necesidad de una implícita obediencia a la palabra de Dios. Pero ¡ah! ¡cuán poco se siente esa necesidad! Los cristianos profesantes, en su mayoría, parecen considerar que tienen derecho a pensar por sí, seguir sus propios pensamientos, sus propios juicios, o sus propias conciencias. No creen que la Biblia es un libro divino y un guía universal. Piensan que hay muchas cosas en las que se nos permite escoger por nosotros mismos. De ahí las sectas casi innumerables, los partidos, credos y escuelas del pensamiento. Si el parecer humano es permitido, entonces, como consecuencia, un hombre tendrá tan buen derecho a pensar como otro; y así ha sucedido que la iglesia profesante ha llegado a ser un proverbio y un objeto de irrisión por sus divisiones.

Y ¿cuál es el remedio soberano para esto? Helo aquí: *absoluta y completa sujeción a la autoridad de la santa escritura*. No es que los hombres hayan de acudir a la

escritura para confirmar *sus* opiniones y *sus* puntos de vista; sino que es su privilegio ir a la escritura para saber los pensamientos de Dios en todos los casos, e inclinar su ser moral entero a la divina autoridad. Tal es la apremiante necesidad en estos días; sujeción reverente, en todo, a la suprema autoridad de la palabra de Dios. Habrá, sin duda, variedad en la medida de nuestras inteligencias, en nuestras concepciones y apreciaciones sobre la escritura; pero lo que especialmente instamos a todos los Cristianos es aquel estado del alma, aquella actitud del corazón expresadas por las preciosas palabras del salmista: "Dentro de mi corazón he escondido tu palabra, para no pecar contra ti." Eso, podemos asegurarlo, es agradable a los ojos de Dios. "A este miraré; sí, al que es pobre y contrito de corazón y tiembla a mi palabra."

En esto estriba el verdadero secreto de la seguridad moral. Nuestro conocimiento de la escritura podrá ser muy limitado; pero si nuestra reverencia por ella es profunda, nos veremos preservados de miles de errores y celadas. Y habrá también constante crecimiento. Iremos creciendo en conocimiento de Dios, de Cristo y de la palabra escrita. Nos deleitaremos en ir sacando de esas vivientes e inagotables profundidades de la santa escritura, y en vagar por los verdes pastos que la gracia infinita tan libremente ha abierto al rebaño de Cristo. Así la vida divina será nutrida y fortalecida; la palabra de Dios llegará a ser más y más preciosa a nuestras almas, y seremos guiados por el poderoso ministerio del Espíritu Santo a la profundidad, plenitud, majestad y gloria moral de la santa escritura. Seremos librados de las agostadoras influencias de todos los sistemas de teología, ¡oh, bendita liberación! Podremos ser capaces de decir a los abogados de todas las escuelas teológicas bajo el sol, que, sean cuales fueren los elementos de verdad que puedan tener en sus sistemas, los tenemos con divina perfección en la palabra de Dios; no torcidos ni deformados para amoldarlos a un sistema determinado, sino en su recto sitio en el amplio círculo de la revelación divina que tiene su eterno centro en la bendita Persona de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

CAPÍTULO I.

ESTAS son las palabras que habló Moisés a todo Israel de esta parte del Jordán en el desierto, en el llano, delante del Mar Bermejo, entre Parán y Tophel, y Labán, y Haseroth, y Dizahab. Once jornadas hay desde Horeb, camino del monte de Seir, hasta Cades-Barnea."

El inspirado escritor ha sido muy cuidadoso en darnos, de la manera más precisa, todos los detalles del lugar en el cual las palabras de este libro fueron dichas a oídos del pueblo. Israel no había cruzado el Jordán. Habían llegado junto a su ribera, y frente al Mar Rojo en el que el gran poder de Dios se había mostrado tan gloriosamente, cerca de cuarenta años atrás. La situación que ahora ocupaban es descrita con tal minuciosidad que demuestra cuán por completo se ocupaba Dios en todo lo que hacía referencia a su pueblo. Se interesaba en todo movimiento que hicieran y en todos sus caminos. Guardaba fiel recuerdo de sus acampamentos. Ningún detalle, por trivial que fuese, relacionado con ellos, escapaba a su atención. Atendía a todo. Su mirada se posaba de continuo sobre toda la asamblea y sobre cada miembro de ella en particular. Día y noche velaba por ellos. Cada etapa de sus viajes estaba bajo su inmediata y bondadosa superintendencia. Nada había, por pequeño que fuese, que escapase a su conocimiento; ni nada por grande que fuese, a que no alcanzase su poder.

Esto sucedía a Israel en el desierto antiguamente; y otro tanto sucede hoy en día con la iglesia, ya considerada en su totalidad, ya en cada miembro en particular. Los ojos del Padre están de continuo fijándose en nosotros; sus eternos brazos están alrededor y debajo de nosotros, día y noche. "Él no apartará sus ojos de sobre el justo." Cuenta los cabellos de nuestras cabezas, y se asocia, en su bondad infinita, a todo cuanto con nosotros se relaciona. Ha puesto sobre su cuidado todas nuestras necesidades y nuestros desasosiegos. Quiere que echemos sobre Él todos

nuestros agobios, en la dulce seguridad de que cuidará de nosotros. Y lleno de gracia, nos invita a echar sobre Él nuestras cargas, sean pesadas o ligeras.

Todo eso es verdaderamente asombroso y lleno del más dulce consuelo. Está eminentemente calculado para tranquilizar el corazón, venga lo que viniere. La cuestión es esta: ¿Lo creemos así? ¿Van nuestros corazones gobernados por esa fe? ¿Creemos realmente que el Todopoderoso Creador y Mantenedor de todas las cosas, que sostiene los pilares del universo, ha tomado sobre sí la tarea de estar por nosotros durante toda la jornada? ¿Creemos verdaderamente que el "Señor de cielos y tierra ha tomado a su cargo todas nuestras necesidades, de la primera a la última? Está nuestro ser moral entero bajo el poder dominante de aquellas palabras del apóstol inspirado: "El que aun a su propio Hijo no perdonó, sino que le entregó por todos nosotros, cómo no nos dará gratuitamente por Él todas las cosas?" ¡Ah! es de temer que conocemos muy poco del poder de esas magnas aunque sencillas verdades. Hablamos de ellas: las exponemos, las profesamos, les damos nuestro nominal asentimiento; pero, con todo, demostramos en nuestra vida diaria, en los detalles de nuestra conducta personal cuán débilmente han penetrado en nuestros corazones. Si en verdad creyéramos que nuestro Dios ha tomado a su cuenta todas nuestras necesidades, si encontráramos todos nuestros recursos en Él, si fuese una perfecta defensa a nuestros ojos, el lugar de refugio para nuestras almas, ¿sería posible fijáramos nuestras miradas en los manantiales de débiles criaturas que tan rápidamente agotan y chasquean nuestros corazones? No lo creemos ni podemos creerlo. Una cosa es abrigar la teoría de vivir por la fe, y otra cosa muy distinta vivir esa vida. Constantemente nos engañamos a nosotros mismos con la idea de que estamos viviendo por fe cuando en realidad nos apoyamos en algún sostén humano que más o menos tarde de seguro habrá de ceder.

Lector ¿no es así? ¿No estamos constantemente propensos a dejar la Fuente de aguas vivas, y a cavarnos cisternas agrietadas que no pueden retener el agua? ¡Y no

obstante hablamos de vivir de fé! Profesamos depender tan sólo del Dios viviente para suplir nuestra necesidad, cualquiera que esa sea, cuando el hecho es que nos sentamos junto a los manantiales humanos, buscando algo en ellos. ¿Hemos de asombrarnos si nuestros corazones andan desasosegados? ¿Cómo podría ser de otro modo? Nuestro Dios no quiere que dependamos de algo o de alguien, sino de Él mismo. En múltiples pasajes de su palabra nos ha dado a conocer su pensamiento en cuanto al verdadero carácter y seguros efectos de confiar en la criatura. Véase el siguiente solemnisimo pasaje del profeta Jeremías: "Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta de Jehová; pues será como la retama en el desierto, y no verá cuando viniere el bien; sino que morará en las securas en el desierto, en tierra despoblada y deshabitada."

Y luego nótese el contraste: "Bendito el varón que se fía en Jehová, y cuya confianza es Jehová: porque él será como el árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces: y no verá cuando viniere el calor, sino que su hoja estará verde, y en el año de sequía no se fatigará, ni dejará de hacer fruto." (Jer. XVII. 5-8.)

Aquí tenemos ante nosotros en lenguaje divinamente claro y hermoso las dos caras de esa importantísima cuestión. La confianza en la criatura lleva aparejada una segura maldición, que sólo puede conducir a la esterilidad y a la desolación. Dios, en su fidelidad, hará secarse toda corriente o manantial humano, hará derrumbarse todo apoyo humano, a fin de darnos a conocer la suprema locura de apartarnos de Él. ¿Qué ilustración puede haber más impresionante que las empleadas en el precedente pasaje? "Retama en el desierto"; "securas en el desierto"; "tierra despoblada y deshabitada." Tales son las comparaciones empleadas por el Espíritu Santo para ilustrar toda simple dependencia humana, toda confianza en el hombre.

Y por otra parte, ¿qué puede haber más bello y refrescante que las figuras empleadas para expresar la profunda felicidad de la sencilla fe en el Señor? "Árbol

plantado junto a las aguas"; "junto a la corriente echará sus raíces"; "su hoja estará verde"; "no dejará de hacer fruto." ¡Cuán hermoso! Así es el hombre que cree en el Señor, cuya esperanza es el Señor. Está alimentada por aquellas eternas fuentes que manan del corazón de Dios. Bebe en la Fuente que vivifica y liberta. Encuentra todos sus recursos en el Dios viviente. Podrá haber "calor" pero no lo sentirá. "El año de sequía" sobrevendrá, pero no le dará cuidado alguno. Diez millares de arroyuelos procedentes de las criaturas se secarán pero él no se dará cuenta porque no depende de ellos. Él mora junto a la Fuente que fluye eternamente. Ninguna cosa buena le hará falta. Vive por fe.

Ahora al hablar de la vida de fe, esa vida benditísima, entendamos bien lo que es, y cuidadosamente hagamos por vivirla. Algunas veces oímos hablar de ella en términos que en ningún modo le corresponden. Es a menudo aplicada a la simple condición de confiar en Dios para la comida y el vestido. De ciertas personas que no tienen una renta determinada, ni propiedad de clase alguna, se les designa y se habla de ellas como "viviendo de fe," como si esta maravillosa y gloriosa vida no tuviera más alta esfera que las cosas temporales, el simple abastecimiento a nuestras necesidades temporales.

No podemos menos que protestar enérgicamente contra ese punto de vista altamente indigno de la vida de fe. Limita su esfera y rebaja su categoría, de un modo insostenible para cualquiera que entienda algo de sus muy santos y preciosos misterios. ¿Podemos admitir ni por un momento, que un Cristiano que tenga un ingreso fijo, de la clase que fuere, debe ser privado del privilegio de considerársele que vive por fe? O en otros términos: ¿podemos consentir que esa vida sea limitada y rebajada a la simple condición de confiar en Dios para la satisfacción de nuestras necesidades corporales? ¿No se remonta más alto que a la comida y vestido? ¿No alcanza a darnos una idea más elevada de Dios, reduciéndola a que Él no nos dejará morir de hambre o andar desnudos?

¡Lejos, lejos para siempre de nosotros tan indigna idea!

La vida de fe no debe ser tratada así. No podemos permitir que se la infiera tan grosero deshonor, o tan lastimosa injuria a los llamados a vivirla. ¿Cuál es el significado, preguntaremos, de las breves pero importantes palabras: "El justo por la fe vivirá"? Las encontramos primeramente en el profeta Habacue II. Las cita el apóstol en la carta a los Romanos, capítulo I, donde, con mano maestra está colocando el sólido fundamento del Cristianismo. Las cita de nuevo en la epístola a los Gálatas III en la cual con la más viva ansiedad llama de nuevo a aquellas *cegadas* asambleas a los sólidos cimientos que ellas en su locura estaban abandonando. Finalmente las cita de nuevo en el capítulo X de su epístola a los Hebreos, en el que advertía a sus hermanos del peligro de abandonar su confianza y renunciar su carrera.

De todo esto, podemos seguramente deducir la inmensa importancia y valor práctico de la breve pero trascendental frase: "El justo vivirá por la fe." Pero ¿a quién va dirigida? ¿A sólo unos cuantos siervos del Señor, que no tienen ingresos determinados? Rechazamos en absoluto tal suposición. Va dirigida a cada uno de los que forman el pueblo del Señor. Es el elevado y dichoso privilegio de todos los que están comprendidos en el título, título bendito por cierto, de "el justo." Y creemos es una verdadera y grave equivocación limitarlo en cualquier modo. El efecto moral de tal limitación es en gran manera perjudicial. Da una importancia indebida a una parte de la vida de fe, que de ser posible establecer en ella categorías la juzgaríamos la más baja. Mas en realidad no podemos hacer distinciones. La vida de fe es una. La fe es el augusto principio de la vida divina del principio al fin. Por la fe somos justificados, y por la fe vivimos; por la fe estamos en pie y por la fe andamos. Desde el principio hasta el fin de la carrera cristiana, todo es por la fe.

Es, pues, un gran error designar a ciertas personas que confían en el Señor para sus necesidades temporales diciendo de ellas que viven por fe, como si sólo ellas *lo hiciesen*. Y no sólo esto, sino que esas personas son con-

sideradas en la iglesia de Dios como algo maravilloso; y la gran masa de Cristianos creen que el privilegio de vivir por fe está enteramente fuera de su alcance. En una palabra, están mal enterados en cuanto al carácter real y a la esfera de la vida de fe, y a consecuencia de ello sufren materialmente en su vida interior.

Comprenda, pues, el lector cristiano, de una manera muy distinta, que es su dichoso privilegio, quienquiera que sea, y sea cual fuere su posición, el vivir la vida de fe en toda la intensidad y plenitud de la palabra. Y puede, a su alcance, apropiarse el lenguaje del bendito apóstol cuando dice: "La vida que vivo en la carne, la vivo por la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se dió a sí mismo por mí." Que nada se le robe de ese elevado y santo privilegio que pertenece a cada uno de los miembros domésticos de la fe. Mas ¡ah! faltamos. Nuestra fe es débil, cuando debiera ser fuerte, intrépida y vigorosa. Nuestro Dios se complace en una fe intrépida. Si estudiamos los evangelios veremos que nada refrescaba y deleitaba tanto el corazón de Cristo como una fe audaz, una fe que le comprendiera y que contara ampliamente con Él. Véase, por ejemplo, el caso de la siro-fenisa en Marcos VII y el caso del centurión en Lucas VII.

Verdad es que Él puede salir al encuentro de una fe débil, de la más débil. Puede salir al encuentro de un "si quieres," con un benévolo "quiero"; a un "si puedes," con un: "si puedes creer, todas las cosas son posibles." La más débil mirada, el más ligero contacto obtenía una segura y favorable respuesta; pero el corazón del Salvador quedaba satisfecho y su espíritu refrescado cuando podía decir: "¡Oh, mujer! grande es tu fe; séate hecho como tú quieres"; y en otra ocasión: "Ni aun en Israel he hallado tanta fe."

Acordémonos de ello. Podemos estar seguros de que sucede exactamente lo mismo hoy día, que cuando nuestro bendito Salvador estaba acá entre los hombres. Le gusta que confiemos en Él, le gusta de que usemos de Él, de que contemos con Él. Jamás nos excederemos en contar con el amor de su corazón o con la fortaleza de su mano.

Nada hay para Él demasiado pequeño; nada demasiado grande. Tiene todo poder en el cielo y en la tierra. Él es cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia. Y a la par sostiene el universo. Él mantiene todas las cosas con la palabra de su potencia. Los filósofos hablan de las energías y leyes de la naturaleza. El Cristiano piensa con gozo en Cristo, en su mano, en su palabra, en su inmenso poder. Por Él fueron creadas todas las cosas, y en Él subsisten todas las cosas.

¡Y luego su amor! Qué sosiego, qué consolación, qué alegría el saber y recordar que el Todopoderoso Creador y Sustentador del universo es el eterno Amante de nuestras almas; que nos ama de un modo perfecto; que su mirada está constantemente sobre nosotros, su corazón siempre dirigido hacia nosotros; que ha tomado sobre sí todas nuestras necesidades, sean esas cuales fueren, ya físicas, ya intelectuales o espirituales. No hay ni un solo objeto comprendido en el campo entero de nuestras necesidades que no esté atesorado en favor nuestro en Cristo. Él es el tesoro en el cielo, el almacén de Dios; y todo ello en favor nuestro.

¿Cómo, pues, podríamos dirigir jamás nuestras miradas a otro? ¿Cómo podríamos jamás ni directa ni indirectamente comunicar nuestras necesidades a algún pobre mortal como nosotros? ¿Por qué no dirigirnos directamente a Jesús? ¿Necesitamos de alguien que simpatice con nosotros? Pues, ¿quién mejor que nuestro misericordioso Sumo Sacerdote, que se compadece de nuestras flaquezas? ¿Necesitamos auxilio de cualquier clase? ¿Quién puede auxiliarnos como nuestro Poderoso Amigo, el Poseedor de inescrutables riquezas? ¿Necesitamos consejo o guía? ¿Quién podrá darlo mejor que Aquél que es la misma sabiduría de Dios y que ha sido hecho sabiduría de Dios para nosotros? ¡Ah! No *laceremos* su amante corazón, ni menoscabemos el honor de su Nombre glorioso separándonos de Él. *Velemos* celosamente contra la tendencia tan natural en nosotros de acariciar esperanzas humanas, depositar confianzas en la criatura y en miras terrenas. Mantengámonos firmes junto a la fuente, y no

tendremos que quejarnos jamás de las corrientes. En una palabra, procuremos vivir por fe, y así glorificaremos a Dios en nuestro día y generación.

Vamos a continuar ahora con nuestro capítulo; y al hacerlo hemos de llamar la atención del lector al versículo 2. Es en verdad un paréntesis muy notable. "Once jornadas hay desde Horeb, camino del monte de Seir, hasta Cades-Barnea." ¡Once días! ¡Y sin embargo emplearon cuarenta años en recorrerlo! ¿Cómo fué eso? ¡Ah! No es necesario ir muy lejos para dar con la respuesta. A nosotros nos sucede lo mismo. ¡Cuán despacio andamos por el camino! ¡Qué de giros y revueltas! ¡Cuántas veces tenemos que volver atrás y recorrer el mismo camino una y otra vez! Somos viajeros lentos porque somos tardos en aprender. Quizá estemos dispuestos a admirarnos de que Israel pudiese emplear cuarenta años en una travesía de once jornadas; pero con mucho mayor motivo, debiéramos asombrarnos de nosotros mismos. Nosotros, como ellos, somos vueltos atrás por nuestra incredulidad y pereza de corazón; pero tenemos mucho menos disculpa que ellos, toda vez que nuestros privilegios son muchísimo más elevados.

Muchos de nosotros tienen razón en avergonzarse del tiempo empleado en las lecciones que recibimos. Las palabras del bendito apóstol pueden con demasiada validez sernos aplicables: "Porque debiendo ser ya maestros, á causa del tiempo, tenéis necesidad de volver a ser enseñados cuáles sean los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tengáis necesidad de leche y no de manjar sólido." Nuestro Dios es un Preceptor tan sabio como fiel, y también tan benévolo como paciente. No quiere que pasemos precipitadamente nuestras lecciones. A veces creemos quizá dominar una lección y procuramos avanzar hacia otra; pero nuestro sabio Maestro lo conoce mejor y ve la necesidad de más profunda disciplina. No quiere que seamos estudiantes superficiales. Si es necesario, nos tendrá año tras año haciendo escalas hasta que sepamos cantar.

Y mientras es tan humillante para nosotros el ser tan

tardos en aprender, es una gracia especial en Él afanarse tanto con nosotros a fin de asegurarnos en nuestra enseñanza. Hemos de bendecirle por su manera de enseñar, como por todo lo demás; por la admirable paciencia con que se sienta entre nosotros enseñándonos la misma lección una y otra vez, a fin de que la aprendamos a fondo.¹

"Y fué, que a los cuarenta años, en el mes undécimo, al primero del mes, Moisés habló a los hijos de Israel conforme a todas las cosas que Jehová le había mandado acerca de ellos." (Vers. 3.) Estas breves palabras contienen sólidas instrucciones para todos cuantos nos llamados al ministerio en la palabra y la doctrina. Moisés dió al pueblo precisamente lo que él había recibido de Dios, ni más ni menos. Él los puso en contacto directo con la viva palabra de Jehová. Tal es o debe ser la obra del ministerio en todos los tiempos. Nada, fuera de ello, es de real valor alguno. La palabra de Dios es la sola cosa

¹ El viaje de Israel desde Horeb a Cades-Barnea ilustra con gran relieve la historia de muchas almas en cuanto a su deseo de encontrar paz. Muchos del amado pueblo del Señor andan durante años dudando y temiendo sin conocer jamás la bendición de la libertad con que Cristo hace libre a su pueblo. Es aflictivo en alto grado, a los que en realidad se preocupan de las almas, el ver la mala situación en que muchos persisten durante toda su vida, ya por la legalidad, ya por malas enseñanzas, falsos manuales de devoción y cosas por el estilo. Es cosa rara en nuestros días encontrar en la Cristiandad un alma sólidamente asentada en la paz del evangelio. Se considera cosa buena, como señal de humildad, el andar siempre dudando. La seguridad es considerada como soberbia. En una palabra, las cosas están invertidas de alto a bajo. El evangelio no es conocido; las almas están bajo la ley, en vez de estar bajo la gracia; se las mantiene a distancia, en vez de enseñarlas a aproximarse. Gran parte de la religión de hoy día es una deplorable mezcla de Cristo y de lo nuestro, de ley y de gracia, de fe y de obras. Las almas están mantenidas en confusión toda su vida.

Ciertamente tales cosas exigen la mayor consideración por parte de todos aquellos que ocupan un puesto de responsabilidad como maestros y predicadores en la iglesia profesante. Se acerca el día solemne en el cual todos ellos serán llamados a dar cuenta de su ministerio.

que permanecerá. En ella hay divino poder y autoridad. Toda enseñanza meramente humana, por interesante, por atrayente que sea, pasará dejando al alma sin fundamento alguno en el cual pueda descansar.

Por lo tanto el más sincero y celoso cuidado de todos los que ministran en la asamblea de Dios debiera ser el de predicar la palabra en toda su pureza, en toda su sencillez; trasmitirla al pueblo tal como la obtuvieron de Dios; ponérsela cara a cara con el verdadero lenguaje de la sagrada escritura. De este modo su ministerio llegará con vivo poder a los corazones y conciencias de sus oyentes. Unirá el alma con Dios mismo por medio de la palabra, e impartirá una profundidad y solidez que ninguna enseñanza humana jamás podrá producir.

Oigamos al bendito apóstol Pablo expresarse sobre tan importante asunto: "Así que, hermanos, cuando fui a vosotros, no fui con altivez de palabra, o de sabiduría, a anunciaros el testimonio de Cristo. Porque no me propuse saber algo entre vosotros sino a Jesu-Cristo, y a éste crucificado. Y estuve yo con vosotros con flaqueza y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fué con palabras persuasivas de humana sabiduría, mas con demostración del Espíritu y de poder; para que vuestra fe no esté fundada en sabiduría de hombres, sino en poder de Dios." (1a. Cor. II, 1-5.)

Así ese verdadero y fiel siervo de Cristo buscaba tan sólo llevar las almas de sus oyentes a un directo y personal contacto con Dios mismo. No buscaba enlazarlos con Pablo. "¿Qué, pues, es Pablo? ¿y quién es Apolos? Ministros *por los cuales habéis creído*." Todo falso ministerio se propone atraer almas para sí. De ese modo el ministro es exaltado; Dios es excluido y el alma no encuentra fundamento divino alguno sobre el cual descansar. El verdadero ministerio, al contrario, según lo vemos en Pablo y en Moisés, tiene por objetivo bendito juntar las almas a Dios. De ese modo el ministro ocupa su debido lugar, de simple instrumento; Dios es exaltado, y el alma establecida sobre un seguro fundamento que jamás será removido.

Pero oigamos algo más de lo que dice nuestro apóstol sobre este mismo tema. "Además, os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creisteis en vano. *Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí*: (nada más, nada menos, ni nada diferente). Que Cristo fué muerto por nuestros pecados, *conforme a las Escrituras*; y que fué sepultado, y que resucitó al tercer día, *conforme a las Escrituras*."

Esto es extraordinariamente hermoso. Exige la mayor atención de todos los que quieren ser verdaderos y efectivos ministros de Cristo. El apóstol tenía gran cuidado en procurar que la pura corriente fluyera desde la fuente viva del corazón de Dios hasta el corazón de los Corintios. Comprendía que nada más podía tener algún valor. Si hubiese procurado unirlos a él, habría deshonrado a su Maestro, les habría ocasionado una cruel injusticia, y él mismo se habría acarreado, indudablemente, una mengua en el día de Cristo.

Pero no; Pablo lo sabía bien. Por nada del mundo hubiese inducido a nadie a fundarse sobre él. Oíd lo que dice a sus muy amados Tesalonicenses. "Por lo cual, también nosotros damos gracias a Dios sin cesar, de que *habiendo recibido la palabra de Dios* que oísteis de nosotros, recibisteis *no como palabra de hombres*, sino *según es en verdad, la palabra de Dios*, el cual obra en vosotros los que creisteis." (1 Tesal. II. 13.)

Nosotros sentimos solemnemente la responsabilidad de recomendar este grave e importante asunto a la más atenta consideración de la iglesia de Dios. Si todos los que profesan ser ministros de Cristo siguieran el ejemplo de Moisés y de Pablo en cuanto al punto de que tratamos, veríamos un estado de cosas muy diferente del actual en la iglesia profesante. Pero el hecho triste y escueto es que la iglesia de Dios, como el Israel de la antigüedad, se ha apartado completamente de la autoridad de su palabra. Por donde quiera veréis cosas y enseñanzas que no tienen ningún fundamento en la escritura. Cosas no solamente

toleradas sino sancionadas y vigorosamente defendidas, que están en abierta oposición con la mente de Cristo. Si preguntáis por la divina autoridad de todo ello, de tal o tal otra institución o práctica, se os dirá que Cristo no nos ha dado instrucciones en cuanto al asunto del gobierno de la iglesia; que en todas las cuestiones de política eclesiástica, órdenes clericales y servicios litúrgicos, Él nos ha dejado en libertad para obrar de acuerdo con nuestras conciencias, criterio, o sentimientos religiosos; que es un evidente absurdo exigir el "así dice el Señor" para todos los detalles relacionados con nuestras instituciones religiosas; hay un amplio margen concedido para ser completado de acuerdo con nuestras costumbres nacionales, y nuestros particulares hábitos de pensar. Se considera que los Cristianos profesantes gozan de una perfecta libertad para constituirse a sí mismos en las llamadas iglesias, escoger su propia forma de gobierno, hacer sus propios arreglos y designar a sus ministrantes.

Pero la cuestión que el lector cristiano debe resolver es esta: "¿Son tales cosas realmente así?" ¿Es posible que Nuestro Señor Jesucristo haya dejado a su iglesia sin una pauta en materia de tal interés y de tal importancia? ¿Será posible que la iglesia de Dios esté en peores condiciones en cuanto a instrucción y autoridad que el pueblo de Israel? En nuestros estudios sobre los libros de Éxodo, Levítico y Números, hemos visto, pues quien puede menos que ver, los maravillosos esfuerzos que Jehová se tomó para instruir a su pueblo en cuanto a los más minuciosos detalles relacionados con su culto público y con su vida privada. En cuanto al tabernáculo, al templo, al sacerdocio, al ritual, las varias fiestas y sacrificios, las solemnidades periódicas, los meses, los días, las mismas horas, todo, todo estaba ordenado y dispuesto con divina precisión. Nada se había dejado al mero arreglo humano. La sabiduría del hombre, sus juicios, la razón, la conciencia, no tuvieron nada que ver con esta grandiosa obra. Si se hubiese dejado al criterio del hombre, ¿cómo fuera posible que hubiésemos tenido el sistema admirable, profundo y trascendental que la inspirada pluma de Moisés ha puesto

ante nuestros ojos? Si a Israel se le hubiese permitido hacer lo que, como muchos se interesan por persuadirnos la iglesia puede hacer, ¿qué confusión, qué luchas, qué divisiones, cuán interminable número de sectas y partidos no hubiese habido como inevitable resultado!

Pero no era así. La palabra de Dios lo establecía todo. "Conforme a todas las cosas que Jehová le había mandado acerca de ellos." Esta magna e influyente sentencia iba como apéndice a todo cuanto Israel tenía que hacer y así mismo a todo cuanto no debían hacer. Sus instituciones nacionales y sus costumbres domésticas, su vida pública y su vida privada, todo caía bajo la imperativa autoridad de la frase: "Así dice Jehová." No había lugar para que un miembro cualquiera de la congregación pudiera decir: "A mí no me parece" o "No puedo estar de acuerdo con esto ni con aquello." Tal lenguaje se hubiese considerado como fruto de la voluntad propia. De igual modo hubiese podido decir: "No estoy conforme con Jehová" y ¿por qué? Sencillamente porque la palabra de Dios había hablado sobre cada cosa, y esto además con una claridad y sencillez que no daba lugar a ninguna discusión humana. A través de toda la economía Mosaica, no había margen ni del grueso de un cabello en el cual pudiera inscribirse la opinión o el criterio del hombre. No correspondía al hombre añadir el peso de una pluma a ese vasto sistema de tipos o figuras y sombras que fué diseñado por la mente divina y expresado en lenguaje tan claro y sin rodeos, de manera que Israel no tenía sino obedecer; no argüir, no razonar, no discutir, sino obedecer.

Mas ¡ay! cayeron, según sabemos. Hicieron su propia voluntad; siguieron su propio camino; "cada uno hacía lo que le parecía recto delante de sus ojos." Se apartaron de la verdad de Dios y siguieron las imaginaciones y proyectos de sus corazones malos, y atrajéronse la ira y la indignación del Dios ofendido, bajo la cual padecen hasta hoy, y sufrirán aún tribulaciones sin ejemplo.

Pero todo esto deja intacto el punto sobre el que insistimos. Israel tenía los oráculos de Dios; y esos oráculos eran divinamente suficientes para guiarles en todo. No

quedaba espacio alguno para mandamientos y doctrinas de hombres. La palabra de Dios proveía a toda contingencia posible y esa palabra era lo suficientemente clara para hacer innecesario todo comentario humano.

¿Está la iglesia de Dios en peores condiciones con respecto a dirección y autoridad que Israel en la antigüedad? ¿Se ha dejado a los Cristianos en libertad de pensar y arreglarse por sí mismos en el culto y servicio de Dios? ¿Hay algunas cuestiones que se hayan dejado abiertas a la discusión humana? ¿Es la palabra de Dios suficiente o no lo es? ¿Ha quedado algún punto sin proveer? Oigamos atentamente al siguiente poderoso testimonio: "Toda escritura es inspirada divinamente y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instituir en justicia, para que el hombre de Dios sea *perfecto* [APTOS] *enteramente instruido para toda buena obra*."

Esto es concluyente. La santa escritura contiene todo lo que el hombre de Dios puede necesitar para hacerle perfecto, para proveerle por completo de todo lo que pueda llamarse una "buena obra." Y si esto es verdadero en cuanto al hombre de Dios individualmente, es igualmente verdadero en cuanto a la iglesia de Dios en colectividad. La escritura es todo suficiente, para cada uno, para todos. ¡Gracias a Dios que es así! ¡Qué merced tan señalada, tener tal guía! Si así no fuera, ¿qué haríamos? ¿A dónde volveríamos los ojos? ¿Qué hubiera sido de nosotros? Si se nos hubiese abandonado a las tradiciones humanas, a los arreglos humanos en las cosas de Dios ¡qué confusión más desconsoladora! ¡Qué choque de opiniones! ¡Qué conflictos más contradictorios! Y todo ello necesariamente, por cuanto un hombre tendría el mismo derecho que otro para exponer su opinión y proponer su plan.

Se nos objetará tal vez que, a pesar de estar en posesión de la sagrada escritura, tenemos sin embargo sectas, partidos, credos y escuelas de pensamiento casi innumerables. Mas eso ¿por qué? Sencillamente porque rehusamos someter nuestro ser moral entero a la autoridad de la santa escritura. Tal es la verdadera explicación, la verdadera fuente de todas esas sectas y partidos que son la

vergüenza y la tristeza de la iglesia de Dios.

Es en vano que los hombres nos digan que estas cosas son buenas en sí mismas; que son el legítimo fruto del libre ejercicio del pensamiento y de la interpretación privada o particular que constituyen la jactancia y la gloria del Protestantismo. Nosotros no creemos ni podemos creer, ni por un momento, que esta afección pueda ser admitida ante el tribunal de Cristo.

Creemos, por el contrario, que esa tan encomiada libertad de pensamiento e independencia de criterio están en directa oposición con aquel espíritu de absoluta y reverente obediencia debida a nuestro adorable Señor y Maestro. ¿Qué derecho tiene el criado para ejercer su juicio personal ante la voluntad terminantemente expresada de su amo? Absolutamente ninguno. El deber del sirviente es simplemente el de obedecer, no razonar ni discutir: sino hacer lo que se le manda. Cae en falta como criado en la misma extensión con que ejercita su juicio individual o privado. El rasgo moral más estimable en un sirviente es la obediencia implícita. El magno oficio de un criado es hacer la voluntad de su amo.

Todo esto se admite corrientemente en los negocios humanos; pero en las cosas de Dios los hombres se creen autorizados para ejercitar su juicio privado. Es un fatal error. Dios nos ha dado su palabra, y esa palabra es tan sencilla, que "los insensatos no yerren" en ella. De aquí, pues, que si todos fuésemos guiados por la palabra, si todos nos inclináramos con espíritu de absoluta obediencia a su divina autoridad, no pudiera haber opiniones contradictorias y sectas opuestas. Es enteramente imposible que la voz de la sagrada escritura pueda enseñar doctrinas opuestas. No puede enseñar a un hombre la doctrina Episcopal, a otro la Presbiteriana, y al tercero la Congregacional. En ningún modo puede proporcionar una base para escuelas contrarias de pensamiento. Sería un positivo insulto contra el divino volumen pretender atribuirle toda la triste confusión de la iglesia profesante. Toda mente piadosa retrocederá con justo horror ante tan impío pensamiento. La escritura no puede contradecirse a sí misma,

y por lo tanto si dos hombres o diez mil están enseñados exclusivamente por la escritura, pensarán unánimemente.

Oíd lo que el bendito apóstol dice a la asamblea de Corinto, (y nos lo dice también a nosotros): "Os ruego, pues, hermanos, *por el nombre de nuestro Señor Jesu-Cristo*,"—nótese la poderosa fuerza moral de esta invocación,—"que *habléis todos una misma cosa*, y que no haya entre vosotros dispensaciones, antes seáis perfectamente unidos en *una misma mente*, y en un mismo parecer." 1 Cor. I:10

Ahora bien; la cuestión es la siguiente: ¿Cómo debería ser alcanzado este bendito resultado? ¿Fué acaso ejercitando cada uno el derecho del juicio privado? ¡Ah! Eso fué cabalmente lo que dió origen a todas las divisiones y contenciones en la asamblea de Corinto, y motivó la fuerte reprimenda del Espíritu Santo. Aquellos desdichados Corintios pensaban que tenían el derecho de opinar, juzgar y escoger por sí mismos, y ¿cuál fué el resultado? "Porque me ha sido declarado de vosotros, hermanos míos, por los que son de Cloé, que hay entre vosotros contiendas; quiero decir, que cada uno de vosotros dice: Yo cierto soy de Pablo; pues yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo. ¿Está dividido Cristo?"

Aquí tenemos el juicio privado y su triste fruto, su inevitable fruto. Un hombre tiene igual derecho que otro a pensar por sí mismo, y ningún hombre tiene derecho a imponer su opinión a otro. ¿Dónde está pues el remedio? En arrojar al viento nuestro juicio privado y en someternos reverentemente a la suprema y absoluta autoridad de la santa escritura. Si no fuera así ¿cómo pudo el apóstol rogar a los Corintios a "hablar una misma cosa" y a que estuvieran "perfectamente unidos en una misma mente y un mismo parecer"? ¿Quién debía prescribirles "la cosa" que todos debían hablar? ¿En la "mente" de quién o en el "parecer" de quién debían estar "perfectamente unidos"? ¿Tenía miembro alguno de aquella asamblea la más ligera sombra de derecho, por dotado o inteligente que fuese, para exponer lo que sus hermanos debían hablar, pensar o juzgar? Ciertamente que no. Había una autoridad absoluta, porque divi-

na, a la que todos debían someterse o por mejor decir; a la que todos tenían el privilegio de someterse. Las opiniones humanas, el propio criterio, su conciencia, su razón, todas esas cosas deben apreciarse por lo que valen; y con toda seguridad no tienen valor ninguno en cuanto a autoridad. La palabra de Dios es la *sola* autoridad, y si todos somos gobernados por ella "hablaremos todos una misma cosa" y "no habrá entre nosotros divisiones," sino que "estaremos perfectamente unidos en una misma mente y un mismo parecer."

¡Hermosa situación! Pero ¡ay! no es la situación actual de la iglesia de Dios; y por lo tanto es perfectamente evidente que no todos estamos gobernados por la única suprema, absoluta y toda-suficiente autoridad, esto es, la voz de la sagrada escritura, esta bendita voz que no puede dar nunca una nota discordante, voz divinamente armoniosa siempre para todo oído circuncidado.

Tal es la raíz de esa cuestión en su totalidad. La iglesia se ha separado de la autoridad de Cristo, según está expuesta en su palabra. Hasta que esto sea comprendido, es perder lastimosamente el tiempo en discutir las pretensiones de los diversos sistemas eclesiásticos o teológicos en conflicto. Si un hombre no comprende que su sagrado deber es el de comprobar por la palabra de Dios todo sistema eclesiástico, todo servicio litúrgico, y todo credo teológico, la discusión es enteramente inútil. Si es permitido establecer las cosas de acuerdo con la oportunidad, según el criterio humano, según su conciencia o su razón, entonces podemos de una vez abandonar el caso como uno sin solución. Si no tenemos establecida una divina autoridad, una norma perfecta, una guía infalible, no podemos ver cómo sea posible para nadie tener la certeza de que anda por el verdadero camino. Si en verdad fuera cierto que se nos ha dejado escoger por nosotros mismos, en medio de las casi innumerables sendas que están ante nosotros, entonces podríamos despedirnos de toda certeza; decir adiós a la paz de la mente y al reposo del corazón; adiós a toda santa estabilidad de propósitos y fijeza de miras. Si del terreno que ocupa-

mos, de la senda que seguimos y de la obra en que estamos empeñados no podemos decir: "Esto es lo que el Señor ha mandado," podemos estar seguros de que estamos en situación equivocada, y cuanto más pronto la abandonemos tanto mejor.

Gracias a Dios, ninguna necesidad hay ni para sus hijos ni para sus siervos, de continuar ni una hora más en relación con el error. "Apártese de iniquidad todo aquél que invoca el nombre del Señor." Pero ¿cómo sabremos lo que es iniquidad? Por la palabra de Dios. Todo lo que es contrario a la escritura en la moral o en la doctrina, es iniquidad y debo separarme de ello cueste lo que cueste. Es asunto individual. "*Todo aquél.*" "*El que tiene oídos.*" "*Al que venciere.*" "*Si alguno oye mi voz.*"

Ese es el punto. Notémoslo bien. Es la voz de Cristo. No es la voz de este o de aquel buen hombre; no es la voz de la iglesia, la voz de los padres, la voz de los concilios generales, sino la voz de nuestro amado Señor y Maestro. Es la conciencia individual en directo y vivo contacto con la voz de Cristo, la viviente, eterna palabra de Dios, las santas escrituras. Si se tratase simplemente de cuestión de conciencia, o criterio, o autoridad humanos, nos hallaríamos de pronto sumergidos en incertidumbre sin esperanza, toda vez que lo que un hombre pudiera considerar como iniquidad, otro podría considerarlo como perfectamente recto. Debe haber una norma fija que seguir, una suprema autoridad de la cual no quepa apelación; y, bendito sea Dios, la hay. Dios ha hablado; Él nos ha dado su palabra; y es a la vez que nuestro deber preciso, nuestro elevado privilegio, nuestra seguridad moral, nuestro verdadero gozo, obedecer a su voz.

No humanas interpretaciones de la palabra, sino la palabra misma. Esto es de absoluta importancia. No debemos tener nada entre la humana conciencia y la divina revelación. Los hombres nos hablan de la autoridad de la iglesia. ¿Dónde la encontraremos? Supongamos un hombre sincero y honrado, realmente deseoso de conocer el verdadero camino que debe seguir. Se le dice que

escuche la voz de la iglesia. Y él pregunta: ¿Qué iglesia? ¿Es la Griega, la Latina, la Anglicana, la de Escocia? No obtiene dos respuestas iguales. Aun más; hay partidos en conflicto, sectas en contienda, matices de pensamiento opuestos en una misma denominación. Los concilios han diferido unos de otros; los padres no han sido de acuerdo; los papas se han anatematizado unos a otros. Si luego el desasosegado investigador se aparta de esas grandes corporaciones, para buscar un guía entre las filas de los Protestantes disidentes, ¿va a encontrar algo mejor?

¡Ah! lector; es completamente inútil. La iglesia profesante en su totalidad ha desertado de la autoridad de Cristo, y no puede ser un guía o una autoridad para nadie. En el segundo y tercer capítulos del libro de la Revelación vemos que la iglesia es juzgada, y el llamamiento, siete veces repetido, es: "El que tiene oídos, oiga." "Oír ¿qué? ¿La voz de la iglesia? Imposible. El Señor no nos dirigirá jamás a oír la voz de lo que está bajo de juicio. Oír, ¿qué, pues? "Oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias."

Y ¿dónde puede ser oída esa voz? *Únicamente* en las sagradas escrituras, dadas por Dios en su infinita bondad, para guiar nuestras almas en el camino de paz y de verdad, a pesar de la desesperada ruina de la iglesia, y de las espesas tinieblas y turbulenta confusión de la *Cristiandad* profesante. No cabe en el alcance del humano lenguaje expresar el valor y la importancia de contar con un guía divino, y por lo tanto infalible.

Pero, recordémoslo; estamos obligados solemnemente a inclinarnos ante esa autoridad y seguir ese guía. Es enteramente vano y moralmente peligroso profesar que tenemos un guía y una autoridad divinos, y no estar completamente sumisos. Esto era lo que caracterizaba a los Judíos en los días de nuestro Señor. Tenían las escrituras, pero no las obedecían. Y uno de los rasgos más tristes de la actual situación de la *Cristiandad* es el vanagloriarse en la posesión de la Biblia, mientras que la autoridad de esa Biblia se desecha descaradamente.

Sentimos profundamente la gravedad de este hecho, y

quisiéramos sinceramente grabarlo en la conciencia del lector cristiano. La palabra de Dios es prácticamente ignorada entre nosotros. Se practican y sancionan cosas por todas partes que no solamente no tienen fundamento alguno en la escritura sino que son diametralmente opuestas a ella. No nos apegamos exclusivamente ni somos absolutamente gobernados por las escrituras.

Esto es importantísimo y exige la atención del pueblo entero del Señor en todo lugar. Nos sentimos impelidos a dar una amonestación a oídos de todos los Cristianos con respecto a esta cuestión tan grave. En verdad, ha sido el reconocimiento de su gravedad y su vasta importancia moral lo que nos ha inducido a emprender la obra de escribir las presentes "Notas sobre el Libro del Deuteronomio." Nuestra fervorosa oración es que el Espíritu Santo emplee estas páginas para llamar de nuevo a los corazones del querido pueblo del Señor a una reverente fidelidad a su bendita palabra, lo cual es su verdadero deber y privilegio. Estamos persuadidos que lo que caracterizará a todos los que quieran andar piamente, en esas finales horas de la historia de la iglesia en la tierra, será una profunda reverencia para la palabra de Dios y una verdadera adhesión a la Persona de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Ambas cosas van inseparablemente unidas por un lazo sagrado e imperecedero.

* * *

"Jehová nuestro Dios nos habló en Horeb, diciendo: Harto habéis estado en este monte; volvéos, partíos e id al monte del Amorrheo, y a todas sus comarcas en el llano, en el monte, y en los valles, y al mediodía, y a la costa de la mar, a la tierra del Cananeo, y el Líbano, hasta el gran río, el río Éufrates" (Vers. 6 y 7).

A través de todo el libro de Deuteronomio, podremos ver que el Señor trata mucho más directa y sencillamente con el pueblo que en cualquiera de los tres libros precedentes: tan lejos está de ser verdad que Deuteronomio es una mera repetición de lo que ha sido presentado en las secciones anteriores. Por ejemplo, en el pasaje que acabamos de citar, no se menciona el movimiento de la nube;

para nada se cita el sonido de la trompeta. "Jehová nuestro Dios nos habló." Sabemos, por el libro de Números, que los movimientos del campamento, estaban condicionados por los movimientos de la nube, comunicados por el sonido de la trompeta. Pero en el presente libro para nada se hace alusión ni a la nube ni a la trompeta. Es mucho más sencillo y familiar: "Jehová nuestro Dios nos habló en Horeb, diciendo: Harto habéis estado en este monte."

¡Cuán hermoso! Nos recuerda algo de la amable sencillez de los tiempos patriarcales, cuando el Señor hablaba a los patriarcas como el hombre habla a su amigo. No era ciertamente por el sonido de una trompeta o por el movimiento de una nube que el Señor comunicaba sus pensamientos a Abraham, Isaac y Jacob. Estaba tan próximo a ellos que no había necesidad ni lugar de recurrir a agentes caracterizados por ceremonias o por la distancia. Él los visitaba, se sentaba con ellos, participaba de su hospitalidad en toda la intimidad de la amistad personal.

Tal era la amable sencillez del orden de cosas en los tiempos patriarcales, y esto es lo que presta un encanto especial a las narraciones del libro del Génesis.

Pero en Éxodo, Levítico y Números se nos presentan las cosas algo diferentes. En ellos se expone ante nosotros un vasto sistema de símbolos y sombras, ritos, ordenanzas y ceremonias, impuestos al pueblo para aquel tiempo, la significación de los cuales nos es revelada en la epístola a los Hebreos. "Dando en esto a entender el Espíritu Santo, que aun no estaba descubierto el camino para el santuario, entre tanto que el primer santuario estuviere en pie. Lo cual era figura de aquel tiempo presente, en el cual se ofrecían presentes y sacrificios que no podían hacer perfecto, cuanto a la conciencia, al que servía con ellos; consistiendo sólo en viandas y en bebidas, y en diversos lavamientos, y ordenanzas acerca de la carne, impuestas hasta el tiempo de la corrección." (Hebr. IX. 8-10.)

Bajo ese sistema el pueblo estaba guardando distancia con Dios. No acontecía con ellos lo que con sus padres,

en el Libro del Génesis. Dios estaba recluso de ellos; y ellos permanecían fuera de Él. Los principales rasgos del ceremonial Levítico, en cuanto lo que al pueblo concernía, fueron: servidumbre, oscuridad y apartamiento. Pero, por otra parte, sus tipos y sombras señalaban a aquel gran sacrificio que es la base de todos los maravillosos consejos y propósitos de Dios, y por el cual puede con toda justicia y de acuerdo con el amor de su corazón, tener un pueblo cerca de Él para la alabanza de la gloria de su gracia, a través de los siglos de oro de la eternidad.

Ya hemos hecho notar que en el libro del Deuteronomio encontraremos comparativamente poca cosa tocante a ritos y ceremonias. Se ve al Señor más en directa comunicación con el pueblo, y aun los mismos sacerdotes, en su cargo oficial, raras veces aparecen ante nosotros, y si se hace referencia a ellos es más bien en su misión moral que en la ceremonial. De ello tendremos prueba amplia conforme vayamos avanzando: es un rasgo muy marcado de ese hermoso libro.

"Jehová nuestro Dios nos habló en Horeb, diciendo: Harto habéis estado en este monte; volved, partíos e id al monte del Amorreo." ¡Qué raro privilegio, para un pueblo, tener al Señor tan cerca y tan interesado en todos sus movimientos y en todo cuanto les interesa, sea pequeño o grande! Él sabía por cuanto tiempo debían permanecer en un lugar determinado y hacia dónde más tarde debían dirigir sus pasos. No tenían necesidad de preocuparse respecto de sus jornadas, ni de cosa alguna. Estaban bajo la mirada y la mano de Uno cuya sabiduría era infalible, cuyo poder era omnipotente, cuyos recursos eran inagotables, cuyo amor era infinito, que había tomado a su cargo el cuidar de ellos, que conocía todas sus necesidades y estaba dispuesto a satisfacerlas según el amor de su corazón y la fuerza incontrastable de su brazo santo.

Preguntaremos: ¿pues qué les quedaba a ellos por hacer? ¿Cuál era su deber simple y llano? Nada más que obedecer. Su elevado y santo privilegio consistía en descansar en el amor y obedecer los mandamientos de Jehová, su Dios del pacto. En esto consistía el bendito secreto

de su paz, su felicidad y seguridad moral. Para nada necesitaban preocuparse de sus movimientos, ni de proyectos o arreglos. Sus jornadas de etapa les estaban ordenadas por Uno que conocía cada paso del camino de Horeb a Cades-Barnea; y ellos no tenían más que vivir de día en día en dichosa dependencia de Él.

¡Dichosa situación! ¡Senda privilegiada! ¡Suerte feliz! Pero esto exigía una voluntad quebrantada, una mente obediente, un corazón subyugado. Si, cuando Jehová les dijo: "Harto habéis estado en este monte," ellos, al contrario, hubiesen formado el propósito de recorrerlo por algún tiempo más, hubiesen tenido que recorrerlo sin su compañía. Sólo podían contar con su compañerismo, su consejo y su ayuda en la senda de la obediencia.

Tal acontecía en Israel en sus peregrinaciones por el desierto, y tal acontece con nosotros. Nuestro muy precioso privilegio consiste en dejar todos nuestros asuntos en las manos, no meramente de un Dios de pacto, sino de un Padre amante. Él arregla nuestros movimientos; fija los límites de nuestra habitación; nos dice cuanto tiempo debemos permanecer en un sitio, y dónde hemos de ir después. Él ha tomado a su cuenta todo cuanto nos concierne, todos nuestros movimientos, todas nuestras necesidades. Su voz llena de gracia para nosotros es: "Por nada estéis afanosos; sino sean notorias vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con hacimiento de gracias." Y ¿qué sigue luego? "Y la paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento guardará vuestros corazones y vuestros entendimientos en Cristo Jesús."

Mas quizá el lector se vea tentado a preguntar "¿De qué manera guía Dios ahora a su pueblo? No podemos oír su voz diciéndonos cuándo hemos de movernos o a dónde hemos de dirigirnos." A éste replicamos, por de pronto, que es imposible pensar que los miembros de la iglesia de Dios, el cuerpo de Cristo, estén en peores condiciones, en cuanto a la *dirección* divina, que Israel en el desierto. ¿No puede Dios guiar a sus hijos, no puede Cristo guiar a sus siervos en todos sus movimientos y en todo su servicio? ¿Quién podrá poner en duda una verdad

tan clara y tan preciosa? Ciertamente no esperamos oír una voz, o ver el movimiento de una nube; pero tenemos lo que es mucho mejor, mucho más elevado, mucho más íntimo. Podemos estar seguros de que Dios ha proveído muy ampliamente a este respecto en favor nuestro, como en todo lo demás, según todo el amor de su corazón.

Pues bien; existen tres vías por las que somos guiados; somos guiados por la palabra de Dios, somos guiados por el Espíritu Santo; y somos guiados por los instintos de la naturaleza divina. Y debemos recordar que los instintos de la naturaleza divina, la dirección del Espíritu Santo y las enseñanzas de la santa escritura están siempre en armonía. Es muy importante que tengamos esto presente constantemente. Uno puede imaginarse que es dirigido por los instintos de la naturaleza divina, o por el Espíritu Santo al perseguir cierta línea de acción, que en sus consecuencias se verá que están en desacuerdo con la palabra de Dios. De ese modo su equivocación puede hacerse evidente. Es cosa muy grave para cualquiera el obrar por simple impulso o impresión. Obrando así, se expone a caer en un lazo del diablo, y perjudicar la obra de Cristo. Debemos pesar con toda calma nuestras impresiones en la balanza del santuario, y ponerlas fielmente a prueba por la norma de la divina palabra. Haciendo esto nos veremos preservados del error y del engaño. Es muy peligroso confiar en las impresiones u obrar por impulso. Hemos visto las más desastrosas consecuencias producidas por obrar así. Los hechos *pueden ser* dignos de confianza. La autoridad divina *es* absolutamente infalible. Nuestras impresiones pueden ser tan engañosas como un fuego fatuo o el espejismo del desierto. Los sentimientos humanos no son dignos de confianza. Hemos de someterlos siempre a la más severa comprobación, o de lo contrario nos podrían entregar a un falso modo de obrar que sería fatal. Podemos creer a la escritura sin una sombra de duda; y hallaremos, sin excepción, que el hombre que es guiado por el Espíritu Santo, o guiado por el instinto de la naturaleza divina, no obra jamás en oposición con la palabra de Dios. Esto es lo que podríamos llamar un axioma en la vida

divina, y una regla establecida en el Cristianismo práctico. ¡Ah, si se hubiese atendido más a ello en todas las edades de la historia de la iglesia! ¡Ojalá fuese más atendido en nuestros días!

Otro punto existe en la cuestión de la dirección divina, que reclama nuestra más seria atención. A menudo oímos hablar a las gentes del "dedo de la divina Providencia" como de algo digno de confianza para ser guiados. Esa no es más que otra manera de expresar la idea de ser guiados por las circunstancias, y que, no titubeamos en decirlo, está muy lejos, en verdad, de ser *una guía apropiada* para un Cristiano.

Sin duda, nuestro Señor puede, y en ciertos casos lo hace, darnos a entender e indicar nuestra senda por su providencia; pero hemos de estar muy cercanos a Él para ser capaces de interpretar acertadamente aquella providencia; de lo contrario podría darse el caso de que lo que se llama "una puerta abierta por la providencia" se convierta en realidad en una puerta abierta por la cual nos salgamos de la santa senda de obediencia. Tanto las circunstancias que nos rodean, como nuestras impresiones internas deben ser consideradas en la presencia de Dios y juzgadas a la luz de su palabra, o de lo contrario, podrían conducirnos a los más graves errores. Jonás pudo creer una notable circunstancia providencial el encontrar un barco que iba a Tarsis; pero si hubiese estado en comunión con Dios para nada hubiese necesitado de un buque. En una palabra, la santa escritura es la gran regla y la perfecta piedra de toque para todo, para las circunstancias externas y para las impresiones internas, para los sentimientos, para las imaginaciones y tendencias, todo debe colocarse ante la escudriñadora luz de la santa escritura, y ante ella ser juzgado con calma y seriedad. Esta es la verdadera senda de seguridad, paz y bendición para todo hijo de Dios.

Quizá se diga en réplica a todo esto, que no podemos hallar un texto de la escritura para guiarnos en cuanto a nuestras acciones o en los mil pequeños detalles de la vida diaria. Tal vez no; pero en la escritura constan cier-

tos principios que si son debidamente aplicados, nos proporcionarán *guía* divina, aun cuando no podamos encontrar un texto aplicable a cada caso particular. Y no sólo esto sino que tenemos la más completa seguridad de que nuestro Dios puede guiar y guía a sus hijos en todas las cosas. "Los pasos del justo son ordenados del Señor." "Encaminará a los humildes por el juicio; y enseñará a los mansos su carrera." Salmo 25: 9. "Yo te guiaré con mi ojo." Él puede darnos a conocer sus pensamientos sobre tal o cual acto particular o sobre nuestra conducta. Si no es así ¿dónde estamos? ¿Cómo podemos continuar? ¿Cómo hemos de regular nuestros movimientos? ¿Hemos de vernos empujados de acá para allá por el flujo y reflujo de las circunstancias? ¿Estamos a merced de la ciega casualidad, o al mero impulso de nuestra propia voluntad?

Gracias a Dios no es así. Él puede en su perfecta manera darnos la certidumbre de su mente en todo caso dado; y sin esa certidumbre jamás deberíamos dar un paso. Nuestro Señor Jesucristo, ¡honor a su Nombre sin par! puede indicar su mente a su siervo para que vaya a donde Él quiera y para que haga lo que Él quiera; y ningún siervo fiel pasará jamás en obrar sin esa indicación. No debemos nunca obrar en incertidumbre. Si no estamos seguros, permanezcamos quietos y esperemos. Muchas veces nos sucede que nos fatigamos y nos impacientamos con empresas que Dios en ningún modo nos ha encomendado. En cierta ocasión dijo un sujeto a su amigo: "Estoy completamente desorientado en cuanto al camino que he de tomar." "Pues no tomes ninguno" fué la sabia respuesta de aquel amigo.

Pero aquí se nos presenta un punto moral de absoluta importancia, y este es el estado de nuestra alma. Esto, podemos estar seguros de ello, tiene muchísimo que ver con respecto a nuestra guía. Es al humilde que Él guiará en juicio y enseñará su camino." No debemos nunca olvidar esto. Si somos humildes y desconfiamos de nosotros mismos; si confiamos en nuestro Dios en sencillez de corazón, rectitud de pensamientos y honradez de propósitos, Él nos guiará, sin duda alguna. Pero de nada servirá

el pedir consejo de Dios en un asunto sobre el cual tengamos ya el propósito hecho, en el cual nuestra voluntad esté ya en acción.

Esto es una ilusión fatal. Véase, si no, el caso de Josafat, en la. de Reyes XXII. "Y aconteció al tercer año que Josafat, rey de Judá, descendió al rey de Israel, triste equivocación para empezar, y el rey de Israel dijo a sus siervos: ¿No sabéis que es nuestra Ramoth de Galaad? ¿Y nosotros llamamos en orden a tomarla de mano del rey de Siria? Y dijo a Josafat: ¿Quieres venir conmigo a pelear contra Ramoth de Galaad? Y Josafat respondió al rey de Israel: Como yo, así tú; y como mi pueblo, así tu pueblo, y como mis caballos, tus caballos," y, según leemos en 2o. de las Crónicas, XVIII, 2, añadió: "iremos contigo a la guerra."

Aquí vemos que Josafat tenía ya el propósito hecho, antes de pensar en tomar consejo de Dios sobre tal asunto. Estaba enteramente en situación falsa y en una mala atmósfera. Había caído en la trampa del enemigo por falta de sinceridad, y de ahí que no estaba en estado conveniente de recibir o de aprovecharse de la divina guía. Estaba inclinado a su propia voluntad y el Señor le dejó recoger el fruto de ella; y a no haber sido por la infinita y soberana misericordia, hubiese sucumbido por la espada de los siros y hubiese sido sacado cadáver del campo de batalla.

Es verdad que él dijo al rey de Israel: "Yo te ruego que consultes hoy la palabra de Jehová." Pero ¿de qué serviría esto, cuando ya se había comprometido a obrar de un modo ya determinado? ¿Qué insensatez comete el que tiene formado ya un propósito y luego va y pide consejo! Si hubiese sido recto su estado de ánimo, en tal caso para nada hubiese necesitado de consejo. Pero el estado de su ánimo era malo, su situación falsa y su propósito estaba en directa oposición con la voluntad de Dios. De ahí que, aunque oyó de labios del mensajero de Jehová, el solemne juicio contra aquella expedición, sin embargo, siguió su propio camino y la consecuencia fué que por poco perdió la vida.

Igual cosa vemos en el capítulo cuarenta y dos de Jere-

mías. El pueblo se dirigió al profeta pidiéndole consejo en cuanto a la conveniencia de que ellos fueran a Egipto. Pero ellos ya se habían resuelto a lanzarse a esta jornada. Estaban inclinados a hacer su voluntad. ¡Miserable estado! Si hubiesen sido mansos y humildes, para nada hubiesen necesitado consejo sobre aquel punto. Pero ellos dijeron al profeta Jeremías: "Caiga ahora nuestro ruego delante de ti y ruega por nosotros a Jehová, *tu* Dios," (¿por qué no decían a Jehová *nuestro* Dios?) "por todo este resto, (pues hemos quedado unos pocos de muchos, como nos ven tus ojos), para que Jehová *tu* Dios nos enseñe el camino por donde vayamos y lo que hemos de hacer. Y Jeremías profeta les dijo: Ya he oído. He aquí, voy a orar a Jehová *vuestro* Dios, como habéis dicho: y será que todo lo que Jehová os respondiere, os enseñaré; no os reservaré palabra. Y ellos dijeron a Jeremías: Jehová sea entre nosotros testigo de la verdad y de la lealtad, si no hiciéremos conforme a todo aquello para lo cual Jehová *tu* Dios te enviare a nosotros. Ora sea bueno, ora malo." (¿cómo podía ser la voluntad de Jehová algo que no fuera bueno?), "a la voz de Jehová nuestro Dios, al cual te enviamos, obedeceremos; para que, obedeciendo a la voz de Jehová nuestro Dios, tengamos bien."

Todo esto parecía muy piadoso y prometía excelente resultado. Pero, véase lo que siguió. Cuando ellos conocieron que el juicio y consejo de Dios no estaban de acuerdo con la voluntad de ellos, "entonces dijeron *todos los varones soberbios* a Jeremías: Mentira dices; no te ha enviado Jehová nuestro Dios para decir: No entréis en Egipto para peregrinar allí."

Aquí el estado real de aquel asunto sale claramente a luz. El orgullo y la *obstinación* estaban en juego. Sus votos y promesas eran falsos. "¿Por qué hicisteis errar vuestras almas," les dice Jeremías, "cuando me enviasteis a Jehová nuestro Dios diciendo, ora por nosotros a Jehová nuestro Dios; y conforme a todas las cosas que Jehová nuestro Dios dijere, háznoslo saber así, y lo pondremos por obra." Todo hubiera marchado muy bien, si la divina respuesta hubiese correspondido a sus deseos; pero

como iba en contra de ellos la rechazaron por completo.

¡Cuán a menudo sucede esto! La palabra de Dios no se adapta a los pensamientos humanos; los juzga, está en directa oposición a su voluntad; ¡choca con sus planes y por esto es rechazada! La voluntad y la razón del hombre están siempre en directo antagonismo con la palabra de Dios; y el Cristiano debe rechazar las dos si realmente desea ser guiado divinamente. Una voluntad insumisa y una razón ciega sólo pueden conducirnos a tinieblas, miseria y desolación si nos abandonamos a ellas. Jonás *quería* ir a Tarsis, cuando debió ir a Nínive; y la consecuencia fué encontrarse en el "vientre del sepulcro" con "la ova enredada en su cabeza." Josafat *quiso* ir a Ramoth de Galaad, cuando debió permanecer en Jerusalén; y el resultado fué verse vencido por las espadas de los siros. El residuo del pueblo judío en días de Jeremías, *quiso* ir a Egipto, cuando debían haber permanecido en Jerusalén; y la consecuencia fué que murieron por la espada, por el hambre y por la peste en tierra de Egipto "a donde habían *deseado* ir, y establecerse."

Así acontecerá siempre. La senda de la terquedad ha de ser forzosamente la senda de tinieblas y miseria. No puede ser de otro modo. Por el contrario, la senda de obediencia, es una senda de paz, de luz, de bendición; una senda en la que los rayos del favor divino son proyectados en viviente resplandor. Al ojo humano le parecerá estrecha, áspera y solitaria; pero el alma obediente la encuentra una senda de vida, paz y seguridad moral. "La senda del justo es como la luz resplandeciente, que alumbra más y más hasta el día perfecto."

¡Senda bendita! ¡Que el que esto escribe y el lector siempre se hallen en ella con pie firme y propósito ferviente!

Antes de terminar con este gran tema práctico de la guía divina y obediencia humana, debemos rogar al lector, que se traslade por unos momentos al bellissimo pasaje del capítulo once de Lucas. Lo encontrará repleto de la más valiosa instrucción.

"La antorcha del cuerpo es el ojo: pues si tu ojo fuere

simple, también todo tu cuerpo será resplandeciente: mas si fuere malo, también tu cuerpo será tenebroso. Mira, pues, si la lumbre que en ti hay, es tinieblas. Así que siendo todo tu cuerpo resplandeciente, no teniendo alguna parte de tinieblas, será todo luminoso, como cuando una antorcha de resplandor te alumbra." (Vers. 34 - 36.)

Nada puede superar en fuerza y belleza al pasaje transcrito. En primer lugar se nos habla del "ojo simple." Esto es esencial para gozar de la dirección divina. Indica una voluntad quebrantada, un corazón sinceramente fijo en hacer la voluntad de Dios. No hay móviles ocultos, no hay una mezcla de motivos, ningún fin personal en vista. Hay el único y simple propósito y el más vivo deseo de hacer la voluntad de Dios, sea cual fuere esa voluntad.

Ahora, pues, cuando el alma está en tal actitud, la luz divina descende a raudales y llena el cuerpo por completo. De donde se sigue que si el cuerpo no está lleno de luz, el ojo no es simple; habrá algún motivo mezclado, la terquedad o el propio interés está actuando; no somos rectos ante Dios. En este caso, cualquiera luz que pretendamos tener es tinieblas; y no hay tinieblas más densas o más terribles que las tinieblas que se apoderan del corazón gobernado por la obstinación mientras pretende tener luz de Dios. Así lo veremos pronto en la Cristiandad, cuando "será manifestado aquel inicuo, al cual el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida: a aquel inicuo cuyo advenimiento es según operación de Satanás, con grande potencia, y señales, y milagros mentirosos, y con todo engaño de iniquidad obrando en los que perecen; *por cuanto no recibieron el amor de la verdad* para ser salvos. *Por tanto, pues,* les envía Dios operación de error, para que crean a la mentira; para que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, antes *consintieron a la iniquidad*" (2 Tesal. II 8 - 12.)

¡Cuán terrible es esto! ¡Cuán solemnemente habla a la iglesia profesante! ¡Cuán solemnemente se dirige a la conciencia del escritor como a la del lector de estas líneas! La luz que no obra se vuelve en tinieblas. "Si la lumbre

que en ti hay son tinieblas, cuántas serán las mismas tinieblas!" Mas, por otra parte, una pequeña luz seguida sinceramente de seguro irá creciendo; "porque al que tiene se le dará más" y "la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto."

Este progreso moral está descrito con toda su belleza y su fuerza en Lucas XI, 36. "Así que, siendo todo tu cuerpo resplandeciente, *no teniendo alguna parte de tinieblas,*" esto es, no teniendo ningún aposento cerrado a los rayos celestiales; ninguna deshonrosa reserva; el ser moral entero abierto, en verdadera simplicidad a la acción de la luz divina; entonces "será todo luminoso, como cuando una antorcha de resplandor te alumbra." En una palabra, el alma obediente tiene no solamente luz para su propia senda, sino que la luz resplandece hacia afuera, de modo que otros la ven. "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos."

Tenemos un vivo contraste con todo esto en el capítulo trece de Jeremías. "Dad gloria a Jehová Dios nuestro, *antes que haga venir tinieblas,* y antes que vuestros pies tropiecen en montes de oscuridad; y esperéis luz, y os la torne sombra de muerte y tinieblas." El modo de dar gloria al Señor nuestro Dios es obedecer su palabra. La senda del deber es una senda brillante y bendita; y aquél que, por la gracia, anda por esa senda no tropezará jamás en los montes de tinieblas. El verdaderamente humilde, el sumiso, el que no confía en sí mismo, se mantendrá a gran distancia de esos montes de oscuridad, y andará por ese bendito sendero que está siempre iluminado por los brillantes y alegres rayos del rostro de Dios, como en señal de aprobación.

Tal es el sendero del justo, el sendero de la sabiduría divina, el sendero de la paz perfecta. Querido lector; que siempre nos encontremos andando en él; y no olvidemos ni un momento, que es nuestro elevado privilegio ser guiados divinamente en los más minuciosos detalles de la vida diaria. ¡Ay, de aquél que no es guiado así!

Tendrá muchos tropiezos, muchas caídas, muy tristes experiencias. Si no somos guiados por el ojo de nuestro Padre, seremos semejantes al caballo o al mulo que no tienen conocimiento, cuya boca debe ser sujeta con bocado y riendas; como el caballo que se arroja impetuosamente donde no debiera, o el mulo que se obstina terca-mente en no ir donde debe. ¡Cuán lamentable que un Cristiano sea como ellos! Cuán bendito andar día tras día en la senda señalada para nosotros por el ojo de nuestro Padre; senda que ojo de buitre no vió, ni león pasó por ella; la senda de la santa obediencia, la senda en la cual se hallarán siempre los mansos y los humildes para su profundo gozo y para la alabanza y gloria de Aquél que la abrió para ellos y les ha dado gracia para andar en ella.

En lo que queda de nuestro capítulo, Moisés repite en oídos del pueblo, con lenguaje de conmovedora sencillez, los actos relacionados con el nombramiento de jueces, y la misión de los espías. El nombramiento de jueces, Moisés lo atribuye a su propia iniciativa. La misión de los espías fué sugerida por el pueblo. El querido y muy honrado siervo de Dios encontraba muy abrumador para él llevar todo el peso de la congregación; y, en efecto era muy pesado; aunque sabemos bien que la gracia de Dios era sobrado suficiente para tal empeño; y además, que la gracia podía obrar tan bien por un hombre como por setenta.

Con todo, bien podemos comprender la dificultad experimentada por el hombre "más manso de la tierra" en cuanto a la responsabilidad de cargo tan grave e importante; y cierto el lenguaje con que describe su dificultad es conmovedor en alto grado.

"Y yo os hablé entonces diciendo: Yo no puedo llevaros solo," y de cierto no podía, ¿qué ser mortal pudiera hacerlo? Pero Dios estaba allí y podía contarse con Él para las exigencias de todo momento. "Jehová, vuestro Dios os ha multiplicado, y he aquí sois hoy vosotros como las estrellas del cielo en multitud. (¡Jehová Dios de vuestros padres añada sobre vosotros como sois mil veces, y os bendiga como os ha prometido!)" ¡Hermoso parén-

tesis! ¡Exquisita aspiración de un corazón grande y humilde! "¿Cómo llevaré yo sólo vuestras molestias, vuestras cargas y vuestros pleitos?"

¡Ah! aquí está el secreto de gran parte de las "molestias" y de "las cargas." No podían estar acordes entre sí; había entre ellos controversias, contiendas y cuestiones; y ¿quién era suficiente para todo ello? ¿Qué hombro humano podía sostener tal cargo? ¡Cuán diferente pudiera haber sido para con ellos! Si se hubiesen comportado amorosamente unos con otros, no hubiera habido cuestiones que decidir y por lo tanto ninguna necesidad de jueces para decidir las. Si cada miembro de la congregación hubiese procurado la prosperidad, el interés y la felicidad de sus hermanos, no hubieran habido "pleitos," ni "molestias" ni "carga." Si cada uno hubiese hecho todo lo posible para promover el bien general, ¡cuán hermoso hubiera sido el resultado!

Pero ¡ay! no sucedió así con Israel en el desierto; y, lo que es aún más humillante, no sucede tampoco así en la iglesia de Dios, a pesar de que nuestros privilegios son mucho más elevados. Apenas la asamblea había sido formada por la presencia del Espíritu Santo, cuando ya se dejaron oír los acentos de la murmuración y del descontento. Y ¿sobre qué? Sobre "menosprecio," supuesto o real. Sea lo que fuere, el *propio yo* estaba en acción. Si el menosprecio era puramente imaginario, los Griegos eran los dignos de censura; y si era real, la censura debía caer sobre los Hebreos. Generalmente sucede en tales casos que por ambos lados hay culpa; pero el verdadero medio de evitar toda disputa, contienda y murmuración es colocar el propio yo en el polvo y procurar sinceramente el bien de los otros. Si este excelente camino hubiese sido comprendido y adoptado desde un principio; ¡qué diferente tarea hubiesen debido ejecutar los historiadores eclesiásticos! Mas ¡ah!, no fué adoptado, y de ahí que la historia de la iglesia profesante, desde su mismo comienzo, ha sido un deplorable y humillante registro de controversias, divisiones y luchas. En la misma presencia del Señor, cuya vida entera fué de completa abnegación, los apóstoles disputaban acerca de cuál de ellos debía ser el mayor. Tal

disputa no hubiese podido suscitarse jamás, si cada uno hubiese conocido el exquisito secreto de poner lo propio o personal en el polvo, buscando el bien de los demás. Nadie que conozca algo de la verdadera elevación moral de la renunciación de sí mismo, puede en algún modo buscar un buen puesto o un alto sitio para sí mismo. La proximidad a Cristo satisface de tal modo al corazón humilde, que los honores, las distinciones y las recompensas son estimadas en muy poco. Pero cuando lo propio o personal está en acción, allí habrá envidias y celos, pleitos y contiendas, confusión y toda obra mala.

Véase la escena entre los dos hijos de Zebedeo y sus diez hermanos, según leemos en el capítulo décimo de Marcos. ¿Qué era la causa de ello? Lo personal o propio. Los dos pensaban en ocupar un buen sitio en el reino, y los demás estaban irritados contra ellos al pensar en tal cosa. Si cada uno hubiese puesto aparte lo propio o personal y buscado el bien de los demás, tal escena no hubiese sido posible nunca. Si los dos hermanos no hubiesen pensado tanto en ellos mismos, no hubiese habido fundamento para la "indignación" de los diez restantes.

Mas no es necesario multiplicar los ejemplos. Cada siglo de la historia de la iglesia ilustra y prueba la verdad de nuestra proposición, esto es: que lo personal o propio y sus odiosas obras son siempre la causa de los pleitos, contiendas y divisiones. Miremos donde quiera, desde los tiempos de los apóstoles hasta los nuestros, encontraremos que la propia voluntad no mortificada ha sido el fructífero manantial de litigios y cismas. Y, por otra parte, veremos también que la subordinación de la propia voluntad y de sus intereses es el verdadero secreto de la paz, armonía y amor fraternal. Con sólo que procuremos poner a un lado la propia voluntad, y busquemos sinceramente la gloria de Cristo y la prosperidad de su amado pueblo, no tendremos ocasión de registrar muchos "casos" como los transcritos.

Volvamos ya a nuestro capítulo.

"¿Cómo llevaré yo solo vuestras molestias, vuestras cargas y vuestros pleitos? Dadme de entre vosotros, de

vuestras tribus, varones sabios y entendidos, y expertos, para que yo los ponga por vuestros jefes. Y me respondisteis y dijisteis: Bueno es hacer lo que has dicho. Y tomé los principales de vuestras tribus, varones *sabios* y *expertos*," (hombres calificados por Dios, y poseedores por su nombradía de la confianza de la congregación), "y púselos por jefes sobre vosotros. Jefes de millares, y jefes de cientos, y jefes de cincuenta y cabos de diez, y gobernadores a vuestras tribus."

¡Arreglo admirable! Si hubo de hacerse nada mejor pudo hacerse para el mantenimiento del orden que la escala graduada de autoridad, variando desde el cabo de diez hasta el capitán de mil, puesto el propio legislador a la cabeza de todos y en inmediata comunicación con Jehová Dios de Israel.

No se hace alusión aquí, al hecho registrado en el Éxodo, Capítulo XVIII, esto es: que la designación de estos gobernadores fué hecha por sugestión de Jetro, suegro de Moisés. Ni tampoco se hace referencia a la escena descrita en Números XI. Llamamos sobre ello la atención del lector como una de las muchas pruebas esparcidas en las páginas del Deuteronomio de que este libro está muy lejos, en verdad, de ser una simple repetición de las precedentes secciones del Pentateuco. En una palabra, este precioso libro tiene un marcado carácter propio y la manera con que los hechos nos son presentados está en perfecta consonancia con ese carácter. Es evidente que el objeto del venerable legislador, o más bien, del Espíritu Santo por él, era llevar todas las cosas a que obrasen moralmente sobre los corazones del pueblo, a fin de alcanzar el magno resultado que es el propósito especial del libro desde su principio al fin, esto es; una amante obediencia a todos los estatutos y disposiciones del Señor su Dios.

Debemos tener esto siempre presente si queremos estudiar rectamente el libro que tenemos a la vista. Los incrédulos, los escépticos y los racionalistas querrán impíamente sugerirnos la idea de que existen discrepancias en las varias relaciones dadas en los diferentes libros; pero el lector piadoso rechazará con santa indignación toda suges-

ción de tal clase, sabiendo que procede directamente del padre de la mentira, el decidido y persistente enemigo de la preciosa Revelación de Dios. Tal es, estamos convencidos de ello, la verdadera manera de tratar todos los asaltos contra la Biblia que hacen los incrédulos. Los argumentos no son de resultado alguno, ya que los incrédulos no están en situación de comprender o apreciar su valor. Son profundamente ignorantes en la materia; y ni aun es solamente cuestión de profunda ignorancia sino también de decidida hostilidad; así que, en ambos conceptos, el criterio de los escritores incrédulos sobre este tema, es sin valor y despreciable. Deberíamos tener piedad y orar por esos hombres, al paso que debemos rechazar con indignación sus opiniones. La palabra de Dios es enteramente superior a su crítica. Es tan perfecta como su Autor, y tan imperecedera como su trono; pero sus glorias morales, sus vivientes profundidades y su infinita perfección se descubren tan sólo a la fe y a la necesidad. "Te alabo," Oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, que escondiste estas cosas a los sabios y a los entendidos y las has revelado a los pequeños.

Si nos contentamos con ser tan sencillos como un niño, gozaremos de la preciosa revelación del amor del Padre como dádiva, por el Santo Espíritu, en las sagradas escrituras. Mas, por otra parte, aquellos que se imaginan sabios y entendidos, que *edifican* sobre sus conocimientos, su filosofía o su razón, que se creen competentes para constituirse en jueces de la palabra de Dios, y por lo tanto, de Dios mismo, son entregados a la oscuridad, a la ceguera y dureza de corazón, judiciales. Así acontece que las más insignes tonterías y la más despreciable ignorancia que el hombre puede desplegar, las encontramos en las páginas de estos literatos que han tenido la osadía de escribir en contra de la Biblia. "¿Qué es del sabio? ¿Qué del escriba? ¿Qué del escudriñador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Porque por no haber el mundo conocido en la sabiduría de Dios, a Dios por sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación." (1 Cor. I, 20, 21.)

"Si alguno quiere ser sabio, hágase simple." He aquí el gran secreto moral de este asunto. El hombre debe dar por terminada su propia sabiduría así como su propia justicia. Debe ser llevado a declararse a sí mismo necio, antes de poder saborear la dulzura de la sabiduría divina. No está al alcance del más gigantesco intelecto humano, auxiliado por todas las aplicaciones del humano saber y de la filosofía el poder entender los sencillísimos elementos de la divina revelación. Por lo tanto, cuando se trata de hombres no convertidos, sea cual fuere la fuerza de su genio o la extensión de sus conocimientos, al tratar de temas espirituales, y especialmente del tema de la divina inspiración de la santa escritura, es seguro que pondrán de manifiesto su profunda ignorancia y total incompetencia para poder tratar con el asunto ante ellos. En verdad, cuando hemos leído un libro de un incrédulo, hemos quedado sorprendidos ante la debilidad de sus más poderosos argumentos; y no sólo esto, sino que en todos los casos en que tratan de haber descubierto alguna discrepancia en la Biblia, vemos allí la divina sabiduría, belleza y perfección.

Nos hemos visto precisados a hacer esta serie de razonamientos relacionados con la designación de jefes, pues se nos da en cada libro de un modo diferente, según la sabiduría del Espíritu Santo, pero que están en perfecta concordancia con el fin y el carácter correspondientes a cada libro. Continuaremos, pues, con nuestra citación.

"Y entonces mandé a nuestros jueces diciendo: Oíd las causas entre vuestros hermanos, y *juzgad justamente* entre el hombre y su hermano, o el que le es *extranjero*. *No tengáis respeto de personas*, en el juicio: *así al pequeño como al grande oiréis: no tendréis temor de ninguno*, porque el juicio es de Dios: y la causa que os fuere difícil, la traeréis a mí, y yo la oiré."

¡Qué celestial sabiduría se descubre aquí! ¡Qué equilibrada justicia! ¡Qué santa imparcialidad! En todo caso de desavenencia, todos los hechos de ambas partes habían de ser oídos y considerados pacientemente. La mente no debía torcerse por prejuicio, predilección o sentimiento

personal de ninguna clase. El juicio debía formarse, no por impresiones, sino por hechos, claramente comprobados, innegables. La influencia personal no debía tenerse en aprecio alguno. Ni la posición ni las circunstancias de ambas partes debían tenerse en cuenta en la causa. La causa debía ser decidida enteramente sobre sus propios méritos. "Así al pequeño como al grande oiréis." Al pobre sólo debía dispensar la misma equilibrada justicia que al rico; al extranjero igual que al nacido en el país. No debía admitirse diferencia alguna.

¡Cuán importante es todo esto! ¡Cuán digno de nuestra más atenta consideración! ¡Cuán lleno de profunda y valiosa instrucción para nosotros todos! Ciertamente que no todos nosotros somos llamados a ser jueces, o jefes, o guías; pero los grandes principios morales sentados en la cita anterior son del más alto valor para cada uno de nosotros, ya que continuamente ocurren casos en los que hay que hacer aplicación de esos principios. Dondequiera que estemos, cualquiera que sea nuestra ocupación o esfera de acción, estamos por desgracia expuestos a encontrarnos con casos de dificultades y desavenencias entre hermanos; casos de injusticias reales o imaginarias, y por lo tanto es muy necesario que estemos divinamente instruidos en cuanto a la manera de aportarnos con respecto a tales acontecimientos.

Ahora bien; en todos esos casos, jamás estaremos demasiado imbuidos de la necesidad de basar nuestro juicio en hechos, todos los hechos de ambos lados. No debemos permitir que seamos guiados por nuestras propias impresiones, porque ya sabemos todos que las meras impresiones no son dignas de crédito. Pueden ser correctas; y pueden ser del todo falsas. Nada es más fácilmente aceptado y comunicado a otros que una simple impresión, y por lo tanto un juicio fundamentado en las solas impresiones es despreciable. Debemos tener hechos sólidos y claramente comprobados; hechos abonados por dos o tres testigos, según la escritura determina. (Deut. XVII, 6; Mat. XVIII, 16; 2a. Cor. XIII, 1 1 Tim. V. 19.)

Pero además, nunca debemos guiarnos en juicio por lo

expuesto *ex. parte*. Todos estamos sujetos a dar cierto colorido especial al exponer nuestro caso, aun con la mejor intención. No es que se quiera intencionadamente hacer una declaración falsa, o mentir deliberadamente; sino que por debilidad de memoria, o por otras causas, puede el hecho no presentarse como realmente sucedió. Puede omitirse un detalle o hecho accidental, y ese hecho puede afectar tanto al principal que altere por completo su alcance o significación. "*Audi alteram partem*" (oiga la parte contraria) es un lema muy saludable. Y no sólo oír la parte contraria, sino oír todos los hechos que expongan ambas partes, y así seremos capaces de formular un sano y recto juicio. Podemos sentar como regla general que un juicio formado sin un preciso conocimiento de todos los hechos, es enteramente inválido. "Oid las causas entre vuestros hermanos, y juzgad justamente entre el hombre y su hermano, y el que le es extranjero." ¡Oportunas y necesarias palabras, ciertamente, en todo tiempo, en todo lugar y en cualesquiera circunstancias. ¡Qué nuestros corazones las hagan suyas!

Y ¡Cuán importante la prevención del versículo 17! "No tengáis respeto de personas en el juicio: así al pequeño como al grande oiréis; no tendréis temor de ninguno." ¡Cómo dejan esas palabras al descubierto al pobre corazón humano! ¡Cuán inclinados estamos a guardar miramientos a las personas; a ser desviados por la influencia personal; a dar importancia a la posición y a la fortuna; a tener temor ante el rostro del hombre!

¿Cuál es el divino antídoto contra todos esos males? Sólo este: el temor de Dios. Si ponemos en todo tiempo al Señor ante nosotros él nos librará eficazmente de la perniciosa influencia de la parcialidad, del prejuicio y del temor de nuestros semejantes. Nos inducirá a esperar con humildad y con paciencia en el Señor, para que Él nos guíe y nos aconseje en todo lo que tengamos en que intervenir; y de este modo seremos preservados de juicios precipitados y parciales sobre hechos o personas, juicios que son manantiales fecundos de agravios entre el pueblo de Dios en todos los tiempos.

Nos detendremos ahora unos momentos en la manera verdaderamente conmovedora con que Moisés presenta ante la congregación todas las circunstancias relacionadas con la misión de los espías, que, como la designación de los jueces, está en perfecta consonancia con el alcance y propósito de este libro. No podíamos esperar otra cosa. No hay, no puede haber una sola sentencia innecesariamente repetida en el divino volumen. Menos aún puede haber un solo defecto, una sola discrepancia, una sola contradicción. La palabra de Dios es absolutamente perfecta, perfecta en su totalidad, perfecta en todas sus partes. Debemos sostenerlo firmemente y confesarlo con toda fidelidad frente a este siglo de incredulidad.

No hablamos ahora de las traducciones humanas de la palabra de Dios, en las cuales puede haber más o menos imperfección; aunque no tenemos motivos sino para estar "llenos de admiración, gratitud y alabanza," cuando notamos el modo como nuestro Dios ha presidido tan manifestamente nuestra excelente traducción inglesa, de tal manera que el más pobre montañés puede estar seguro de poseer la Revelación de Dios a su alma en la corriente Biblia inglesa. Esto es lo que pudiéramos esperar de las manos de nuestro Dios. Es razonable inferir que Él que inspiró a los escritores de la Biblia, habrá velado también por la traducción; porque así como Él la dió originalmente, en su gracia, a aquellos que podían leer el hebreo y el griego, ¿no querrá de igual modo y con la misma gracia darla en todo lenguaje que se habla bajo los cielos? Bendito por siempre sea su santo Nombre, su deseo lleno de gracia es el de hablar a todos los hombres en la misma lengua en que han nacido; para decirnos la dulce relación de su gracia, las alegres nuevas de salvación, en la misma lengua en que nuestras madres susurraban en nuestros oídos infantiles esas palabras de amor que se dirigían directamente a lo profundo de nuestros corazones (Hechos II, 5-8.)

¡Ah! Si los hombres estuviesen más impresionados y afectados por la verdad de todo esto, no nos veríamos turbados por tantas necias y estúpidas cuestiones sobre la Biblia.

Oigamos ahora la relación dada por Moisés acerca del envío de los espías, su origen y el resultado que se obtuvo. La veremos llena de la más sólida instrucción, con sólo que el oído esté abierto para oír y el corazón debidamente preparado para apreciarla.

"Os mandé, pues, en aquel tiempo todo lo que habíais de hacer." La senda de simple obediencia fué llanamente expuesta ante ellos. No tenían sino seguirla con corazón obediente y paso firme. Para nada tenían que cavilar sobre las consecuencias o pesar los resultados. Todo ello tenían que dejarlo enteramente en manos de Dios, y adelantar con resuelto propósito en la bendita senda de la obediencia.

"Y partidos de Horeb, anduvimos todo aquel *grande y terrible desierto*, que habéis visto, por el camino del monte del Amorrheo, como Jehová nuestro Dios nos lo mandó; y llegamos hasta Cades-Barnea. Entonces os dije: Llegado habéis al monte del Amorrheo, el cual Jehová nuestro Dios nos da. Mira, Jehová tu Dios ha dado delante de ti la tierra: sube y poséela, como Jehová el Dios de tus padres te ha dicho: no temas ni desmayes."

Aquí estaba su garantía para entrar y tomar inmediatamente posesión. El Señor su Dios les había dado la tierra y la había puesto ante sus ojos. Era suya por libre don de Él, el don de su gracia soberana, de acuerdo con el pacto hecho con sus padres. Era su eterno propósito poseer la tierra de Canaán por medio de la simiente de Abraham su amigo. Esto debiera haber bastado para tranquilizar por completo sus ánimos, no sólo en cuanto a las condiciones de aquella tierra, sino también en cuanto a su entrada en ella. No se necesitaban espías para nada. La fe nunca necesita espiar lo que Dios ha dado. La fe arguye que lo que Él ha dado debe tener valor; y que es poderoso para ponernos en posesión plena de lo que por su gracia nos ha otorgado. Israel pudo haber pensado que la misma mano que lo había conducido a través de "aquel grande y terrible desierto" podía también hacerlos entrar y establecerlos en la herencia que les había destinado.

Así hubiera razonado la fe; porque ella siempre razona

desde Dios a las circunstancias, y nunca de las circunstancias a Dios. "Si Dios es por nosotros, ¿quién será contra nosotros?" Tal es el argumento de la fe, grande en su sencillez, y sencillo en su grandeza moral. Cuando Dios llena por entero el campo visual del alma, las dificultades son descontadas. Y una de dos, o no son vistas o si son vistas, son consideradas como ocasiones para el despliegue del poder divino. La fe se regocija al ver a Dios triunfando sobre las dificultades.

Pero ¡ay! el pueblo no estaba regido por la fe en aquella ocasión, y por lo tanto hubieron de recurrir a los espías. De ello les hace memoria Moisés, y con un lenguaje al par que enternecedor, sumamente fiel.

"Y llegasteis a mí todos vosotros, y dijisteis: Enviemos varones delante de nosotros, que nos reconozcan la tierra y nos traigan de vuelta razón del camino por donde hemos de subir, y de las ciudades a donde hemos de llegar."

En verdad, bien hubiesen podido confiar en Dios para todas esas cosas. Aquél que les había sacado de Egipto, el que les había abierto camino a través del mar, les había guiado a través del desierto sin rastro de senda alguna, era perfectamente capaz de introducirles en la tierra prometida. Pero no; ellos quisieron mandar espías como exploradores, porque sus corazones no tenían confianza en el verdadero, viviente, Todopoderoso Dios.

Aquí aparece la raíz moral de ese asunto; y bueno será que el lector se haga perfecto cargo de este punto. Verdad es que en la narración de este hecho dado en Números, el Señor dijo a Moisés que mandara espías. Mas, ¿por qué? Por causa de la condición moral del pueblo. Y aquí echamos de ver la diferencia característica y al par la bella armonía entre ambos libros. En Números se nos da la historia pública del hecho; en Deuteronomio el origen secreto de la misión de los espías; y así como está en perfecta concordancia con el carácter de Números darnos la primera relación, así también lo está con el carácter del Deuteronomio darnos la segunda. La una completa la otra. No podríamos comprender a fondo ese tema, si sólo tuviéramos el relato hecho en Números. Es el conmo-

vedor comentario hecho en el Deuteronomio lo que completa el cuadro. ¡Cuán perfecta es la escritura! Sólo necesitamos el ojo ungido con colirio para ver, y el corazón dispuesto para apreciar sus glorias morales.

Puede ser, que el lector encuentre ciertas dificultades en lo referente a la cuestión de los espías. Quizá esté dispuesto a preguntar ¿cómo podía haber culpa en mandarlos, siendo así que el Señor les dijo lo hicieran? La respuesta es que la culpa no consistía en el hecho de mandarlos cuando así les fué dicho, sino en el deseo de que fueran enviados a toda costa. Ese deseo era el fruto de la incredulidad; y la orden de mandarlos fué motivada por esa misma incredulidad.

Algo parecido a este caso vemos en Mateo capítulo XIX al tratar del divorcio. "Entonces se llegaron a él los Fariseos, tentándole, y diciéndole: ¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquiera causa? Y él respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, macho y hembra los hizo, y dijo: Por tanto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una carne? Así que no son ya más dos, sino una carne: por tanto, lo que Dios juntó, no lo aparte el hombre. Dícenle: ¿Por qué, pues, Moisés mandó dar carta de divorcio, y repudiarla? Díceles: *Por la dureza de vuestro corazón* Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fué así."

No era cumpliendo con la original institución de Dios, ni estaba de acuerdo con su voluntad el que el hombre pudiera repudiar a su mujer; sino que por causa de la dureza del corazón humano, fué permitido el divorcio por el legislador. ¿Existe alguna dificultad en entender esto? De seguro no, a menos que el ánimo esté ya dispuesto a ver alguna. Así tampoco puede haber dificultad ninguna en el asunto de los espías. Israel no debió necesitar de ellos. La fe sencilla jamás hubiese pensado en ellos. Pero el Señor vió el estado real de las cosas y dió un mandato en conformidad con aquel estado; de igual modo que en siglos posteriores, el Señor vió el corazón del pueblo, inclinado a tener un rey, y encargó a Samuel que les diera uno.

"Y dijo Jehová a Samuel: Oye la voz del pueblo en todo lo que te dijeren; porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos. Conforme a todas las obras que han hecho desde el día que los saqué de Egipto hasta hoy, que me han dejado, y han servido a dioses ajenos, así hacen también contigo. Ahora, pues, oye su voz; *mas protesta* contra ellos declarándoles el derecho del rey que ha de reinar sobre ellos." (1 Sam. VIII, 7-9.)

Así que con esto vemos que el simple acceder a un deseo no prueba en modo alguno que aquel deseo esté de acuerdo con el pensamiento de Dios. Israel no debió haber pedido un rey. ¿No era suficiente Jehová? ¿No era Él su rey? ¿No podía Él, como hizo siempre, guiarlos a la batalla y pelear por ellos? ¿Por qué buscar un brazo de carne? ¿Por qué apartarse del verdadero Todopoderoso Dios, para apoyarse en un gusano? ¿Qué poder podía haber en un rey que no fuera el que Dios *mismo quisiera conferirle*? Absolutamente ninguno. Todo el poder, toda la sabiduría, todo bien real estaba en Jehová, en Dios, y *allí estaba* en todo tiempo para subvenir a todas sus necesidades. Sólo tenían que apoyarse en su brazo omnipotente, saciarse en sus inagotables recursos y encontrar todos sus manantiales en Él.

Cuando ya tuvieron un rey, según el deseo de su corazón ¿qué hizo por ellos? "Todo el pueblo iba tras él temblando." Cuanto más atentamente estudiamos la triste historia del reinado de Saul, tanto más comprendemos que, casi desde su comienzo, él fué más bien un estorbo que una ayuda. No tenemos más que leer su historia, del principio al fin, para ver la verdad de esta afirmación. Su reinado entero fué un lamentable fracaso, expuesto de una manera tan exacta como enérgica en las brillantes sentencias de Oseas: "Díte Rey en mi furor y quitélo en mi ira." En una palabra, él fué la respuesta a la incredulidad y voluntariedad del pueblo, y, por lo tanto, todas las brillantes esperanzas y la expectación que despertara, se vieron lamentablemente frustradas. Fracasó en hacer la voluntad de Dios y, a consecuencia de ello, fracasó en

suplir las necesidades del pueblo. Demostró ser enteramente indigno de la corona y del cetro; y su ignominiosa caída en el monte Gilboa estaba en triste consonancia con su vida entera.

Pues bien; si consideramos la misión de los espías vemos también, igual que con la designación de un rey, que acaba en completo fracaso. No podía ser de otro modo, ya que era el fruto de la incredulidad. Ciertamente, Dios les dió espías; y Moisés con gracia conmovedora les dice: "Y el dicho me pareció bien; y tomé doce varones de vosotros, un varón por tribu." Era la gracia la que descendía a la condición del pueblo, y consentía en un plan, el cual era adecuado a aquella situación. Pero esto, en ningún modo, prueba que aquel plan o aquella condición estuvieran de acuerdo con la mente de Dios. Bendito sea su Nombre, Él puede salirnos al encuentro aun en nuestra incredulidad, aunque esté apesadumbrado y deshonrado por ella. Él se complace en una fe intrépida y sencilla. Es la única cosa en este mundo que le honró debidamente. De aquí que cuando Moisés dijo al pueblo: "Mira, Jehová tu Dios ha dado delante de ti la tierra; sube y poséela, como Jehová el Dios de tus padres te ha dicho; no temas ni desmayes," ¿cuál debió ser la respuesta que saliera de sus labios? "Henos aquí, guíanos, Señor Todopoderoso; guíanos a la victoria. Tú nos bastas. Contigo como guía, iremos adelante con gozosa confianza. Las dificultades no existen para ti, y por lo tanto nada significan para nosotros. Tu palabra y tu presencia son todo lo que necesitamos. En ellas encontramos a la par que nuestra autoridad, nuestro poder. No nos importa en lo más mínimo qué o quién estará delante de nosotros; poderosos gigantes, muros torreados, amenazadores baluartes; ¿qué son ante la presencia del Señor, Dios de Israel más que hojas secas ante el huracán? Guíanos adelante, ¡Oh Señor!"

Tal hubiere sido el lenguaje de la fe; pero, ¡ay! no fué el lenguaje de Israel en la ocasión presente. Dios no les bastaba. No estaban preparados para subir, apoyándose sólo en su brazo. No estaban satisfechos con la descrip-

ción de la tierra que Él había hecho. Ellos quisieron mandar espías. El pobre corazón humano desea cualquier cosa que no sea la simple dependencia del Dios vivo y verdadero. El hombre natural no puede confiar en Dios, sencillamente porque no le conoce. "El que conoce tu nombre, en ti pondrá su confianza."

Dios debe ser conocido para que podamos confiar en Él; y cuanto más confiamos en Él, tanto mejor le conocemos. Nada hay en todo el mundo tan verdaderamente bendito como una vida de fe sencilla. Pero ella debe ser una realidad y no una mera profesión. Es enteramente vano hablar de vivir por fe, mientras el corazón está secretamente apoyándose en un sostén humano. *El verdadero creyente tiene que ver únicamente con Dios.* Encuentra en Él todos sus recursos. No es que menosprecie los instrumentos o las agencias que Dios se complace en utilizar; al contrario los aprecia muchísimo y no puede menos que apreciarlos siendo, como son, los medios por los cuales Dios dispensa su auxilio y sus bendiciones. Pero no debe consentir que estos medios reemplacen a Dios. El lenguaje de su corazón es: "Alma mía espera tan sólo en Dios; porque mi esperanza es a Él. *Sólo* Él es mi roca."

Esa palabra "sólo" tiene una fuerza particular. Penetra por completo el corazón. El mirar a la criatura, directa o indirectamente es, en principio, el apartamiento de la vida de fe. Y ¡ay! es una cosa miserable ese mirar en cualquier sentido a la criatura. Es degradarse moralmente; así como la vida de fe es elevarse moralmente. Y no sólo es degradante sino engañoso. Los apoyos de las criaturas ceden, y los manantiales de las criaturas se secan; pero el que confía en el Señor jamás será confundido, y ninguna cosa conveniente le hará falta. Si Israel hubiese confiado en el Señor en vez de mandar espías, hubiesen podido relatarnos una historia muy diferente. Pero quisieron mandar espías y aquel negocio sufrió el más humillante fracaso.

"Y se encaminaron y subieron al monte, y llegaron

hasta la arroyada de Escol, y reconocieron la tierra. Y tomaron en sus manos del fruto del país, y nos lo trajeron, y diéronnos cuenta y dijeron: Es buena la tierra que Jehová nuestro Dios nos da." Y ¿cómo podía ser de otro modo, cuando era Dios quien se la daba? ¿Necesitaron espías para decirles que el don de Dios era bueno? Con seguridad, no los necesitaban. Una fe sencilla hubiese razonado de la manera siguiente: "Lo que Dios nos da ha de ser digno de Él; no necesitamos espías para asegurarnos de esto." Mas ¡ay! esa fe sencilla es una joya extraordinariamente rara en este mundo; y aun los mismos que la poseen saben muy poco de su valor, o no saben como emplearla. Una cosa es hablar de la vida de fe y otra cosa muy distinta vivirla. La teoría es una cosa, y la realidad viviente es otra. Pero no olvidemos nunca que es el privilegio de todo hijo de Dios el vivir de fe; y además que la vida de fe alcanza a todas las cosas que el creyente pueda necesitar, desde el punto de partida hasta la meta de su terrestre carrera. Ya hemos hablado sobre este importante asunto; jamás insistiremos con demasiado ardor y constancia acerca del mismo.

Con respecto a la misión de los espías, notará el lector con interés el modo como Moisés hace referencia a ella. Se limita a aquella parte de su testimonio que está de acuerdo con la verdad. Pasa por alto lo de los diez espías incrédulos. Esto está en perfecta consonancia con el alcance y el propósito de este libro. Todo está expuesto para obrar por vía moral sobre la conciencia de la congregación. Les recuerda que fueron ellos mismos los que propusieron la expedición de los espías; y además, que aunque los espías habían puesto ante sus ojos los frutos de la tierra y habían dado testimonio de su excelencia, no quisieron subir a poseerla. "Empero no quisisteis subir; antes fuisteis rebeldes al dicho de Jehová nuestro Dios." No había excusa alguna. Era evidente que sus corazones estaban colmados de positiva incredulidad y de rebelión, y la misión de los espías desde su origen a su fin no hizo sino ponerlo enteramente de manifiesto.

"Y murmurasteis en vuestras tiendas diciendo: Porque

Jehová nos aborrecía," horrible mentira lanzada a Dios en pleno rostro, "nos ha sacado de la tierra de Egipto, para entregarnos en manos del Amorreo para destruirnos." ¡Qué prueba más rara de odio! ¡Cuán altamente absurdos son los argumentos de la incredulidad! Si ciertamente les hubiera odiado, nada más sencillo que haberlos dejado morir entre los hornos de ladrillos de Egipto, bajo el látigo de los crueles capataces de Faraón. ¿Por qué tomarse tanto trabajo con ellos? ¿A qué venían las diez plagas mandadas sobre el país de sus opresores? ¿Por qué, si Él les odiaba, no permitió que las aguas del Mar Rojo se precipitaran sobre ellos sepultándolos, como sepultaron a sus enemigos? ¿Por qué les libró de la espada de Amalec? En una palabra; ¿por qué todos esos maravillosos triunfos de la gracia en favor suyo, si Él les aborrecía? ¡Ah! Si no hubiesen estado poseídos por un espíritu de negra e insensata incredulidad, ese brillante desfile de evidencias les hubiese conducido directamente a lo contrario de lo que habían expresado con aquellas palabras. No hay nada bajo la bóveda celeste tan estúpidamente irracional como la incredulidad. Y, por otra parte, no hay nada tan perfecto, claro y lógico como el argumento de una fe sencilla. ¡Ojalá el lector pueda estar siempre capacitado para experimentar la verdad de ello!

"Y murmurasteis en vuestras tiendas." El incrédulo no sólo es un ciego e insensato razonador, sino también un negro y tétrico murmurador. No toma nunca las cosas por el lado recto, ni por su lado claro. Siempre está en lo oscuro, siempre en el error, simplemente por excluir a Dios, y mirar sólo a las circunstancias. Ellos dijeron: "¿A dónde vamos a subir? Nuestros hermanos han hecho desfallecer nuestro corazón, diciendo: Este pueblo es mayor y más alto que nosotros." Pero no eran mayores que Jehová. "Las ciudades grandes y muradas hasta el cielo," ¡la gran exageración de la incredulidad! "y también vimos allí hijos de gigantes."

Ahora bien; la fe hubiera dicho: "Bien; aunque las ciudades estén muradas hasta el cielo, Dios está sobre ellas

porque está en el cielo. ¿Qué significan las ciudades de altivas murallas para Aquél que formó el universo y lo sostiene con la palabra de su potencia? ¿Qué son los gigantescos hijos de Anac ante la presencia del Dios Todopoderoso? Si la tierra estuviese cubierta de ciudades amuralladas desde Dan hasta Beerseba, y si los gigantes fuesen tan numerosos como las hojas del bosque, serían como el tamo de las eras ante Aquél que ha prometido dar la tierra de Canaán a la descendencia de Abraham, amigo suyo, en perpetua posesión."

Pero Israel no tenía fe, según nos dice el inspirado apóstol en el tercer capítulo de la carta a los Hebreos; "y no pudieron entrar a causa de su incredulidad." Aquí estaba la gran dificultad. De las ciudades muradas y los terribles hijos de Anac, pronto hubieran dado cuenta con sólo que Israel hubiese confiado en Dios. Pronto hubiera terminado con ellos. Mas ¡ay! esa deplorable incredulidad se interpone siempre en el camino de nuestras bendiciones. Vela el resplandor de la gloria de Dios; proyecta negra sombra sobre nuestras almas y nos roba el privilegio de gustar la toda-suficiencia de nuestro Dios en hacer frente a cada una de nuestras necesidades y resolver todas nuestras dificultades.

Bendito sea su Nombre, Él nunca falta al corazón que en Él confía. Se deleita en honrar las más grandes letras de cambio que la fe presenta a su inagotable tesoro. Su palabra animadora para nosotros es siempre: "No temáis; creed solamente." Y también: "Séaos hecho según vuestra fe." ¡Palabras preciosas que hacen vibrar nuestra alma! ¡Qué todos realicemos con más amplitud su dulzura y vivo poder! Podemos estar seguros de que nunca podemos contar demasiado con Dios; sería sencillamente imposible. *Nuestro gran error* consiste en que no nos aprovechamos más de sus infinitos recursos. "¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios?"

Por esto podemos comprender por qué fracasó Israel en ver la gloria de Dios en la presente ocasión. No creían. La misión de los espías fué un completo fracaso. Así como principió, así concluyó también, en la más

deplorable incredulidad. Dios quedaba excluido. Las dificultades se amontonaron ante sus ojos.

"No pudieron entrar." No pudieron ver la gloria de Dios. Oigamos las palabras de Moisés altamente conmovedoras. Su lectura hace un bien inmenso al corazón. Toca a lo más íntimo de las fuentes de nuestro ser renovado. "Entonces os dije: No temáis ni tengáis miedo de ellos. Jehová vuestro Dios, el cual va delante de vosotros, él peleará por vosotros." ¡Pensemos por un momento en Dios peleando por el pueblo! ¡Pensemos en Jehová convertido en un guerrero! "Peleará por vosotros conforme a todas las cosas que hizo por vosotros en Egipto delante de vuestros ojos. Y en el desierto has visto que *Jehová tu Dios te ha traído, como trae el hombre a su hijo* por todo el camino que habéis andado, hasta que habéis venido a este lugar. Y aun con esto *no creísteis en Jehová vuestro Dios*, el cual iba delante de vosotros por el camino para reconocer el lugar donde habíais de asentar el campo, con fuego de noche, para mostraros el camino por donde anduvieseis, y con nube de día."

¡Qué fuerza moral, qué dulzura más conmovedora en esos recuerdos! Cuán claramente vemos aquí, como en todas las restantes páginas de Deuteronomio, que este libro no es una estéril repetición de los hechos, sino un comentario poderosísimo a esos hechos. Conviene que el lector se dé cuenta de ello. Si en los libros del Éxodo y Números, el inspirado legislador narra los hechos actuales de la vida de Israel en el desierto, en el libro de Deuteronomio comenta aquellos hechos con una patética elocuencia conmovedora. Y aquí es donde el exquisito estilo de los actos de Jehová está señalado y ponderado con destreza y ternura inimitables. ¿Quién puede consentir en pasar por alto la hermosa figura contenida en las palabras "como trae el hombre a su hijo"? Aquí tenemos el estilo de la acción. ¿Podríamos entenderlo sin él? Seguramente que no. Es el estilo de una acción que toca al corazón, porque es el estilo que de un modo tan particular expresa el sentimiento del corazón. Si el poder de la *mano* o la sabiduría de la *mente* se echa de ver en la misma

sustancia de una acción el amor del *corazón* aparece en el *estilo*. Aun un niño podrá comprender esto, aunque no pudiera explicarlo.

Pero ¡ah! Israel no podía confiar en que Dios les haría entrar en la tierra. A pesar de la maravillosa manifestación de su poder, su fidelidad, su bondad y su benevolencia, desde los hornos de ladrillos de Egipto hasta los mismos bordes de la tierra de Canaán, con todo, no creían. Con una exposición de evidencias capaz de satisfacer a cualquiera, ellos dudaban. "Y oyó Jehová la voz de vuestras palabras, y enojóse, y juró diciendo: No verá hombre alguno de estos, de esta mala generación, la buena tierra que juré había de dar a vuestros padres, excepto Caleb, hijo de Jephone: él la verá, y a él le daré la tierra que pisó y a sus hijos, porque cumplió lealmente en pos de Jehová."

"¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios?" Tal es el orden divino. Los hombres nos dirán que ver es creer; mas en el reino de Dios creer es ver. ¿Por qué fué que ni a un solo hombre de aquella generación mala le fué concedido ver la buena tierra? Simplemente porque no creyeron en el Jehová su Dios. Por otra parte ¿por qué se le concedió a Caleb ver aquella tierra y tomar posesión en ella? Simplemente porque creyó. La incredulidad es siempre el gran obstáculo en el camino de nuestra visión de la gloria de Dios. "Y no hizo allí muchas maravillas, a causa de la incredulidad de ellos." Si Israel hubiese solamente creído, confiado tan sólo en Jehová su Dios, confiado sólo en el amor de su corazón y en el poder de su brazo, Él les hubiera introducido y plantado en la montaña de su heredad.

Igual sucede ahora con el pueblo del Señor. No hay límite en la bendición de que podemos gozar, con tal que confiemos más plenamente en Dios. "Todo es posible al que cree." Nuestro Dios jamás nos dirá: "Habéis obtenido ya mucho; queréis recibir demasiado." Imposible. El gozo de su corazón amante es contestar debidamente a las más grandes esperanzas de la fe.

Procuremos, pues, obtener con más abundancia. "Abre

tu boca, y yo la llenaré." Los inagotables tesoros del cielo están abiertos para la fe. "Porque *todo lo que pidiereis* en oración creyendo lo recibiréis." "Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría demándela a Dios, el cual da a todos abundantemente, y no zahiere; y le será dada. Pero pida en fe, *no dudando nada*." La fe es el único secreto de toda esta cuestión, la fuente principal de la vida cristiana del principio al fin. La fe no fluctúa, ni titubea. La incredulidad siempre está fluctuante, vacilante, y de ahí que nunca vea la gloria de Dios, nunca su poder. Está sorda a su voz y ciega a sus hechos; deprime el corazón y debilita las manos; ensombrece el camino y estorba todo progreso. Fué ella la que mantuvo a Israel fuera de la tierra de Canaán durante cuarenta años; y no podemos formar concepto del cúmulo de bendiciones, privilegios, poder y servicios que estamos constantemente perdiendo por causa de su terrible influencia. Si tuviéramos más fe en nuestros corazones y en nuestras vidas, el estado de cosas que veríamos a nuestro alrededor sería muy diferente. ¿Cuál es el secreto de la deplorable indiferencia y esterilidad que se observan en el vasto campo de la profesión cristiana? ¿A qué se debe nuestra pobreza, nuestra falta de ánimo, nuestro raquítico crecimiento? ¿Cómo es que hay tan pocas conversiones verdaderas? ¿Por qué vemos tan pobres resultados en los varios departamentos de la obra cristiana? ¿Por qué nuestros evangelistas están tan frecuentemente abatidos por causa de la escasez de sus gavillas? ¿Cómo hemos de responder a todas estas preguntas? ¿Cuál es la causa? ¿Querrá alguien negar que es debido a nuestra falta de fe?

No hay duda que nuestras divisiones tienen mucho que ver con ello; nuestra mundanalidad, nuestra indulgencia carnal, nuestra ociosidad. Y ¿cuál es el remedio para todos esos males? ¿Cómo podrán nuestros corazones ser movidos al verdadero amor para todos nuestros hermanos? Por la fe, ese principio precioso "que obra en amor." Así el bendito apóstol dice a los queridos recién convertidos en Tesalónica: "Por cuanto vuestra fe va creciendo"; y ¿qué añade luego? "La caridad de cada uno de vosotros abun-

da entre vosotros." Así será siempre. La fe nos pone en contacto directo con la fuente de amor de Dios mismo; y la consecuencia necesaria es que este amor fluye de nuestros corazones a todos los que son suyos; a todos aquellos en los cuales podemos descubrir un rastro, por débil que fuere, de su imagen bendita. Es imposible estar junto al Señor y no amar a los que en cualquier parte invocan su Nombre de puro corazón. Cuanto más cerca estamos de Cristo, tanto más intensamente debemos estar unidos en verdadero amor fraternal con todo miembro de su cuerpo.

Y en cuanto a la mundanalidad en todas sus variadas formas ¿cómo la venceremos? Oigamos la respuesta de otro apóstol inspirado. "Porque todo aquello que es nacido de Dios vence al mundo, y ésta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?" El hombre nuevo, andando en el poder de la fe, vive por sobre el mundo, por sobre sus móviles, sus objetivos, sus principios, sus costumbres, sus modales. Nada tiene de común con él. Aunque está en el mundo, no es sin embargo del mundo. Marcha a través de la corriente del mismo. Obtiene todos sus recursos del cielo. Su vida, su esperanza, su todo está allí; y desea ardientemente estar allí cuando su obra en la tierra esté terminada.

Así vemos qué principio poderoso es la fe. Purifica el corazón, obra por amor, y vence al mundo. En una palabra, enlaza el corazón, en viviente poder, con Dios mismo; y ese es el secreto de verdadera elevación, santa benevolencia y divina pureza. Nada de extraño, pues, que Pedro la llame "preciosa fe," ya que en verdad es preciosa, mucho más de lo que el humano pensamiento pueda alcanzar.

Véase cómo este poderoso principio actuó en Caleb, y el bendito fruto que produjo. Le fué permitido comprobar la verdad de aquellas palabras, empleadas siglos después "Conforme a vuestra fe os sea hecho." Él creyó que Dios era capaz de hacerlos entrar en la tierra; y que todas las dificultades y obstáculos serían simplemente sustancia para la fe. Y Dios, como sucede siempre, contestó a su fe.

"Y los hijos de Judá vinieron a Josué en Gilgal; y Caleb, hijo de Jephone Cenezeo, le dijo: Tú sabes lo que Jehová dijo a Moisés, varón de Dios, en Cades-Barnea, tocante a mí y a ti. Yo era de edad de cuarenta años, cuando Moisés, siervo de Jehová, me envió de Cades-Barnea a reconocer la tierra; y yo le referí el negocio como lo tenía en mi corazón: "¡el simple testimonio de una brillante y hermosa fe! "Mas mis hermanos, los que habían subido conmigo, menguaron el corazón del pueblo; empero yo cumplí siguiendo a Jehová mi Dios. Entonces Moisés juró diciendo: Si la tierra que holló tu pie no fuere para ti, y para tus hijos en herencia perpetua: por cuanto cumpliste siguiendo a Jehová mi Dios. Ahora bien; Jehová me ha hecho vivir, como Él dijo, estos cuarenta y cinco años, desde el tiempo que Jehová habló estas palabras a Moisés, cuando Israel andaba por el desierto: y ahora he aquí soy hoy día de ochenta y cinco años; pero aun hoy estoy tan fuerte como el día que Moisés me envió: cual era entonces mi fuerza, tal es ahora, para la guerra, y para salir, y para entrar. Dame, pues, ahora este monte, del cual habló Jehová aquel día; porque tú oíste en aquel día que los Anaceos están allí, y grandes y fuertes ciudades. Quizá Jehová será conmigo, y los echaré, como Jehová ha dicho."

¡Cuán refrescantes son las expresiones de una fe sencilla! ¡Cuán edificantes! ¡Cuán verdaderamente alentadoras! ¡Qué vívido contraste con la tenebrosa y depresiva incredulidad con sus acentos marchitantes que deshonoran a Dios! "Josué entonces le alabó y dió a Caleb, hijo de Jephone, a Hebrón por heredad. Por tanto Hebrón fué de Caleb, hijo de Jephone Cenezeo, en heredad hasta hoy; porque cumplió siguiendo a Jehová Dios de Israel." (Jos. XIV: 13, 14.) Caleb, como su padre Abraham, fué firme en la fe, dando gloria a Dios; y podemos decir, con la mayor confianza, que así como la fe siempre honra a Dios, Él se complace a su vez en honrar la fe; y estamos convencidos de que si el pueblo de Dios confiara más en Él, si ellos extrajeran más abundantemente de sus recursos infinitos, seríamos testigos de una diferencia com-

pleta en las circunstancias de las cosas que nos rodean. "¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios?" ¡Ah! si tuviéramos una más viva fe en Dios, asiéndonos más audazmente a su fidelidad, a su bondad, a su poder! Entonces pudiéramos esperar más gloriosos resultados en el campo del evangelio; más celo, más energía, más intensa dedicación en la iglesia del Señor, y más abundancia de los fragantes frutos de justicia en los creyentes individualmente.

Vamos ahora por unos momentos a dar una ojeada a los versículos terminales de nuestro capítulo, en los cuales encontraremos sólida instrucción. Y, ante todo, echamos de ver los actos del divino gobierno desplegados de la manera más solemne y conmovedora. Moisés se refiere de un modo patético al hecho de su exclusión de la tierra de Canaán. "Y también contra mí se airó Jehová, *por causa de vosotros*, diciendo: Tampoco tú entrarás allá."

Fijémonos en las palabras "por causa de vosotros." Era muy necesario recordar a la congregación que era por causa de ellos que a Moisés, el amado y honrado siervo de Dios, le fué prohibido cruzar el Jordán y asentar su pie en la tierra de Canaán. Ciertamente es que "él había hablado inconsideradamente con sus labios," pero "ellos provocaron su espíritu." Esto debió de haberles conmovido hasta lo más profundo. No sólo fracasaron ellos, por su incredulidad, en entrar, sino que fueron causa de su exclusión, cuando deseaba ver "aquel buen monte y el Líbano." (Véase Salm. CVI, 32.)

Pero el gobierno de Dios es una magna y terrible realidad. No olvidemos esto un sólo instante. La inteligencia humana podrá admirarse de que unas cuantas palabras inconsideradas, unas sentencias dichas con precipitación puedan haber sido la causa de no conceder a aquel amado y honrado siervo de Dios lo que tan ardientemente había deseado. Pero a nosotros no nos toca sino inclinar la cabeza en humilde adoración y santa reverencia, no discutir ni juzgar. "El Juez de toda la tierra ¿no hará justicia?" Con toda seguridad Él no puede equivocarse. "Grandes y admirables son tus obras, Señor Dios Todo-

potencioso; justos y verdaderos tus caminos, oh rey de las naciones." "Dios terrible en la grande congregación de los santos y formidable sobre todos cuantos están alrededor suyo!" "Nuestro Dios es fuego consumidor," y "Terrible cosa es caer en manos del Dios vivo."

¿Se opone en modo alguno a la acción y autoridad del gobierno de Dios el que nosotros, como Cristianos, estemos bajo el reino de la gracia? De ningún modo. Es tan cierto ahora como lo fué siempre que "todo lo que el hombre sembrare, eso también segará" De aquí que sería grave error alegar la libertad que hay en la gracia divina para tener en poco los decretos del gobierno divino. Las dos cosas son del todo diferentes y no deben jamás confundirse. La gracia puede perdonar, libremente, completamente, eternamente, pero las ruedas del carro del gobierno de Jehová van rodando con aplastante poder y con aterradora solemnidad. La gracia perdonó el pecado de Adán; pero el gobierno de Dios le expulsó del Edén, para que ganara su vida con el sudor de su frente, entre los espinos y cardos de una tierra maldecida. La gracia perdonó a David su pecado; pero la espada del gobierno de Dios no se apartó de sobre su casa hasta el fin. Betseba fué la madre de Salomón; pero Absalom se levantó en rebeldía.

Y así con Moisés: la gracia lo llevó a la cumbre de Pisga y le mostró la tierra; pero el gobierno le prohibió austera y absolutamente su entrada en ella. Ni tampoco afecta en lo más mínimo a este principio capital la consideración de que Moisés, en su cargo oficial, como representante del sistema legalista, no podía introducir el pueblo en la tierra. Eso es verdad pero deja en absoluto intacta la solemne verdad que estamos ahora considerando. En el capítulo vigésimo de Números, y en el primero del Deuteronomio nada se nos dice de Moisés en cuanto a su cargo oficial. Es a él personalmente que se nos pone delante, y es a él que se le prohíbe entrar en la tierra por haber hablado inconsideradamente con sus labios.

Será muy conveniente para todos nosotros considerar minuciosamente, en la presencia de Dios, esa gran ver-

dad práctica. Podemos estar seguros de que cuanto más penetramos en el conocimiento de la gracia, tanto más sentiremos la solemnidad del gobierno de Dios, y de contraremos enteramente justificados sus decretos. Pero hay esto estamos completamente convencidos. Pero hay un peligro inminente de admitir, de una manera ligera y sin cuidado, las doctrinas de la gracia, mientras el corazón y la vida no se hayan sometido a la influencia santificadora de tales doctrinas. Hemos de vigilar cuidadosamente ese peligro con celo santo. Nada hay en todo el mundo más terrible que la simple familiaridad carnal con la doctrina de la salvación por gracia. Abre la puerta a toda clase de abusos. De ahí que sintamos la necesidad de grabar en la conciencia del lector la verdad práctica del gobierno de Dios. Es muy conveniente en todo tiempo, pero muy especialmente en nuestros días en que hay una terrible tendencia a convertir la gracia de nuestro Dios en licencia. Notaremos invariablemente que aquellos que mejor saben apreciar las bendiciones de la gracia, más cordialmente justifican los decretos del gobierno divino.

De las últimas líneas de nuestro capítulo podemos ver que el pueblo, en ningún modo, estaba preparado para someterse a la mano gubernamental de Dios. En fin, no querían plegarse a la gracia ni someterse al gobierno. Cuando se les llamó a subir inmediatamente y tomar posesión de la tierra con la completa seguridad de que la presencia y poder divinos les acompañarían, ellos dudaron y no quisieron ir. Se entregaron completamente a un espíritu de negra incredulidad. En vano Josué y Caleb hicieron llegar a sus oídos las más alentadoras palabras; en vano ponían ante sus ojos el rico fruto de aquella buena tierra; en vano intentó Moisés incitarlos con las más conmovedoras palabras; no quisieron ellos subir cuando se les mandó subir. Y luego ¿qué pasó? Por sus propias palabras fueron juzgados, así les fué hecho. "Y vuestros chiquitos, de los cuales dijisteis, serán por presa, y vuestros hijos, que no saben hoy bueno ni malo, ellos entrarán allá, y a ellos la daré, y ellos la heredarán. Y vosotros volveos y partíos al desierto camino del mar Bermejo."

¡Qué triste! Pero, ¿qué otro resultado podía esperarse? Si ellos no querían por simple fe subir a la tierra, no les quedaba más recurso sino volver al desierto. Mas a esto no querían someterse. No querían aprovecharse de las provisiones de la gracia ni tampoco doblegarse a la sentencia del juicio. "Entonces respondisteis y me dijisteis: Pecado hemos contra Jehová; nosotros subiremos y pelearemos, conforme a todo lo que Jehová nuestro Dios nos ha mandado. Y os armasteis cada uno de sus armas de guerra, y os apercibisteis para subir al monte."

Esto parecía ser un acto de contrición y de arrepentimiento; pero era hueco y falso. Es muy fácil *decir*: "Hemos pecado." Saul lo dijo en su tiempo; pero lo dijo sin que su corazón tomara parte, sin un verdadero sentido de lo que decía. Podemos fácilmente darnos cuenta de la fuerza y del valor de las palabras "he pecado" por el hecho de que fueron inmediatamente seguidas por estas otras: "mas ruegote que me honres delante de los ancianos de mi pueblo." ¡Qué extraña contradicción! "He pecado," y sin embargo, "hónrame." Si en realidad Saul hubiera sentido su falta, ¡cuán diferente hubiese sido su lenguaje! ¡Cuán diferentes su ánimo, su estilo, su conducta! Pero todo era una burla solemne. Esa forma de lenguaje sólo se concibe en un hombre lleno de egoísmo personal sin un ápice de verdadero sentimiento del corazón; y luego, a fin de verse honrado por los demás, cumple con la hueca forma de adorar a Dios. ¡Qué cuadro! ¿Puede haber algo más triste? ¡Cuán terriblemente ofensivo para Aquél que desea la verdad en lo íntimo y que busca adoradores que le adoren en espíritu y en verdad! El más débil vagido de un corazón quebrantado y contrito es precioso a los ojos de Dios; pero ¡cuán ofensivas en cambio las huecas formalidades de una religiosidad que se proponga exaltar al hombre a sus propios ojos y a los ojos de los demás! ¡Cuán enteramente inútil es la mera confesión de labios cuando el corazón no la siente! Un escritor moderno ha dicho con razón: "Es cosa fácil decir, 'hemos pecado'; pero ¡cuán a menudo descubrimos que no es la ligera confesión del pecado, lo que proporciona la

evidencia de que el pecado es sentido! Al contrario; más bien demuestra dureza de corazón. La conciencia siente que es necesario un acto tal como la confesión del pecado; pero en cambio apenas habrá otra cosa que endurezca más el corazón que el hábito de confesar el pecado sin tener el sentimiento del mismo. Yo creo que una de las mayores celadas en el Cristianismo desde la antigüedad hasta hoy consiste en el reconocimiento estereotipado del pecado, el mero hábito de cumplir con una fórmula de confesión a Dios precipitadamente. Me atrevería a decir que casi todos hemos hecho esto mismo, y sin referirnos a un determinado modo de hacerlo, porque ¡ay! existe bastante formalismo; y, sin necesidad de fórmulas escritas, el corazón puede forjarse sus propias formas, como habremos observado, si no conocido en nuestra propia experiencia sin necesidad de quejarse de otros."

Así aconteció con Israel en Cades. Su confesión de pecado era enteramente sin valor. No era sincera. Si hubiesen sentido lo que decían se hubiesen sometido al juicio de Dios y aceptado humildemente las consecuencias de su pecado. Ninguna prueba más clara de verdadera contrición hay que someterse a los designios gubernamentales de Dios. Véase el caso de Moisés. Obsérvese como inclinó su frente ante la disciplina divina. "Y también contra mí," dice Moisés, "se airó Jehová por causa de vosotros, diciendo: Tampoco tú entrarás allá. Josué, hijo de Nun, que está delante de ti, él entrará allá: ánimale, porque él la hará heredar a Israel."

Aquí Moisés les manifiesta que ellos eran la causa de que él fuese excluido de la tierra; y con todo no emplea ninguna palabra de queja o murmuración, sino que humildemente se inclina ante el divino juicio, no sólo contento de ser sustituido por otro, sino que está dispuesto a apoyar y animar a su sucesor. No hay indicio alguno de celos ni de envidia en sus palabras. Era bastante para aquel querido y honrado servidor el que Dios fuese glorificado y la necesidad de la congregación satisfecha. Para nada tuvo en cuenta su persona ni sus intereses, sino sólo la gloria de Dios y el bienestar de su pueblo.

Pero el pueblo había manifestado un espíritu muy diferente. "Nosotros subiremos y peharemos." ¡Qué petulancia! ¡Qué locura! Cuando mandados por Dios y animados por sus fieles servidores a subir y poseer la tierra, contestaron: "¿A dónde subimos? Y cuando se les ordena dirigirse nuevamente al desierto, contestan: "Nosotros subiremos y peharemos."

"Y Jehová me dijo: Diles: No subáis, ni peleéis, pues no estoy entre vosotros, porque no seáis heridos delante de vuestros enemigos. Y os hablé, y no disteis oído; antes fuisteis rebeldes al dicho de Jehová, y persistiendo con altivez, subisteis al monte. Y salió el Amorrheo, que habitaba en aquel monte, a vuestro encuentro y os persiguieron como hacen las avispas, y os derrotaron en Seir, persiguiéndoos hasta Horma."

Le era imposible a Jehová ir en su compañía al seguir ellos la senda de rebelión y de su propia voluntad; y era seguro que Israel, sin la presencia de Dios, no podía medirse con los Amorrheos. Si Dios es por nosotros y con nosotros, venceremos siempre. Pero no podremos contar con Dios si no andamos por el sendero de la obediencia. Es simplemente el colmo de la locura pensar que Dios pueda estar con nosotros, si nuestros caminos no son rectos. "El nombre del Señor es torre fuerte, el justo corre a ella y se salva." Pero si nosotros no andamos en justicia práctica, es vano decir que el Señor es nuestra torre fuerte.

Bendito sea su Nombre, Él puede salir a nuestro encuentro en las mismas profundidades de nuestra debilidad y de nuestro fracaso, con tal que haya la confesión cordial y verdadera de nuestro estado. Pero creer que el Señor está con nosotros, mientras hacemos nuestra voluntad, y andamos en injusticia palpable, no es otra cosa que maldad y dureza de corazón. "Cree en el Señor y haz bien." Tal es el orden divino; pero hablar de confiar en Dios, mientras se hace lo malo, es convertir la gracia de nuestro Dios en licencia y ponernos en manos del diablo que sólo busca nuestra ruina moral. "Los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para corroborar a los que tienen

corazón perfecto para con él." Cuando tenemos buena conciencia podemos levantar la cabeza y avanzar a través de toda clase de dificultades; pero intentar pisar la senda de fe con mala conciencia, es lo más peligroso del mundo. Sólo podemos mantener en alto el escudo de la fe, si nuestros lomos están ceñidos de verdad y el pecho cubierto con la cota de justicia.

Es de la mayor importancia que los Cristianos procuren mantener la justicia práctica en todas sus ramas. Hay un inmenso valor y peso moral en las palabras del apóstol Pablo; "Por esto, procuro yo tener siempre conciencia sin remordimiento acerca de Dios y acerca de los hombres." Él procuraba siempre llevar la cota de justicia y andar vestido con la ropa blanca que es la justicia de los santos. Y eso debemos hacer nosotros. Es nuestro santo privilegio pisar día tras día con firme paso la senda del deber, la senda de obediencia, la senda en la cual resplandece siempre la luz del rostro de Dios que revela aprobación. Entonces con seguridad podremos contar con Dios. Apoyarnos en Él, obtener de Él lo que pidamos, hallar en Él todos nuestros recursos, envolvernos en su fidelidad, y avanzar así, en pacífica comunión y santa adoración hacia nuestro hogar celestial.

Repitémoslo: no es que no podamos mirar a Dios, en nuestra debilidad, nuestra caída y aun en nuestros errores y pecados. Bendito sea su Nombre, podemos hacerlo, y su oído está siempre atento a nuestro clamor. "Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados y nos limpie de toda maldad." (1. Juan 1). "De los profundos clamo a ti, oh Jehová. Señor, oye mi voz; estén tus oídos atentos a la voz de mis súplicas. Jehová, si tu mirares las iniquidades ¿quién podrá estar en pie? Empero hay perdón cerca de ti, para que seas temido." (Salm. CXXX). No hay absolutamente límite alguno en el perdón divino, puesto que no hay límite en la extensión de la expiación, no hay límite en la virtud y eficacia de la Sangre de Jesu-Cristo, el Hijo de Dios, que limpia de todo pecado; no hay límite en la eficacia de la intercesión de nuestro adorable Abogado,

Pero el pueblo había manifestado un espíritu muy diferente. "Nosotros subiremos y peharemos." ¡Qué petulancia! ¡Qué locura! Cuando mandados por Dios y animados por sus fieles servidores a subir y poseer la tierra, contestaron: "¿A dónde subimos? Y cuando se les ordena dirigirse nuevamente al desierto, contestan: "Nosotros subiremos y peharemos."

"Y Jehová me dijo: Diles: No subáis, ni peleéis, pues no estoy entre vosotros, porque no seáis heridos delante de vuestros enemigos. Y os hablé, y no disteis oído; antes fuisteis rebeldes al dicho de Jehová, y persistiendo con altivez, subisteis al monte. Y salió el Amorrheo, que habitaba en aquel monte, a vuestro encuentro y os persiguieron como hacen las avispas, y os derrotaron en Seir, persiguiéndoos hasta Horma."

Le era imposible a Jehová ir en su compañía al seguir ellos la senda de rebelión y de su propia voluntad; y era seguro que Israel, sin la presencia de Dios, no podía medirse con los Amorrheos. Si Dios es por nosotros y con nosotros, venceremos siempre. Pero no podremos contar con Dios si no andamos por el sendero de la obediencia. Es simplemente el colmo de la locura pensar que Dios pueda estar con nosotros, si nuestros caminos no son rectos. "El nombre del Señor es torre fuerte, el justo corre a ella y se salva." Pero si nosotros no andamos en justicia práctica, es vano decir que el Señor es nuestra torre fuerte.

Bendito sea su Nombre, Él puede salir a nuestro encuentro en las mismas profundidades de nuestra debilidad y de nuestro fracaso, con tal que haya la confesión cordial y verdadera de nuestro estado. Pero creer que el Señor está con nosotros, mientras hacemos nuestra voluntad, y andamos en injusticia palpable, no es otra cosa que maldad y dureza de corazón. "Cree en el Señor y haz bien." Tal es el orden divino; pero hablar de confiar en Dios, mientras se hace lo malo, es convertir la gracia de nuestro Dios en licencia y ponernos en manos del diablo que sólo busca nuestra ruina moral. "Los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para corroborar a los que tienen

corazón perfecto para con él." Cuando tenemos buena conciencia podemos levantar la cabeza y avanzar a través de toda clase de dificultades; pero intentar pisar la senda de fe con mala conciencia, es lo más peligroso del mundo. Sólo podemos mantener en alto el escudo de la fe, si nuestros lomos están ceñidos de verdad y el pecho cubierto con la cota de justicia.

Es de la mayor importancia que los Cristianos procuren mantener la justicia práctica en todas sus ramas. Hay un inmenso valor y peso moral en las palabras del apóstol Pablo; "Por esto, procuro yo tener siempre conciencia sin remordimiento acerca de Dios y acerca de los hombres." Él procuraba siempre llevar la cota de justicia y andar vestido con la ropa blanca que es la justicia de los santos. Y eso debemos hacer nosotros. Es nuestro santo privilegio pisar día tras día con firme paso la senda del deber, la senda de obediencia, la senda en la cual resplandece siempre la luz del rostro de Dios que revela aprobación. Entonces con seguridad podremos contar con Dios. Apoyarnos en Él, obtener de Él lo que pidamos, hallar en Él todos nuestros recursos, envolvernos en su fidelidad, y avanzar así, en pacífica comunión y santa adoración hacia nuestro hogar celestial.

Repitémoslo: no es que no podamos mirar a Dios, en nuestra debilidad, nuestra caída y aun en nuestros errores y pecados. Bendito sea su Nombre, podemos hacerlo, y su oído está siempre atento a nuestro clamor. "Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados y nos limpie de toda maldad." (1. Juan 1). "De los profundos clamo a ti, oh Jehová. Señor, oye mi voz; estén tus oídos atentos a la voz de mis súplicas. Jehová, si tu mirares las iniquidades ¿quién podrá estar en pie? Empero hay perdón cerca de ti, para que seas temido." (Salm. CXXX). No hay absolutamente límite alguno en el perdón divino, puesto que no hay límite en la extensión de la expiación, no hay límite en la virtud y eficacia de la Sangre de Jesu-Cristo, el Hijo de Dios, que limpia de todo pecado; no hay límite en la eficacia de la intercesión de nuestro adorable Abogado,

nuestro Sumo Sacerdote, capaz de salvar hasta lo sumo a los que por él se allegan a Dios.

Todo esto es una verdad bendita; verdad extensamente enseñada y diversamente ilustrada en todo el inspirado volumen. Pero la confesión del pecado y el perdón del mismo no deben confundirse con la justicia práctica. En dos distintas condiciones podemos dirigirnos a Dios; podemos invocarle en profunda contrición, y ser oídos; o podemos clamar a Él con una buena conciencia, con corazón que no nos condene, y ser oídos. Pero los dos casos son muy distintos, y no solamente distintos en sí mismos, sino que ambos están en marcado contraste con aquella indiferencia y dureza de corazón del que presume contar con Dios a pesar de su positiva desobediencia y de la injusticia práctica. Es esto lo que es tan terrible a los ojos de Dios y que atraerá su duro castigo. La justicia práctica Él reconoce y la aprueba; el pecado confesado puede Él perdonarlo libre y completamente; pero creer que podamos poner nuestra confianza en Dios, mientras nuestros pies estén andando por el camino de la iniquidad, no es otra cosa que una suma impiedad. "No fiéis en palabras de mentira diciendo: "Templo de Jehová, Templo de Jehová, Templo de Jehová es éste! Mas si mejorareis cumplidamente vuestros caminos y vuestras obras; si con exactitud hicieris derecho entre el hombre y su prójimo, ni oprimiereis al peregrino, al huérfano y a la viuda, ni en este lugar derramareis la sangre inocente, ni anduviereis en pos de dioses ajenos para mal vuestro; os haré morar en este lugar, en la tierra que dí a vuestros padres para siempre. He aquí vosotros os confiáis en palabras de mentira, que no aprovechan. Hurta, matando y adulterando, y jurando falso, e incensando a Baal, y andando tras dioses extraños que no conocisteis. ¿Vendréis y os pondréis delante de mí en esta casa, sobre la cual es invocado mi nombre, y diréis: "Librados somos," para hacer todas estas abominaciones?" (Jer. VII).

Dios trata en realidades morales. Él desea la verdad en el interior; y si los hombres osan mantener la verdad

en injusticia, deben esperar su justo castigo. Y es el pensar en todo esto que nos hace sentir la terrible situación de la iglesia profesante. El solemne pasaje que acabamos de citar del profeta Jeremías, aunque refiriéndose primariamente a los habitantes de Judá y más especialmente de Jerusalén, tiene una aplicación muy marcada a la Cristiandad. En el tercer capítulo de la carta segunda a Timoteo encontramos que todas las abominaciones del paganismo, detalladas al final del capítulo primero de Romanos, se reproducen en los últimos días con los hábitos de la profesión cristiana y en relación inmediata con una "forma de piedad." ¿Cuál ha de ser el fin de tal estado de cosas? La ira no mitigada. Los más horrendos castigos de Dios están reservados para esa gran masa de profesos bautizados que llamamos Cristiandad. Se aproxima rápidamente el momento en el que el amado pueblo del Señor que éste rescató con su sangre, será arrebatado fuera de este mundo sombrío y lleno de pecado aunque quiera llamarse Cristiano, para estar para siempre con el Señor, en aquel dulce hogar de amor preparado en casa del Padre. Entonces "la operación de error" será enviada sobre la Cristiandad, sobre las mismas naciones en las cuales resplandecía la luz de la verdad en todo su esplendor; donde se predicaba libre y plenamente el evangelio, donde la Biblia circulaba por millones de ejemplares, y donde, en fin, todos profesaban el nombre de Cristo y se llamaban a sí mismos Cristianos.

Y después ¿qué? ¿Qué seguirá a esa "operación de error?" ¿Algún nuevo testimonio? ¿Otras *dispensaciones de misericordia*? ¿Nuevo esfuerzo de gracia longánime? ¡No para la Cristiandad! No para los que han rechazado el evangelio de Dios! ¡No para los profesores de unas formas de Cristianismo sin Dios y sin Cristo vacías y sin valor ninguno. Los paganos oirán el "evangelio eterno," el "evangelio del reino"; pero para esa terrible cosa, la más pavorosa anomalía llamada Cristianismo, la "viña de la tierra," nada queda sino el lagar de la ira del Dios todopoderoso, la negrura de la obscuridad para siempre, el lago ardiendo en fuego y azufre.

Lector: estos son los verdaderos dichos de Dios. Nada más fácil que colocar ante tus ojos un número de pruebas escriturales del todo incontestables, pero esto sería ajeno a nuestro presente propósito. El Nuevo Testamento, del principio al fin, expone la solemne verdad arriba enunciada; y cualquier sistema de teología bajo del sol que enseñe cosa distinta, ha de aparecer, en este punto al menos, completamente falso.

CAPÍTULO II

EN LAS últimas líneas del Capítulo I se nos presenta al pueblo llorando delante de Jehová. "Y volvisteis, y llorasteis delante de Jehová; pero Jehová no escuchó vuestra voz, ni os prestó oído. Y estuvisteis en Cades por muchos días, como en los días que habéis estado."

No había más sinceridad en sus lágrimas que en sus palabras. No era de más crédito su llanto que su confesión. Se da el caso de que muchos confiesen y viertan lágrimas sin un verdadero sentimiento del pecado en presencia de Dios. Esto es muy grave. En realidad es burlarse de Dios. Sabemos que un corazón verdaderamente contrito es delicia suya. Con el tal se complace en habitar. "Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; el corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios." Las lágrimas que fluyen de un corazón arrepentido son mucho más preciosas para Dios que los baños de mil colinas, ya que aquellas prueban que hay sitio para Él en aquel corazón; y eso es lo que busca en su infinita gracia. Quiere habitar en nuestros corazones, y llenarnos del profundo, inefable gozo de su muy bendita presencia.

Pero ni la confesión ni las lágrimas de Israel en Cades eran sinceras; y por lo tanto el Señor no podrá aceptarlas. El grito más débil de un corazón quebrantado asciende directamente al trono de Dios, y es inmediatamente contestado por el bálsamo sanador y calmante de su amor perdonador; pero cuando la confesión y las lágrimas van juntas con la voluntad propia y con la rebeldía, no sólo son sin valor alguno, sino que son un verdadero insulto a la divina Majestad.

Así, pues, el pueblo hubo de retroceder hacia el desierto, y peregrinar allí durante cuarenta años. No quedaba más recurso. No quisieron subir a aquella tierra con fe sencilla, en compañía de Dios; y Él no quiso acompañarlos cuando subieron ellos por propia voluntad y propia

confianza; y no tuvieron más remedio, por lo tanto, que aceptar las consecuencias de su desobediencia. Ya que no quisieron entrar en la tierra, habían de caer en el desierto.

¡Cuán grave es todo esto! Y ¡cuán solemne es el comentario del Espíritu sobre ello según leemos en el tercer capítulo de Hebreos! Y ¡cuán directamente y con cuánta validez se aplica a nosotros! Vamos a transcribir el pasaje para mayor fruto del lector. "Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto, donde me tentaron vuestros padres, me probaron, y vieron mis obras cuarenta años. A causa de lo cual me enemisté con esta generación y dije: Siempre divagan ellos de corazón, y no han conocido mis caminos. Juré, pues, en mi ira: No entrarán en mi reposo. Mirad, hermanos, que en ninguno de vosotros haya corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entretanto que se dice Hoy, porque ninguno de vosotros se endurezca con engaño de pecado. Porque participantes de Cristo somos hechos, con tal que conservemos firme hasta el fin el principio de nuestra confianza; entretanto que se dice: Si oyereis su voz hoy, no endurezcáis vuestros corazones como en la provocación. Porque algunos de los que habían salido de Egipto con Moisés, habiendo oído, provocaron; aunque no todos. Mas ¿con cuáles estuvo enojado cuarenta años? ¿no fué con los que pecaron, cuyos cuerpos cayeron en el desierto? ¿Y a quiénes juró que no entrarían en su reposo, sino a aquellos que no obedecieron? Y vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad. Temamos, pues, que quedando aún la promesa de entrar en su reposo, parezca alguno de vosotros haberse apartado. Porque también a nosotros se nos ha evangelizado como a ellos; mas no les aprovechó el oír la palabra a los que oyeron sin mezclar fe."

Aquí, como en todas las páginas del Libro inspirado, se nos enseña que la incredulidad es *la cosa* que entristece

el corazón de Dios y deshonra su Nombre. Y no sólo esto, sino que nos priva de las bendiciones, las dignidades y los privilegios que la gracia infinita otorga. Tenemos escasa idea de lo mucho que perdemos, en todos conceptos, por causa de nuestra incredulidad. Exactamente como en el caso de Israel, la tierra estaba ante ellos con toda su fecundidad y belleza; y se les mandó que subieran y tomaran posesión, pero: "no pudieron entrar a causa de incredulidad," así también con nosotros, no gozamos de la plenitud de bendiciones que la gracia soberana ha colocado a nuestro alcance. Los tesoros del cielo están abiertos ante nosotros, pero no alcanzamos a apropiárnoslos. Somos pobres, débiles, desprovistos y estériles, cuando debiéramos ser ricos, fuertes, satisfechos y fecundos. Somos enriquecidos con todas las bendiciones espirituales en los lugares celestiales en Cristo; mas de ellas no nos apoderamos como debiéramos y por tanto permanecemos pobres y débiles.

Así que, diremos de nuevo, ¿quién podrá calcular lo que perdemos por nuestra incredulidad en cuanto a la obra del Señor al rededor nuestro? En el evangelio leemos que en cierta población nuestro bendito Señor no pudo hacer grandes obras a causa de la incredulidad de ellos. ¿No nos dice esto nada a nosotros? ¿No le impedimos también nosotros de obrar a causa de incredulidad? Alguno dirá tal vez que el Señor llevará su obra adelante sin nosotros y sin nuestra fe; Él separará al que es suyo, y completará el número de los elegidos, a pesar de nuestra incredulidad; ni todo el poder de la tierra y del infierno, de los hombres y de los demonios juntos pueden impedir la marcha de sus consejos y propósitos; y en cuanto a su obra, no se hace con poder ni con fuerza, sino por su Espíritu. Los esfuerzos humanos son vanos; y la causa del Señor jamás progresará por incitaciones naturales.

Bien; todo esto es verdad, pero deja enteramente intacta la inspirada sentencia citada arriba: "Y no hizo allí muchas maravillas, a causa de la incredulidad de ellos." ¿No perdieron aquellas gentes grandes bendicio-

confianza; y no tuvieron más remedio, por lo tanto, que aceptar las consecuencias de su desobediencia. Ya que no quisieron entrar en la tierra, habían de caer en el desierto.

¡Cuán grave es todo esto! Y ¡cuán solemne es el comentario del Espíritu sobre ello según leemos en el tercer capítulo de Hebreos! Y ¡cuán directamente y con cuánta validez se aplica a nosotros! Vamos a transcribir el pasaje para mayor fruto del lector. "Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto, donde me tentaron vuestros padres, me probaron, y vieron mis obras cuarenta años. A causa de lo cual me enemisté con esta generación y dije: Siempre divagan ellos de corazón, y no han conocido mis caminos. Juré, pues, en mi ira: No entrarán en mi reposo. Mirad, hermanos, que en ninguno de vosotros haya corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entretanto que se dice Hoy, porque ninguno de vosotros se endurezca con engaño de pecado. Porque participantes de Cristo somos hechos, con tal que conservemos firme hasta el fin el principio de nuestra confianza; entretanto que se dice: Si oyereis su voz hoy, no endurezcáis vuestros corazones como en la provocación. Porque algunos de los que habían salido de Egipto con Moisés, habiendo oído, provocaron; aunque no todos. Mas ¿con cuáles estuvo enojado cuarenta años? ¿no fué con los que pecaron, cuyos cuerpos cayeron en el desierto? ¿Y a quiénes juró que no entrarían en su reposo, sino a aquellos que no obedecieron? Y vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad. Temamos, pues, que quedando aún la promesa de entrar en su reposo, parezca alguno de vosotros haberse apartado. Porque también a nosotros se nos ha evangelizado como a ellos; mas no les aprovechó el oír la palabra a los que oyeron sin mezclar fe."

Aquí, como en todas las páginas del Libro inspirado, se nos enseña que la incredulidad es *la cosa* que entristece

el corazón de Dios y deshonra su Nombre. Y no sólo esto, sino que nos priva de las bendiciones, las dignidades y los privilegios que la gracia infinita otorga. Tenemos escasa idea de lo mucho que perdemos, en todos conceptos, por causa de nuestra incredulidad. Exactamente como en el caso de Israel, la tierra estaba ante ellos con toda su fecundidad y belleza; y se les mandó que subieran y tomaran posesión, pero: "no pudieron entrar a causa de incredulidad," así también con nosotros, no gozamos de la plenitud de bendiciones que la gracia soberana ha colocado a nuestro alcance. Los tesoros del cielo están abiertos ante nosotros, pero no alcanzamos a apropiárnoslos. Somos pobres, débiles, desprovistos y estériles, cuando debiéramos ser ricos, fuertes, satisfechos y fecundos. Somos enriquecidos con todas las bendiciones espirituales en los lugares celestiales en Cristo; mas de ellas no nos apoderamos como debiéramos y por tanto permanecemos pobres y débiles.

Así que, diremos de nuevo, ¿quién podrá calcular lo que perdemos por nuestra incredulidad en cuanto a la obra del Señor al rededor nuestro? En el evangelio leemos que en cierta población nuestro bendito Señor no pudo hacer grandes obras a causa de la incredulidad de ellos. ¿No nos dice esto nada a nosotros? ¿No le impedimos también nosotros de obrar a causa de incredulidad? Alguno dirá tal vez que el Señor llevará su obra adelante sin nosotros y sin nuestra fe; Él separará al que es suyo, y completará el número de los elegidos, a pesar de nuestra incredulidad; ni todo el poder de la tierra y del infierno, de los hombres y de los demonios juntos pueden impedir la marcha de sus consejos y propósitos; y en cuanto a su obra, no se hace con poder ni con fuerza, sino por su Espíritu. Los esfuerzos humanos son vanos; y la causa del Señor jamás progresará por incitaciones naturales.

Bien; todo esto es verdad, pero deja enteramente intacta la inspirada sentencia citada arriba: "Y no hizo allí muchas maravillas, a causa de la incredulidad de ellos." ¿No perdieron aquellas gentes grandes bendicio-

nes por causa de su incredulidad? ¿No impidieron que se hicieran grandes bienes? Debemos tener mucho cuidado en no rendir nuestra mente a la dañosa influencia de un pernicioso fatalismo que con ciertas apariencias de verdad, es enteramente falso, ya que niega toda responsabilidad humana y paraliza toda santa energía para la causa de Cristo. Hemos de tener siempre presente que Aquél mismo que, en sus eternos consejos ha decretado los fines, ha señalado también los medios; y si nosotros en la pecaminosa incredulidad de nuestros corazones, y con la influencia de la verdad vista por un solo lado, doblamos los brazos y descuidamos los medios, Él nos pondrá a un lado y proseguirá su obra valiéndose de otras manos. Él hará la obra, bendito sea su santo Nombre, pero nosotros perderemos la dignidad, el privilegio y la bendición de ser sus instrumentos.

Véase la conmovedora escena descrita en el capítulo segundo de Marcos. Ilustra de la manera más clara el gran principio que deseáramos grabar sobre la conciencia del lector de estas líneas. Demuestra el poder de la fe en relación con la obra del Señor. Si los cuatro hombres de los cuales se describe la conducta en aquel capítulo, se hubiesen dejado influir por un dañoso fatalismo, hubiesen convenido en que no era necesario hacer nada; si el paralítico había de ser curado, sería hecho sin ningún esfuerzo humano. ¿Por qué debían molestarse en subir a lo alto de la casa, destapar el tejado y bajar al enfermo ante Jesús? ¡Ah! Fué muy conveniente para el enfermo y también para ellos el que no obraran de acuerdo con aquel falaz razonamiento. ¡Véase lo que obró su hermosa fe! Refrescó el corazón del Señor Jesús; al enfermo le proporcionó la curación, el perdón y otras bendiciones, y dió ocasión a que se desplegara el poder divino que llamó la atención de todos los presentes, y dió testimonio a la gran verdad de que Dios estaba en la tierra, en la Persona de Jesús de Nazaret, curando enfermos y perdonando pecados.

Muchos otros ejemplos podrían ofrecerse, pero no hay necesidad de ellos. Toda escritura establece el hecho de

que la incredulidad impide nuestra bendición, dificulta el que seamos útiles, nos priva del precioso privilegio de ser los honrados instrumentos de fomentar su obra gloriosa, y de ver las operaciones de su poder y de su Espíritu en derredor de nosotros. Y, por otro lado, aquella fe atrae bendiciones y poder no sólo para nosotros mismos sino también para otros; y así glorifica y gratifica a Dios, dando lugar al despliegue del poder divino. En una palabra, no hay límites en la bendición que de manos de Dios podríamos gozar, si nuestros corazones fuesen siempre gobernados por aquella sincera fe que cuenta siempre con Él y que Él se complace siempre en honrar. "Según vuestra fe así os sea hecho." ¡Preciosas palabras que conmueven el alma! ¡Qué ellas nos animen a obtener más y más abundantemente de los inagotables recursos que tenemos en Dios! Él se complace en que usemos de Él, ¡bendito sea para siempre su santo Nombre! Su palabra dirigida a nosotros nos dice: "Ensancha tu boca y henchirla he." Nunca podremos esperar demasiado del Dios de toda gracia que nos dió a su Hijo Unigénito y nos dará con Él libremente todas las cosas.

Pero Israel no pudo confiar en que Dios les llevaría a la tierra; creyó poder ir, contando con sus propias fuerzas, y el resultado fué que se desbandó ante sus enemigos. Así sucederá siempre. La arrogancia y la fe son dos cosas totalmente diferentes: la primera sólo puede conducir a la derrota y al desastre; la otra a segura y cierta victoria.

"Y volvimos, y partimos al desierto, camino del mar Bermejo, como Jehová me había dicho, y rodeamos el monte de Seir por muchos días." Hay una gran belleza moral en esa asociación con que Moisés se identifica por completo con el pueblo. Él, así como Josué y Caleb tuvieron que volver atrás, camino del desierto, en compañía de la incrédula congregación. Esto, según el criterio humano, parecerá duro; pero podemos estar seguros de que era bueno y provechoso. Hay siempre gran bendición en inclinarnos ante la voluntad de Dios, aunque no siempre podamos comprender el cómo y el por qué de las co-

sas. No leemos que esos honrados servidores de Dios, expresaran una sola palabra de murmuración al verse obligados a volver al desierto por durante cuarenta años, a pesar de que estuvieron dispuestos a subir a poseer la tierra. No; ellos se limitaron simplemente a volver atrás. Y bien podrían hacerlo cuando el mismo Jehová volvió también atrás. ¿Cómo podían pensar en quejarse, cuando veían la carroza del Dios de Israel dando vuelta hacia el desierto? Ciertamente la gracia paciente y la misericordia de Dios pudo muy bien haberles enseñado a aceptar de buen grado una prolongada estancia en el desierto, y a esperar el bendito momento de entrar en la tierra prometida.

Es siempre una gran cosa someternos mansamente a la mano de Dios. Estamos seguros de levantar una rica cosecha de bendiciones con tal ejercicio. El verdadero secreto del descanso consiste, según Él mismo nos enseña, en tomar sobre nosotros el yugo de Cristo. "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí; que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil y ligera mi carga."

¿Cuál era este yugo? Era la absoluta y completa sujeción a la voluntad del Padre. Eso vemos con toda perfección en nuestro adorable Señor y Salvador Jesu-Cristo. Él pudo decir: "Así, Padre, pues que así agradó en tus ojos." Tal era su estado. "Agradó en tus ojos." Esto lo explica todo. ¿Era su testimonio rechazado? ¿Parecía Él trabajar en vano, gastando sus fuerzas sin resultado y vanamente? ¿Qué dice, pues? "Te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra." Estaba conforme con todo. Lo que complacía al Padre, le complacía a Él. Jamás tuvo un pensamiento o un deseo que no estuviese en perfecta consonancia con la voluntad de Dios. De aquí que Él, como hombre, gozaba siempre de perfecto descanso. Descansaba en los consejos y propósitos divinos. La corriente de su paz era completamente tranquila del principio al fin.

Tal era el yugo de Cristo; y esto es lo que Él, en su infinita gracia, nos invita a tomar sobre nosotros, a fin de que nosotros, también, podamos hallar descanso para nuestras almas. Notemos las palabras "*hallaréis* descanso," y procuremos comprender su significación. No debemos confundir el "descanso" que *Él nos da* con el descanso que nosotros hallamos. Cuando el alma cansada, cargada, abrumada acude a Jesús con sencilla fe, Él da descanso, descanso estable, aquel descanso que mana de la completa seguridad de que todo está hecho; los pecados quitados para siempre; la justicia perfecta cumplida, revelada y poseída; toda cuestión, divina y eternamente resuelta; Dios glorificado; Satanás enmudecido; la conciencia tranquilizada.

Tal es el descanso que Jesús da cuando vamos a Él. Pero luego debemos caminarnos por entre las escenas y circunstancias de nuestra vida diaria. En ella háy pruebas, dificultades, trabajos, combates, fracasos y reveses de toda clase. Ninguna de estas cosas puede afectar en lo más mínimo al descanso que Jesús da, pero sí pueden alterar seriamente el descanso que debemos hallar. Ellas no turbarán nuestras conciencias, pero pueden perturbar en gran manera nuestro corazón; pueden desasosegarnos, encolerizarnos, impacientarnos. Por ejemplo: Yo debo predicar en Glasgow pues así está anunciado; pero heme aquí recluso por enfermo en una estancia de Londres. Esto no turba en lo más mínimo mi conciencia; pero turba en gran manera mi corazón; puedo estar en completa fiebre de agitación, y a punto de exclamar: "¡Qué fastidio! ¡Qué terrible contratiempo! ¿Qué haré? ¡Qué fatalidad!"

Y ¿cómo saldré de este estado de cosas? ¿Cómo podré tranquilizar mi corazón y calmar la excitación de mi ánimo? ¿Qué necesito ante todo? Hallar descanso. Y ¿cómo podré hallar ese descanso? Inclinandome y tomando sobre mí el precioso yugo de Cristo; el mismo yugo que Él llevó siempre en los días de su carne: el yugo de completa sumisión a la voluntad de Dios. Necesito la capacidad

de decir, sin un átomo de reserva, desde lo más profundo de mi alma: "Hágase, Señor, tu voluntad." Necesito de un tan profundo sentido de su perfecto amor para mí, y de su infinita sabiduría en todas sus relaciones conmigo, que no quisiera que las cosas fuesen de otra manera, aunque estuviese en mi poder cambiarlas; sí; que no quisiera mover un dedo para cambiar mi posición o mis circunstancias, sintiendo que es mucho mejor para mí hallarme en el lecho del dolor en Londres, que hablando desde un púlpito en Glasgow.

En esto estriba el profundo y precioso secreto del descanso del corazón en oposición a la intranquilidad. Es la simple posibilidad de dar gracias a Dios por todo, por más contrario que sea a nuestra voluntad y por más que subvierta nuestros planes. No es un mero asentimiento a la verdad de que: "a los que a Dios aman todas las cosas les ayudan a bien, es a saber, a los que conforme al propósito son llamados." Es el sentimiento positivo, la realización actual del hecho divino de que las cosas que Dios determina son las mejores para nosotros. Es un perfecto descanso en el amor, sabiduría, poder y fidelidad de Aquél que ha tomado a su cargo del modo más benévolo todas nuestras cosas y se ha encargado de todo cuanto nos concierne tanto en el tiempo como en la eternidad. Sabemos que el amor hará siempre lo más conveniente para el objeto amado. ¿Qué será tener a Dios mismo haciendo lo mejor para nosotros? ¿Cuál será el corazón que no podrá estar satisfecho con lo mejor de Dios, si conoce algo de Él?

Pero antes que el corazón pueda quedar satisfecho con su voluntad, Él debe ser conocido. Eva en el jardín de Edén, engañada por la serpiente, anduvo descontenta con la voluntad de Dios. *Deseaba algo* que Él le había prohibido; y el diablo se encargó de proporcionarle lo que deseaba. Ella pensó que el diablo la podía servir mejor que Dios. Ella creyó mejorar sus circunstancias apartándose de las manos de Dios y colocándose en manos de Satán. De aquí que, el corazón no renovado no puede, ni con la más mínima posibilidad, descansar en la volun-

tad de Dios. Si escudriñamos el corazón humano desde el fondo, si le sometemos a un detenido análisis, no encontraremos ni un solo pensamiento de acuerdo con la voluntad de Dios; no, ni siquiera uno. Y aun en el caso del verdadero Cristiano, el hijo de Dios, es tan sólo cuando, por su gracia, está capacitado para amortiguar la propia voluntad, considerarse como muerto y andando en el Espíritu, que podrá deleitarse en la voluntad de Dios y darle gracias en todos los casos. Es una de las más hermosas evidencias del nuevo nacimiento, el ser capaz de decir, sin la menor sombra de reserva, en lo tocante a los tratos de Dios para con nosotros, "sea hecha tu voluntad." "Así, Padre, porque así agradó en tus ojos." Cuando el corazón está en esa disposición, Satanás no puede hacer nada de él. Es una gran cosa ser capaz de decir al diablo, de decir al mundo, no con los labios tan sólo, sino en realidad y en verdad, no sólo con palabras sino con el corazón y la vida: *"estoy perfectamente satisfecho con la voluntad de Dios."*

Esta es la manera de encontrar el descanso. Procu-remos comprenderlo. Es el remedio divino para esa inquietud, ese espíritu de descontento, de falta de resignación con nuestra situación y esfera, que desgraciadamente es tan frecuente por todas partes. Es un perfecto remedio para la ambición inquieta tan opuesta al Espíritu de Cristo, pero tan característica del hombre de este mundo.

Querido lector, cultivemos con santa diligencia ese espíritu de mansedumbre y humildad, de tanta estima a los ojos de Dios; que se inclina ante su voluntad en todo, y *que le justifica* en todos sus tratos con nosotros, venga lo que viniere. Entonces nuestra paz fluirá como las aguas de un río, y el Nombre de nuestro Señor Jesucristo será magnificado en nuestra vida, carácter y conducta.

Antes de dejar el muy interesante y práctico tema que hasta ahora ha ocupado nuestra atención, haremos observar que existen tres actitudes distintas en que el alma puede hallarse con respeto a los designios de Dios, y son: la sumisión, el asenso y el regocijo. Cuando la

voluntad está quebrantada, hay sumisión; cuando el entendimiento está iluminado en cuanto al propósito divino, hay asentimiento; y cuando los afectos están ligados con el mismo Dios, hay entonces positivo regocijo. Así es que leemos en el capítulo diez de Lucas: "En aquella misma hora Jesús se *alegró* en espíritu, y dijo: *Yo te alabo*, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, que escondiste estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños. Así Padre, porque así te agradó." El Unigénito encontró su perfecta delicia en toda la voluntad de Dios. Su comida y su bebida era hacer esa voluntad a toda costa. En el servicio o en el sufrimiento, en vida o en muerte, jamás tuvo ningún propósito sino la voluntad del Padre. Él pudo decir: "Lo que a Él agrada hago siempre." ¡Loor eterno y universal a este monte, volveos al Aquilón."

Prosigamos ahora con nuestro capítulo.

"Y Jehová me habló, diciendo: Harto habéis rodeado este monte, volvéos al Aquilón."

La palabra del Señor lo determinaba todo. Fijaba el plazo en el cual el pueblo debía permanecer en un sitio dado, así como también hacia dónde habían de dirigir luego sus pasos. Ninguna necesidad tenían de calcular o echar planes sobre sus movimientos. Eso era la responsabilidad y prerrogativa de Jehová, quien lo disponía todo por ellos; su responsabilidad era obedecer. No se mencionan aquí ni la nube ni la trompeta. Había simplemente la palabra de Dios y la obediencia de Israel.

Nada puede haber más precioso para un hijo de Dios, con tal que el corazón esté en una condición bien recta, que ser guiado en todos sus movimientos, por mandato divino. Ello evita una nube de angustias y perplejidades. En el caso de Israel, llamados como estaban a viajar por un grande y terrible desierto, en el cual no había sendero ninguno, era una inefable misericordia el tener ordenados por un Guía infalible todos sus movimientos, todos sus pasos y todos sus altos para acampar. Ninguna necesidad tenían de preocuparse de sus movimientos, ni del tiempo que debían permanecer en un lugar

determinado, o a donde debían ir después. Jehová lo disponía todo por ellos. A ellos no les tocaba más que esperar en Él para que les guiara, y hacer lo que se les mandaba.

Sí, lector, éste era el gran punto; un ánimo que espera y es pronto a obedecer. Si éste faltara, estaría expuesto a toda clase de cuestiones, discusiones y rebeldes actividades. Si cuando Dios dijo: "Harto habéis rodeado este monte," hubiese contestado Israel: "No; queremos rodearlo un poco más; estamos muy cómodos aquí y no deseamos hacer ningún cambio." O bien, cuando Dios dijo: "volvéos al monte," si hubiesen ellos replicado: "No; preferimos con mucho marchar hacia el este," ¿cuál hubiera sido el resultado? Pues que habrían perdido la divina compañía, y ¿quién les hubiera entonces guiado, ayudado y alimentado? Sólo andando en el camino indicado por el mandato divino podían contar con la presencia divina entre ellos. Si hubiesen elegido seguir el camino que su propia voluntad quería no les quedaba otra cosa que hambre, desolación y tinieblas. La corriente de la roca herida y el maná celestial podían encontrarse solamente en la senda de la obediencia.

Ahora bien; nosotros los Cristianos hemos de sacar enseñanza de todo esto, enseñanza saludable, necesaria y valiosa. Gozamos del dulce privilegio de tener nuestro camino señalado día tras día por la autoridad divina. De esto debemos estar completamente seguros. ¡No hemos de permitir que se nos despoje de esta rica bendición por los capciosos razonamientos de la incredulidad. Dios ha prometido guiarnos, y su promesa es el sí y el Amén. A nosotros sólo nos toca apropiarnos esa promesa con la más sencilla fe. Es ella tan real, tan sólida y tan verdadera como Dios puede hacerla. No podemos admitir ni un momento que Israel en el desierto estuviese en mejor situación en materia de su guía, que el celestial pueblo de Dios en su pasaje a través de este mundo. ¿Cómo sabía Israel la duración de sus altos en el campo y la línea de su marcha? Por la palabra de Dios. ¿Estamos nosotros en peor estado? Lejos de ello.

Estamos con mucho en mejor situación que ellos. Tenemos la palabra y el Espíritu de Dios para guiarnos. A nosotros nos corresponde el elevado y santo privilegio de andar en las pisadas del Hijo de Dios.

¿No es ésta acaso una guía perfecta? Sí, gracias a Dios, lo es. Oigamos lo que nos dice nuestro adorable Señor Jesucristo: "Yo soy la luz del mundo: el que me sigue, no andará en tinieblas, mas tendrá la lumbré de la vida." Notemos esas palabras, "el que *me sigue*." Él nos ha dejado ejemplo para que sigamos sus pisadas. Ésta es una guía viviente. ¿Cómo anduvo Jesús? Siempre y tan solamente bajo el mandato de su Padre. Por Él obraba; por Él se movía; sin Él jamás obró, se movió o habló.

Ahora bien; nosotros somos llamados a seguirle y al hacerlo tenemos la seguridad por sus mismas palabras de que no andaremos en tinieblas, sino que tendremos la lumbré de la vida! ¡Preciosas palabras! "*La lumbré de la vida*." ¿Quién puede sondear sus vivas profundidades? ¿Quién es capaz de apreciar debidamente su valor? "Las tinieblas han pasado y la verdadera luz ahora alumbra," y nos corresponde a nosotros andar en el pleno resplandor de la luz que alumbra el camino del Hijo de Dios. ¿Hay en esto alguna inseguridad, alguna perplejidad, algún motivo de duda? Evidentemente no. ¿Cómo podría ser si nosotros le seguimos? Es del todo imposible conciliar ambas ideas.

Y nótese bien, que en ningún modo se trata aquí de tener un texto literal de la escritura para cada movimiento o para cada acto nuestro. Por ejemplo: yo no puedo esperar que haya un texto en la escritura o que venga una voz del cielo para indicarme que vaya a Londres o a Edimburgo, y cuanto tiempo he de permanecer allí caso de que tenga que ir. ¿Cómo, pues, se preguntará, puedo saber dónde he de ir y cuánto tiempo he de permanecer donde vaya? La respuesta es, esperar en Dios en sinceridad de intención y simplicidad de corazón, y Él hará tu camino tan claro como un rayo de sol. Eso fué lo que hizo Jesús; y si le seguimos no andaremos en ti-

nieblas. "Con mi ojo te guiaré" es la preciosa promesa, pero para sacar provecho de ella hemos de estar lo bastante cercanos a Él para discernir los movimientos de sus ojos, y bastante íntimo con Él para comprender lo que significan.

Eso sucede en todos los detalles de la vida diaria. Responde a miles de cuestiones y resuelve miles de dificultades, con sólo que esperemos la divina guía y no demos un paso sin ella. Si no tengo luz para moverme mi deber es permanecer quieto. No debemos nunca movernos en la incertidumbre. Ocurre a menudo que nos fatigamos con movimientos o con acciones, cuando Dios querría que estuviéramos quietos y que no hiciéramos nada. Vamos y preguntamos a Dios acerca de ello, y no obtenemos respuesta; nos dirigimos a nuestros amigos en busca de consejo y no pueden ayudarnos, porque es ésta una cuestión enteramente circunscrita entre nuestra alma y el Señor. Por tales medios nos vemos rodeados de dudas y ansiedades. Y ¿por qué? Pues sencillamente porque nuestro ojo no es simple; no seguimos a Jesús, "la luz del mundo." Debiéramos establecerlo como un principio fijo, como un precioso axioma en la vida divina, que si seguimos a Jesús tendremos la lumbré de la vida. Él lo ha dicho, y esto basta a la fe.

Por lo tanto, creemos estar perfectamente en lo cierto al establecer que Aquél que guió su pueblo terrenal en sus peregrinaciones por el desierto, puede, y quiere en efecto, guiar a su pueblo celestial aquí en la tierra en todos sus movimientos y en todos sus caminos. Mas, por otra parte, fijémonos bien en que no nos inclinemos a hacer nuestra voluntad, siguiendo nuestros caminos y desarrollando nuestros propios planes. "No seáis como el caballo, o como el mulo que no tienen entendimiento; que ha de ser sujetado con cabestro y con freno, para que no lleguen a ti." Sea nuestro mayor deseo andar en las pisadas de nuestro bendito Salvador que no se agradó a sí mismo, sino que siempre se movió en la corriente de la voluntad divina, jamás obró sin la divina autoridad; el cual, aunque Dios en sí mismo y sobre todas las cosas,

bendito para siempre, con todo, tomando su lugar como hombre sobre la tierra, rindió completamente su propia voluntad, y halló su comida y su bebida en hacer la voluntad de su Padre. De este modo nuestros corazones e inteligencias serán guardados en perfecta paz; y estaremos capacitados para avanzar con paso firme, día tras día, por el camino que nos indica nuestro divino y constantemente presente Guiador, el cual no sólo conoce, como Dios, cada paso del camino, sino que, como hombre, lo ha recorrido antes que nosotros, y nos ha dado un ejemplo para que siguiéramos sus pisadas. ¡Oh, que le sigamos con mayor fidelidad en todo, por el ministerio del Espíritu Santo que mora en nosotros!

Y al llegar aquí, hemos de dirigir la atención del lector a un tema del más alto interés, tema que ocupa una grande extensión en la escritura del Antiguo Testamento, y que está ilustrado de modo patente en el capítulo abierto ante nuestros ojos, esto es, el gobierno del mundo por Dios, y la admirable ordenación de las naciones de la tierra. Es un magno hecho y de la mayor importancia, digno de ser tenido constantemente en cuenta, que Aquél al cual conocemos como "El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo" y nuestro Dios y Padre, toma un interés real, viviente y personal en los negocios de las naciones; toma en cuenta sus movimientos y las relaciones de unas con otras.

En verdad, todo esto está en inmediata relación con Israel y la tierra de Palestina, según leemos en el capítulo treinta y dos de nuestro libro, versículo ocho, pasaje de singular interés y de gran poder sugestivo. "Cuando el Altísimo hizo heredar a las gentes, cuando hizo dividir los hijos de los hombres, estableció los términos de los pueblos según el número de los hijos de Israel." Israel fué y será para Dios el centro de la tierra, y es un hecho de la mayor importancia que, desde el mismo principio del mundo, según vemos en Génesis, capítulo diez, el Creador y Gobernador del mundo formó las naciones y fijó sus términos, de acuerdo con su soberana voluntad, y en directa relación con la simiente de Abraham, y la

estrecha porción de tierra que ellos habían de poseer, en virtud del pacto eterno concertado con sus padres.

Mas en el segundo capítulo del Deuteronomio, vemos a Jehová, en su fidelidad y en su justicia, interponiéndose para proteger a tres naciones distintas en el disfrute de sus derechos nacionales, y esto, para oponerse a las intenciones de su propio pueblo escogido. Y dice a Moisés: "Manda al pueblo, diciendo: Pasando vosotros por el término de vuestros hermanos los hijos de Esaú, que habitan en Seir, ellos tendrán miedo de vosotros; mas vosotros guardaos mucho. No os metáis con ellos, que no os daré de su tierra ni aun la holladura de la planta de un pie; porque yo he dado por heredad a Esaú el Monte de Seir. Compraréis de ellos por dinero las viandas y comeréis y también compraréis de ellos el agua y beberéis."

Israel pudo creer que no debían hacer sino apoderarse de la tierra de Edom; pero tuvieron que aprender otra cosa muy diferente; debían aprender que el Altísimo es el Gobernador sobre todas y entre todas las naciones; que toda la tierra le pertenece, y que la distribuye en porciones a uno u a otro según a Él le place.

Este es un magnífico hecho digno de ser recordado. La mayor parte de los hombres piensan muy poco en esto. Emperadores, reyes, príncipes, gobernantes y hombres de Estado cuidan muy poco de esto. Olvidan que Dios se interesa personalmente en los negocios de las naciones; que Él concede reinos, provincias y países según mejor le parece. Aquellos hombres obran, casi siempre, como si se tratase tan sólo de resolver un problema de conquistas militares, y como si Dios nada tuviese que ver con la cuestión de los límites nacionales y posesiones territoriales. Es esta una grave equivocación. No comprenden la significación y la fuerza de esta simple sentencia: "Porque yo he dado por heredad a Esaú el monte de Seir." Dios no abdicará jamás sus derechos en esta cuestión. No permitió a Israel que tocara ni un átomo de la propiedad de Esaú. Usando una frase moderna, debían pagar al contado todo cuanto necesitasen, y seguir pacíficamente su

camino. El pueblo de Dios no podía pensar en entregarse a la desordenada matanza y saqueo.

Y ahora, nótese las preciosas razones para todo esto: "Pues Jehová tu Dios te ha bendecido en toda obra de tus manos: él sabe que andas por este gran desierto; estos cuarenta años Jehová tu Dios fué contigo y ninguna cosa te ha faltado." Bien podían, pues, dejar a Esaú tranquilo y dejarle su posesión intacta. Ellos eran el objeto de los tiernos cuidados de Jehová. Él conocía cada paso que daban en su fatigoso viaje a través del desierto. Él, en su infinita bondad, había tomado sobre sí el proveer a todas sus necesidades. Iba a darles la tierra de Canaán, según la promesa hecha a Abraham; pero la mismísima mano que iba a entregarles Canaán, había dado a Esaú el monte de Seir.

Exactamente lo mismo vemos que ocurre con referencia a las naciones de Moab y de Ammón. "Y Jehová me dijo: No molestes a Moab, ni te empeñes con ellos en guerra, que no te daré posesión de su tierra; porque yo he dado a Ar por heredad a los hijos de Lot." Y también: "Y te acercarás delante de los hijos de Ammón; no los molestes, ni te metas con ellos; porque no te tengo de dar posesión de la tierra de los hijos de Ammón; que a los hijos de Lot la he dado por heredad."

Las tierras que aquí se señalan fueron en otros tiempos habitadas por gigantes; pero el propósito de Dios era dar esos territorios a los hijos de Esaú y de Lot, y por lo tanto Él destruyó aquellos gigantes; porque ¿qué cosa o quién podrá interponerse en el camino de los divinos consejos? "Por tierra de gigantes fué también ella tenida; habitaron en ella gigantes en otro tiempo... pueblo grande, y numeroso, y alto, como los Anaceos, a los cuales Jehová destruyó de delante de los Ammonitas, quienes les sucedieron y habitaron en su lugar; como hizo con los hijos de Esaú, que habitaban en Seir, de delante de los cuales destruyó a los Horeos; y ellos les sucedieron, y habitaron en su lugar hasta hoy." (Vers. 20-23.)

Así que, a Israel no le fué permitido meterse en las posesiones de esas tres naciones, los Edomitas, Ammonitas

y Moabitas. Pero en la siguiente sentencia vemos una cosa del todo diferente cuando se trata del pueblo Amorreo. "Levantaos, partid, y pasad el arroyo de Arnón: he aquí he dado en tu mano a Sehón, rey de Hesbón, Amorreo y a su tierra. Comienza a tomar posesión y empeñate con él en guerra."

El gran principio que se desprende de esas variadas instrucciones a Israel es que la palabra de Dios es la que debe establecerlo todo para su pueblo. Israel no debía entrar en averiguaciones del por qué debían dejar intactas las posesiones de Esaú y de Lot, y meter mano en las de Sehón. Debían limitarse a hacer simplemente lo que se les mandaba. Dios podía hacer lo que quisiera. Su mirada abarcaba toda la escena. Él lo mira todo. Los hombres pueden creer que Él se ha olvidado de la tierra; pero no la ha olvidado, bendito sea su Nombre. Él es, según el apóstol nos dice en su discurso de Atenas, "Señor del cielo y de la tierra"; y "de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habitasen sobre toda la faz de la tierra, y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los términos de la habitación de ellos." Y más adelante: "Por cuanto ha establecido un día, en el cual ha de juzgar al mundo habitable con justicia por aquel varón al cual determinó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos."

Aquí tenemos una muy grande y grave verdad a la cual harán bien en prestar atención los hombres de cualquier condición y categoría. Dios es el soberano Gobernador del mundo. No nos da cuenta de ninguno de sus asuntos. Humilla a unos y eleva a otros. Reinos, dinastías, gobiernos, están a su disposición. Obra según su propia voluntad en el ordenamiento y arreglo de los negocios humanos. Pero, al mismo tiempo, hace al hombre responsable de sus acciones, en las varias situaciones en las que su Providencia lo ha colocado. El gobernante y el gobernado, el rey, el gobernador, el magistrado, el juez, todas las clases y rangos de hombres han de dar cuenta a Dios tarde o temprano. Cada uno, como si fuera el único hombre habido, ha de parecer ante el tribunal de Cristo, y allí pasar

revista a su vida entera, desde el principio al fin. Todo acto, toda palabra, todo pensamiento secreto, se manifestará allí con aterradora claridad. No podremos escapar aprovechándonos de la aglomeración del pueblo. La palabra declara que "cada uno será juzgado según sus obras." Será estrictamente individual y sin equivocación posible. En una palabra, será un juicio divino, y, como tal, absolutamente perfecto. Nada se pasará por alto. "Toda palabra ociosa, que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio." Reyes, gobernadores y magistrados habrán de dar cuenta por el modo en que han hecho uso del poder de que fueron hechos depositarios y de las riquezas que pasaron por sus manos. El noble y el acaudalado que han gastado su fortuna y su tiempo en locuras, vanidad, liviandades y satisfacción de la carne, habrán de responder de todo ello ante el trono del Hijo del hombre, cuyos ojos son como llama de fuego para ver el interior del hombre de parte a parte, y sus pies semejantes al latón fino para aplastar en juicio todo lo que es contrario a Dios.

La incredulidad quizá pregunte con burlona sonrisa: "¿Cómo puede ser eso? ¿Cómo podrán los incontables millones de seres de la raza humana encontrar espacio suficiente ante el trono de juicio de Cristo? Y ¿cómo podrá haber tiempo suficiente para entrar minuciosamente en los detalles de la vida de cada persona?" La fe responde: "Dios dice que será así, y esto es concluyente; y en cuanto al '¿cómo?' la respuesta es ¡Dios! ¡Infinitud! ¡Eternidad!" Introducid a Dios y todas las cuestiones quedan acalladas y todas las dificultades resueltas en un momento. De hecho, la magna y triunfante réplica a todas las objeciones de los incrédulos, de los escépticos, de los racionalistas y materialistas, es precisamente esa majestuosa palabra: "DIOS."

Quisiéramos grabar bien esto en el ánimo del lector; no para capacitarle a contender con los incrédulos, sino para el descanso y sosiego de su propio corazón. En cuanto a los incrédulos, vamos creyendo cada día más que nuestra mayor sabiduría consiste en obrar de acuerdo con las palabras de nuestro Señor en Mateo XV, "Dejadlos."

Es enteramente inútil discutir con hombres que desprecian la palabra de Dios, y no tienen otro fundamento sobre qué edificar sino sus propios razonamientos carnales. Mas, por otra parte, creemos de la mayor importancia que el corazón pueda descansar siempre, con la sincera simplicidad de un niño, en la verdad de la palabra de Dios. "Habló, y ¿no hará?, dijo; y ¿no ejecutará?"

Aquí está el dulce y consagrado lugar de descanso de la fe, el tranquilo puerto en el que el alma puede hallar refugio contra todas las encontradas corrientes del pensamiento y sentimiento humanos. "La palabra del Señor permanece para siempre; y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada." Nada puede afectar a la palabra de nuestro Dios. Está para siempre asentada en los cielos, y lo que debemos hacer es guardarla en nuestros corazones como nuestra verdadera posesión; el tesoro que hemos recibido de Dios; la fuente viva en la que siempre podemos beber para refrigerio y consolación de nuestras almas. Entonces nuestra paz se deslizará como un río; y nuestra senda será como la luz que resplandece más y más hasta llegar a la del perfecto día.

¡Que sea así, oh Señor, con todo tu querido pueblo, en estos días de creciente incredulidad! ¡Que tu santa palabra sea más y más preciosa a nuestros corazones! ¡Que nuestras conciencias experimenten su poder! ¡Que sus celestiales doctrinas formen nuestro carácter y gobiernen nuestra conducta en todas las relaciones de la vida, a fin de que tu Nombre pueda ser glorificado en todas ocasiones!

CAPITULO III

Y VOLVIMOS y subimos camino de Basán, y salíonos al encuentro Og, rey de Basán, para pelear, él y todo su pueblo, en Edrei. Y díjome Jehová: No tengas temor de él, porque en tu mano he entregado a él y a todo su pueblo, y su tierra; y harás con él como hiciste con Sehón, rey amorreo, que habitaba en Hesbón. Y Jehová nuestro Dios entregó también en nuestra mano a Og, rey de Basán, y a todo su pueblo, al cual herimos hasta no quedar de él ninguno. Y tomamos entonces todas sus ciudades; no quedó ciudad que no les tomásemos, sesenta ciudades, toda la tierra de Argob del reino de Og en Basán. Todas éstas eran ciudades fortalecidas con alto muro, con puertas, y barras; sin otras muy muchas ciudades sin muro. Y destruímoslas, como hicimos a Sehón, rey de Hesbón, destruyendo en toda ciudad hombres, mujeres y niños; y tomamos para nosotros todas las bestias, y los despojos de las ciudades." (Vers. 1-7.)

Las divinas instrucciones en cuanto a Og, rey de Basán, fueron muy parecidas a las dadas en el precedente capítulo con respecto a Sehón, amorreo, y a fin de comprender a entrambas, debemos considerarlas puramente a la luz del gobierno de Dios, asunto apenas comprendido aunque de profundo interés y de gran importancia práctica. Debemos cuidadosamente distinguir entre la gracia y el gobierno. Cuando contemplamos a Dios en actos de gobierno, le vemos desplegando su poder en vías de justicia, castigando a los malos, derramando venganza sobre sus enemigos; trastornando imperios, derribando tronos; destruyendo ciudades, y barriendo naciones, tribus y pueblos. Le vemos también mandando a su pueblo que mate hombres, mujeres y niños a filo de espada; que encienda sus habitaciones y torne sus ciudades en montones de escombros.

De nuevo le oímos dirigirse al profeta Ezequiel en las

siguientes y memorables palabras: "Hijo del hombre: Nabucodonosor, Rey de Babilonia, hizo a su ejército prestar grande servicio contra Tiro. Toda cabeza se encalveció, y pelóse todo hombro: y ni para él ni para su ejército hubo paga de Tiro por el servicio que prestó contra ella. Por tanto así ha dicho el Señor Jehová: He aquí que Yo doy a Nabucodonosor, Rey de Babilonia, la tierra de Egipto; y él tomará su multitud, y cogerá sus despojos, y arrebatará su presa, y habrá paga para su ejército. Por su trabajo con que sirvió contra ella le he dado la tierra de Egipto; porque trabajaron por mí, dice el Señor Jehová." (Ezeq: XXIX, 18-20).

Este pasaje de la escritura es asombroso; pone ante nosotros un tema que corre a través de todas las escrituras del Antiguo Testamento; tema que requiere nuestra más profunda y reverente atención. Sea que examinemos los cinco libros de Moisés, ya los libros históricos, los Salmos o los profetas, vemos al Espíritu inspirador dándonos los más minuciosos detalles de los actos de Dios como gobernante. Hubo diluvio en los días de Noé, cuando la tierra toda con todas sus habitantes, con excepción de ocho personas, fué destruida por un acto del gobierno divino. Hombres, mujeres, niños, ganados, aves, reptiles, fueron todos barridos y sepultados bajo las ondas y olas del justo juicio de Dios.

En los días de Lot, las ciudades de la llanura, con todos sus habitantes, hombres, mujeres y niños, en unas cuantas horas fueron entregadas a completa destrucción, trastornadas por la mano del Dios Todopoderoso, y sepultadas bajo las profundas y negras aguas del Mar Muerto. Esas culpables ciudades, "Sodoma y Gomorra, y las ciudades comarcanas, las cuales de la misma manera que ellos habían fornicado, y habían seguido la carne extraña, fueron puestos por ejemplo, sufriendo el juicio del fuego eterno."

Así también, conforme vamos avanzando por las páginas de la historia inspirada, vemos a las siete naciones de Canaán, hombres, mujeres y niños, entregados en manos de Israel para un juicio no mitigado; no debía permane-

cer con vida nada que respirara.

Pero, en verdad, el tiempo no nos bastaría para referirnos a todos los pasajes de la escritura que hacen desfilar ante nuestros ojos las solemnes actuaciones del gobierno divino. Baste decir que la línea de esa evidencia se ve trazada desde el Génesis al Apocalipsis, empezando por el diluvio y terminando por la destrucción por fuego del actual sistema de cosas.

Ahora bien; la cuestión es la siguiente: ¿Somos competentes para comprender esos procedimientos del gobierno de Dios? ¿Somos capaces de desentrañar los profundos y asombrosos misterios de la divina Providencia? ¿Podemos explicar el hecho de incluir a desvalidos niños en el mismo castigo que sus padres culpables? La impía incredulidad se burlará de esto; el sentimentalismo morboso podrá escandalizarse de ello; pero el verdadero creyente, el Cristiano piadoso, el estudiante reverente de la palabra santa contestará a todos ellos con esta muy sencilla pero cierta y sólida pregunta: "¿El Juez de toda la tierra no hará justicia?"

Lector; puedes estar seguro de que ésta es la única y verdadera manera de resolver estas cuestiones. Si un hombre quiere juzgar las acciones de Dios como gobernante; si quiere tomar sobre sí la responsabilidad de decidir cuáles actos son dignos de Dios y cuáles otros no son dignos de Él, entonces se habrá perdido en realidad el verdadero sentido de Dios. Y esto es cabalmente lo que el diablo procura conseguir. Él quiere apartar de Dios al corazón; y a este fin incita al hombre a raciocinar, inquirir y especular en regiones situadas tan distantes de su alcance como el cielo lo está de la tierra. ¿Podemos comprender a Dios? Si pudiéramos, nosotros mismos seríamos Dios.

"A Dios es imposible comprenderle,
Aunque cielos y tierra cantan de Él:
Cual Soberano, siéntase en su trono,
Y de allí, lo gobierna todo bien."

Es a la par que impío, absurdo en alto grado que débiles mortales se atrevan a criticar los consejos, las acciones

y los procedimientos del Todopoderoso Creador, y Omnisciente Gobernador del universo. Seguramente, todos los que así obren, se darán cuenta tarde o temprano de su tremenda equivocación. Bueno sería que todos los preguntones y sofistas dieran atención a la punzante pregunta del inspirado apóstol en Romanos IX: "Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? Dirá el vaso de barro al que le labró ¿Por qué me has hecho tal? ¿O no tiene potestad el alfarero para hacer de la misma masa un vaso para honra, y otro para vergüenza?"

¡Qué sencillo! ¡Qué potente! ¡Cuán incontrovertible! Este es el divino método de salir al encuentro de todos los cómo y por qué de los razonamientos incrédulos. Si el alfarero tiene poder sobre la masa de barro que tiene en su mano, cosa que nadie se atreverá a contradecir, ¡cuánto más el Creador de todas las cosas tendrá poder sobre las criaturas que sus manos han formado! Los hombres podrán razonar y argumentar interminablemente respeto al por qué Dios permitió que el pecado entrase en el mundo; por qué no aniquiló a Satanás y a sus ángeles; por qué permitió que la serpiente tentase a Eva; por qué no la guardó de que comiera el fruto prohibido. En una palabra, los "cómo" y "por qué" son interminables; pero la respuesta es una: "Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú para que alterques con Dios?" ¡Cuán monstruoso es que un pobre gusano de la tierra se atreva a juzgar sobre los inescrutables designios y caminos del Eterno Dios! ¡Qué ceguera y arrogante locura en una criatura, cuyo conocimiento está oscurecido por el pecado, y, por lo tanto, incapaz de formar recto juicio sobre cualquier cosa divina, celestial o eterna, atreverse a decidir cómo debe Dios obrar en un caso determinado! ¡Ay; es de temerse que los millones que actualmente argumentan al parecer con gran destreza contra la verdad de Dios, descubrirán su fatal error cuando será demasiado tarde para corregirlo.

Y en cuanto a todos aquellos que, aunque muy distantes del terreno de los incrédulos, están, sin embargo, turbados por dudas y recelos tocante a algunos de los procedimientos de gobierno de Dios, y sobre la pavorosa cuestión

del castigo eterno,¹ quisiéramos recomendarles sinceramente que estudiaran y se empaparan del espíritu del pequeño y hermoso Salmo CXXXI. "Oh, Jehová, no se ha envanecido mi corazón, ni mis ojos se enaltecieron, ni anduve en grandezas ni en cosas para mí demasiado sublimes. En verdad que me he comportado y he acallado mi alma, como un niño destetado de su madre; como un niño destetado está mi alma.

Entonces, cuando ésta es la actitud del corazón ese puede dirigirse con verdadero provecho a las palabras del inspirado apóstol en 2a. Corintios X: "Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas; destruyendo consejos, y toda altura que se levanta contra la ciencia de Dios, y cautivando todo intento a la obediencia de Cristo."

Sin duda el filósofo, el académico, el pensador profundo sonreirán desdeñosamente ante el modo tan infantil de tratar cuestiones tan grandes. Pero esto es cosa pequeña a juicio del devoto discípulo de Cristo. El mismo apóstol inspirado hace muy poco caso de toda esta sabiduría e ilustración humanas. He aquí sus palabras: "Nadie se engañe a sí mismo: si alguno entre vosotros parece ser sabio en

¹ Con respecto a la grave cuestión del eterno castigo, vamos a dar aquí unas cuantas observaciones en vista de que hay tantísimas personas, tanto en Inglaterra como en América, agobiadas por dificultades respecto a este punto.

Hay tres consideraciones, que, apreciadas en su justo peso creemos que afirmarán a todo Cristiano en esa doctrina.

I. La primera es ésta: Existen setenta pasajes en el Nuevo Testamento en los que encontramos la palabra "para siempre" o "eterno." Se aplica a la "vida" que los creyentes poseen; a las "mansiones" en las que serán recibidos; a la gloria de que habrán de gozar; se aplica a Dios, Rom. XVI, 26; a la "Salvación" de la que es Autor nuestro Señor Cristo Jesús; a la "redención" que Él obtuvo por nosotros; y al "Espíritu."

Luego, entre los setenta pasajes arriba citados que el lector puede comprobar en pocos minutos con una ojeada a una Concordancia Griega, hay siete en los cuales aquella misma palabra es aplicada al "castigo" de los malvados; al "juicio" que caerá sobre ellos; y al "fuego" que habrá de consumirlos.

Ahora bien; la cuestión es ésta: ¿en virtud de qué principio, o en virtud de qué autoridad se pueden separar estos siete pasajes y decir que en ellos, la palabra no significa "para siem-

este siglo, hágase simple, para ser sabio. Porque la sabiduría de este mundo es necedad para con Dios, pues escrito está: El que prende a los sabios en la astucia de ellos. Y otra vez: El Señor conoce los pensamientos de los sabios que son vanos." (1. Cor. III: 18-20). Y además: "Porque está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé la inteligencia de los entendidos. ¿Qué es del sabio? ¿Qué del escriba? ¿Qué del escudriñador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Porque por no haber el mundo conocido en la sabiduría de Dios a Dios por sabiduría, agradó a Dios salvar a los *creyentes* por la locura de la predicación." (1. Cor. I: 19-21).

Aquí está el magno secreto moral de todo el asunto. El hombre debe reconocer el hecho que es un necio, y que toda la sabiduría del mundo es locura. Humillante verdad, pero ¡cuán saludable! Humillante porque coloca al hombre en el lugar que le corresponde ocupar. Saludable, sí, muy preciosa, porque ella nos introduce en la sabiduría de Dios. Hoy en día oímos a muchos hablando a boca llena de la ciencia, de la filosofía, de la cultura... "¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?"

¿Nos damos cuenta del verdadero significado de esas palabras? ¡Ah, es de temer que son muy poco comprendidas. No faltan hombres que quieren persuadirnos de

pre" y si lo significa en los sesenta y tres restantes? Creemos que esa distinción está en absoluto desprovista de fundamento e indigna de merecer la atención de una sana inteligencia. Admitimos de lleno que si el Espíritu Santo hubiese creído conveniente, al hablar del castigo del malvado, emplear una palabra diferente de la empleada en los otros pasajes, la razón nos hubiese advertido que considerásemos detenidamente el hecho. Pero no; el Espíritu emplea la misma palabra invariablemente, así que, si negamos el eterno castigo, debemos negar la vida eterna, la gloria eterna, el Espíritu eterno, Dios eterno, todo lo eterno, en fin. En una palabra, si el castigo no es eterno, nada es eterno en cuanto a lo que concierne a este argumento. Quitar esta piedra del arco de la divina revelación sería reducirlo todo a un informe montón de ruinas. Esto es precisamente lo que el diablo procura conseguir. Estamos plenamente convencidos que la negación del castigo

que la ciencia ha ido mucho más allá que la Biblia.¹ ¡Ay de la ciencia y de todos los que la han prestado atención! Si ella ha ido mucho más allá de la Biblia, ¿a dónde ha ido? ¿En la dirección de Dios, de Cristo, del cielo, de la Santidad, de la paz? No; sino en dirección enteramente opuesta. Y ¿dónde acabará todo ello? Temblamos al pensarlo, y la pluma se resiste a formular la respuesta. Con todo, hemos de ser fieles, y declarar solemnemente que el final seguro y cierto del camino que la ciencia humana hace recorrer a sus devotos es la negrura de la oscuridad para siempre.

"El mundo por sabiduría no conoció a Dios." ¿Qué alcanzó a hacer la filosofía de Grecia por sus discípulos? Les hizo los ignorantes adoradores de un DIOS NO CONOCIDO." Esa inscripción en sus altares publicaba ante el mundo su ignorancia y su vergüenza.

¿Y no deberemos preguntarnos si la filosofía ha hecho por el Cristianismo más de lo que hizo por Grecia? ¿Nos ha comunicado el conocimiento del verdadero Dios? ¿Quién se atreverá a decir que sí? Existen millones de profesos bautizados en todos los ámbitos de la Cristiandad que no conocen del verdadero Dios más de lo que conocían aquellos filósofos que Pablo encontró en la ciudad de Atenas.

El hecho es este: todo aquél que realmente conoce a

eterno es el primer paso en el camino que conduce al abismo del escepticismo universal.

II. Nuestra segunda consideración la deducimos de la gran verdad de la inmortalidad del alma. Leemos en el capítulo segundo del Génesis, que: "Formó, pues, Jehová Dios al hombre del polvo de la tierra, y alentó en su nariz sople de

¹ Debemos distinguir entre la verdadera ciencia y la "falsamente llamada ciencia." Y, además, hemos de distinguir entre los hechos de la ciencia, y las deducciones de los científicos. Los hechos son lo que Dios ha hecho y continúa haciendo; pero cuando los hombres sacan de aquellos hechos sus deducciones, caen en las más grandes equivocaciones.

Sin embargo, siente el espíritu gran alivio al saber que hay muchos filósofos y hombres de ciencia que dan a Dios el lugar debido, y que aman con sinceridad a nuestro Señor Jesucristo.

Dios, es el poseedor privilegiado de la vida eterna. Así lo declara nuestro Señor Jesucristo de la manera más explícita en el capítulo diez y siete de Juan. "Esta, empero, es la vida eterna: que te conozcan el solo Dios verdadero, y a Jesucristo, al cual has enviado." Esto es muy precioso a toda alma que, por gracia, ha tenido ese conocimiento. Conocer a Dios es tener vida, y vida eterna.

Pero ¿cómo podré conocer a Dios? ¿Dónde le encontraré? ¿Me lo dirán la ciencia y la filosofía? ¿Lo han dicho alguna vez a alguien? ¿Han guiado alguna vez a algún pobre vagabundo al camino de la vida y paz? No; jamás. "El mundo por sabiduría no conoció a Dios." Las antiguas escuelas de filosofía, opuestas unas a otras, sólo lograron sumergir la inteligencia humana en profunda oscuridad y en una desorientación sin esperanza; y las modernas escuelas filosóficas, igualmente opuestas, unas a otras, no son mejores. No pueden dar ninguna certeza, ningún sitio seguro de anclaje, ningún sólido fundamento de confianza a las pobres almas ignorantes. Vacías especulaciones, dudas penosas, teorías sin base es todo cuanto la humana filosofía en toda edad y en toda nación puede ofrecer al que sinceramente busca la verdad.

¿Cómo, pues, conoceremos a Dios? Si tan estupendo resultado depende de su conocimiento; si conocer a Dios es vida eterna, y Jesús dice ser así, entonces, ¿cómo le conoceremos? "A Dios nadie le vió jamás; el Unigénito Hijo, que está en el seno del Padre Él le declaró." (Juan I, 18).

Aquí tenemos la respuesta, divinamente sencilla, divi-

vida; y fué el hombre en alma viviente." Sobre este solo pasaje, como sobre roca inmovible, aunque no tuviéramos otros, fundamos la gran verdad de la inmortalidad del alma humana. La caída del hombre no establece diferencia ninguna en cuanto a esto. Caída o no caída, inocente o culpable, convertida o no convertida, el alma vivirá para siempre.

La pavorosa cuestión es: "¿Dónde habrá de vivir?" Dios no puede permitir que el pecado esté en su presencia. "Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio." Por lo tanto si un hombre muere en sus pecados muere no arrepentido, no lavado, no perdonado, entonces con toda seguridad jamás podrá estar donde está Dios; de veras sería ese

namente cierta. Jesús revela a Dios al alma; revela al Padre al corazón. ¡Precioso hecho! No se nos manda a estudiar la creación para aprender quién es Dios, aunque veamos en ella su poder, sabiduría y bondad. No se nos manda a la Ley, aunque vemos allí su justicia. No se nos manda a su providencia, aunque vemos en ella los profundos misterios de su gobierno. No; si queremos saber qué y quién es Dios, debemos mirar a la faz de Jesucristo, el Unigénito Hijo de Dios, quien moraba en su seno antes de que los mundos fuesen, el cual era su eterna delicia, el objeto de sus afectos, el centro de sus consejos. Él es el que revela a Dios al alma. No podemos tener la menor idea de lo que Dios es, si prescindimos del Señor Jesucristo. "En Él habita la plenitud de la divinidad corporalmente." Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. (2, Cor. IV, 6.)

Nada puede superar el poder y la bendición de todo esto. Aquí no hay oscuridad; no hay incertidumbre. "Las tinieblas han pasado y la verdadera luz ahora alumbra." Sí; ella resplandece en la faz de Jesucristo. Podemos contemplar por fe al bendito Salvador; podemos trazar su maravillosa senda sobre la tierra; verle pasando haciendo bien, y sanando a todos los oprimidos del diablo; notar sus miradas, sus palabras, sus obras, su conducta; verle curando al enfermo, limpiando al leproso, abriendo los ojos al ciego, los oídos al sordo, sanando al cojo, sanando al mutilado, resucitando a los muertos, enjugando las lágrimas de la viuda, alimentando hambrientos, sanando corazones quebrantados, satisfaciendo toda forma de necesidad humana, calmando toda pena; acallando terrores, y haciendo todo esto de un modo tal, con una gracia tan

el último sitio en el que querría estar. Para él no habrá nada sino una eternidad sin fin en el lago que arde con fuego y azufre.

III. Y, finalmente, creemos que la verdad del castigo eterno está íntimamente relacionada con la naturaleza infinita de la expiación hecha por nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Si nada menos que un sacrificio infinito fué necesario para

conmovedora y con tal dulzura que hacía sentir a cada uno en lo más íntimo de su alma, que el más puro goce de aquel corazón amante era poder atender de aquel modo a sus necesidades.

En todo esto, Él revelaba Dios al hombre; así que si queremos saber lo que Dios es, debemos simplemente mirar a Jesús. Cuando Felipe dijo: "Señor, muéstranos al Padre, y nos basta," la pronta respuesta fué: "¿Tanto tiempo que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto ha visto al Padre. ¿Cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que Yo soy en el Padre, y el Padre en Mí? Las palabras que Yo os hablo, no las hablo de mí mismo: mas el Padre que está en mí, Él hace las obras. Creedme que Yo soy en el Padre, y el Padre en Mí: de otra manera creedme por las mismas obras."

Aquí hay verdadero descanso para el corazón. Conocemos al verdadero Dios y a Jesucristo al cual ha enviado; y esto es vida eterna. Le conocemos como nuestro propio y verdadero Dios y Padre, y a Cristo como nuestro propio y personal y amante Señor y Salvador; podemos regocijarnos en Él, andar con Él, apoyarnos en Él, creer en Él, unirnos a Él, obtener de Él, encontrar en Él todas nuestras fuentes de vida, regocijarnos en Él todo el día; encontrar nuestra comida y bebida en hacer su bendita voluntad, extender su causa y promover su gloria.

Lector, ¿has experimentado tal cosa? ¿conoces todo esto? ¿Existe en tu alma esta divina realidad? Esto es el verdadero Cristianismo, y no debes estar satisfecho con nada menos. Dirás, quizá, que nos hemos desviado muy lejos del tercer capítulo de Deuteronomio. Pero ¿hacia dónde hemos ido vagando? Hacia el Hijo de Dios y hacia

librarnos de las consecuencias de nuestros pecados, esas consecuencias deben ser eternas. Esta consideración a juicio de algunos, quizá no tenga mucha fuerza en sí; a nosotros su fuerza nos parece absolutamente irresistible. Debemos medir al pecado y sus consecuencias, de igual modo que medimos el amor divino y sus resultados, no por el patrón de los sentimientos humanos o por la razón, sino sólo por el patrón de la cruz de Cristo.

el alma del lector. Si eso es vagar, seálo así; pero seguramente no es apartarse del objeto que nos indujo a escribir estas "Notas," y es llevar a Cristo y al alma a encontrarse, o bien, según el caso, a unir a ambos. No quisiéramos, nunca, ni por un momento, perder de vista que, sea escribiendo o hablando, no hemos de limitarnos tan sólo a exponer la escritura, sino buscar la salvación y bendición de las almas. De ahí que nos sintamos constreñidos de vez en cuando a apelar a la conciencia y al corazón del lector en cuanto a su estado práctico actual, y hasta qué punto ha hecho suyas esas imperecederas realidades que pasan en revista ante nosotros. Y rogamos sinceramente al lector, quienquiera que fuese, que busque un conocimiento más profundo de Dios en Cristo; y, como segura consecuencia, andar más cerca a Él y con una más completa consagración del corazón a Él mismo.

Estamos convencidos de que esto es lo que se necesita en estos días de intranquilidad e hipocresía en el mundo, y de indiferencia y tibieza en la iglesia profesante. Necesitamos un grado mucho más elevado de devoción personal, mayor propósito real de adherirnos más al Señor y seguirle. Hay mucho, muchísimo en el estado de cosas que nos rodean para descorazonarnos e impedirnoslo. El lenguaje de los hombres de Judá en los días de Nehemías puede en cierto modo ser aplicado a nuestros tiempos: "Las fuerzas de los acarreadores se han enflaquecido, y el escombros es mucho..." Pero, gracias a Dios, el remedio ahora como entonces, hemos de hallarlo en la conmovedora sentencia: "Acordáos del Señor."

Volvamos ahora a nuestro capítulo, en lo restante del cual, el legislador pone de nuevo en oídos de todo el pueblo la narración de su conducta con los dos reyes de los Amorreos, juntamente con los hechos relacionados con la heredad de las dos tribus y media en la ladera del Jordán correspondiente al desierto. Y con respecto a esta cuestión, es interesante observar que él no suscita cuestión ninguna sobre lo acertado o equivocado de su elección al querer posesionarse de terrenos que se hallaban fuera de Canaán, la tierra prometida. En verdad, de la relación

que aquí se nos da no podría deducirse que las dos tribus y media hubiesen expresado su deseo sobre la materia. Tan distante está nuestro libro de ser una mera repetición de sus predecesores.

He aquí las palabras: "Y esta tierra que heredamos entonces desde Aroer, que está al arroyo de Arnón, y la mitad del monte de Galaad con sus ciudades, *di a los Rubenitas y a los Gaditas*. Y el resto de Galaad y todo Basán, del reino de Og, *dílo a la media tribu de Manasés*; toda la tierra de Argob, todo Basán, que se llamaba la tierra de los gigantes... Y a Machir dí a Galaad. Y a los Rubenitas y Gaditas dí de Galaad hasta el arroyo de Arnón, el medio del arroyo por término hasta el arroyo de Jaboc, término de los hijos de Ammón... Y os mandé entonces diciendo: *Jehová vuestro Dios os ha dado esta tierra para que la poseáis*": (ni una palabra referente a que la habían pedido ellos) "pasaréis armados delante de vuestros hermanos los hijos de Israel todos los valientes. Solamente vuestras mujeres, vuestros niños, y vuestros ganados (porque yo sé que tenéis mucho ganado) quedarán en vuestras ciudades *que os he dado*, hasta que Jehová dé reposo a vuestros hermanos, así como a vosotros, y hereden también ellos la tierra que Jehová vuestro Dios les da a la otra parte del Jordán: entonces os volveréis cada uno a su heredad que yo os he dado."

En nuestros estudios sobre el libro de Números nos ocupamos de ciertos hechos relacionados con el establecimiento de las dos y media tribus, demostrando que eran faltos de fe al escoger su herencia que no estuviera al otro lado del Jordán. Mas en el pasaje citado no hay la más mínima alusión a esa faceta de la cuestión, porque el objeto de Moisés es proclamar ante toda la congregación la excesiva bondad, buena voluntad y fidelidad de Dios, no solamente guiándolos a través de todas las dificultades y peligros del desierto, sino también dándoles aquella señalada victoria sobre los Amorreos y poniéndoles en posesión de regiones tan atractivas y tan apropiadas para ellos. En todo ello sentaba la sólida base del derecho de Jehová a la cordial obediencia que debían a sus manda-

mientos; y podemos ver y apreciar a la vez la belleza moral de pasar enteramente por alto, en aquel relato la cuestión de que Rubén, Gad y la media tribu de Manasé hubieran hecho mal en establecerse fuera de la tierra de promisión. Para todo devoto Cristiano es ello una prueba extraordinaria no sólo de la conmovedora y exquisita gracia de Dios, sino también de la divina perfección de la escritura.

No hay duda alguna que todo verdadero creyente entra en el estudio de la escritura con la completa y profunda convicción de su absoluta perfección en todas sus partes. Cree reverentemente que del Génesis al Apocalipsis no hay ni una sola imperfección, no; ni una: todo en ella es perfecto como su divino Autor.

Pero la creencia cordial en la divina perfección de la escritura como un todo, nunca podrá amenguar nuestra apreciación de las evidencias que aparecen en detalle; nada de esto; al contrario, la encarece extraordinariamente. Así, por ejemplo, en el pasaje que estamos comentando ¿no es perfectamente bello observar la ausencia de toda censura de las dos y media tribus en la cuestión de escoger su herencia, considerando que esa referencia hubiera sido enteramente ajena al objeto que se proponía el legislador y a los fines del libro? ¿No se goza nuestro corazón al descubrir esa infinita perfección, esos exquisitos e inimitables trazos? Seguramente; y no sólo esto, sino que estamos persuadidos de que cuanto más las glorias morales del libro aparecen a nuestras almas, y sus vivas e insondables profundidades se descubren a nuestros corazones, tanto más estamos convencidos de la futilidad de los asaltos de los incrédulos contra él; y de la inutilidad de los esfuerzos bien intencionados para probar que no se contradice a sí mismo. Gracias a Dios, su palabra para nada necesita de apologistas humanos. Habla por sí misma y lleva consigo sus propias evidencias fehacientes; así que podemos decir de ella lo que el apóstol dice de su evangelio: "Que si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto: en los cuales el dios de este siglo cegó los entendimientos de los incrédulos para

que no les resplandezca la lumbré del Evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios." Estamos más convencidos cada día de que el método más eficaz para contestar a todos los ataques de la incredulidad contra la Biblia consiste en mantener una fe más profunda en su divino poder y autoridad; y usar de ella como los que están completamente convencidos de su verdad y su valor. Sólo el Espíritu de Dios puede capacitar a cualquiera para creer en la plena inspiración de las santas escrituras. Los argumentos humanos pueden estimarse en lo que valen; pueden sin duda alguna cerrar la boca a los contradictores; pero no pueden llegar al corazón; no pueden hacer que los geniales rayos de la divina revelación desciendan hasta el alma con eficacia salvadora; esta es una obra divina; y hasta que esta obra sea hecha, todas las evidencias y argumentos del mundo dejarán al alma en las tinieblas de la incredulidad; pero cuando aquella obra es hecha, no hay necesidad de testimonio humano en defensa de la Biblia. Las evidencias externas, aunque interesantes y valiosas como son, no pueden añadir ni una jota ni un tilde a la gloria de esa Revelación sin par que lleva en cada página, en cada párrafo, en cada sentencia la evidente impresión de su divino Autor. Así como el sol en el espacio, cada uno de sus rayos proclama la Mano que lo hizo, así la Biblia, en cada una de sus sentencias nos habla del Corazón que la inspiró. Pero, así como un ciego no puede ver la luz del sol, así tampoco puede el alma no convertida ver la fuerza y belleza de la santa escritura. Los ojos deben ser ungidos con colirio celestial antes de que puedan discernir o apreciar las infinitas perfecciones del divino Libro.

Y ahora debemos confesar al lector, que es la profunda convicción, más profunda cada día, de la verdad de lo expuesto, lo que nos ha determinado a no malgastar el tiempo en los ataques que los racionalistas han dirigido a esta porción de la palabra de Dios que ahora estudiamos. Dejamos este trabajo a otras manos más hábiles que las nuestras. Lo que deseamos tanto para nuestros lectores como para nosotros es que podamos ser alimentados en paz

en los verdes pastos que el Pastor y Obispo de nuestras almas ha puesto benigneamente ante nosotros; que podamos ayudarnos unos a otros, durante nuestra carrera terrestre, para ver más y más la gloria moral de lo que está abierto ante nuestros ojos, y edificarnos así mutuamente en nuestra santísima fe. Esa será tarea más grata tanto a nosotros como a nuestros lectores que el replicar a hombres que en todos sus mezquinos esfuerzos para descubrir imperfecciones en el libro santo, sólo demuestran a los capaces de juzgar, que ni entienden lo que dicen ni lo que afirman. Si los hombres *quieren* vivir en las lóbregas bóvedas y túneles de una espantosa incredulidad y desde allí tachar el sol, o negar que resplandezca, ocupémonos nosotros en asolearnos a su luz y ayudar a otros a hacer lo mismo.

Nos detendremos ahora un tanto en los restantes versículos de nuestro capítulo, en los cuales encontraremos mucho que nos interesará, nos instruirá y nos será de gran provecho.

Primeramente Moisés repite a oídos del pueblo su encargo a Josué. "Mandé también a Josué entonces, diciendo: Tus ojos vieron todo lo que Jehová vuestro Dios ha hecho a aquellos dos reyes: así hará Jehová a todos los reinos a los cuales pasarás tú. No los temáis, que Jehová vuestro Dios, él es el que pelea por vosotros" (Vers. 21, 22).

Los recuerdos de los hechos de Dios con nosotros en lo pasado, debieran aumentar nuestra confianza en el porvenir. Aquél que dió a su pueblo tal victoria sobre los amorreos, que había destruido un enemigo tan formidable como Og, rey de Basán y que había puesto en sus manos toda la tierra de los gigantes, ¿qué no podría hacer por ellos? No esperaban encontrar en toda la tierra de Canaán enemigo más poderoso que Og, la cama del cual era de tan enormes dimensiones que mereció ser citada por Moisés. Pero ¿qué era él en presencia del Poderoso Creador? Enanos y gigantes son lo mismo para Él. El punto principal es tener a Dios mismo siempre ante nuestros ojos. Entonces las dificultades se desvanecen. Si Él sirve de cubierta a nuestros ojos, no podremos ver otra cosa que

a Él mismo; y este es el verdadero secreto de la paz y el poder real del progreso. "Tus ojos vieron todo lo que Jehová vuestro Dios ha hecho." Y *según* Él ha hecho, *así* también Él hará. Él *ha librado*, Él *libra* y Él *librará*. El pasado, el presente y el porvenir van señalados por la divina liberación.

Lector: ¿tienes alguna dificultad? ¿Estás agobiado por algo? ¿Prevés con aprensión nerviosa algún formidable peligro? ¿Tiembla tu corazón al sólo pensamiento de aquél? Puede ser que seas como el que ha llegado al último extremo, como le pasó al apóstol Pablo en Asia; "que sobremanera fuimos cargados sobre vuestras fuerzas, de tal manera que estuviésemos en duda de la vida." Si es así, querido amigo, acepta una palabra de aliento. Es nuestro profundo y ferviente deseo animarte en el Señor, y alentar tu corazón a confiar en Él para todo lo que se te presente. "No temas"; cree solamente. Él no desampara nunca a los que en Él confían; no, nunca. Haz uso de los recursos que para ti tiene Él atesorados. Pón-te a ti mismo, tus circunstancias, tus temores, tus sobresaltos, en sus manos, y *déjalos todos allí*.

Sí; déjalos todos allí. Es en balde poner tus dificultades, tus necesidades en Sus manos, si luego, casi inmediatamente vuelves a ocuparte de ellas. A menudo hacemos esto. Cuando en un apuro, en alguna necesidad, en profunda prueba de la clase que sea, nos dirigimos a Dios en oración, echamos nuestra carga sobre Él y parece que estamos aliviados. Mas ¡ay!; apenas nos hemos levantado de estar de rodillas cuando empezamos de nuevo a pensar en nuestras dificultades, considerar nuestras pruebas, nos ocupamos de las tristes circunstancias en que estamos, hasta que no sabemos qué hacer.

Esto no debe ser. Esto es una grave deshonra a Dios y por supuesto nos deja sin alivio e infelices. Él quiere que nuestro ánimo esté tan libre de cuidados, como la conciencia está libre de culpa. Su palabra a nosotros es: "Por nada estéis afanosos; sino sean notorias vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con hacimiento de gracias." Y ¿qué sigue luego?" "Y la paz

de Dios, que sobrepuja todo entendimiento, guardará (o guarnecerá) vuestros corazones y vuestros entendimientos en Cristo Jesús."

Así fué como Moisés, aquel amado de Dios y honrado siervo de Cristo, procuró infundir ánimo a su colaborador y sucesor Josué en lo tocante a lo que tenía que presentir. "No los temáis, que Jehová vuestro Dios, él es el que pelea por vosotros." Así, también, el apóstol Pablo animaba a su amado hijo y consiervo Timoteo a confiar en el Dios vivo; a ser fuerte en la gracia que es en Cristo Jesús; a apoyarse con incommovible confianza, en el seguro fundamento de Dios; a sujetarse a la autoridad, enseñanza y guía de las santas escrituras; y así amado y proveído entregarse, con santa diligencia y verdadero valor espiritual, a aquella obra a que había sido llamado. Y así también el lector y el autor de estas líneas pueden animarse mutuamente, en estos días de crecientes dificultades, a adherirse por simple fe a aquella palabra establecida para siempre en los cielos; a conservarla siempre en el corazón como un poder viviente y una autoridad para el alma, como algo que nos sostendrá, aunque el corazón y la carne desfallezcan, y aunque no podamos contar con el apoyo o sostén de un ser humano. "Porque toda carne es como la hierba, y toda la gloria del hombre como la flor de la hierba; secóse la hierba, y la flor se cayó; mas la palabra del Señor permanece perpetuamente. Y ésta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada." (1 Pedro 1: 24, 25).

¡Cuán precioso es esto! ¡Qué confortamiento y consolación! ¡Qué estabilidad y sosiego! ¡Qué fuerza real, qué victoria y elevación moral! Está fuera del alcance del lenguaje humano describir cuán preciosa es la palabra de Dios, o definir en términos apropiados el consuelo que produce el saber que la mismísima palabra establecida para siempre en el cielo y que durará a través de los incontables siglos de la eternidad, es la que ha alcanzado nuestros corazones en las alegres nuevas del evangelio, comunicándonos vida eterna y dándonos paz y descanso en la obra consumada de Cristo y un objeto de perfecta

satisfacción en su adorable Persona. En verdad, cuando pensamos en todo ello, no podemos menos que reconocer que cada aliento nuestro debiera ser un ¡aleluya! ¡Así será bien pronto y para siempre, todo honor a su Nombre sin par!

Los últimos versículos de nuestro capítulo nos ofrecen un episodio altamente conmovedor entre Moisés y su Señor, el recuerdo del cual se nos da aquí en bella correspondencia con el carácter del libro del Deuteronomio, según era de esperar. "Y oré a Jehová en aquel tiempo, diciendo: Señor Jehová, tú has comenzado a mostrar a tu siervo tu grandeza, y tu mano fuerte: porque ¿qué Dios hay en el cielo ni en la tierra que haga según tus obras, y según tus valentías? *Pase yo, ruégote, y vea aquella tierra buena, que está a la parte allá del Jordán, aquel buen monte, y el Líbano.* Mas Jehová se había enojado contra mí por causa de vosotros, por lo cual no me oyó: y díjome Jehová, Bástete; no me hables más de este negocio. Sube a la cumbre del Pisga, y alza tus ojos al Occidente, y al Aquilón, y al Mediodía, y al Oriente, y ve por tus ojos: porque no pasarás este Jordán. Y manda a Josué, y anímalo, y confórtalo; porque él ha de pasar delante de este pueblo, y él les hará heredar la tierra que verás." (Vers. 23-28).

Es muy conmovedor el ver a este eminente siervo de Dios instando una suplica que no pudo serle concedida. Anhelaba ver aquella buena tierra de más allá del Jordán. La porción escogida por las dos y media tribus no podía satisfacer ese anhelo de su corazón. Deseaba sentar sus plantas en la propia heredad del Israel de Dios. Pero no era posible. Había hablado inconsideradamente con sus labios en las aguas de Meriba; y, por el solemne e irrevocable decreto de la economía divina, le fué prohibido atravesar el Jordán.

Todo esto, el manso y amado siervo de Cristo lo repite a oídos del pueblo. No les oculta el hecho de que el Señor ha rehusado acceder a su súplica. Es verdad que les recuerda que esto fué por causa de ellos. Esto era moralmente necesario que ellos lo oyeran. Además les

dice de la manera más franca, que Jehová se había enojado contra él; que había rehusado oírle, y rehusado concederle que cruzara el Jordán, mandándole renunciar su cargo y designándole el sucesor.

Es altamente edificante oír todo esto de los mismos labios de Moisés. Nos enseña una hermosa lección si tan sólo estamos dispuestos a aprenderla. Algunos de nosotros lo encontramos de veras muy duro confesar que hemos dicho o hecho algo equivocado; muy difícil reconocer ante nuestros hermanos que hemos errado de la mente del Señor en algún caso particular. Velamos por nuestra reputación: somos quisquillosos y testarudos. Y sin embargo, por extraña inconsecuencia, admitimos, o parece que admitamos, en términos generales, que somos criaturas pobres, débiles y expuestas a errar; y que, abandonados a nosotros mismos, no hay nada, por malo que sea, que no seamos capaces de hacer o de decir. Pero una cosa es hacer la más humillante confesión en términos generales, y otra cosa muy distinta reconocer que, en un caso dado, hemos cometido una grosera equivocación. Esto último es una confesión que muy pocos tienen gracia para hacer. Algunos casi nunca podrán admitir que han cometido una falta.

No es así el honrado siervo cuyas palabras acabamos de citar. No obstante su elevada posición como el escogido, fiel y amado siervo de Jehová, el guía de la congregación, aquel que con su vara hizo temblar la tierra de Egipto, no se avergonzó de presentarse ante la entera asamblea de sus hermanos y confesar su equivocación, concediendo que había dicho lo que no debía y que había sinceramente solicitado un favor que Jehová no podía otorgarle.

¿Acaso le quita esto algo a Moisés en nuestra estimación? Muy al contrario; esto le enaltece inmensamente. Es moralmente bello oír su confesión, ver cuán humildemente inclina la cabeza ante los designios gubernativos de Dios, notar la nobleza de su conducta hacia su sucesor. No vemos ni un rasgo de celos o de envidia; ninguna demostración de orgullo. Con admirable resignación renuncia su elevado puesto, coloca su manto sobre los hombros

de su sucesor y le anima a desempeñar con santa fidelidad los deberes de su alto cargo que él mismo debía renunciar.

"El que se humillare será ensalzado." Moisés se humilló bajo la poderosa mano de Dios. Él aceptó la santa disciplina impuesta por la gobernación de Dios. Él no profirió ninguna palabra de murmuración al serle rehusada su petición. Él se inclinó a todo y por esto fué ensalzado a su debido tiempo. Si la gobernación le excluyó de Canaán, la gracia le condujo a la cumbre de Pisga desde donde, en compañía de su Señor, le fué permitido ver aquella buena tierra en todas sus hermosas proporciones, y verla no ya heredada por Israel sino como dada por Dios.

El lector hará bien en pensar cuidadosamente el tema de la gracia y de la gobernación. Es en verdad un tema importante y práctico, ampliamente ilustrado en la escritura, aunque poco entendido entre nosotros. Podrá parecernos asombroso, y difícil de ser comprendido que a un hombre tan amado como Moisés pudiera serle rehusada la entrada en la tierra prometida. Mas en ello vemos el solemne acto del gobierno divino, y ante él hemos de inclinar nuestras cabezas y adorar. No es tan sólo que Moisés en su capacidad oficial o como representante del sistema legal no podía llevar a Israel a la tierra prometida. Esto es cierto, pero no es todo. Moisés habló inconsideradamente con sus labios. Él y su hermano Aarón no glorificaron a Dios en presencia de la congregación; y por esto "Jehová dijo a Moisés y a Aarón: Por cuanto no creísteis en mí, para santificarme en ojos de los hijos de Israel, por tanto, no meteréis esta congregación en la tierra que les he dado." Y más adelante: "Y Jehová habló a Moisés y a Aarón en el monte de Hor, en los confines de la tierra de Edom, diciendo: Aarón será reunido a sus pueblos, pues no entrará en la tierra que yo dí a los hijos de Israel, por cuanto fuisteis rebeldes a mi mandamiento en las aguas de la rencilla. Toma a Aarón, y a Eleazar su hijo; y hazlos subir al monte de Hor. Y haz desnudar a Aarón sus vestidos, y viste de ellos a Elea-

zar su hijo; porque Aarón será reunido a su pueblo y allí morirá."

Todo esto es muy solemne. Tenemos aquí los dos conductores de la congregación, los mismos hombres que Dios empleó para sacar a su pueblo de la tierra de Egipto con poderosas señales y prodigios, "a estos Moisés y Aarón," hombres altamente honrados por Dios; y sin embargo les fué rehusada la entrada en Canaán. Y ¿por qué? Fijémonos en el motivo. *"por cuanto fuisteis rebeldes a mi mandamiento."*

Permitamos que estas palabras penetren hasta lo profundo de nuestros corazones. Terrible cosa es rebelarse contra la palabra de Dios; y cuanto más elevada es la posición de los que se rebelan, más grave es la rebelión en todos conceptos, y más terrible y rápido será el divino castigo. "Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como pecar con ídolo e idolatría el infringir."

Estas palabras son graves, y debiéramos pesárlas cuidadosamente. Fueron dirigidas a oídos de Saúl, cuando no se cuidó de obedecer la palabra de Dios; y así tenemos ante nosotros los ejemplos de un profeta, de un sacerdote y de un rey, todos ellos castigados, por el gobierno de Dios, por un acto de desobediencia. El profeta y el sacerdote fueron privados de entrar en la tierra de Canaán, y el rey se vió privado del trono simplemente a causa de la desobediencia a la palabra del Señor.

Recordémoslo. A nosotros, en nuestra imaginada sabiduría, podrá parecernos todo ello muy severo. Pero, ¿somos jueces competentes? Este es el punto principal tratándose de tales cuestiones. Tengamos cuidado del modo con que pretendamos entrar en juicio en lo tocante a los hechos del gobierno divino. Adán fué arrojado del paraíso; Moisés fué excluido de la tierra de Canaán; Aarón fué despojado de sus ropajes sacerdotales; Saúl fué arrojado de su trono; y ¿por qué? Fué acaso por lo que los hombres llamarían una grave ofensa moral, algún grave pecado de escándalo? No; en todos esos casos, fué por no atender a la palabra de Jehová. Esta es la cosa importante que debemos tener siempre ante nuestros ojos,

en estos días de terquedad humana en los cuales los hombres se proponen establecer sus propias opiniones, pensar por sí mismos, juzgar por sí mismos y obrar por sí mismos. Los hombres preguntan con arrogancia, "¿Acaso no tiene todo hombre el derecho de pensar por sí mismo?" Y nosotros contestamos: "Absolutamente no." Tenemos el derecho de obedecer. Obedecer ¿a qué? No a mandamientos humanos; no a la autoridad de la llamada iglesia; no a los decretos de los concilios; en una palabra, no a autoridad alguna meramente humana, sino simplemente a la palabra del Dios vivo, el testimonio del Espíritu Santo, a la voz de la sagrada escritura. Esto es lo que justamente reclama nuestra implícita obediencia. Ante esa palabra ha de inclinarse nuestro ser moral entero. No debemos argumentar; no debemos entrar en especulaciones; no tenemos que mirar las consecuencias; nada tenemos que ver con lo que resultare; no hemos de decir "¿cómo?" o "¿por qué?" A nosotros toca obedecer y dejar lo demás en manos de nuestro Maestro. ¿Qué tiene que ver el criado con las consecuencias? El deber esencial de un criado consiste en hacer lo que se le manda sin atender a otra consideración alguna. Si Adán hubiese tenido esto en cuenta no habría sido arrojado del Edén. Si Moisés y Aarón lo hubieran recordado, habrían atravesado el Jordán; si Saúl no lo hubiera olvidado, no habría sido echado de su trono. Y conforme vamos descendiendo por la corriente de la historia humana vemos este principio fundamental ilustrado una y otra vez de tal manera que podemos estar seguros de que ese principio es permanente y de importancia universal.

Y recordemos también que no debemos debilitar ese gran principio por razonamiento alguno fundado en la presencia de Dios, esto es, en que Dios conoce previamente todo cuanto ha de suceder, o todo cuanto el hombre hará en el transcurso del tiempo. Los hombres racionan de esta manera y esto es un error fatal. ¿Qué tiene que ver la presencia de Dios con la responsabilidad humana? ¿El hombre es responsable, sí o no? Esta es la cuestión. Si lo es, como no dudamos, debemos reconocer nuestra res-

ponsabilidad de una manera práctica. El hombre es llamado a obedecer la simple palabra de Dios; y en ninguna manera está obligado a conocer algo de los secretos propósitos y consejos de Dios. La responsabilidad del hombre descansa sobre lo que ha sido revelado, no sobre lo que permanece secreto. ¿Qué sabía Adán, por ejemplo, de los eternos planes y propósitos de Dios cuando fué colocado en el jardín de Edén y le fué prohibido comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal? Su transgresión ¿fué acaso modificada por el hecho estupendo de que Dios tomara ocasión de aquella transgresión para desplegar ante la vista de todas las inteligencias creadas su glorioso plan de redención por la sangre del Cordero? Evidentemente no. Adán recibió un mandamiento claro, y su conducta debió ser regida en absoluto a tenor de aquel mandamiento. Desobedeció, y fué arrojado del paraíso a un mundo que, por espacio de cerca de seis mil años, ha puesto de manifiesto las terribles consecuencias de un solo acto de desobediencia, el acto de poner mano en el fruto prohibido.

Es verdad, bendito sea Dios, que la gracia ha descendido a este pobre mundo azotado por el pecado, y en él ha recogido una cosecha que jamás hubiese podido recoger en los campos de una creación no caída. Pero el hombre fué juzgado por su transgresión. Fué arrojado por la mano de Dios como gobernante; y, por un acto de ese gobierno fué obligado a comer el pan con el sudor de su frente. "Lo que el hombre (sea quien fuere) "sembrare, eso también segará."

En esta declaración se afirma el principio proclamado en todas partes de la Sagrada Escritura, y ejemplificado en cada página de la historia del gobierno divino. Merece nuestra más profunda atención. Y ello es, ¡ay!, muy poco conocido. Permitimos que nuestra mente esté bajo la influencia de la idea de la gracia, considerada desde un solo punto de vista y por lo tanto, teniendo de ella un concepto falso, el efecto de lo cual es muy pernicioso. La gracia es una cosa y otra cosa es el gobierno. No debe

confundírseles jamás. Quisiéramos inculcar sinceramente al corazón del lector el hecho importante de que el más magnífico despliegue de la soberana gracia de Dios no puede jamás estar en contradicción con las solemnes actuaciones de su gobierno.

CAPÍTULO IV



AHORA, pues, oh Israel, oye los estatutos y derechos que yo os enseño, para que los ejecutéis, y viváis, y entréis, y poseáis la tierra que Jehová el Dios de vuestros padres te da."

Aquí tenemos ante nosotros y de una manera bien destacada en todo el libro del Deuteronomio las palabras "oye" y "haz," o ejecuta, para que "viváis" y "poseáis." Tal es el principio universal y permanente. Era verdadero para Israel, como verdadero es para nosotros. La senda de la vida y el verdadero secreto de la posesión es la simple obediencia a los santos mandamientos de Dios. Eso lo vemos confirmado desde el principio al fin del sagrado volumen. Dios nos ha dado su palabra, no para especular o discutir sobre ella, sino para obedecerla. Y así es como nosotros, por gracia, rendimos una obediencia cordial y dichosa a los estatutos y juicios de nuestro Padre, que andamos en el resplandeciente sendero de la vida, y entramos a la realidad de todo lo que Dios ha atesorado para nosotros en Cristo. "El que tiene mis mandamientos, y los guarda, aquél es el que me ama; y el que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él."

¡Cuán precioso es esto! Es indecible; algo muy especial. Sería un grave error suponer que el privilegio de que aquí se habla lo gozan todos los creyentes. No es así. Solamente gozan de él los que prestan amante obediencia a los mandamientos de nuestro Señor Jesucristo. Está al alcance de todos, pero no todos gozan de él, porque no todos son obedientes. Una cosa es ser hijo, y otra cosa muy distinta ser un hijo obediente. Una cosa es ser salvo, y otra muy distinta amar al Salvador, y deleitarse en todos sus muy preciosos preceptos.

Esto lo vemos de continuo en la práctica en nuestros círculos familiares. Ved allá, por ejemplo, dos hijos; uno de ellos sólo piensa en divertirse, haciendo su voluntad y dando satisfacción a sus propios deseos. No gusta de la compañía de su padre; no se preocupa por cumplir los

CAPÍTULO IV

129

deseos de su padre; apenas sabe nada de sus propósitos y si sabe algo de ellos los descuida o menosprecia. Está, sí, dispuesto siempre a aprovecharse de todos los beneficios que pueden proporcionarle el lazo de parentesco que le une con su padre; muy dispuesto a recibir regalos, libros, dinero, todo en fin, lo que su padre le dé; pero jamás procura corresponder al amor paternal con una atención de cariño a su voluntad, aun en lo más trivial. El otro hijo es todo lo contrario. Es su deleite estar con su padre; ama su compañerismo, sus modales y sus palabras; constantemente procura llevar a cabo los deseos del padre, proporcionarle algo que sabe ha de serle agradable. Ama a su padre, no por lo que le da, sino por ser su padre; y encuentra sus mayores satisfacciones en estar con su padre y en hacer su voluntad.

Ahora bien, ¿tendremos alguna dificultad en comprender cuán diferentes serán los sentimientos que abrigue ese padre respecto a esos dos hijos? Verdad es que ambos son hijos suyos y ama a entrambos con el amor fundado sobre su parentesco. Pero, aparte del amor que a los dos profesa, hay otro amor de especial complacencia para el hijo obediente. Es imposible que un padre pueda agradarse de la compañía de un hijo terco, antojadizo y nada cuidadoso con él: ese hijo podrá preocupar los pensamientos de su padre; podrá desvelarse y orar por él; podrá gastar y gastarse por él; pero no le será agradable, no será su confidente, no podrá ser el depositario de sus proyectos.

Todo esto exige la más atenta consideración de aquellos que realmente desean ser aceptables o agradables al Padre celestial y a nuestro Señor Jesucristo. Estemos seguros de que la obediencia es agradable a Dios; y que "sus mandamientos no son penosos"; en ningún modo; son la dulce y preciosa expresión de su amor, y el fruto y la evidencia del lazo familiar que con Él nos une. Y no sólo esto, sino que Él recompensa en su gracia nuestra obediencia con una más completa manifestación de Sí mismo a nosotros y habitando nuestras almas. Esto resalta con gran claridad y belleza en la contestación de nuestro Señor a Judas, no el Iscariote, por cuya contestación debemos estarle agradecidos:

"Señor, ¿qué hay porque te hayas de manifestar a nosotros, y no al mundo? Respondió Jesús y díjole: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos con él morada" (Juan XIV.)

Aquí se nos enseña que no es cuestión de diferencia entre "el mundo" y "nosotros" ya que el mundo no sabe nada en cuanto a parentesco u obediencia, por lo que no pueden referirse al mundo las palabras de nuestro Señor. El mundo aborrece a Cristo, porque no le conoce. Su lenguaje es: "Apártate de nosotros, que no queremos el conocimiento de tus caminos." "No queremos que éste reine sobre nosotros."

Tal es el mundo, aun barnizado por la civilización y adornado con la profesión de Cristianismo. Existe por debajo de ese barniz y de ese adorno un profundo odio a la Persona y autoridad de Cristo. Su sagrado e incomparable Nombre va unido a la religión del mundo, por lo menos en los Cristianos bautizados; pero detrás de los ropajes de la profesión religiosa está en acecho un corazón enemigo de Dios y de su Cristo.

Pero nuestro Señor no habla del mundo en Juan XIV. Está en aposento cerrado con "los suyos" y es de ellos que está hablando. Si se manifestare al mundo, sólo podría ser para el juicio y eterna destrucción. Mas, bendito sea su Nombre, Él se manifiesta a sus propios hijos obedientes, a los que tienen sus mandamientos, y los guardan; a los que le aman y guardan sus palabras.

Y conviene que el lector esté enteramente advertido y comprenda bien que cuando nuestro Señor habla de sus mandamientos, sus palabras, y sus dichos, no quiere significar los diez mandamientos o la ley de Moisés. No hay duda de que esos diez mandamientos forman parte del canon de la escritura, la palabra inspirada de Dios; pero confundir la ley de Moisés con los mandamientos de Cristo, sería sencillamente poner lo de arriba abajo; sería confundir el Judaísmo con el Cristianismo, la ley y la gracia. Ambas cosas son a cual más distintas, y deben ser mantenidas separadas por todos aquellos que quieran andar con Dios.

A menudo vamos desviados por el simple sonido de las palabras; por eso, cuando nos encontramos con la palabra "mandamientos" deducimos inmediatamente que debe referirse necesariamente a la ley de Moisés. Pero esto es una grande y perjudicial equivocación. Si el lector no lo comprende bien y no pisa terreno firme en este asunto, cierre este libro y lea los primeros ocho capítulos de la epístola a los Romanos y la epístola entera a los Gálatas; lea con calma y oración como si estuviera en la misma presencia de Dios, con el ánimo libre de toda preocupación teológica y de la influencia de toda educación religiosa previa. Allí aprenderá de la manera más clara y más completa que el Cristiano no está en modo alguno bajo la ley, para cosa alguna, ni para la vida, ni para la justicia, ni para la santidad, ni para la conducta, para nada en fin. En una palabra, la enseñanza de todo el Nuevo Testamento se dirige a establecer fuera de toda discusión, que el Cristiano no está bajo la ley, ni es del mundo, ni está en la carne, ni en sus pecados. El sólido fundamento de todo ello está en la redención cumplida que tenemos en Cristo Jesús, en virtud de la cual estamos sellados por el Espíritu Santo, y de este modo indisolublemente unidos e inseparablemente identificados con Cristo resucitado y glorificado; de tal manera que el apóstol Juan puede decir de todos los creyentes, de todos los amados hijos de Dios: "pues como Él (Cristo) es, así somos nosotros en este mundo." Eso establece y fija la cuestión entera para aquellos que quieren ser dirigidos por la sagrada escritura. Y en cuanto a todos los demás la discusión es inútil.

Nos hemos apartado de nuestro tema a fin de resolver cualquiera dificultad que pudiera suscitarse por la mala interpretación de la palabra "mandamientos." Jamás podrá el lector guardarse demasiado de dejarse arrastrar por la tendencia a confundir los mandamientos de que se nos habla en Juan XIV con los mandamientos de Moisés, dados en Éxodo XX. Con todo, creemos reverentemente que Éxodo XX es en verdad tan inspirado como Juan XIV.

Y ahora, antes de dar por terminado el tema que nos ha ocupado, quisiéramos rogar al lector que se refiriese por unos momentos a una porción de la historia inspirada que ilustra de una manera muy sorprendente la diferencia entre un hijo de Dios obediente y otro desobediente. El lector lo hallará en el Génesis XVIII, XIX. Es un estudio profundamente interesante, presentando un contraste instructivo, sugestivo y práctico a más no poder. No nos detendremos en él, habiéndolo hecho ya algún tanto en nuestras "Notas sobre el libro del Génesis," pero sí quisiéramos solamente recordar al lector que tiene ante él, en esos dos capítulos, la historia de dos santos de Dios. Lot era hijo de Dios tanto como Abraham. No ponemos en duda que Lot está entre "los espíritus de los justos ya perfectos," como tampoco que Abraham está con ellos también. Esto, creemos, no puede ponerse en duda, por cuanto el inspirado apóstol Pedro nos dice que Lot "fué acosado por la nefanda conducta de los malvados."

Pero observemos la gran diferencia entre esos dos hombres. El Señor en persona visitaba a Abraham, se sentaba junto a él y compartía de buena gana su hospitalidad. Ese era en verdad un alto honor, un raro privilegio; un privilegio que Lot jamás conoció, un honor al que él nunca aspiró. El Señor nunca le visitó en Sodoma. Él solamente mandó sus ángeles, sus ministros de poder, los agentes de su gobierno. Y aun ellos, al principio, rehusaron tenazmente entrar en la casa de Lot o aceptar la hospitalidad que les ofrecía. Su áspera respuesta fué: "No, que en la plaza nos quedaremos esta noche." Y cuando entraron en su casa, fué sólo para protegerle de la desordenada violencia de que se veía rodeado, y sacarle de las circunstancias miserables en que se había sumergido en su deseo de buena posición y ganancia mundana. ¿Puede haber contraste más evidente?

Pero, es más; el Señor se complacía en Abraham, se le manifestaba. Él mismo, le revelaba sus pensamientos, le hablaba de sus planes y propósitos, lo que intentaba hacer con Sodoma. "¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer, habiendo de ser en Abraham una nación

grande y fuerte, y habiendo de ser benditas en él todas las gentes de la tierra? Porque *yo lo he conocido, sé que mandará a sus hijos, y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio*, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él. (Génesis XVIII: 17-19).

Apenas podemos ver una ilustración más elocuente de Juan XIV: 21, 23, aunque la escena ocurrió dos mil años antes de que se pronunciaran aquellas palabras. ¿Tenemos algo parecido a esto en la historia de Lot? ¡Ah! no. No era posible. No tenía proximidad con Dios, ni conocimiento de su mente, ni entraba en sus planes y propósitos. ¿Cómo hubiera podido? Hundido como estaba en los bajos fondos morales de Sodoma, ¿cómo podía conocer la mente de Dios? Cegado por la lóbrega atmósfera que cubría las ciudades culpables de la llanura, ¿cómo podía ver en lo futuro? Enteramente imposible. Si un hombre anda mezclado con el mundo, sólo puede apreciar las cosas desde el punto de vista mundano; sólo podrá medir las cosas con un patrón mundano, y pensar de ellas con los pensamientos del mundo. De aquí que la iglesia, en su estado como la de Sardis, es *amenazada* con la venida del Señor como de un ladrón en vez de ser *animada* con la esperanza de su venida como el Esposo y la estrella de la mañana. Si la iglesia profesante ha descendido al nivel del mundo, como ¡ay! ha sucedido, sólo podrá contemplar el porvenir desde el punto de vista del mundo. Esto explica el sentimiento de miedo con que la gran mayoría de Cristianos profesantes miran el asunto de la venida del Señor. Le esperan como a un ladrón, en vez de aguardarle como el bendito Esposo de sus corazones. Cuán pocos hay, comparativamente, que *aman su venida*. La gran mayoría de profesantes (nos aflige escribir estas palabras) encuentran su tipo en Lot más bien que en Abraham. La iglesia se ha separado de su propio terreno; ha descendido de su elevación moral y se ha mezclado con el mundo que odia y desprecia a su ausente Señor.

Mas, gracias a Dios, "tienes unas pocas personas en Sardis, que no han ensuciado sus vestiduras," algunas

piedras vivas entre las humeantes cenizas de los profesantes sin vida; algunas luces centelleantes entre la oscuridad moral de una fría Cristiandad nominal, sin corazón y mundana.

Y no sólo esto, sino que en la fase que pudiéramos llamar *Laodiceana* de la historia de la iglesia, que presenta un estado de nivel más bajo y todavía sin esperanza aún, cuando la totalidad del cuerpo profesante está a punto de ser vomitado de la boca del "testigo fiel y verdadero," aun en ese avanzado estado de fracaso y deserción, el oído atento oye las palabras llenas de gracia y de poder. "Mira que estoy a la puerta, y llamo: si *alguno* oyere mi voz, y abriere la puerta, *entraré a él*, y cenaré con él, y él conmigo."¹

Así que, en los días de la Cristiandad profesante, como en los días de los Patriarcas, en los tiempos del Nuevo Testamento, como en los del Antiguo, vemos que se concede la misma importancia e igual valor al oído atento y

¹ Citar el solemne llamamiento de Cristo a la iglesia de Laodicea, según hemos oído a veces en predicaciones evangélicas, aplicándolo al pecador, es una gran equivocación. Sin duda lo que el predicador expresa es verdadero; pero no corresponde al caso. Cristo no está llamando a la puerta del corazón del pecador, en lo que allí se nos describe, sino que llama a la puerta de la iglesia profesante. ¡Qué hecho éste! ¡Cuán lleno de profunda y terrible solemnidad en cuanto a la iglesia! ¡Qué final! ¡Cristo afuera! Pero, ¡Cuánta gracia por parte de Cristo en su llamamiento! ¡Él quiere entrar! Está aún aguardando en paciente bondad y con inmutable amor, presto a entrar en el corazón de cualquier fiel que quiera abrirle a Él. "Si alguno," ¡uno sólo! En Sardis pudo hablar *positivamente* de *algunos*, en Laodicea sólo puede hablar *dudosamente* de *alguno*. Pero, si *acaso* haya *solamente uno*, Él entrará a él, cenará con Él. ¡Precioso Salvador! ¡Amante fiel de nuestras almas! "Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos."

Lector; ¿hemos de admirarnos de que el enemigo procure mutilar y aplicar mal el solemne y escudriñador llamamiento a la iglesia de Laodicea, el cuerpo profesante en el más espantoso estado de su historia? No vacilaremos en decir que aplicarlo *simplemente* al caso del alma no convertida es privar a la iglesia profesante de uno de los más pertinentes, agudos y poderosos llamamientos encerrados entre las tapas del Nuevo Testamento.

al corazón obediente. Abraham en las llanuras de Mamre, el peregrino y extranjero, el fiel y obediente hijo de Dios, gustó el raro privilegio de hospedar al Señor de gloria; privilegio que no pudo ser conocido por quien, como Lot, había escogido su lugar y porción en una esfera sentenciada a ser destruida. Así también, en los días de indiferencia y jactanciosa pretensión de Laodicea, el corazón verdaderamente obediente se ve animado con la dulce promesa de sentarse a la cena con Aquél que es "el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios." En una palabra, sean cuales fueren las condiciones de las cosas, no hay límite a las bendiciones del alma individual que quiere atender sólo a la voz de Cristo y guardar sus mandamientos.

Recordemos esto. Dejemos que penetre en lo más profundo de nuestro ser moral. Nada puede despojarnos de las bendiciones y privilegios que se derivan de la obediencia. La verdad de ello brilla ante nuestros ojos en cada sección y en cada página del volumen de Dios. En todo tiempo, en todo lugar y en todas las circunstancias, el alma obediente fué dichosa en Dios, y Dios se ha complacido en ella. Es siempre el caso que, sea cual fuere el carácter de la dispensación: "a aquel, pues, miraré que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra." Nada podrá alterar o tocar esto. Lo vemos en el capítulo cuarto de nuestro bendito libro del Deuteronomio, en las palabras con las cuales comienza esa sección: "Ahora, pues, oh Israel, *oye los estatutos y derechos que yo os enseño*, para que *los ejecutéis*, y viváis, y entréis y poseáis la tierra que Jehová el Dios de vuestros padres te da." Lo encontramos también en esas preciosas palabras de nuestro Señor, en Juan XIV, en las que ya insistimos; "el que tiene mis mandamientos, y los guarda, aquél es el que me ama, etc." Y de nuevo: "El que me ama, *mi palabra guardará*."¹

¹ Existe una interesante diferencia entre los "mandamientos" y "palabras" del Señor. Los primeros establecen de manera clara y definitiva lo que debemos hacer; las otras son la expresión de su mente. Si a mi hijo le doy un mandato, con él establezco su deber, y si me ama, se complacerá en hacerlo.

Esto mismo resplandece con una brillantez notable en las palabras del inspirado apóstol Juan: "Carísimos, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquier cosa que pidiéremos, *la recibiremos de Él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de Él.* Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros, como nos lo ha mandado. Y el que guarda sus mandamientos está en Él y Él en él." (1 Juan III, 21. 24.)

Podríamos multiplicar las citas, pero no hay necesidad. Las que hemos citado, establecen de la manera más completa y más clara posible, el verdadero y más alto motivo de la obediencia, esto es; ser agradables al corazón de nuestro Señor Jesucristo, en el que Dios se complace. Verdad es que debemos cordial obediencia por muchos motivos. "Y no sois vuestros porque comprados sois por precio." A Él debemos nuestra vida, nuestra paz, nuestra justicia, nuestra salvación, nuestra eterna felicidad y gloria; así que nada puede exceder el peso moral de sus derechos sobre nosotros *en cuanto a nuestra vida de obediencia con todo nuestro corazón.* Pero hay otra consideración más importante todavía, que es el hecho maravi-

Pero si me oye decir: "me gustaría que se hiciese tal o cual cosa," aunque no le he dicho formalmente que lo hiciera, me tocaría el corazón más profundamente verlo irse y hacer aquella cosa con el fin de agradarme, que si le hubiera dado una orden positiva. Ahora, pues, ¿no hemos de procurar agradar al corazón de Cristo? ¿No "nos esforzaremos a serle agradables? Él nos ha hecho aceptos; ciertamente, pues, hemos de procurar, en cualquier modo, ser aceptables a Él. Él se complace en la amante obediencia; y esto es lo que Él mismo tributaba al Padre. "Me deleito en hacer tu voluntad; sí, *tu ley está dentro de mi corazón.*" "Si guardareis mis mandamientos, estaréis en mi amor; como yo también he guardado los mandamientos de mi Padre, y estoy en su amor." ¡Oh! empámonos más profundamente en el espíritu de Jesús, andemos en sus benditos pasos, y rindámosle más amante, devota y cordial obediencia en todo! Procuremos, lector cristiano, profundizar sinceramente en estas cosas, de manera que su corazón sea regocijado y su Nombre sea glorificado en nosotros y en nuestra carrera práctica día tras día.

lloso de que cuando obedecemos a sus mandamientos y hacemos aquello que es agradable a sus ojos, refrescamos su espíritu y se alegra su corazón.

Amado lector cristiano; ¿puede haber algo que sobrepuje el poder moral de un motivo como éste? ¡Piensa por unos momentos en el privilegio que tenemos de alegrar al corazón de nuestro Señor! ¡Qué dulzura, qué interés, qué preciosidad, qué santa dignidad comunica a cada pequeño acto de obediencia, saber que ello es agradable al corazón de nuestro Padre! ¡Cuánto más allá no alcanza esto que el sistema legalista! Es su más perfecto contraste en todas sus fases y en todos sus rasgos. La diferencia entre el sistema legal y el Cristianismo es la diferencia entre la vida y la muerte, la esclavitud y la libertad, la condenación y la justificación, entre lo distante y lo próximo, entre la duda y la certeza. ¡Cuán monstruosa no será la tentativa de amalgamar estas dos cosas, de juntarlas en un solo sistema, como si fuesen dos ramas de un solo tronco! ¡Qué confusión más desesperante ha de resultar de tal esfuerzo! ¡Cuán terrible el efecto del intento de colocar las almas bajo la influencia de ambas cosas! El mismo que si nos propusiéramos combinar los rayos del sol de medio día con las profundas tinieblas de la media noche. Considerado desde el punto de vista divino y celestial, juzgado a la luz del Nuevo Testamento, medido por el patrón del corazón de Dios, y la mente de Cristo, se verá que no puede haber anomalía más horrible que la que ofrece a nuestros ojos el esfuerzo en la Cristiandad para combinar la ley y la gracia. En cuanto al deshonor hecho a Dios, la herida infligida al corazón de Cristo, el agravio y desprecio hechos al Espíritu Santo, el daño causado a la verdad de Dios, la enorme injusticia perpetrada sobre los amados corderos y ovejas del rebaño de Cristo, la terrible piedra de escándalo arrojada en el camino tanto de Judíos como de Gentiles, y, en una palabra, la injuria grave hecha al entero testimonio de Dios, durante los últimos diez y ocho siglos, todo esto, sólo el tribunal de Cristo podrá declararlo; y ¡ay!, qué terrorífica declaración habrá de ser! Es demasiado terrible para ser contemplada.

Sin embargo, existen muchas almas pías en toda la extensión de la iglesia profesante, que de buena fe creen que el único camino para conseguir obediencia, alcanzar una santidad práctica, asegurar una buena conducta y mantener en orden nuestra mala naturaleza, consiste en poner al pueblo bajo la ley. Parece que tienen temor de que si a las almas se las sustrajera de la tutela del maestro de escuela, con su férula y sus rudimentos, todo el orden moral se vendría abajo. Con la ausencia de la autoridad de la ley no esperan más que una confusión indescriptible. Quitar los diez mandamientos como regla de vida es, a juicio de los tales, demoler esos grandes diques morales que la mano de Dios erigió para contener la marea de la anarquía humana.

Comprendemos perfectamente su dificultad. Muchos de nosotros hemos tropezado con ella en una forma u otra. Pero debemos tratar de resolverla según los caminos de Dios. No debemos aferrarnos a nuestras propias opiniones y así contrariando las expresas enseñanzas de la santa escritura; tarde o temprano nos veremos obligados a abandonar todas esas opiniones. Nada podrá mantenerse en pie sino la palabra de nuestro Dios, la voz del Santo Espíritu, la autoridad de la escritura, las imperecederas enseñanzas de la incomparable Revelación que nuestro Padre, en su gracia infinita, puso en nuestras manos. A ella debemos escuchar con profunda y reverente atención; ante ella debemos inclinarnos con obediencia completa. No debemos pensar en sostener ni una sola de nuestras opiniones propias. La opinión de Dios debe ser la nuestra. Hemos de arrojar todos los escombros, que por la influencia de las enseñanzas meramente humanas han ido acumulándose en nuestras inteligencias.

Además hemos de aprender a confiar implícitamente en toda palabra que sale de la boca de Dios. No debemos oponerle razonamientos, ni juicios, ni discusiones; debemos simplemente creerla. Si el hombre hablara, si se tratara meramente de una cuestión de autoridad humana, entonces debiéramos juzgarla ya que un hombre no tiene derecho a mandar. Debíéramos juzgar acerca de lo que

dijera, no según nuestra propia opinión, ni por ningún patrón humano, credo o confesión de fe, sino por la palabra de Dios. Pero cuando la escritura habla, toda discusión queda terminada.

Este es un consuelo indecible. Está fuera del alcance del lenguaje humano exponer de manera adecuada el valor o la importancia moral de este gran hecho. Libra al alma completamente del cegador poder de la terquedad por una parte, y por otra de la simple sujeción a la autoridad humana. Nos lleva al contacto vivo, personal y directo de la autoridad de Dios, y esto es vida, paz y libertad, potencia moral, verdadera elevación, divina certeza y santa estabilidad. Pone término a dudas y temores, a todas las fluctuaciones de las opiniones meramente humanas que tanta perplejidad causan y que tanto torturan el corazón. No estamos agitados por todo viento de doctrina, por las oleadas del pensamiento humano. *Dios ha hablado.* Esto basta por completo. En ello el corazón encuentra su profundo y estable reposo. Ha logrado escapar del tormentoso océano de la controversia teológica, y ha echado anclas en el bendito puerto de la revelación divina.

De aquí, pues, que queramos decir al piadoso lector de estas líneas: si quieres conocer el pensamiento de Dios sobre el tema de que tratamos; si quieres conocer el fundamento, el carácter y el objeto de la obediencia cristiana, debes pura y simplemente escuchar la voz de la sagrada escritura. Y ¿qué dice ésta? ¿Nos envía de nuevo a Moisés para aprender cómo hemos de vivir? ¿Nos envía de nuevo al "monte palpable" a fin de asegurarnos una vida santa? ¿Nos coloca bajo la ley para refrenar nuestra carne? Oíd lo que nos dice. Sí; oídllo y pesadlo cuidadosamente. Oigamos las siguientes palabras en Romanos VI, palabras de santo poder de emancipación. "Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; *pues no estáis bajo la ley sino bajo la gracia.*"

Ahora, pues, rogamos encarecidamente al lector que permita a esas palabras que penetren en las mismas profundidades de su alma. El Espíritu Santo declara de la manera más sencilla y más enfática, que los Cristianos no

están bajo la ley. Si estuviéramos bajo la ley, el pecado tendría dominio sobre nosotros. Vemos en la escritura de un modo invariable, que el "pecado," la "ley" y la "carne" van unidos. El alma que está bajo la ley no tiene la posibilidad de gozar de una completa liberación del dominio del pecado; y en ello podemos ver de una ojeada la falacia de todo el sistema legalista, y el engaño absoluto de empeñarse en obtener la santidad de vida poniendo las almas bajo la ley. Esto equivale a colocarlas sencillamente en el terreno sobre el cual el pecado puede señorear sobre ellas, y mandar sobre ellas con absoluto dominio. ¿Cómo es, pues, posible, producir la santidad por la ley? Es absolutamente imposible.

Mas, volvamos por un momento a Romanos VII. "Así también vosotros, hermanos míos," (y lo mismo todo verdadero creyente, todo el pueblo de Dios) "estáis *muer-tos a la ley* por el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, a saber, del que resucitó de los muertos, a fin de que fructifiquemos a Dios." Ahora bien; es evidente que no podemos estar "muer-tos a la ley" y "estar bajo la ley," a un mismo tiempo. Se nos podría objetar, quizá, que la expresión, "muer-tos a la ley" es solamente una figura. Supongamos que sea así, preguntaremos, pues, ¿una figura de qué? De seguro que no podrá ser figura de personas bajo la ley. En ningún modo; será en todo caso una figura enteramente opuesta a ello.

Y notemos de modo particular que el apóstol no dice que la ley está muerta. Nada de eso. La ley no ha muerto, pero nosotros estamos muertos para ella. Por la muerte de Cristo hemos salido de la esfera a que la ley pertenece. Cristo tomó nuestro lugar; fué hecho bajo la ley; y en la cruz, fué hecho pecado por nosotros. Pero Él murió en lugar de nosotros, y nosotros morimos en Él; y de este modo nos ha sacado fuera del terreno en el que estábamos bajo el dominio del pecado, bajo la ley, y nos ha introducido en una situación enteramente nueva y en asociación y unión viviente con Él, de tal manera que pudo decirse: "*como* Él es, *así* somos nosotros en este mundo." ¿Está Él bajo la ley? Ciertamente que no. Pues

bien; tampoco nosotros. ¿Tiene el pecado algún derecho sobre Él? Absolutamente ninguno. Tampoco, pues, sobre nosotros. Somos, en cuanto a nuestra situación, como Él es en la presencia de Dios; y por consiguiente, ponernos bajo la ley sería la más completa subversión de nuestra posición en Cristo, y la más positiva y flagrante contradicción de las más claras manifestaciones de la sagrada escritura.

Y ahora quisiéramos preguntar ¿cómo podrá fomentarse la santidad de vida si removemos los propios fundamentos del Cristianismo? ¿Cómo podrá ser subyugado el pecado que habita en nosotros, si nos ponemos bajo el propio sistema que dió al pecado su poder sobre nosotros? ¿Cómo se producirá la verdadera obediencia cristiana si nos oponemos a la sagrada escritura? Confesamos que no podemos imaginar nada más absurdo. Con seguridad que un fin divino sólo puede alcanzarse siguiendo un camino divino. Ahora bien; el camino de Dios en libertarnos del dominio del pecado consiste en hacernos libres de la ley; de aquí que todos los que enseñan que los Cristianos están bajo la ley se hallan claramente en oposición con Dios. ¡Tremenda consideración para cuantos desean ser enseñadores de la ley!

Pero continuemos oyendo otras palabras del capítulo VII a los Romanos. El apóstol continúa diciendo: "Porque *mientras estábamos en la carne*, los afectos de los pecados que eran por la ley, obraban en nuestros miembros fructificando para *muerte*. Mas ahora estamos *libres de la ley*, habiendo muerto (o siendo muertos) a aquella en la cual estábamos detenidos, *para que sirvamos en novedad de espíritu*, y no en vejez de letra."¹

Esto es tan claro como la luz del sol. ¿Qué significa

¹ La traducción de Romanos VI, en nuestra Versión Autorizada (se refiere el autor a la Biblia inglesa de este nombre) es manifiestamente errónea, por cuanto enseña que la ley está muerta, lo cual no es verdad. "La ley es buena, si alguno usa de ella legítimamente (1 Tim.: I). Y además: "La ley es santa" (Rom. VII). La escritura nunca enseña que la ley es muerta, sino que enseña que el creyente está muerto a la ley, lo cual es muy distinto.

la expresión, "mientras *estábamos* en la carne"? Quiere decir acaso que *estamos* aun en esa situación? Evidentemente no. Si yo digo: "cuando *estaba* en Londres" ¿entenderá alguien que continúo estando aun en Londres? Tal pensamiento es absurdo.

Pues ¿qué quiere significar el apóstol con la expresión: "mientras *estábamos* en la carne"? Pues sencillamente hacer referencia a una cosa pasada, a un estado que ya no existe. ¿No están, pues, los creyentes en la carne? Así lo declara terminantemente la escritura. Pero ¿quiere esto decir que no están en el cuerpo? De cierto que no. Están en el cuerpo, en cuanto al hecho de su existencia; pero no están en la carne, en cuanto al terreno en que están ante Dios.

En el capítulo VIII tenemos la más clara exposición de este punto. "Así que, los que están en la carne, no pueden agradar a Dios. *Mas vosotros no estáis en la carne*, sino en el Espíritu; si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros." Aquí tenemos la exposición de un hecho muy solemne, y la publicación de un muy precioso y glorioso privilegio. "Los que están en la carne *no pueden agradar a Dios*." Podrán ser muy morales, muy amables, muy religiosos, muy benévolos; pero no pueden agradar a Dios. Su total situación es falsa. La fuente de la que manan todas las corrientes está corrompida; la raíz y tronco de donde emanan las ramas están podridos, desesperadamente malos. No pueden producir el más mínimo fruto bueno, fruto que Dios pueda aceptar. "No pueden agradar a Dios." Deben colocarse en una situación enteramente nueva; deben tener nueva vida, nuevos motivos, nuevos objetos; en una palabra, deben ser una nueva creación. ¡Cuán solemne es esto! Considerémoslo a fondo y veamos si comprendemos las palabras del apóstol.

Y, por otra parte, notemos los gloriosos privilegios de todos los verdaderos creyentes. "*Vosotros no estáis en la carne*." Los creyentes no están ya en una situación en la cual no puedan agradar a Dios. Tienen una nueva naturaleza, una nueva vida, cada movimiento de la cual, y cuanto de ella emana es agradable a Dios. El más débil

aliento de la vida divina es grato a Dios. De esa vida el Santo Espíritu es el motor, Cristo el objeto, la gloria es la meta, el cielo es el hogar. Todo es divino, y por lo tanto perfecto. Ciertamente el creyente está sujeto a errar, inclinado por naturaleza a desviarse, capaz de caer en pecado. En él, esto es, en su carne no mora el bien. Pero su posición ante Dios está fundada en la eterna estabilidad de la gracia de Dios, y la misma gracia ha hecho provisión para el estado espiritual del creyente en la preciosa expiación y la abogacía eficaz de nuestro Señor Jesucristo. (1 Juan 2. 1.) De este modo está libre para siempre de aquel terrible sistema en el que las más sobresalientes figuras son "la carne," "la ley," "el pecado," "la muerte," ¡triste agrupación, en verdad! Y ha sido trasladado a la gloriosa escena en la cual las figuras prominentes son "vida," libertad," "gracia," "paz," "justicia," "santidad," "gloria," "Cristo." Porque *no os habéis llegado* al monte que se podía tocar," (este es el monte palpable) "y al fuego encendido, y al turbión y a la oscuridad y a la tempestad, y al sonido de la trompeta, y a la voz de las palabras, la cual los que la oyeron rogaron que no se les hablase más. Porque no podían tolerar lo que se mandaba; si bestia tocara al monte, será apedreada o pasada con dardo. Y tan terrible cosa era lo que se veía, que Moisés dijo: estoy asombrado y temblando. Mas os habéis llegado al monte de Sión, y a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, y a la compañía de muchos millares de ángeles, y a la asamblea de los primogénitos que están alistados en los cielos, y a Dios, el Juez de todos, y a los espíritus de los justos hechos perfectos; y a Jesús, el Mediador del nuevo testamento, y a la sangre del esparcimiento que habla mejor que la de Abel." (Hech. XII.)

Así hemos procurado resolver la dificultad que pudiera haber experimentado el lector concienzudo que hasta el momento de abrir el presente libro abrigara la convicción de que la santidad práctica y la verdadera obediencia sólo pueden conseguirse colocando a los creyentes bajo la ley. Esperamos que habrá entendido y aceptado la evidencia de la escritura, la cual hemos puesto ante él. Si así es,

comprenderá que el colocar a los creyentes en tal posición es quitar el mismo fundamento del Cristianismo, abandonar la gracia, dejar a Cristo, volver a la carne, en la cual no podemos agradar a Dios, y ponernos a nosotros mismos bajo la maldición. En una palabra, el sistema legal de los hombres es diametralmente opuesto a la enseñanza entera del Nuevo Testamento. Fué contra ese sistema y sus mantenedores que el bendito apóstol Pablo testificó durante toda su vida. Lo aborreció en absoluto y lo denunció de continuo. Los enseñadores de la ley estaban siempre procurando minar sus benditos trabajos, y subvertir las almas de sus amados hijos en la fe. Es imposible leer sus fogosas expresiones en la epístola a los Gálatas, sus ásperas referencias en su epístola a los Filipenses, o sus solemnes amonestaciones en la epístola a los Hebreos, sin comprender cuán intenso era su aborrecimiento a todo el sistema legalista de los enseñadores de la ley, y cuán amargamente lloraba sobre las ruinas del testimonio tan caro a su grande, amoroso y devoto corazón.

Es posible que, a pesar de todo lo que hemos escrito, y a despecho de la plena evidencia de la escritura sobre la cual hemos llamado la atención del lector, se halle éste dispuesto a preguntar: ¿No existirá algún peligro de impía relajación y de veleidad si anulamos el poder coercitivo de la ley? A esto responderíamos que Dios es más sabio que nosotros. Él sabe mejor que nosotros cómo se evita la relajación y la veleidad, y como se obtiene la verdadera obediencia. Él ensayó la ley y ¿cuál fué el resultado? Produjo la ira. Fué causa de que el quebrantamiento de esa ley abundase. Desarrolló los "afectos de los pecados." Introdujo la muerte. Fué la fuerza del pecado. Privó al pecador de todo poder. Lo mató. Era la condenación. Maldecía a todos cuantos tenían que entender con ella. "Porque todos los que son de las obras de la ley, están bajo de maldición." Y todo esto, no por causa de algún defecto que la ley tuviera, sino a causa de la total imposibilidad por parte del hombre, de cumplirla.

¿No es evidente al lector que ni la vida, ni la justicia, ni la santidad, ni la verdadera obediencia cristiana pudie-

ron jamás alcanzarse bajo la ley? ¿Será posible que después de lo que ha pasado en revista ante nosotros, pueda hacer alguna objeción, pueda tener alguna duda, una sola dificultad? Esperamos que no. Nadie que esté dispuesto a inclinarse ante la enseñanza y autoridad del Nuevo Testamento puede ser partidario ni por un momento del sistema legalista.

No obstante, antes de dar por terminado este grave e importantísimo tema, señalaremos al lector uno o dos pasajes de la escritura, en los cuales las glorias morales del Cristianismo resplandecen con vivo fulgor, en vívido contraste con la entera economía Mosaica.

Ante todo, fijémonos en el pasaje tan conocido del principio de Romanos VIII. "Ahora, pues, ninguna *condenación* hay para los que están en Cristo Jesús. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús *me ha librado* de la ley del pecado, y de la muerte. Porque lo que era imposible a la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios enviando a su Hijo en *semejanza* de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la ley fuese cumplida en nosotros, que no andamos conforme a la carne, mas conforme al Espíritu. (Vers. 1-4.)

Ahora bien; hemos de tener en cuenta que el versículo primero establece la posición de todo Cristiano, es decir, su *posición* ante Dios. Está "en Cristo Jesús." Esto es final. El cristiano no está ya en la carne; no está bajo la ley; está en absoluto y eternamente "en Cristo Jesús." Por lo tanto, "no hay," no puede haber "condenación." El apóstol no habla ni se refiere a nuestra *conducta* o a nuestro *estado*. Si fuera así no podría hablar de "no condenación." La conducta cristiana más perfecta que jamás se haya observado, el estado cristiano más perfecto que se haya alcanzado, daría algún motivo para el juicio y la condenación. No hay un Cristiano sobre la faz de la tierra que no deba diariamente juzgar su estado y su conducta, su estado moral y su vida práctica. ¿Cuándo pudo, pues, relacionarse o fundarse la "no condenación" en la conducta cristiana? Del todo imposible. A fin

de estar libres de la condenación, hemos de poseer lo que es divinamente perfecto, y la conducta cristiana no lo es, ni jamás lo ha sido. Aun el gran apóstol Pablo hubo de retirar unas palabras que pronunció (Hech. XXIII, 5.) Se arrepintió de haber escrito una carta (2 Cor. VII, 8.) Un estado perfecto y una conducta intachable sólo pudo encontrarse en Uno: Jesús. En todos los demás, aun los más santos y mejores, hay tacha.

He aquí, pues, que la segunda cláusula del primer versículo de Romanos VIII debe rechazarse como interpolación. Creemos que esto será comprendido por todo el que sea enseñado por Dios, dejando aparte toda cuestión de mera crítica textual. Una mente espiritual podrá darse cuenta de la incongruencia entre las palabras "no condenación" y "conducta." Las dos cosas no pueden armonizarse. Y aquí, sin duda alguna, es precisamente donde miles de almas piadosas se han visto envueltas en dificultades en cuanto a este pasaje realmente magnífico y emancipador. El alegre sonido de la frase "ninguna condenación" ha sido despojado de su profunda, completa y bendita significación, por una interpolación introducida por algún copista cuya débil visión quedó deslumbrada, sin duda, por la brillantez de esa libre, absoluta y soberana gracia que resplandece al principio de ese capítulo. Cuántas veces hemos oído palabras como éstas: "¡Oh, sí! Ya sé que no hay condenación para los que están en Cristo Jesús. Pero esto es para los que andan no según la carne, sino según el Espíritu. Yo no puedo decir que ande así. Anhelo vivamente hacerlo, y deploro mi fracaso. Daría todo el mundo para poder conducirme con más perfección; pero ¡ay de mí! he de condenarme a mí mismo, a mi estado, mi conducta, mis hechos, cada día y aun cada hora. Siendo así no me atrevo a aplicarme a mí mismo tan preciosas palabras como las de "no hay condenación." Espero que algún día podré hacerlo, cuando haya hecho más progresos en santidad personal; pero en mi presente estado, consideraría la presunción más atrevida el aplicarme a mí mismo la preciosa verdad contenida en la primera parte de Romanos VIII."

Pensamientos como estos han pasado por la mente de muchos de nosotros, aunque no hayan ido revestidos de palabras. Pero la respuesta sencilla y concluyente a todos esos razonamientos legalistas se encuentra en el hecho de que la segunda cláusula de Romanos VIII, 1, es una interpolación engañadora, ajena al espíritu y genio del Cristianismo; opuesta a toda la serie de argumentos del contexto del capítulo en que consta, y altamente subversiva de la sólida paz del Cristiano. Es un hecho bien conocido de todos los que están al corriente de la crítica Bíblica, que todas las autoridades de gran renombre están de acuerdo en rechazar la segunda cláusula de Romanos VIII, 1.¹ Y, en este caso la crítica textual sólo confirma, como toda

¹ Quizá algún lector se muestre un tanto desconfiado y celoso de cualquier contrariedad que oponamos a nuestra excelente Biblia inglesa. Como muchos otros, quizá esté dispuesto a decir: ¿Cómo podrá conocer el hombre poco ilustrado lo que es la escritura y lo que no? Ha de depender de los estudiosos y críticos para darle certeza en asunto tan grave e importante? Si es así, ¿no volveríamos a la antigua historia de buscar la autoridad humana para confirmar la verdad de Dios? En ninguna manera; es cosa enteramente distinta. Todos sabemos que todas las ediciones y traducciones, han de ser, en algún punto, imperfectas pues son humanas. Pero creemos que la misma gracia que dió la palabra en el original hebreo y griego, ha velado maravillosamente por nuestra traducción inglesa, de tal modo que el campesino que vive a la falda de un monte, puede estar seguro de poseer en su Biblia inglesa corriente, la revelación de la mente de Dios. Es admirable según los trabajos de estudiantes y críticos, cuán pocos pasajes, comparativamente, han debido retocarse, y de estos ni uno sólo afectaba a ninguna doctrina fundamental del Cristianismo. Dios que en su gracia nos dió la santa escritura, ha velado ante todo por ella y la ha preservado para su iglesia de la manera más asombrosa. Además, ha creído conveniente hacer uso de los trabajos de los estudiantes y críticos, de siglo en siglo, para sanear el sagrado texto de errores que a causa de las imperfecciones atribuibles a toda empresa humana se habían deslizado en él. Esas correcciones ¿podrán conmovier nuestra confianza en la integridad de la escritura como un todo, o inducirnos a la duda de que poseemos en verdad la palabra de Dios? No; más bien nos inducirán a bendecir a Dios por su bondad, velando por su palabra a fin de preservarla en toda su integridad para su iglesia.

sana crítica hará, la conclusión a que llegaría una mente de veras espiritual, sin ningún conocimiento de la crítica.

Mas, como adición a cuanto hemos dicho con referencia a este tema, diremos que el encontrar la cláusula "los cuales no andan según la carne, sino según el Espíritu," en el versículo 4, agrega mayor evidencia de que su presencia al final del versículo 1, es una interpolación. No podemos admitir ni por un momento el pensamiento de que haya redundancia de palabras en la sagrada escritura. Ahora bien; en el versículo 4 se trata de una cuestión de conducta, una cuestión de nuestro cumplimiento de "la justicia de la ley," y de aquí que la frase está bien porque está divinamente en su sitio apropiado. El que anda según el Espíritu, como debe hacer todo Cristiano, cumple la justicia de la ley. El amor es el cumplimiento de la ley; y el amor nos conducirá a cumplir lo que los diez mandamientos no pudieron lograr nunca, esto es, a amar a nuestros enemigos. Ningún amante de la santidad, ningún defensor de la justicia práctica jamás habrá de tener el más mínimo temor de perder nada por abandonar el terreno legalista y tomar su sitio en la elevada plataforma del Cristianismo verdadero, por abandonar el monte Sinaí y cambiarlo por el monte Sión, por pasarse de Moisés a Cristo. No; alcanza un más alto manantial, una fuente más profunda, una esfera más amplia de santidad, de justicia y obediencia práctica.

Y si alguno se sintiera dispuesto a preguntar: "La serie de argumentos que hemos venido exponiendo, ¿no tiende a despojar a la ley de su gloria característica?" Contestaríamos nosotros: absolutamente no. Lejos de ello; la ley nunca fué más magnificada, nunca tan vindicada, nunca tan establecida, nunca tan glorificada, como lo fué por la preciosa obra que forma el fundamento imperecedero de todos los privilegios, las bendiciones, las dignidades y glorias del Cristianismo. El bendito apóstol anticipa y responde a aquella pregunta, en el comienzo de su epístola a los Romanos. "Luego ¿deshacemos la ley" (dice él) "por la fe? En ninguna manera, antes establecemos la

ley." ¿De qué modo pudo ser la ley más gloriosamente vindicada, honrada y magnificada que por la vida y muerte del Señor Jesucristo? ¿Habría alguien que, por un momento, pretenda sostener la extravagante idea de que se enaltece la ley poniendo a los Cristianos bajo ella? Queremos creer que el lector no será de esa opinión. ¡Ah! no; toda esa serie de cosas ha de ser completamente abandonada por aquellos cuyo privilegio consiste en andar a la luz de la nueva creación, que conocen a Cristo como su vida, y a Cristo como su justicia; Cristo, su santificación, Cristo, su gran Modelo, Cristo, su todo en todo; que encuentran sus móviles para la obediencia no en el temor a las maldiciones de una ley quebrantada, sino en el amor de Cristo, según aquellas exquisitamente hermosas palabras: "El amor de Cristo" no la ley de Moisés, "nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos son muertos; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, mas para aquél que murió y resucitó por ellos." (2 Cor. V.)

¿Pudo jamás la ley producir algo parecido a esto? Imposible. Mas, bendito sea para siempre el Dios de toda gracia, "lo que era imposible a la ley," no porque no fuese santa y justa y buena, sino "por cuanto era débil por la carne," o sea que el artífice era bueno pero el material estaba podrido y para nada servía, pero "Dios enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la ley fuese cumplida en nosotros que," como resucitados con Cristo, unidos a Él por el Espíritu Santo, en el poder de una nueva y eterna vida, "no andamos según la carne, mas conforme al Espíritu."

Esto, y sólo esto, es verdadero y práctico Cristianismo, y si el lector quiere volver su atención al segundo capítulo a los Gálatas, encontrará otra de esas bellas, ardientes proclamas del bendito apóstol, estableciendo con divina potencia y plenitud la gloria especial de la vida y conducta cristianas. Está relacionada con su fiel repreensión al apóstol Pedro, en Antioquía, cuando este amado y honrado siervo de Cristo, por su característica debilidad, fué indu-

cido a descender por un momento del elevado terreno moral en el cual el evangelio de la gracia de Dios coloca al alma. Nada mejor que citar el párrafo entero, cada sentencia del cual está repleta de potencia espiritual.

"Empero, viniendo Pedro a Antioquía, le resistí *en la cara*"—no le censuró ni le despreció "estando ausente, sino ante otros" porque era de condenar. Porque antes que viniesen unos de parte de Jacobo, comía con los Gentiles; mas después que vinieron, se retraía y apartaba teniendo miedo de los que eran de la circuncisión. Y a su disimulación consentían también los otros Judíos; de tal manera que aun Bernabé fué también llevado de ellos en su simulación. Mas cuando vi que no andaban derechamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo Judío, vives como los Gentiles y no como Judío, ¿por qué constriñes a los Gentiles a judaizar? Nosotros Judíos naturales y no pecadores de los Gentiles, sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para que fuésemos justificados por la fe de Cristo, y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley ninguna carne será justificada. Y si buscando nosotros ser justificados en Cristo, también nosotros somos hallados pecadores ¿es por eso Cristo ministro de pecado? En ninguna manera (o lejos de nosotros tal pensamiento). "Porque si las cosas que destruí, las mismas vuelvo a edificar, transgresor me hago."—Pues si las cosas eran buenas ¿por qué destruirlas? Y si no eran buenas ¿por qué volver a edificarlas?—"Porque yo por la ley soy *muerto a la ley*, para vivir a Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado; y vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo," no por la ley como regla de vida, sino—"en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. No desecho la gracia de Dios; porque si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo." (O murió en vano. Gál. II, 11-21.)

Aquí tenemos, pues, una de las más bellas afirmaciones que pudiéramos encontrar de la verdad, en cuanto al Cris-

tianismo práctico. Pero lo que llama inmediatamente nuestra atención de un modo especial, es la manera bien precisa y hermosa por la cual el evangelio de Dios traza la senda del verdadero creyente entre los dos errores de la legalidad por un lado, y de la relajación carnal por el otro. El versículo 19 del pasaje citado contiene el remedio divino para esos dos mortales peligros. A todos los que intentan poner al Cristiano bajo la ley, de la manera o por el motivo que fuere, nuestro apóstol exclama: (a oídos de los Judíos disimuladores con Pedro a la cabeza, y como respuesta a todos los enseñadores de la ley en todo tiempo) "*Soy muerto a la ley.*"

¿Qué tiene que decir la ley a un hombre muerto? Nada. La ley se aplica al hombre vivo, para maldecirlo y matarlo, porque no la guardó. Es en verdad una grave equivocación enseñar que la ley está muerta o abolida. No hay nada de esto. Está viva y con integridad de su fuerza, con todo su poder coercitivo, con toda su majestad, en toda su inflexible dignidad. Sería una grave equivocación el decir que la ley de Inglaterra contra el asesinato está muerta. Pero si un hombre ha muerto, la ley ya no se le puede aplicar, por cuanto ha pasado fuera de su alcance.

Pero ¿cómo está muerto a la ley el creyente? El apóstol contesta: "Porque yo por la ley, soy muerto a la ley." La ley había dictado sentencia de muerte en su conciencia según leemos en Romanos VII: "Así que, yo sin la ley vivía por algún tiempo; más venido el mandamiento, el pecado revivió, y yo morí. Y hallé que el mandamiento, intimado para vida, a mí era para muerte. Porque el pecado, tomando ocasión, me engañó por el mandamiento, y por él me mató."

Pero hay más aún. El apóstol continúa diciendo: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí." Y aquí está la triunfante respuesta del Cristiano a los que dicen que, por cuanto la ley de Moisés está derogada, ya no existe demanda posible en favor de la restricción legal bajo la cual los Judíos fueron llamados a vivir. A todos cuantos buscan la libertad de disculparse a sí mismos, la respuesta es: "Soy

muerto a la ley" no para dar rienda suelta a la carne, sino "para vivir a Dios."

De este modo nada puede haber más completo, nada más bello moralmente que la respuesta del verdadero Cristianismo a la legalidad por un lado y a la licencia por otro. El propio *yo* crucificado; el pecado condenado; nueva vida en Cristo; una vida consagrada a Dios; una vida de fe en el Hijo de Dios; *el motivo originario de tal vida*, el amor de Cristo que constriñe. ¿Qué puede ser superior a esto? En vista de las glorias morales del Cristianismo, ¿quién querrá contender en favor de poner a los creyentes bajo la ley, poniéndoles nuevamente en la carne, otra vez en la vieja creación, otra vez bajo la sentencia de muerte en la conciencia, bajo la esclavitud, oscuridad, alejamiento, miedo a la muerte, bajo la condenación?

¿Será posible que el que haya gustado una vez, aun en la medida más débil, la celestial dulzura del muy bendito evangelio de Dios, acepte el desdichado sistema mestizo, compuesto mitad de ley y mitad de gracia que la Cristiandad ofrece al alma? Cuán terrible es hallar a los hijos de Dios, miembros del cuerpo de Cristo, templos del Espíritu Santo, despojados de sus gloriosos privilegios y cargados con un pesado yugo, que, según dijo Pedro, "ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar." Rogamos sinceramente al lector cristiano que medite lo que hemos expuesto. Escudriña las escrituras, y si encuentras que estas cosas son así, arroja a un lado para siempre la mortaja con que la Cristiandad falsa envuelve a sus engañados adeptos, y anda en la libertad con la cual Cristo libertó a su pueblo; arranca la venda que cubre los ojos de los hombres, y contempla las glorias morales que resplandecen con celestial fulgor en el evangelio de la gracia de Dios.

Y luego demostremos por una conducta santa que la gracia puede hacer lo que la ley no pudo jamás. Que nuestro comportamiento práctico de día en día, en medio de las escenas, circunstancias, relaciones y asociaciones entre las cuales hemos de vivir, sean la respuesta más con-

vincente a todos los que contienden en favor de la ley como regla de vida.

Finalmente, sea nuestro sincero y amante deseo y aspiración procurar, en cuanto dependa de nosotros, guiar a todos los queridos hijos de Dios al claro conocimiento de su posición y privilegios en un Cristo resucitado y glorificado. ¡Quiera el Señor mandar su luz y su verdad, en el poder del Espíritu Santo, y juntar su amado pueblo alrededor suyo para andar en el gozo de su salvación, en la pureza y luz de su presencia, y aguardar su venida!

* * *

No intentaremos hacer una defensa de lo que tal vez alguno de nuestros lectores creará una larga digresión del capítulo cuarto del Deuteronomio. El hecho es que nos hemos visto conducidos a lo que nosotros juzgamos ser una enseñanza muy necesaria de la verdad práctica por el primer versículo del capítulo con que hemos empezado esta sección. Nos pareció absolutamente necesario al hablar de la grave cuestión de la obediencia, tratar de colocarla sobre su verdadera base. Si Israel fué llamado a "oír y a hacer," cuánto más lo seremos nosotros que estamos abundantemente bendecidos; sí, bendecidos "con *toda* bendición espiritual en lugares celestiales en Cristo." Somos llamados a la obediencia, "elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para la obediencia y rociamiento de la sangre de Jesucristo." Somos llamados al mismo carácter de obediencia que caracterizó la vida de nuestro Señor Jesucristo. Por supuesto, en Él no hubo impedimento, como, por desgracia, hay en nosotros. Pero en cuanto al carácter de esa obediencia es el mismo.

Este es un inmenso privilegio. Somos llamados a andar en los pasos de Jesús. "El que dice que está en Él, debe andar como Él anduvo." Ahora bien; al ponderar la senda de nuestro Señor, al considerar su vida maravillosa, vemos un punto que reclama nuestra profunda y reverente atención, punto que se relaciona de un modo especial con el libro del Deuteronomio, y este consiste en la manera con que Él empleó siempre la palabra de Dios, la impor-

tancia que Él siempre concedió a las sagradas escrituras. Creemos que este es un asunto de la mayor importancia en estos días. Su importancia es vista en el hermoso libro de que tratamos actualmente. Según ya hicimos notar, caracteriza este libro, y lo distingue de los tres libros que le preceden en el canon divino. Encontraremos de ello pruebas y ejemplos en abundancia a medida que vayamos estudiándolo. Por todas partes se le da prominencia a la palabra de Dios como la única regla, el solo modelo, la única autoridad para el hombre. Se la presenta en toda situación y relación en que se halle y en toda esfera de su actividad durante toda su historia moral y espiritual. Le dice lo que debe hacer y lo que no. Le proporciona amplio consejo en cualquier dificultad. Desciende, según veremos, a los más minuciosos detalles, y de tal naturaleza que nos llenan de admiración al pensar que el Altísimo y Poderosísimo Señor que habita en la eternidad pueda ocuparse de ellos; al pensar que el Omnipotente Creador y Sustentador del vasto universo pueda detenerse a legislar acerca del nido de un pájaro, por ejemplo. (Cap. XXII, 6.)

Tal es la palabra de Dios, la incomparable Revelación, ese perfecto e inimitable volumen que se mantiene único en la historia de la literatura. Y podemos decir que uno de los especiales encantos del libro de Deuteronomio, y uno de sus rasgos característicos más interesantes es el modo como exalta la palabra de Dios, y refuerza en nosotros el santo y dichoso deber de una obediencia ilimitada.

¡Sí; lo repetimos y quisiéramos fervientemente dar todo el énfasis posible a estas palabras: obediencia ilimitada. Quisiéramos que estas saludables palabras sonaran a oídos de los cristianos profesantes por toda la redondez de la tierra. Vivimos en días especialmente caracterizados por la glorificación de la razón humana, el criterio humano, la voluntad humana. En una palabra, vivimos en lo que el inspirado apóstol llamó "el día del hombre." Por todas partes oímos y leemos altivas y jactanciosas palabras acerca de la humana razón y del derecho de todo hombre a razonar y pensar por cuenta propia. La idea de que

hemos de ser absoluta y enteramente gobernados por la autoridad de la sagrada escritura es considerada con soberano desdén por miles de hombres que son maestros y guías religiosos de la iglesia profesante.

El afirmar la reverente creencia en la plena inspiración, la entera suficiencia y la absoluta autoridad de la escritura, es lo bastante para que el que tal haga sea señalado de ignorante, de hombre de entendimiento limitado, si no como uno de inteligencia atrofiada, en opinión de algunos que ocupan las más altas posiciones en la iglesia profesante. En nuestras universidades, colegios y escuelas, la gloria moral del Divino Volumen está decayendo rápidamente, y en vez de ella se guía y enseña a nuestra juventud escolar a andar a la luz de la ciencia, a la luz de la humana razón. La misma palabra de Dios se ve impiamente emplazada ante el juicio humano, y reducida al nivel de la humana comprensión. Todo cuanto se remonta más allá de la débil visión del hombre, es rechazado implacablemente.

De este modo la palabra de Dios es virtualmente puesta a un lado. Pues es evidente que si la escritura ha de ser sometida al criterio humano, deja de ser la palabra de Dios. Es el colmo de la locura el intentar someter una revelación divina, y por lo tanto, perfecta, a cualquier tribunal, sea el que fuere. O Dios nos ha dado una revelación o no nos la ha dado. Si lo ha hecho, esa revelación debe ser suprema, eminente, por encima y por fuera de toda interrogación, absolutamente incuestionable, infalible, divina en fin. Ante su autoridad todo debe inclinarse incondicionalmente. Suponer un solo instante que el hombre es competente para juzgar la palabra de Dios, o capaz de pronunciarse sobre lo que es digno de Dios en cuanto éste haya dicho o escrito, es sencillamente colocar al hombre en el sitio de Dios. Y esto es precisamente el intento del diablo, aunque muchos de sus instrumentos no se dan cuenta de que están ayudando a sus designios.

Pero la pregunta reaparece de continuo ante nosotros. "¿Cómo sabremos que nuestra Biblia es la revelación, *bona fide*, de Dios?" A ello contestaremos que Dios puede darnos esa seguridad. Si Él no lo hace, nadie podrá ha-

cerlo. Si Él lo hace, de nadie más necesitamos. Tal es nuestro argumento y nos parece incontrovertible. Quisiéramos preguntar a todos cuantos suscitan esa impía pregunta, (porque así debemos francamente llamarla) suponiendo que Dios no pueda darnos la absoluta certeza de que nuestra Biblia sea su muy preciosa revelación, ¿a dónde hemos de volver nuestros ojos? Desde luego en tan grave materia, de la que depende nuestro estado temporal y eterno, una sola duda es un suplicio y una desgracia. Si no estoy seguro de tener en la Biblia la revelación de Dios, no podré contar con un solo rayo de luz en mi camino. Estaré sumergido en oscuridad, en la tristeza y miseria moral. ¿Qué haré? ¿Puede el hombre ayudarme con sus enseñanzas, con su sabiduría o su razón? ¿Puede satisfacer el anhelo de mi alma con sus decisiones? ¿Podrá resolver mis dificultades, responder satisfactoriamente a mis preguntas, aclarar mis dudas, disipar mis temores? ¿Será el hombre más capaz que Dios de darme la seguridad de que Él ha hablado?

La idea es absolutamente monstruosa; monstruosa en grado máximo. La pura verdad es, lector, que si Dios no puede darnos la certeza de que Él ha hablado, se nos deja completamente sin su palabra. Si hemos de dirigirnos a la autoridad humana, llamémosla como se quiera, a fin de garantizar a nuestras almas la palabra de Dios, entonces esa autoridad es más elevada, mayor, más segura y más digna de crédito que la misma palabra que garantiza. Mas, bendito sea Dios, no es así. Él ha hablado a nuestros corazones. Él nos ha dado su palabra, y esa palabra lleva en sí misma las credenciales que la autorizan. No necesita para nada las recomendaciones de parte del hombre. ¿Qué! ¿Dirigirnos al hombre para acreditar la palabra de Dios? ¿Dirigirnos a un gusano para obtener de él la certidumbre de que nuestro Dios nos ha hablado en su palabra? ¡Desechemos por siempre idea tan blasfema, y que nuestro ser moral entero, todas nuestras potencias rescatadas adoren la gracia sin par, la soberana misericordia que no ha permitido que anduviéramos a tientas en la oscuridad de nuestras propias inteligencias,

ni que anduviéramos descarriados por las contradictorias opiniones de los hombres; sino que nos dió su propia revelación perfecta y preciosísima, la divina luz de su palabra para guiar nuestros pasos por la senda de certidumbre y de paz; para iluminar nuestros entendimientos y consolar nuestros corazones, y preservarnos de toda forma de error doctrinal y depravación moral, y finalmente, conducirnos al descanso, bendición y gloria de su reino celestial. ¡Loor a su Nombre a través de todos los siglos!

Pero hemos de tener en cuenta que el maravilloso privilegio del cual hemos hablado, está fundamentado en la más solemne responsabilidad. Si es verdad que Dios, en su infinita misericordia, nos ha dado una perfecta revelación de su mente, ¿cuál ha de ser, pues, nuestra actitud con referencia a ella? ¿Hemos de juzgarla? ¿Hemos de discutirla, argüir o razonar sobre ella? ¡Ay de los que tal hagan! Van a encontrarse en una situación peligrosa. La única actitud verdadera, la única apropiada, la única segura para un hombre ante la revelación de Dios, es la obediencia; simple, implícita y cordial obediencia. Esto es lo recto para nosotros y es la cosa que agrada a Dios. La senda de la obediencia es la senda del más dulce privilegio, descanso y bendición. Esa senda puede ser hollada por el simple niño en Cristo, como también por los "jóvenes" y los "padres." Es la única recta, bendita y segura senda para todos. Es estrecha, no hay duda alguna; pero ¡oh!, es segura, brillante y elevada. La luz del rostro de nuestro Padre con sus señales de aprobación, resplandece siempre en ella, y en esa bendita luz, el alma obediente encuentra la respuesta más triunfante a todos los reproches de los que hablan altivamente y con voces retumbantes de amplitud de criterio, liberalidad de pensamiento, libertad de opinión, progreso, desarrollo, y cosas por el estilo. El obediente hijo de Dios puede sufrir todo esto, porque siente y conoce, cree y está seguro de que anda en la senda que le ha indicado la preciosa palabra de Dios. No se preocupa de explicarla o hacer de ella apología alguna, estando seguro de que los que se oponen, son enteramente incapaces de entender o apreciar su explicación. Y, ade-

más, siente que no forma parte de su deber explicar o defender su conducta. Él no tiene más que obedecer; y en cuanto a los que se oponen no tiene que hacer otra cosa más que remitirlos a su Maestro.

Esto lo vuelve todo sencillo, llano, cierto. Libra al corazón de mil dificultades. Si fuéramos a detenernos en replicar a todos los que emprenden la tarea de suscitar cuestiones u oponer dificultades, nuestra vida entera la gastaríamos en tan inútil tarea. Podemos estar seguros de que la mejor respuesta a todos los contradictores incrédulos es la obediencia firme y sincera. Dejemos a los incrédulos, escépticos y racionalistas con sus indignas teorías, mientras nosotros con inalterable propósito y paso firme proseguimos en el bendito sendero de una obediencia filial, que como la luz del alba va en aumento hasta llegar a día perfecto. De este modo nuestra mente permanecerá tranquila, pues la paz de Dios que sobrepuja a todo entendimiento guardará nuestro corazón y nuestro entendimiento en Cristo Jesús. Cuando la palabra de Dios, que permanece para siempre en los cielos, esté profundamente escondida en nuestros corazones tendremos una tranquila certidumbre, una santa estabilidad y un marcado progreso en nuestra carrera cristiana, que será la mejor respuesta posible al contradictor, el más eficaz testimonio a la verdad de Dios y la más evidente y sólida confirmación a todo corazón fluctuante.

El capítulo que estamos considerando abunda en las más solemnes exhortaciones a Israel, fundadas en el hecho de haber oído la palabra de Dios. En el segundo versículo, tenemos una o dos sentencias que debieran grabarse profundamente en las tabletas del corazón de todo cristiano. "No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella."

Estas palabras envuelven dos grandes hechos con respecto a la palabra de Dios. Nada hay que añadirle, porque no le falta nada. Nada hay que disminuir de ella, porque nada hay en ella sobrante. Todo lo que nos es necesario está allí; y de nada de lo que hay allí podemos prescindir. "No añadas a sus palabras, porque no te reprenda, y seas

hallado mentiroso." Suponer que algo puede ser añadido a la palabra de Dios, es negar que sea la palabra de Dios; y, por otra parte, si admitimos que es la palabra de Dios se sigue necesariamente que no podríamos consentir en que se suprimiera una sola frase de ella. Habría un claro o blanco en ese libro que ninguna mano humana podría llenar si una simple cláusula se hubiese traspuesto de su sitio en el canon. Tenemos todo lo que necesitamos, y, por lo tanto, nada debemos añadir. Lo necesitamos todo, y, por lo tanto, nada podemos disminuir.

¡De cuánta importancia es esto en estos días en que el hombre disminuye o añade a la palabra de Dios! Cuán grato saber que poseemos un libro tan divinamente perfecto que no se le puede añadir ni una sentencia ni una cláusula ni una palabra. Desde luego no nos referimos a las versiones o traducciones, sino a las escrituras dadas originalmente por Dios, su propia y perfecta revelación. A ella no se la puede dar ni un retoque. Tanto se hubiera podido atrever el hombre a perfeccionar la creación de Dios la mañana en la que todos los hijos de Dios cantaban juntos, como a añadir una jota o un tilde a la inspirada palabra de Dios. Y, por otro lado, el quitar una jota o un tilde de ella, significaría que el Espíritu Santo escribió lo que no era necesario. De este modo el santo volumen está divinamente guardado por ambos extremos. Está fuertemente defendido en todo su alrededor de tal modo que ninguna mano violenta pueda tocar su sagrado contenido.

"Pero ¿qué?" podrá contestarse, "¿quiere usted significar con esto que toda sentencia desde el comienzo del Génesis hasta terminar en el Apocalipsis, es divinamente inspirada?" Sí; tal es exactamente lo que queremos decir. Insistimos que toda línea contenida entre las tapas del volumen es de origen divino. Negar esto sería derribar los mismos pilares de la fe cristiana. Un solo defecto en el canon sería suficiente para probar que no es de Dios. Tocar una sola piedra del arco es hacer caer en ruinas toda la fábrica a nuestros pies. "Toda escritura es inspirada divinamente," y siendo así ha de ser, "útil para enseñar,

para redargüir, para corregir, para instituir en justicia, para que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente instruido para toda buena obra. (2 Tim. III.)

Este baluarte en ningún modo debe ser rendido. No; debe ser tenazmente defendido contra el asalto de todo impío. Si se abandonara, todo se perdería sin esperanza. No tendríamos nada en que apoyarnos. O la palabra de Dios es perfecta o nos quedamos sin ningún fundamento para nuestra fe. Si hubiera una palabra *de más* o una palabra *de menos* en la revelación que Dios nos ha dado, entonces estaríamos verdaderamente expuestos, como un buque sin brújula, timón o carta de navegar, a ser impulsados al embravecido y tumultuoso océano del pensamiento de la incredulidad. En una palabra, si no tenemos una relación absolutamente perfecta, los más miserables somos de todos los hombres.

Mas a veces se nos reta con una pregunta como la siguiente: "Pero ¿cree usted que la larga lista de nombres en los primeros capítulos del libro primero de Crónicas, aquellas tablas genealógicas son divinamente inspiradas? ¿Fueron escritas para nuestra enseñanza? Y si es así ¿qué podemos aprender en ellas?" Declaramos sin titubear nuestra fe reverente en la inspiración de todo ello, y no tenemos duda alguna de que su valor, interés e importancia quedarán plenamente demostrados en su día en la historia de aquel pueblo al cual se refieren especialmente.

Y, luego, en cuanto a lo que hemos de aprender de aquellos registros genealógicos, creemos que nos enseñan una lección muy importante en cuanto al fiel cuidado que Dios tiene de su pueblo Israel y de su amante interés por ellos y para cuanto con ellos tenía relación. Vela por ellos, de generación en generación, aunque están esparcidos y perdidos para los ojos humanos. Él lo sabe todo acerca de "las doce tribus," y a su debido tiempo los manifestará, y los plantará en la heredad que les destinó, en la tierra de Canaán, de acuerdo con su promesa a Abraham, Isaac y Jacob.

Ahora, pues, ¿no está todo esto lleno de instrucción

para nosotros? ¿No está lleno de consuelo para nuestras almas? ¿No sirve para confirmarnos en nuestra fe el observar los minuciosos cuidados y vigilancia que Dios toma con respecto a su pueblo terrestre? Seguramente que sí. Y, ¿no deben nuestros corazones interesarse por todo cuanto se interese el corazón de nuestro Padre? ¿Es que no debemos interesarnos en nada que no nos concierna a nosotros mismos? ¿Qué hijo habrá, amante de su padre, que no tendrá interés en todo lo que a éste se refiera, y no se deleitará en leer toda línea que proceda de la pluma de su padre?

No quisiéramos ser mal comprendidos. En ningún modo queremos significar que todas las porciones de la palabra de Dios son del mismo interés y la misma importancia para nosotros. No pretendemos afirmar que debamos tener igual interés en el primer capítulo del libro primero de Crónicas como en el capítulo diez y siete de Juan o en el octavo a los Romanos. Apenas parece necesario hacer tal declaración, puesto que esa cuestión no se suscita. Pero lo que aseguramos es que cada una de esas partes de la escritura es divinamente inspirada tanto la una como las demás. Y no sólo esto sino que aseguramos además que el capítulo I de la Crónicas y otras tales porciones como ésta llena un nicho que Juan XVII no podría llenar; y hacen una obra que el VIII de Romanos no podría hacer.

Y finalmente, sobre todo y más que todo, debemos recordar que no somos competentes para juzgar lo que es digno y lo que no lo es de ocupar un sitio en el inspirado canon. Somos ignorantes y cortos de vista; y la misma porción que pueda parecer indigna de ser considerada como inspirada, puede tener un alcance muy importante en la historia de las vías de Dios para con el mundo en general, o para con su pueblo en particular.

En una palabra, todo ello se resuelve en que, juntamente con toda alma verdaderamente piadosa, con toda mente realmente espiritual, creemos reverentemente en la divina inspiración de todas las líneas que figuran en nuestra preciosa Biblia desde su principio al fin. Y creemos és-

to no por razón de una autoridad humana sea la que fuere. Creer en la sagrada escritura porque venga acreditada por alguna autoridad en la tierra, equivaldría a colocar esa autoridad sobre la santa escritura, toda vez que el que garantiza tiene más peso, más valor que la cosa garantizada. De aquí que, el buscar la autoridad humana para confirmar la palabra de Dios, sería como sacar una lamparilla para demostrar que el sol alumbra.

No, lector; hemos de ser claros y decididos en esto. Debe ser, a juicio de nuestras almas, una verdad cardinal que debemos defender con más cariño que a la propia vida; la verdad de la completa inspiración de la sagrada escritura. Así tendremos algo con que contestar a la fría audacia del escepticismo moderno, racionalismo e incredulidad. No queremos decir con esto que seremos capaces de convencer por ello a los incrédulos. Dios se entenderá con ellos según sus propios designios, y les convencerá con sus irrefutables argumentos a su debido tiempo. Son trabajo y tiempo perdidos argumentar con esos hombres. Pero estamos convencidos de que la respuesta más digna y eficaz a la incredulidad en todos sus matices, la tenemos en la calma y reposo del corazón que descansa en la bendita seguridad de que: "Toda escritura es divinamente inspirada de Dios." Y también: "Las cosas que antes fueron escritas, para nuestra enseñanza fueron escritas; para que por la paciencia y por la consolación de las escrituras, tengamos esperanza." La primera de estas preciosas citas prueba que la escritura procede de Dios; la segunda que se nos ha dirigido a nosotros. Ambas tienden a probar que no debemos añadir ni quitar nada de la palabra de Dios. Nada falta y nada hay en ella de supérfluo. ¡Alabado sea Dios por esta sólida verdad fundamental, y por todo el consuelo que de ella mana para todo creyente!

* * *

Continuaremos ahora citando para el lector algunos de los pasajes del capítulo cuarto del Deuteronomio que tan enfáticamente establecen el valor, la importancia y la autoridad de la palabra de Dios. En ellos, como en lo

restante del libro, veremos que, no se trata tanto de alguna ordenanza especial, rito o ceremonia, sino más bien de la gravedad, solemnidad y dignidad de la palabra de Dios misma.

"Mirad, yo os he enseñado estatutos y derechos, como Jehová mi Dios me mandó, para que hagáis así en medio de la tierra en la cual entráis para poseerla." Su conducta debía de ser arreglada y formada en todo por los mandatos divinos. ¡Inmenso principio para ellos, para nosotros, para todos! "Guardadlos, pues, y *ponedlos por obra*; porque *esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia* en ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, gente grande es ésta."

Pesemos detenidamente estas palabras. Su sabiduría y su inteligencia había de consistir simplemente en guardar y poner por obra los divinos estatutos y derechos. No era con argumentos ni eruditas controversias como su sabiduría había de desplegarse, sino por una obediencia filial. Toda la sabiduría estaba en los estatutos y derechos, no en los pensamientos o razonamientos respecto a los mismos. La profunda y maravillosa sabiduría de Dios se veía en su palabra, y esto era lo que las naciones habían de ver y admirar. La luz de aquellos divinos estatutos y derechos resplandeciendo en la conducta y el carácter del pueblo de Dios era lo que había de producir el testimonio de admiración de las naciones de alrededor.

Mas ¡ay, sucedió todo lo contrario! ¡Cuán poco aprendieron las naciones del mundo acerca de Dios y de su palabra en los hechos de Israel! Sí, su Nombre fué blasfemado continuamente por su conducta. En vez de ocupar la alta, santa y feliz posición de amorosa obediencia a los mandamientos divinos, descendieron al nivel de las naciones que estaban a su alrededor, adoptaron sus costumbres, adoraron a sus dioses y anduvieron en sus caminos; de tal modo que esas naciones en vez de ver la sublime sabiduría, pureza y gloria moral de los estatutos divinos, vieron tan sólo la debilidad, locura y degradación moral

de un pueblo que se jactaba de ser el depositario de aquellos oráculos que a ellos mismos les condenaban. (Rom. II, III.)

No obstante, bendito sea Dios, su palabra debía permanecer para siempre, aun cuando su pueblo fracasara en obedecerle. Su norma es perfecta y, por lo tanto, jamás debe ser rebajada; y si el poder de su palabra no sea visible en la conducta de su pueblo, brillará en la condenación de esa misma conducta y permanecerá para guía, consuelo, fuerza y bendición de cualquiera que desee, aunque débil y vacilantemente, seguir la senda de la obediencia.

No obstante, en el capítulo que nos ocupa, el legislador procura sentar el divino patrón o medida con toda fidelidad ante el pueblo, en toda su dignidad y gloria moral. No deja de desplegar ante ellos el verdadero efecto de la obediencia; mientras solemnemente les previene contra el peligro de volver la espalda a los santos mandamientos de Dios. Oigamos sus exhortaciones a sus corazones: "Porque qué gente grande hay que tenga los dioses cercanos a sí, como lo está Jehová nuestro Dios en todo cuanto le pedimos? Y ¿qué gente grande hay que tenga estatutos y derechos justos, como es toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros?"

Aquí está la verdadera grandeza moral en todos los tiempos, en todo lugar, para una nación, para un pueblo, para una familia o para un individuo. Tener al Dios vivo cerca de nosotros; tener el dulce privilegio de rogarle en todas las circunstancias; tener su poder y su misericordia siempre ejercitándose hacia nosotros; tener la luz de su bendito rostro brillando como en aprobación sobre nosotros en todos nuestros caminos; tener el efecto moral de sus rectos estatutos y santos mandamientos visible en nuestra carrera práctica día tras día: tenerle a Él, manifestándose a nosotros, y haciendo con nosotros su habitación.

¿Qué lenguaje humano puede expresar de una manera adecuada la profunda felicidad de privilegios tales? Y sin embargo, por infinita gracia, están al alcance de todo hijo de Dios sobre la faz de la tierra. No queremos decir que todo hijo de Dios goce de ellos. Lejos de esto. Están

reservados, como ya dijimos, para aquellos que, por la gracia, están capacitados para ofrecer una obediencia amante, cordial y reverente a la divina palabra. Tal es el precioso secreto en esta materia. Fué verdad para Israel en la antigüedad, y es igualmente verdad para la iglesia actualmente; y es verdad también para toda alma, que la divina complacencia es la recompensa inapreciable para la humana obediencia. Y añadiremos además que la obediencia es el deber indispensable y el elevado privilegio de todo el pueblo de Dios, y de cada uno en particular. Venga lo que viniere, la obediencia implícita es nuestro privilegio y nuestro deber; la complacencia divina nuestra presente y dulce recompensa.

Pero el pobre corazón humano está inclinado a desviarse; y múltiples influencias obran sobre nosotros para apartarnos de la estrecha senda de la obediencia. No nos maravillemos, pues, de las solemnes y tan repetidas amonestaciones dirigidas por Moisés a los corazones y conciencias de sus oyentes. Derrama, por decirlo así, su amante corazón ante la congregación, tan querida para él, con acentos sinceros y que conmueven el alma. "Por tanto," dice él, "guárdate y guarda tu alma con diligencia, que no te olvides de las cosas que tus ojos han visto, ni se aparten de tu corazón todos los días de tu vida; y enseñarlas has a tus hijos y a los hijos de tus hijos."

Estas son graves palabras para nosotros todos. Nos ponen delante dos cosas de indecible importancia, esto es; responsabilidad individual y doméstica, testimonio personal y familiar. El pueblo de Dios en la antigüedad estaba obligado a guardar su alma con toda diligencia, de lo contrario se olvidaría de la preciosa palabra de Dios. Y no solamente esto, sino que estaban solemnemente obligados a instruir en ella a sus hijos. ¿Estamos nosotros con todas nuestras luces y privilegios menos obligados que el Israel de la antigüedad? De seguro que no. Se nos llama imperativamente a entregarnos al estudio cuidadoso de la palabra de Dios. Dedicar nuestros corazones a ella. No basta leer de prisa unos versículos o un capítulo, como diaria rutina religiosa. Esto de nada sirve. Debemos hacer

de la Biblia el motivo de nuestro supremo y absorbente estudio, en el cual nos deleitamos, en el cual encontramos refrigerio y recreo.

Es de temer que muchos de nosotros leamos la Biblia como un deber, mientras que encontramos deleite y recreo en periódicos y literatura frívola. ¿Es de maravillarnos por nuestro conocimiento superficial de la escritura? ¿Cómo podemos saber algo de las vivientes profundidades o glorias morales de un volumen que cogemos simplemente como un deber, y leemos unos cuantos versículos con soñolienta indiferencia, mientras que a la vez el periódico o la novela es prácticamente devorada?

Quizá se diga como réplica: "No conviene que leamos siempre la Biblia." Los que así hablan, ¿dirían acaso: no conviene que leamos siempre el periódico o la novela? Y yendo más allá en nuestra pregunta, diríamos: ¿cuál será el estado actual de una persona que puede decir: "¿Es que hemos de estar leyendo siempre la Biblia?" ¿Puede estar en estado de salud espiritual? ¿Puede amar realmente la palabra de Dios? ¿Puede tener una idea cabal de sus excelencias, sus preciosidades, su gloria moral? Imposible.

¿Qué significan las siguientes palabras a Israel: "Por tanto pondréis estas mis palabras en vuestro corazón y en vuestra alma, y las ataréis por señal en vuestra mano, y serán por frontales entre vuestros ojos"? El "corazón," el "alma," la "mano," los "ojos," todo ocupado en la preciosa palabra de Dios. Esta era obra real. No debía ser un vacío formalismo, una estéril rutina. El hombre todo entero debía entregarse con santa devoción a los estatutos y juicios del Señor.

"Y las enseñaréis a vuestros hijos, hablando de ellas ora sentado en tu casa, o andando por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes. Y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus portadas." Y nosotros, cristianos, ¿comprendemos el alcance de tales palabras? ¿Está la palabra de Dios en tal estima en nuestros corazones, en nuestras casas y en nuestras costumbres? Los que entran

en nuestras casas o están en contacto con nosotros en la vida diaria ¿ven que la palabra de Dios es suprema para nosotros? Aquellos con los cuales negociamos ¿pueden ver que somos gobernados por los preceptos de la santa escritura? Nuestros sirvientes y nuestros hijos ¿pueden ver que vivimos en la verdadera atmósfera de la escritura y que nuestro carácter está formado y gobernado por ella?

Amado lector cristiano; estas preguntas son escudriñadoras de nuestros corazones. No las alejemos de nosotros. Podemos estar seguros de que no hay indicador más fiel de nuestro estado moral y espiritual que el que nos proporciona el tratamiento que damos a la palabra de Dios. Si no la amamos, si no amamos su estudio, si no sentimos sed de ella, ni delicia en ella, anhelo por la hora de calma durante la cual podemos estar inclinados sobre sus sagradas páginas, y beber sus preciosísimas enseñanzas, meditar sobre ella en nuestro gabinete, en la familia, en la calle; en una palabra, si no respiramos su santa atmósfera, si alguna vez pudiéramos dar expresión a un sentimiento como el expuesto antes por las palabras "No podemos estar leyendo siempre la Biblia," entonces, en verdad, tenemos urgente necesidad de fijarnos bien en nuestro estado espiritual, porque desgraciadamente estamos mal de salud. La nueva naturaleza ama la palabra de Dios, la desea ardientemente, según leemos en 1 Pedro II. "Desead como niños recién nacidos, la leche espiritual, sin engaño, para que por ella crezcáis en salud."

Esta es la verdadera idea. Si no buscamos con afán la sincera leche de la palabra, si no bebemos de ella con diligencia, y no nos alimentamos con ella sinceramente, ciertamente debe encontrarse nuestra alma falta de salud y en condición peligrosa. Quizá no habrá nada irregular en nuestra conducta exterior, tal vez públicamente no deshonremos al Señor con nuestra conducta; pero afligiremos su amante corazón por nuestra negligencia de su palabra, que equivale al desprecio de Él mismo. Es el colmo de la *locura* hablar de amar a Cristo, si no amamos su palabra y vivimos de acuerdo con ella. Es un engaño creer que la vida nueva puede estar en sano y próspero

estado cuando la palabra de Dios está habitualmente descuidada en el gabinete y en la familia.

Desde luego, no queremos decir que no podamos leer ningún otro libro más que la Biblia; si así fuese, no escribiríamos estas "Notas," pero nada requiere mayor vigilancia que la cuestión de lo que leemos. Todas las cosas deben hacerse en el nombre de Jesús y para la gloria de Dios; y la lectura está entre esas cosas. No debemos leer ningún libro que no podamos leer para gloria de Dios, y sobre que no podamos pedir sus bendiciones.

Sentimos que este tema reclama la más seria consideración de todo el pueblo de Dios, y esperamos que el Espíritu de Dios empleará nuestra meditación sobre el capítulo que estudiamos para conmover nuestros corazones y conciencias respecto a lo que es debido a la palabra de Dios tanto en nuestros corazones como en nuestras casas.

No hay duda de que si ella tiene su debido lugar en el corazón tendrá también su debido lugar en el hogar. Pero si no hay reconocimiento práctico de la palabra de Dios en el seno de la familia, es difícil creer que ocupe su debido lugar en el corazón. Los jefes de familia deben pesar atentamente tal asunto. Estamos persuadidos de que en cada casa cristiana debiera haber un reconocimiento diario de Dios y de su palabra. Quizá algunos considerarán como una servidumbre molesta, como un acto legalista, como una rutina religiosa el tener un culto de familia con regularidad. A los que hacen esta objeción les replicaríamos, ¿es acto de servidumbre para la familia el reunirse a la mesa? ¿Las reuniones familiares alrededor de la mesa del salón, se han considerado jamás como un deber molesto, o un acto fastidioso de rutina? Ciertamente no, si la familia es ordenada y dichosa. ¿Por qué, pues, ha de considerarse como cosa molesta para el jefe de una casa cristiana, reunir a los hijos y a los sirvientes alrededor suyo para leer algunos versículos de la palabra de Dios, y emitir algunas palabras de oración ante el trono de la gracia? Creemos que es una costumbre de acuerdo perfecto con las enseñanzas tanto del Antiguo como del

Nuevo Testamento, costumbre grata a los ojos de Dios, una costumbre santa, bendita y edificadora.

¿Qué pensaríamos de un cristiano profesante que nunca orara ni leyera la palabra de Dios en privado? ¿Podríamos considerarlo como un cristiano dichoso, con salud espiritual, verdadero cristiano, en fin? De seguro que no. En verdad podríamos dudar seriamente de la presencia de la vida divina en aquella alma. La oración y la palabra de Dios son absolutamente esenciales para una sana y vigorosa vida cristiana; así que el hombre que las descuida habitualmente debe encontrarse en completo estado de muerte espiritual.

Y si es así tratándose de un individuo ¿cómo podremos considerar que una familia se halle en el debido estado si no hay en ella lectura en familia, ni oración en familia ni reconocimiento en familia de Dios o de su palabra? ¿Podemos concebir que en un hogar en que reina el temor de Dios, no se verifique ningún acto colectivo de reconocimiento de Aquél al cual lo deben todo, desde el domingo por la mañana hasta el sábado por la noche? Van pasando los días uno tras otro, se atiende a todos los deberes domésticos, la familia se reúne a la mesa con toda regularidad, pero no hay ni pensamiento de convocar a todos los de la casa a juntarse alrededor de la palabra de Dios o alrededor del trono de misericordia. Así que nos preguntamos ¿qué diferencia hay entre tal familia y la de un hogar pagano? ¿No es tristísimo, no es deplorable ver a los que han hecho la más elevada profesión, que ocupan su lugar en la mesa del Señor, y con todo viven en el mayor descuido en cuanto a la lectura en familia, en el culto familiar?

Lector: ¿eres cabeza de familia? Si así es, ¿cuál es tu criterio sobre este punto? Y ¿cuál es tu conducta? ¿Has establecido lectura en familia, oración en familia diariamente en tu casa? Si no, permítenos te preguntemos, ¿por qué no? Escudriña y ve cuál es el origen real de ello. ¿Se ha apartado tu corazón de Dios, de su palabra, de sus caminos? ¿Lees y oras *en privado*? ¿Amas la palabra y la oración? ¿Encuentras placer en ellas?

Si es así, ¿por qué las descuidas en tu familia? Tal vez tratas de excusarte por causa de tu nerviosidad y timidez. Si es así, dirígete al Señor a fin de que te conceda la capacidad para vencer esas debilidades. Apóyate en su infalible gracia, y reúne la familia en derredor tuyo, cada día en hora determinada, lee algunos versículos de la escritura y balbucea media docena de palabras en oración; o si no puedes hacer esto al principio, haz que tu familia contigo se arrodele unos momentos en silencio ante el trono de gracia.

Algo, en suma, que se parezca a un reconocimiento de familia, a un testimonio familiar; algo, pero que no sea, una vida de familia sin Dios, descuidada y sin oración en tu hogar. Admite, querido amigo, esta palabra de exhortación sobre este punto. Permítenos te supliquemos con insistencia a que empieces en seguida, invocando la ayuda de Dios, que te concederá con toda seguridad, pues Él nunca falta a un corazón que confía, a un corazón sumiso. No continúes por más tiempo descuidándote de Dios y de su palabra en el círculo de tu familia. Eso es realmente terrible. No permitas ni por un momento, que las palabras tales como servidumbre, legalidad o formalismo, pesen sobre tu ánimo. Nosotros estamos dispuestos a exclamar: "¡Bendita servidumbre!" Si realmente fuese una servidumbre leer la palabra, le daríamos la más cordial bienvenida y nos gloriariamos en ella.

Mas no; no podemos, ni por un momento, considerarla de esta manera. Al contrario; creemos que es el más hermoso privilegio de todos aquellos a quienes Dios ha colocado a la cabeza de una familia, el reunir a todos sus miembros a su alrededor para leer una porción del bendito libro y derramar su corazón ante Dios en oración. Y creemos que es *especialmente* el deber de todo jefe de familia hacerlo así. No es que sea preciso hacer un servicio largo y pesado. Por regla general, tanto en nuestros hogares como en las reuniones públicas, las oraciones breves y fervorosas son mucho más edificantes.

Mas esto es, por supuesto, una cuestión libre, sobre la cual damos nuestro parecer, valga por lo que valiere. La

duración y el carácter de esos servicios ha de dejarse en cada caso al criterio del que lo toma a su cargo. Esperamos sinceramente que si estas palabras son leídas por cualquier jefe de familia que hasta el presente haya descuidado el santo privilegio del culto familiar, lectura en familia, en adelante no continuará haciendo así. Qué pueda decir con Josué: "Yo y mi casa serviremos a Jehová."

Y no es, por cierto, que pretendamos dar a entender, como alguien pudiera imaginar, que el simple acto de la lectura en familia abarca todo lo que va comprendido en la importante frase: "serviremos a Jehová." Lejos de esto. Ese bendito servicio va comprendido en todo cuanto se relaciona con nuestra vida privada y doméstica. Incluye también los más minuciosos detalles de nuestra vida práctica diaria. Todo esto es muy cierto e inapreciable. Pero estamos enteramente convencidos de que nada puede caminar bien en un hogar en el cual la lectura y oración en familia están habitualmente descuidadas u omitidas.

Puede decirse, que hay muchas familias que parecen ser muy cuidadosas en cuanto a la lectura y oración de mañana y noche y, con todo, su vida doméstica entera, desde la mañana a la noche, es una flagrante contradicción a su llamado servicio religioso. Puede ser que el jefe de la casa en vez de dar luz en el círculo de su familia, es de genio áspero, de modales rudos y groseros, tosco y contradictor con su mujer, arbitrario y severo con los hijos, poco razonable y exigente con sus criados, poniendo tachas en todo cuanto se sirve a la mesa, después de haber invocado la bendición de Dios sobre ello; y, en una palabra, desmintiendo en todos conceptos su lectura y sus oraciones *en familia*. Y otro tanto pudiéramos decir de la esposa y madre, y de los hijos y sirvientes. La entera economía doméstica está fuera de juicio. Reinan el desorden y la confusión; las *refacciones* no son puntuales; falta la consideración mutua; los niños son rudos, egoistas y tercós; los criados son negligentes, pródigos y desobedientes. El tono, la atmósfera de todo el hogar son impíos, indecorosos.

Y si nos trasladamos fuera del círculo doméstico y observamos la conducta de esos jefes y de esos miembros de la familia para con los demás, miramos a sus negocios, si los tienen, oímos el testimonio que de ellos dan los que están en relaciones con ellos, en cuanto a la calidad de las mercancías, al estilo y carácter con que proceden, al espíritu y temple con que llevan adelante sus asuntos; sus rapacidades y usura, su avaricia, sus malas artes comerciales; nada veremos en ellos de Dios, nada de Cristo, nada que los distinga de los demás mundanos que les rodean; sí, nada que los distinga de aquellos mundanos que nunca pensaron en cosa tal como celebrar diariamente un culto de familia y que sin embargo podrían avergonzarles.

Bajo tan dolorosas y humillantes circunstancias, ¿que pensar del culto de familia, la lectura en familia, del altar familiar? ¡Ay! es un vacío formalismo, un proceder indecoroso sin poder y sin dignidad; en lugar de ser un sacrificio matutino y vespertino, es una mentira, una solemne burla, un insulto a Dios.

Es verdad, triste es decirlo. Hay una terrible carencia de testimonio doméstico, de la justicia práctica corriente en nuestras familias y en la entera economía doméstica de nuestros hogares. Existe muy poco del vestido blanco, el lino fino, que es la justicia de los santos. Parece que olvidamos las graves palabras del inspirado apóstol, en Romanos XIV: "Que el reino de Dios no es comida ni bebida; sino *justicia*, y paz, y gozo por el Espíritu Santo." Parece ser que cuando damos con la palabra "*justicia*," algunos creen que necesariamente ha de significar la justicia de Dios, en la cual subsistimos, o la justicia que nos es imputada. Esto es un grave error en verdad. Hemos de recordar que existe un lado práctico y humano en esta cuestión. Hay el lado subjetivo, así como el objetivo; la conducta, así como la posición en que estamos; el lado actual así como la posición eterna.

Esas cosas no deben separarse jamás. De poco servirá establecer o mantener un altar familiar entre las ruinas de un testimonio de familia. No es otra cosa que una repugnante caricatura el comenzar y terminar el día con

el llamado culto de familia cuando ese día se ha transcurrido en la impiedad e injusticia, en la frivolidad y vanidad. ¿Puede haber *nada* más deforme o inconsecuente que una velada malgastada en cantares frívolos, charadas y otros juegos terminada con un fragmento de religión en forma de lectura de la Biblia y oración?

Toda esa serie de hechos es de lo más deplorable. No debiera jamás relacionarse con el santo Nombre de Cristo, con su Iglesia o la santa comunión en su Mesa. Debemos medirlo todo, en nuestra vida privada, en nuestra economía doméstica, en nuestra conducta diaria, en nuestras relaciones sociales, y en todas nuestras transacciones comerciales, con el único patrón, esto es: la gloria de Cristo. La magna cuestión que nos interesa ante cualquier cosa que se nos presente o que solicite nuestra atención debe ser la siguiente: "¿Es esto digno del santo Nombre que llevo?" Si no es así, no nos lleguemos a ello: sí, volvamos la espalda con firme decisión, y huyamos con santa energía. No atendamos ni por un momento a la despreciable pregunta: "¿qué mal hay en ello?" Nada sino maldad, si Cristo no está allí. Ningún corazón verdaderamente devoto concebirá esa pregunta y menos aún la propondrá. Cuando oigáis a alguien hablar así, ya podéis deducir, acto continuo, que Cristo no es el móvil que gobierna su corazón.

Esperamos que el lector no estará fatigado de esta verdad práctica. Creemos que debe proclamarse a plena voz en estos días de alta profesión. Todos nosotros tenemos gran necesidad de considerar con atención nuestros caminos, a fin de ver con claridad el estado real de nuestro corazón con respecto a Cristo; porque aquí estriba el verdadero secreto de toda la cuestión. Si el corazón no le es fiel, nada andrà bien; nada en la vida privada, nada en la familia, nada en nuestras relaciones comerciales, nada en la asamblea, nada sea lo que fuere. Si nuestro corazón es fiel a Él, *todo* estará, deberá estar bien.

No es de extrañar, pues, que cuando el bendito apóstol va a cerrar esa maravillosa epístola a los Corintios lo resume todo en esta solemne declaración: "El que no amare

al Señor Jesucristo sea Anatema. Maranata." En el curso de su epístola trata de las varias formas de errores doctrinales y depravación moral; pero cuando ya llega al fin, en vez de pronunciar su solemne veredicto sobre cualquier error o mal, la fulmina con santa indignación contra todo aquél, no importa qué o quién sea, que no ama al Señor Jesucristo. El amor a Cristo es la gran salvaguardia contra toda forma de error y de maldad. El corazón ocupado por Cristo no tiene lugar para otra cosa alguna; pero si no hay amor para Él, no hay ninguna seguridad contra el más disparatado error o la peor forma de maldad moral.

Pero, volvamos a nuestro capítulo.

Se llama de una manera especial la atención del pueblo a que recuerde las solemnes escenas desarrolladas en el monte de Horeb, escenas que de seguro debieran haber quedado profundamente grabadas en sus corazones. "Ten presente el día que estuviste delante de Jehová tu Dios en Horeb, cuando Jehová me dijo: Júntame el pueblo, para que yo les haga oír mis palabras," la mayor y más importante cuestión para Israel en la antigüedad, como también para la iglesia hoy en día, importante para cada uno, para todos, en todo tiempo, en todo lugar, es ser llevados a un contacto directo y viviente con la eterna palabra del Dios vivo, "las cuales aprenderán, para temerme todos los días que vivieren sobre la tierra, y las enseñarán a sus hijos."

Es muy hermoso observar la íntima relación que hay entre oír la palabra de Dios y temer a su Nombre. Es uno de esos grandes principios radicales que nunca cambian, que jamás pierden su fuerza o su valor intrínseco. La palabra y el Nombre van juntos; y el corazón que ama la primera, reverencia al segundo, y se inclina a su santa autoridad en todo. "El que no me ama, no guarda mis palabras." "El que dice: Yo le he conocido, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y no hay verdad en él; mas el que guarda su palabra, el amor de Dios está verdaderamente perfecto en él." (Juan XIV: 1 Juan II). Todo verdadero amante de Dios atesorará

su palabra en el corazón y dondequiera esa palabra se atesore amorosamente en el corazón, su santa influencia se echará de ver en todos los actos de la vida, en el carácter y la conducta. El propósito de Dios al darnos su palabra es que ésta gobierne nuestra conducta, forme nuestro carácter y moldee nuestro camino; y si su palabra no produce esos efectos prácticos en nosotros, es enteramente vano decir que le amamos a Él; sí, es nada menos que una burla, de la cual Él, tarde o temprano, habrá de resentir.

Notemos especialmente la solemne responsabilidad de Israel en cuanto a sus hijos. No debían solamente "oír" y "aprender" ellos mismos, sino que debían también "enseñar" a sus hijos. Este es un deber universal y permanente que no puede ser descuidado impunemente. Dios le da mucha importancia a este asunto. Le oímos cuando dijo a Abraham: "Porque yo le he conocido, sé que *mandará a sus hijos y a su casa* después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él." (Gen. XVIII).

Estas palabras son importantísimas, ya que ponen ante nosotros la estimación divina por la enseñanza doméstica y la piedad en la familia. En todas edades y bajo todas las dispensaciones Dios se ha complacido en expresar su aprobación a la debida educación de los hijos de su pueblo, a su fiel enseñanza de acuerdo con su santa palabra. No vemos sancionado en la escritura que se permita a los hijos crecer en la ignorancia, en el abandono y en la obstinación. Algunos que profesan ser cristianos, bajo la mortífera influencia de cierta escuela teológica, creen, según parece, que el instruir a sus hijos en la verdad del evangelio y en las letras de la sagrada escritura, es, hasta cierto punto, entremeterse en cosas que son de la soberanía de Dios, en cuanto a sus planes y propósitos. Juzgan que los niños han de dejarse a la acción del Espíritu Santo, que están seguros habrán de experimentar al tiempo que Dios tenga dispuesto, si en realidad son de los elegidos por Él; y si no lo son, todo humano esfuerzo es inútil.

Ahora bien; con toda la fidelidad debida a la verdad de Dios y a las almas de nuestros lectores, hemos de dar nuestro más terminante y firme testimonio contra esta perversión del grande y práctico tema que dejamos expuesto. No hay nada más dañoso, nada más pernicioso en sus efectos sobre la conciencia, sobre el corazón, sobre la vida, sobre el carácter moral y la conducta, como una teología parcial. Aun con toda la energía y con la mayor diligencia, jamás creemos haber prevenido lo bastante al lector en contra de ese doloroso mal. Sólo puede conducir a los más desastrosos resultados; y en cuanto a sus efectos en lo tocante a la educación de nuestros hijos y a la administración de nuestros hogares, han de ser altamente perniciosos. A la exposición de este orden de pensamientos, hemos visto seguirse, en verdad, las más deplorables consecuencias. Hemos conocido a hijos de padres cristianos crecer en la más completa ignorancia de las cosas divinas, en el descuido, en la apatía y en manifiesta incredulidad. Y si se les dirigía alguna palabra de amonestación, contestaban: "No podemos hacer Cristianos de nuestros hijos, y no debemos hacerlos formalistas o hipócritas. Ha de ser esa una obra divina o no sería nada. Cuando llegue el tiempo dispuesto por Dios, Él los llamará si en realidad están entre el número de sus elegidos. Si no, cuantos esfuerzos hiciéramos serían inútiles.

A todo esto replicamos que esta línea de argumento, si es llevada a su completo desarrollo, detendría al labrador de arar la tierra o sembrar la semilla. Es evidente que no puede hacer que la semilla germine o fructifique. Tan imposible le sería hacer crecer un solo grano de trigo como le sería crear el universo. ¿Le va a detener esto de arar y sembrar? ¿Le induce esto a cruzarse de brazos y decir: "No puedo hacer nada. No puedo por ningún esfuerzo de mi parte hacer que el grano crezca. Es esa una operación divina y por lo tanto he de esperar hasta que Dios lo disponga?" ¿Hay algún agricultor que piense y obre de este modo? De seguro que no, a no ser que sea un loco. Toda persona de sentido cabal sabe que el arar

y el sembrar preceden la siega; y que si las dos primeras operaciones no se verifican, sería el colmo de la locura esperar la última.

No otra cosa ocurre en la educación de nuestros hijos. Sabemos que la soberanía es de Dios. Creemos en sus eternos consejos y propósitos. Reconocemos plenamente las grandes doctrinas de la elección y de la predestinación; sí, estamos tan enteramente convencidos de ellas, como de la verdad de que Dios existe, o como la de que Cristo murió y resucitó. Además, creemos que el nuevo nacimiento ha de ocurrir en todos los casos, en el caso de nuestros hijos como en todos los demás; estamos convencidos de que ese nuevo nacimiento es enteramente una operación divina efectuada por el Espíritu Santo, por la palabra, según se nos enseña claramente en la conversación de nuestro Señor con Nicodemo, en Juan III; así como en Santiago I, 18 y en 1 Pedro I, 23.

¿Pero acaso todo esto toca de la manera más remota la solemne responsabilidad de los padres cristianos de enseñar y dirigir con diligencia y fidelidad a sus hijos desde su más tierna edad? Seguramente que no. ¡Ay! de los padres que por cualquier motivo, ya sea por un concepto teológico parcial, por una errónea aplicación de un texto de la escritura, o por cualquiera otra causa, niegan su responsabilidad, o descuidan su deber claro y preciso en tan santo negocio. Es verdad que no podemos hacer Cristianos a nuestros hijos; y que no debemos hacerlos formalistas o hipócritas. Pero no se espera de nosotros que *hagamos* de ellos algo. Somos llamados sencillamente a cumplir nuestro deber para con ellos, y dejar los resultados en manos de Dios. Somos enseñados y mandados educar a nuestros hijos "en disciplina y amonestación del Señor." ¿Cuándo ha de comenzar esa educación? ¿Cuándo hemos de empezar la sagrada tarea de educar a nuestros pequeñuelos? Seguramente desde un principio. En el mismo instante en que entramos en parentesco, entramos también en la responsabilidad que ese parentesco nos impone. No podemos negarla. No podemos desprendernos de ella. Podemos descuidarla y tener que segar las

tristes consecuencias de nuestro descuido. Es cosa seria el sagrado parentesco de la paternidad; muy interesante y muy agradable sin duda; pero muy grave por causa de la responsabilidad que se contrae. Es verdad, bendito sea Dios, que su gracia nos basta en esto como en todo lo demás; y "si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría demándela a Dios, el cual da a todos abundantemente, y no zahiere; y le será dada." "No somos suficientes de nosotros mismos" en este asunto de tanta importancia para pensar o hacer algo; sino que nuestra suficiencia es de Dios; y Él satisfará a todas nuestras necesidades. Debemos sencillamente obtener de Él lo necesario para las exigencias de cualquier momento.

Pero debemos cumplir nuestro deber. A algunos no les gusta la palabra "deber," tan corriente. Piensan que tiene sonido legalista. Esperamos que el lector no lo creará así, ya que en verdad es una grave equivocación. Consideramos esa palabra como muy sana y moralmente saludable; y creemos que todo verdadero Cristiano la ama. Lo cierto es que solamente en la senda del deber podemos contar con Dios. Hablar de confianza en Dios, estando fuera de la senda del deber, es una concepción mezquina y una ilusión. Y en el asunto de la paternidad, descuidar nuestro deber es atraer sobre nosotros las más desastrosas consecuencias.

Creemos que el tema de la educación cristiana en su totalidad puede resumirse en las dos breves sentencias siguientes: "cuenta con Dios para tus hijos; y educa a tus hijos para Dios." Aceptar la primera sin la segunda es antinomianismo; aceptar la segunda sin la primera es legalismo; aceptar las dos a un tiempo es Cristianismo práctico y sano, verdadera religión a ojos de Dios y de los hombres.

Es el dulce privilegio de todo padre cristiano, contar con Dios, con toda la confianza posible, para sus hijos. Pero debemos tener presente que en el gobierno o ministerio de Dios existe un vínculo que establece relación entre ese privilegio y la muy grave responsabilidad en cuanto a la educación. El padre cristiano que habla de contar

con Dios por la salvación de sus hijos, y por la integridad moral de su porvenir en este mundo, mientras olvida o descuida el deber de educarles, está bajo fatal ilusión.

Urgimos esto de un modo muy serio a todos los padres cristianos, pero muy especialmente para aquellos que acaban de entrar en el goce de la paternidad. Hay peligro de endosar a otros los deberes para con nuestros hijos, o desatenderlos por completo. No nos agradan las molestias que nos proporcionan; deseamos alejarnos de las ansiedades que tenemos por causa de ellos. Pero encontraremos que las molestias, las ansiedades y las pesadumbres a causa del descuido de nuestro deber, serán mil veces peores que todo lo que puede ser incluido en el debido cumplimiento del mismo. Hay una profunda satisfacción para todo amante del Señor en seguir la senda del deber. Cada paso dado en dicho camino, robustece nuestra confianza para continuar adelante. Y en tal caso podemos contar siempre con los infinitos recursos que tenemos en Dios, cuando guardamos sus mandamientos. Hemos de recurrir, día tras día, hora tras hora, al inagotable tesoro de nuestro Padre, y tomar de allí todo cuanto necesitemos en cuanto a gracia, sabiduría y potencia moral para desempeñar rectamente las santas funciones de nuestro parentesco. "Él da más gracia." Mas si nosotros en vez de buscar gracia para cumplir nuestro deber, buscamos la comodidad, no cuidando de él, vamos sencillamente amontonando un cúmulo de agobios que algún día habrá de caer pesadamente sobre nosotros. "No os engaños: Dios no puede ser burlado: que todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción: mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna." (Gal. VI).

Esta es la breve declaración de un grave principio del gobierno moral de Dios, principio de aplicación general, y que encaja con fuerza especial al tema de que hablamos. *Tal* como sembramos, en cuanto a la educación de nuestros hijos, *así* segaremos sin duda alguna. No hay escape posible.

Pero no se desanime ni se acobarde el amado padre cristiano al reflexionar sobre estas líneas. No hay motivo alguno para ello, sino, al contrario, los hay muchos para la más gozosa confianza en Dios. "Torre fuerte es el nombre de Jehová: a él correrá el justo y será levantado." Andemos con paso firme por la senda del deber, y entonces podemos, con constante confianza, contar con nuestro Dios, siempre fiel y lleno de gracia, para las necesidades de todos los días a medida que van transcurriendo. Y a su debido tiempo segaremos el precioso fruto de nuestro trabajo, según lo establecido por Dios, y en la prosecución de los decretos de su gobierno moral.

No intentamos establecer reglas o métodos para esa educación. No tenemos confianza en ellos. Los hijos no pueden educarse por reglas fijas. ¿Quién intentará incorporar en unas reglas todo lo que va envuelto en esta sola sentencia: "Criarlos en disciplina y amonestación del Señor"?

Aquí, en verdad, tenemos la regla de oro que lo comprende todo, desde la cuna hasta la edad madura. Sí, lo repetimos; "desde la cuna": porque estamos enteramente convencidos de que toda verdadera educación cristiana principia desde la más tierna edad. Algunos de nosotros tenemos escasa idea de cuán pronto y de qué modo tan agudo empiezan los niños a observar; y de cuánto se dan cuenta cuando nos contemplan con sus expresivos ojos tan amados.

Y además ¡cuán sensibles son a la atmósfera moral que les rodea! Sí, y es precisamente esa atmósfera moral lo que constituye el magno secreto de la educación de nuestras familias. Debiera permitirse a nuestros hijos respirar día tras día la atmósfera de paz y amor, pureza, santidad y verdadera justicia práctica. Esto produce un efecto asombroso en la formación del carácter. Gran cosa es para nuestros hijos que vean a sus padres andando en amor, en armonía, en tierno cuidado mutuo, en benévola consideración para los sirvientes, en amor y simpatía con los pobres. ¿Quién sería capaz de medir el efecto moral que causa al niño la primera mirada de cólera, o las pa-

labras duras cambiadas entre sus padres? Y en los casos en los que el espectáculo diario es el de una continua riña y contienda, contradiciendo el padre a la madre y ésta injuriando al padre, ¿cómo habrán de crecer los hijos en una atmósfera de tal naturaleza?

El hecho es que no está al alcance del lenguaje humano exponer todo lo que se incluye en el tono moral del círculo de la familia, el espíritu, estilo y atmósfera del hogar, el salón, el comedor, el cuarto para los niños, la cocina, donde las circunstancias hacen posible tales comodidades o ya sea donde la familia no disponga más que de sólo dos aposentos. No se trata de rango, posición o fortuna, sino de la hermosa gracia de Dios resplandeciendo en todo. Lo que instamos a todo padre y madre, a todo jefe de familia, alto o bajo, rico o pobre, ilustrado o ignorante, es la necesidad de educar a sus hijos en una atmósfera de amor y paz, verdad y santidad, pureza y benevolencia. De este modo la familia será manifestación del carácter de Dios; y todos cuantos deban rozarse con ella tendrán, por lo menos, ante sus ojos un testimonio práctico de la verdad del Cristianismo.

Antes de dejar el tema del gobierno doméstico, hay un punto especial sobre el cual deseamos llamar la atención de los padres cristianos, punto de grandísima importancia, aunque muy descuidado entre nosotros, y ese punto es la necesidad de inculcar al niño el deber de la obediencia implícita. Jamás se insistirá demasiado ni con demasiada energía en ellos, ya que no sólo afecta al orden y a la comodidad de nuestras casas, sino que, y esto es infinitamente más importante, se relaciona con la gloria de Dios y con la demostración práctica de su verdad. "Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres; porque esto es justo." Y además: "Hijos, obedeced a vuestros padres *en todo*; porque esto agrada al Señor. (Efes. VI; Col. III).

Esto es absolutamente esencial y hay que insistir firmemente sobre ello desde un principio. Hay que enseñar al niño a obedecer desde su más temprana edad. Hay que enseñarle a someterse a la autoridad designada divina-mente, y esto, en la forma que el apóstol establece, esto es,

"en todo." Si no se cuida de ello muy al principio, más tarde se verá que es casi imposible lograrlo. Si se consiente a la voluntad a que obre, crece con terrible rapidez, y cada día de crecimiento aumenta la dificultad de enfrenarla. De aquí que el padre debe empezar cuanto antes a establecer su autoridad sobre una base de fuerza moral y firmeza; y una vez logrado esto, puede mostrarse tan dulce y tierno como el corazón más sensible pudiera desear. No creemos en el rigor, la dureza o severidad. No son de ningún modo necesarios, y son generalmente los acompañantes de una mala educación y una prueba de mal temperamento en el educador. Dios ha puesto en las manos de los padres las riendas del gobierno y la vara de la autoridad; pero no es necesario tirar continuamente de las riendas y blandir la vara, por decirlo así, ya que son pruebas ciertas de debilidad moral. Cuando oigáis a un hombre hablando de continuo de su autoridad, podéis tener por seguro que su autoridad no está debidamente establecida. Hay una tranquila dignidad en el verdadero poder moral que se hace evidente.

Además, creo que es una equivocación para un padre oponerse de continuo a los deseos del hijo en asuntos de escasa importancia. Esa conducta tiende a abatir el espíritu del hijo, cuando el fin de toda sana educación ha de tender a domar la voluntad. El hijo ha de estar en todo tiempo empapado de la idea de que su padre procura solamente el bien de él; y si el padre se ve en el caso de rehusarle o prohibirle algo, no es con el propósito de disminuir sus gustos, sino únicamente para su propio bien.

Uno de los grandes propósitos en el gobierno doméstico es el de proteger a cada miembro de la familia en el goce de sus privilegios, y en el debido desempeño de sus respectivos deberes. Ahora bien; puesto que el deber de un hijo, divinamente expresado, es el obedecer, el padre es responsable de que ese deber se vea cumplido, ya que si fuese descuidado, otros miembros del círculo de la familia sufrirán por ese incumplimiento.

No puede haber calamidad mayor en una casa que un hijo malvado y terco, y, por regla general, donde se vea

un caso así, puede atribuirse a mala educación. Por supuesto no ignoramos que los niños difieren en temperamento y en disposiciones unos de otros; que hay niños que se caracterizan por la energía de su voluntad y por su temperamento obstinado, y son por lo tanto muy difíciles de manejar.

Todo ello lo comprendemos perfectamente; pero esto en nada afecta a la cuestión de la responsabilidad de los padres en insistir sobre la obediencia implícita. Pueden en toda ocasión contar con Dios para la gracia y poder necesarios para llevar adelante este punto. Aun tratándose de una madre viuda, creemos con toda seguridad que podrá pedir de Dios la capacidad necesaria para conservar el mando sobre sus hijos y sobre toda la casa. En ningún caso, pues, debe hacerse renuncia de la autoridad paterna, ni un solo momento.

Sucede algunas veces que por un cariño irracional el padre se siente inclinado a mimar al niño; mas esto es sembrar para la carne y, por lo mismo, segará la corrupción. No es verdadero amor de ninguna manera consentir a la voluntad del niño, ni puede contribuir a su verdadera felicidad o a sus legítimos goces. El niño mimado y consentido en sus caprichos no sólo es desdichado sino también una molestia para todos cuantos con él se rozan. Hay que enseñar a los niños a que piensen en los demás, y a que procuren atender a su comodidad y bienestar en todos conceptos. ¡Cuán impropio es, por ejemplo, que un niño suba las escaleras silbando, cantando o alborotando, sin consideración alguna para los demás miembros de la familia que se verán gravemente perturbados y molestados por tal conducta! Ningún niño bien educado obrará de tal modo; y dondequiera que se tolere tal conducta indómita, desarreglada e inconsiderada pondrá de manifiesto un grave defecto en el gobierno doméstico.

Es esencial para la paz, armonía y comodidad de la familia toda, que sus miembros se guarden las debidas "consideraciones mutuas." Hemos de procurar el bien y la felicidad de los que nos rodean y no por la nuestra. Con sólo que todos recordaran esto; qué hogares veríamos, diferentes de los actuales, y qué distintos relatos podrían

hacer las familias! Toda familia cristiana debiera ser un reflejo del carácter divino. Su atmósfera debiera ser cabalmente la misma atmósfera del cielo. ¿Cómo podría ser esto? Sencillamente que cada uno, padres, hijos, maestros y sirvientes procurasen andar en las huellas de Jesús, y reflejaran su espíritu. Él nunca buscó su propia satisfacción; jamás procuró su propio interés en cosa alguna. Hizo siempre lo que placía al Padre. Él vino para servir y para dar. Pasó haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos del diablo. Tal fué siempre la conducta de Aquél, que con gracia, amor y simpatía fué el Amigo de los hijos e hijas de la necesidad, de la debilidad y de la aflicción; y si tan sólo los varios miembros de toda familia cristiana se formaran según ese perfecto modelo, veríamos realizada en algo por lo menos, la potencia y eficacia del Cristianismo personal y doméstico, que, gracias a Dios, puede ser mantenido y manifestado a pesar de la desdichada ruina de la iglesia profesante. "Tú y tu casa" sugiere la gran regla de oro que se ve por todo el libro de Dios, desde su principio a su fin. En toda época, bajo toda dispensación, en los días de los Patriarcas, en los días de la Ley, y en los días del Cristianismo, hallamos que la santidad personal y doméstica ocupa un sitio de preferencia como algo grato al corazón de Dios y a la gloria de su santo Nombre.

Creemos que esto es consolador en todo tiempo, pero más especialmente en un tiempo que, como el actual, parece que la iglesia profesante vaya hundiéndose rápidamente en la grosera mundanalidad y en la incredulidad manifiesta; y no sólo esto pero cuando los que más fervientemente desean andar en la obediencia a la palabra de Dios y comportarse de acuerdo con la gran verdad fundamental de la unidad del cuerpo, encuentran tan grandes dificultades para rendir un testimonio colectivo a esa unidad. En vista de todo esto, bien podemos dar gracias a Dios con corazón rebosante, de que la piedad personal y de familia pueda ser siempre conservada, y de que de cada corazón y hogar Cristiano pueda ascender al trono de Dios una corriente de oración no interrumpida, y que otra corriente de activa benevolencia fluya sobre un mun-

do necesitado, y afligido por el pecado. ¡Así sea más y más por el poderoso ministerio de Dios el Santo Espíritu, para que Dios sea glorificado en todas las cosas tanto en los corazones como en los hogares de su amado pueblo!

Vamos a considerar ahora la solemnísimas amonestación dirigida a la congregación de Israel contra el pecado de idolatría; pecado ¡ay! al que el pobre corazón humano está siempre propenso en una u otra forma. Es del todo posible ser reo del pecado de idolatría sin necesidad de inclinarse ante una imagen; por lo cual nos importa pesar muy bien las palabras de amonestación que salieron de labios del venerable legislador de Israel. Son, con toda seguridad, escritas para nuestra instrucción.

"Y os llegasteis, y os pusisteis al pie del monte; y el monte ardía en fuego hasta en medio de los cielos, con tinieblas, nube y oscuridad," ¡terribles y apropiados acompañamientos a tal ocasión! "Y habló Jehová con vosotros de en medio del fuego": ¡Oh, de qué modo tan diferente habla en el evangelio de su gracia! "Oísteis la voz de sus palabras, mas a excepción de oír la voz, ninguna figura visteis." ¡Hecho importante que debían considerar! "*sólo la voz.*" Y "la fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios." "Y Él os anunció su pacto, el cual os mandó poner por obra, las diez palabras; y escribiólas en dos tablas de piedra. A mí también me mandó Jehová entonces enseñaros los estatutos y derechos," no para que pudieran discutirlos, ni para que juzgaran de ellos, o argumentaran sobre ellos, sino "para que los *pusieseis por obra,*" la magna y vieja historia, el tema de la *obediencia*, tema preciosísimo del Deuteronomio, ya sea fuera ya sea dentro de "la tierra a la cual pasáis para poseerla."

Aquí descansa el sólido fundamento de su proclama contra la idolatría. Ellos no *vieron* nada. Dios no se mostró a ellos. Él no tomó forma corporal alguna de la que pudieran ellos hacer una reproducción o imagen, Él les dió su palabra, sus santos mandamientos tan claros que un niño podía entenderlos. No tenían, por tanto, necesidad alguna de ver por la imaginación a qué cosa fuese Dios semejante; no, esto era el mismísimo pecado contra

el cual se les amonestaba con tanta fidelidad. Fueron llamados a oír la voz de Dios, no a contemplar su forma; a obedecer sus mandamientos, no a hacerse una imagen de Él. La superstición procura vanamente honrar a Dios formando una imagen y adorándola. La fe, por el contrario, recibe con amor y obedece con reverencia sus santos mandamientos. "El que me ama," dice nuestro bendito Señor, ¿qué hará? ¿hará una imagen mía y la adorará? Nada de eso, sino "mi palabra guardará." Esto convierte el asunto en una cuestión tan sencilla, tan segura, tan cierta que más no puede ser. No somos llamados a formar una idea o concepto de Dios. Hemos de oír simplemente su voz y guardar sus mandamientos. No podemos tener una idea cualquiera de Dios, más que aquella bajo la cual a Él mismo plugo revelarse. "A Dios nadie le vio jamás: el Unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él nos le declaró." "Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Cristo."

De Jesús se ha declarado ser "el resplandor de la gloria de Dios y la misma imagen de su substancia." Él pudo decir: "El que me ha visto, ha visto al Padre." Así que el Hijo revela al Padre; y es por la palabra, mediante el poder del Espíritu Santo, que sabemos algo del Hijo; y por lo tanto, el que procura por cualquier esfuerzo de la mente o fantasía de la imaginación concebir una imagen de Dios, o de Cristo, cae en idolatría. Esforzarse en llegar a algún conocimiento de Dios o de Cristo a menos que no sea por la escritura, es caer en misticismo y confusión; más aún, es ponernos directamente nosotros mismos en manos del diablo, para ser arrastrados por él al más disparatado, negro y mortal engaño.

De aquí, pues, que así como Israel, en el monte de Horeb fué limitado a oír la "voz" de Dios, y amonestado en contra de cualquier similitud, así a nosotros se nos ha limitado a la santa escritura y amonestado contra todo lo que de ella pueda apartarnos, ni del grueso de un *cabello*, de ese santo y todo-suficiente patrón. No hemos de aten-

der a las sugerencias de nuestras inteligencias, ni a las de cualquiera otra mente humana. Hemos de negarnos en absoluto y rigurosamente a prestar oído a todo lo que no sea la voz de Dios, la voz de la santa escritura. En ella hay verdadera seguridad, verdadero descanso. En ella tenemos certeza absoluta de tal modo que podemos decir: "Sé a *quién*," no precisamente en *que*, "he creído, y estoy convencido," etc.

"Guardad, pues, mucho vuestras almas; pues ninguna figura visteis el día que Jehová habló con vosotros de en medio del fuego, porque no os corrompáis, y hagáis para vosotros escultura, imagen de figura alguna, efigie de varón o de hembra, figura de algún animal que sea en la tierra, ni figura de ave alguna alada, que vuele por el aire, figura de ningún animal que vaya arrastrando por la tierra, ni figura de pez alguno que haya en el agua debajo de la tierra; y porque alzando tus ojos al cielo, y viendo el sol, la luna, y las estrellas, y todo el ejército del cielo, no seas incitado, y te inclines a ellos, y les sirvas; que Jehová tu Dios los ha concedido a todos los pueblos debajo de todos los cielos. Empero a vosotros Jehová os tomó y os ha sacado del horno de hierro, de Egipto, para que le seáis por pueblo de heredad como en este día."

Aquí se pone ante nosotros una verdad de gran peso. Se enseña terminantemente al pueblo que haciendo alguna imagen e inclinándose ante ella, se rebajarían y se corromperían. De aquí que, cuando se hicieron un becerro de oro, Jehová dijo a Moisés: "Anda, desciende, porque tu pueblo que sacaste de tierra de Egipto se ha corrompido." No podía ser de otro modo. El adorador ha de ser forzosamente inferior al objeto de su adoración; y por lo tanto, al adorar un becerro se colocaban a sí mismos a más bajo nivel que el de las bestias que perecen. Bien, pues, pudo decir Jehová: "se han corrompido. Presto se han apartad del camino que yo les mandé, y se han hecho un becerro de fundición, y lo han adorado, y han sacrificado a él, y han dicho: Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto."

¡Qué espectáculo! ¡La congregación entera, conducida

por Aarón, el sumo sacerdote, inclinada en adoración ante un objeto formado por el buril, y procedente de los zarcillos tomados de las orejas de sus mujeres y de sus hijas! ¡Consideremos por unos momentos qué visión la de un número de seres inteligentes, de todo un pueblo dotado de razón, comprensión y conciencia, exclamando ante un becerro de fundición: "Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto"! En lugar de Jehová, sustituyeron una imagen hecha por el arte y la invención humana. Y ese era el pueblo que había presenciado los poderosos hechos de Jehová en la tierra de Egipto. Habían visto caer las plagas una tras otra sobre Egipto y su rey de endurecido corazón. Habían visto aquel país sacudido, al parecer, hasta sus cimientos por los golpes sucesivos por la vara del gobierno de Jehová. Habían visto los primogénitos de Egipto muertos por la espada del ángel exterminador. Vieron al Mar Rojo partido por el golpe de la vara de Jehová, y ellos habían pasado a través del mismo en seco, entre sus aguas que formaban como muros de cristal que habían de caer más tarde con aplastante poder sobre sus enemigos.

Todo esto había acontecido ante sus ojos; y, sin embargo pudieron tan pronto olvidarlo todo y decir ante un becerro de fundición: "Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto." ¿Creían ellos en realidad que una imagen de fundición fué lo que hizo temblar a Egipto, humilló a su altivo monarca, y les sacó de allí victoriosos? ¿Fué un becerro el que dividió el mar y les hizo avanzar a ellos majestuosamente por sus abismos? Tal, al menos decían ellos, pues, ¿qué no será capaz de decir un pueblo cuando el ojo y el corazón se han apartado de Dios y de su palabra?

Mas tal vez se nos diga: "Bien; ¿pero encierra todo esto algún aviso para nosotros? ¿Tenemos los Cristianos que aprender algo del becerro fundido por Israel? Las prevenciones dirigidas a Israel contra la idolatría, ¿tienen que decir algo a la iglesia? ¿Estamos en peligro de inclinarnos ante alguna imagen? ¿Será posible que nosotros, que gozamos del alto privilegio de andar a la luz perfecta

del Nuevo Testamento podamos adorar a un becerro de fundición?"

A todo ello contestamos, primero, con el lenguaje empleado en Romanos XV, 4; "*las cosas* que antes fueron escritas," incluyendo Éxodo XXXII y Deuteronomio IV, "para nuestra enseñanza fueron escritas; para que por la paciencia y por la consolación de las escrituras tengamos esperanza." Ese breve pasaje afirma nuestro derecho a recorrer el vasto campo de la escritura del Antiguo Testamento y recoger y apropiarnos sus preciosas lecciones, y alimentarnos de sus "grandes y preciosas promesas"; para beber sus profundas y variadas consolaciones; y para aprovecharnos de sus solemnes prevenciones y saludables consejos.

Y en cuanto a que seamos capaces o estemos sujetos a caer en el grosero pecado de la idolatría, tenemos una contundente respuesta a ello en I. Corintios X, donde el inspirado apóstol emplea la escena del monte de Horeb como una amonestación a la iglesia de Dios. Lo mejor que podemos hacer es citar el pasaje entero. Nada hay comparable a la palabra de Dios. ¡Amémosla, ensalcémosla y reverenciémosla cada día más!

"Porque no quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres *todos* estuvieron bajo la nube," esto es, tanto aquellos cuyos cuerpos cayeron en el desierto, como los que alcanzaron a entrar en la tierra prometida, "y todos pasaron la mar; y todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en la mar; y todos comieron la misma vianda espiritual; y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la piedra espiritual que los seguía; y la piedra era Cristo." ¡Cuán enérgico, cuán solemne y cuán penetrante es esto para todos! "Mas de muchos de ellos no se agradó Dios; por lo cual fueron postrados en el desierto. Empero estas cosas fueron en *figura de nosotros*"—notemos esto cuidadosamente—"para que no codiciemos *cosas malas*"—cosas contrarias al sentir de Cristo—"como ellos codiciaron. Ni seáis *honradores de idolos*"—de modo que los Cristianos profesantes pueden caer en la idolatría—"como algunos de ellos, según está escrito:

Sentóse el pueblo a comer y a beber y se levantaron a jugar. Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicaron y cayeron en un día ventitrés mil. Ni tentemos a Cristo, como también algunos de ellos le tentaron, y perecieron por las serpientes. Ni murmuréis como algunos de ellos murmuraron y perecieron por el destructor. Y estas cosas les acontecieron en figura; y son escritas para nuestra admonición, en quienes los fines de los siglos han parado. Así que, el que piensa estar firme, mire no caiga."

Por esos textos aprendemos de la manera más evidente, que no hay sima de pecado o de locura, no hay forma de depravación moral en la que no podamos caer en cualquier momento si no somos guardados por el incontrastable poder de Dios. No hay seguridad para nosotros, fuera del abrigo moral de la presencia divina. Sabemos bien que el Espíritu de Dios no nos previene en contra de cosas a las cuales no estemos expuestos. Jamás nos diría: "Ni seáis idólatras" si no fuéramos capaces de serlo. La idolatría adopta varias formas. No es, por lo tanto, de la forma, sino de la raíz o principio de la cosa. Leemos que "la avaricia es idolatría," y que el avaro es un idólatra. Esto es, que un hombre que desea tener o poseer más de lo que Dios le ha dado, es un idólatra, es actualmente culpable del pecado de Israel cuando fundió el becerro de oro y lo adoró. Bien pudo el bendito apóstol decir a los Corintios, y decirnos a nosotros: "Por tanto, amados míos, huid de la idolatría." ¿Por qué se nos amonesta a huir de una cosa a la cual no estamos expuestos? ¿Es que hay en el volumen divino algunas palabras vanas? ¿Qué significan las palabras con que termina la primera carta de Juan: "Hijitos, guardaos de los ídolos"? ¿No nos enseñan que estamos en peligro de adorar ídolos? De seguro que sí. Nuestros corazones traidores son capaces de separarse del Dios viviente y levantarse algún otro objeto aparte de Dios, ¿y qué es esto si no idolatría? Sea lo que fuere que domine el corazón es un ídolo de ese corazón, sea dinero, goces, poder o cualquiera otra cosa; así que podemos muy bien comprender

la apremiante necesidad de las muchas amonestaciones que nos da el Espíritu Santo contra el pecado de idolatría.

Además, en el capítulo IV a los Gálatas, tenemos un notable pasaje, pasaje que habla a la iglesia profesante con los más impresionantes acentos. Los Gálatas, como los otros Gentiles, habían adorado ídolos, mas al recibir el evangelio, se habían convertido de los ídolos para servir al verdadero Dios viviente. No obstante, los enseñadores judaizantes habían llegado hasta ellos, y les enseñaban que a menos que no fuesen circuncidados y guardaran la ley, no podían ser salvos.

A esto el apóstol lo llama, sin titubear, idolatría, un retorno a la degradación moral de tiempos atrás, a pesar de haber profesado recibir el glorioso evangelio de Cristo. De aquí nace la fuerza moral de la interrogación del apóstol: "Antes, en otro tiempo, no conociendo a Dios, servíais a los que por naturaleza no son dioses: *mas ahora*, habiendo conocido a Dios, o más bien, siendo conocidos de Dios, ¿cómo os *volvéis de nuevo* a los flacos y pobres rudimentos, en los cuales queréis *volver* a servir? Guardáis los días, y los meses, y los tiempos, y los años. Temo de vosotros que no haya trabajado en vano en vosotros."

Esto es muy notable. Los Gálatas no retrocedían de un modo ostensible hasta adorar ídolos. Es muy probable que hubieran repudiado con indignación tal idea. Mas, a pesar de esto, el inspirado apóstol les pregunta: "¿Cómo os volvéis de nuevo...?" ¿Qué significaría esa pregunta si no estuviera retrocediendo hasta la idolatría? Y nosotros, ¿qué podemos aprender de todo ese pasaje? Pues sencillamente lo siguiente: que la circuncisión, el colocarse bajo la ley, guardar los días, los meses, los tiempos y los años, todo ello, aunque en apariencia tan diferente de la adoración de ídolos, no era ni más ni menos que la vuelta a la antigua idolatría. La observación de ciertos días y la adoración de falsos dioses eran cosas con las cuales no se hacía otra cosa que apartarse del verdadero Dios viviente; de su Hijo Jesucristo; del Espíritu Santo; de la brillante agrupación de dignidades y glorias que pertenecen al Cristianismo.

Todo esto encierra una solemnidad particular para los Cristianos profesantes. Dudamos si la plena importancia de Gálatas IV, 8-10, sea debidamente entendida por la gran mayoría de los que profesan creer en la Biblia. Sometemos solemnemente y con instancia ese tema a la atención de todos aquellos a quienes corresponda. Rogamos a Dios que se sirva emplearlo con el fin de conmover los corazones y conciencias de su pueblo en todas partes, y las lleve a meditar sobre su situación, sus costumbres, sus sendas y asociaciones, y averiguar hasta qué punto están siguiendo en realidad el ejemplo de las asambleas de Galacia, en la observancia de días santos y otras cosas semejantes, que sólo pueden alejarnos de Cristo y de su gloriosa salvación. Viene el día en que millares de ojos se abrirán a la realidad de estas cosas, y entonces verán lo que ahora rehusan ver, esto es, que las formas más tenebrosas y groseras del paganismo pueden reproducirse bajo el nombre de Cristianismo y relacionarse con las más sublimes verdades que alumbran jamás el entendimiento humano.

Mas, por remisos que podamos ser en admitir nuestra tendencia a caer en el pecado de idolatría, es evidente en el caso de Israel, que Moisés, enseñado e inspirado por Dios, sintió la profunda necesidad de prevenirles contra ese pecado de la manera más solemne y en los términos más patéticos. Les hace llamamientos desde todos los puntos de vista posibles, y les reitera sus consejos y amonestaciones de manera tan impresionante que, seguramente, no podían ofrecer ninguna excusa. Jamás pudieron decir que si cayeron en idolatría fué por falta de amonestaciones o por falta de ruegos llenos de gracia y afecto. Veamos las palabras siguientes: "Empero a vosotros Jehová os tomó, y os ha sacado del horno de hierro, de Egipto, para que le seáis por pueblo de heredad como aparece en este día." (Vers. 20).

¿Pudo haber palabras más conmovedoras que estas? Jehová, en su rica y soberana gracia, y por su poderosa mano los sacó de la tierra de muerte y oscuridad; pueblo redimido y libertado. Lo allegó a sí mismo, para que le

fueran su especial tesoro entre todo pueblo sobre la tierra. ¿Cómo pudieron, pues, apartarse de Él, de su santa alianza, y de sus preciosos mandamientos?

Mas ¡ay! pudieron, y lo hicieron. Se han hecho un becerro... y dijeron: Israel, estos son tus dioses que te sacaron de tierra de Egipto." ¡Pensemos en ello! ¡Un becerro hecho por sus manos, una imagen esculpida por el arte e imaginación humanos los hubo sacado de la tierra de Egipto! ¡Un artefacto fabricado con los zarcillos de sus mujeres, les hubo redimido y les hubo libertado! Y esto ha sido escrito para nuestra admonición. Mas ¿cómo pudiera esto haberse escrito para nosotros si no fuéramos capaces del mismo pecado o no estuviéramos expuestos a él? O hemos de admitir que Dios el Santo Espíritu escribió una sentencia innecesaria, o admitir que necesitamos amonestación contra el pecado de idolatría; y de seguro, que la necesidad de tal amonestación prueba nuestra tendencia a ese pecado.

¿Somos acaso mejores que Israel? De ningún modo. Gozamos de luz más brillante y de privilegios mayores; pero, estamos hechos de su misma materia, tenemos las mismas capacidades, y las mismas tendencias que ellos. Nuestra idolatría podrá tomar forma diferente a la suya; pero la idolatría es idolatría, sea cual fuere su forma; y cuanto mayores nuestros privilegios, mayor será también nuestro pecado. Quizá podremos sentir dispuestos a admirarnos de cómo un pueblo racional pudo hacerse culpable de tan perversa locura como la de fabricarse un becerro e inclinarse ante él, y eso después de haber sido testigos de tal despliegue de la majestad, poder y gloria de Dios. Recordémonos que su locura ha sido escrita para nuestra amonestación; y que nosotros, con toda nuestra luz, nuestro conocimiento, todos nuestros privilegios, están prevenidos a "huir de la idolatría."

Meditemos atentamente todo ello y busquemos el provecho que de ello podemos sacar. Que no quede un recodo de nuestro corazón que no lo ocupe Cristo, y de este modo no habrá lugar para los ídolos. Esta es nuestra única salvaguardia. Si resbalamos y nos separamos el grueso de un cabello de nuestro Salvador y Pastor, se-

remos capaces de lanzarnos en las más tenebrosas formas del error y del mal moral. Luz, conocimiento, privilegios espirituales, posición eclesiástica, beneficios sacramentales, no son seguridades para el alma. Son muy buenos, cada uno en su propio lugar, y debidamente usados; pero, por sí mismos, no hacen más que acrecentar nuestro peligro moral.

Nada puede guardarnos en seguridad, en justicia y felicidad, sino el tener a Cristo morando por la fe en nuestros corazones. Permaneciendo en Él y Él en nosotros, el maligno no puede dañarnos. Mas si esa comunión personal no es mantenida con toda diligencia, cuanto más alta sea nuestra posición, mayor será el peligro y más desastrosa nuestra caída. No hubo una nación bajo la capa del cielo más favorecida y exaltada que Israel cuando congregada alrededor del monte de Horeb oía la palabra de Dios. Tampoco hubo nación más degradada o más culpable que ella cuando se inclinó ante el becerro de oro, imagen formada por sus manos.

Dirijamos ahora nuestra atención a un hecho del más grande interés, presentado en el versículo 21 de nuestro capítulo, y el hecho es que Moisés, por tercera vez, recuerda a la congregación el trato judicial de Dios con él mismo. Había hablado de ese juicio, según ya vimos, en el capítulo I, 37; lo recuerda de nuevo en el capítulo III, 26; y ahora nuevamente les dice: "*Y Jehová se enojó contra mí sobre vuestros negocios, y juró que yo no pasaría el Jordán, ni entraría en la buena tierra, que Jehová tu Dios te da por heredad: así que yo voy a morir en esta tierra, y no paso el Jordán: mas vosotros pasaréis, y poseeréis aquella buena tierra.*"

Y ahora debemos preguntarnos ¿por qué esa triple referencia al mismo hecho? Y ¿por qué la especial mención en todas ellas de que Jehová se había enojado con él por causa de ellos? De una cosa podemos estar seguros y es de que no fué con ánimo de echar la culpa sobre el pueblo o de disculparse a sí mismo. Nadie, a no ser el incrédulo, podrá pensar tal cosa. Creemos que el simple propósito fué aumentar la fuerza moral de su discurso y dar más

solemnidad a la voz de sus amonestaciones. Si Jehová estaba enojado con un hombre tal como Moisés; si a él, por haber hablado inconsideradamente en las aguas de Meriba, le fué prohibida la entrada en la tierra prometida, por más que lo deseó, ¡cuán necesario les era a ellos tener sumo cuidado! Sería cosa es tener que tratar con Dios; cosa bendita, sin duda alguna, más allá de toda palabra o pensamiento; pero muy seria, como el mismo legislador tuvo ocasión de comprobar.

Que este es el verdadero punto de vista de esa cuestión parece evidente por las palabras que siguen: "Guardaos, no os olvidéis del pacto de Jehová vuestro Dios, que él estableció con vosotros, y os hagáis escultura, o imagen de cualquier cosa, que Jehová tu Dios te ha vedado. Porque Jehová tu Dios es fuego que consume, Dios celoso."

Esto tiene una especial solemnidad. Debemos permitir que este relato tenga toda su fuerza moral en nuestras almas. No intentemos embotarlo por falsas nociones de la gracia. A veces oímos decir: "Dios es un fuego consumidor para el mundo." Algún día lo será, sin duda; mas ahora está obrando con el mundo en gracia, paciencia y longánima misericordia. Él no lo trata actualmente en juicio. Mas, según nos dice el apóstol Pedro: "Porque es tiempo de que el juicio comience de la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros ¿qué será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?" De igual modo en Hebreos XII, leemos: "Porque *nuestro* Dios es fuego consumidor." No se habla aquí de lo que será Dios para con el mundo, sino de lo que Él es para con nosotros. Ni tampoco es, como algunos sientan: "Dios es un fuego consumidor fuera de Cristo." Nada sabemos de Dios fuera de Cristo. Fuera de Cristo o aparte de Cristo, no podría ser "nuestro Dios."

No, lector; la escritura no necesita tales retorcimientos ni vueltas. Debe aceptarse tal como está. Es clara y precisa; y lo que nos toca a nosotros es oír y obedecer. "Nuestro Dios es fuego consumidor; Dios celoso," no para consumirnos a nosotros, bendito sea su santo Nombre, sino para consumir el mal que hay en nosotros y en nuestros caminos,

Es intolerante con todo cuanto hay en nosotros que sea contrario a Él, contrario a su santidad; y, por lo tanto, contrario a nuestra verdadera felicidad, a nuestra real y sólida bendición. Como "Padre Santo," nos guarda de una manera digna de Sí mismo, y nos corrige a fin de hacernos partícipes de su santidad. Él permite por ahora que el mundo siga su camino, sin entrometerse ostensiblemente con él. Pero Él juzga a su casa, y corrige a sus hijos a fin de que respondan mejor a sus deseos y sean la expresión de su imagen moral.

Y, ¿no es este un inmenso privilegio? Sí, ciertamente, es un privilegio del orden más elevado, privilegio que emana de la infinita gracia de nuestro Dios que condesciende *hasta* interesarse por nosotros, y ocuparse de nosotros en nuestras enfermedades, en nuestras faltas y nuestros pecados, para librarnos de ellos y hacernos partícipes de su santidad.

Hay un hermoso pasaje respecto a este asunto al principio de Hebreos XII, que vamos a copiar a causa de su inmensa importancia práctica para todo lector. "Hijo mío, no menosprecies el castigo del Señor, ni desmayes cuando eres de Él reprendido; porque el Señor *al que ama castiga, y azota* a cualquiera que recibe por *hijo*. Si sufrís el castigo, Dios se os presenta como a hijos; porque *¿qué hijo* es aquél a quien el padre no castiga? Pero si estáis *fuera del castigo*, del cual todos han sido hechos participantes, luego sois *bastardos y no hijos*. Por otra parte tuvimos por castigadores a los padres de nuestra carne, y los reverenciábamos, ¿por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus y viviremos? Y aquellos, a la verdad, por pocos días nos castigaban como a ellos les parecía; *mas éste para lo que nos es provechoso, para que recibamos su santificación*. Es verdad que ningún castigo al presente *parece* ser causa de gozo, sino de tristeza; mas después da fruto apacible de justicia a los que en él son ejercitados. Por lo cual alzad las manos caídas y las rodillas paralizadas."

Hay tres maneras de recibir el castigo de Dios; podemos *menospreciarlo*, considerándolo como algo corriente,

algo que puede acontecerle a cualquiera. No vemos *la mano de Dios* en él. Podemos también *desmayar* ante el castigo, como algo demasiado pesado para sobrellevarlo, o enteramente imposible de soportar. No alcanzamos a ver el *corazón del Padre* en él, o distinguir el motivo de su gracia, esto es, hacernos participantes de su santidad. Y, por último, podemos ser ejercitados en él. Este es el modo de recoger el "fruto apacible de justicia." No *osaremos a despreciar* una cosa en la cual veamos la mano de Dios. No *desmayaremos* ante una prueba en la cual distingamos claramente el corazón de un Padre amante que no permitirá que seamos probados más de lo que podamos soportar; sino que con la prueba dará la salida a fin de que podamos soportarla, y que además nos explica con su gracia el objeto disciplinario que se propone, asegurándonos de que cada golpe de su vara es una prueba de su amor, y una respuesta directa a la oración de Cristo, según Juan XVII, 11, en la cual se nos encomienda al cuidado del "Padre Santo," para ser guardados de acuerdo con ese nombre y todo cuanto ese nombre implica.

Además, hay tres actitudes distintas del corazón con respecto a la corrección divina, y son: sujeción, consentimiento y regocijo. Cuando la voluntad está quebrantada, se dice que hay sujeción. Cuando el entendimiento está iluminado en cuanto al objeto del castigo, hay consentimiento. Y cuando los afectos están empeñados con el corazón del Padre, hay regocijo y podemos continuar con alegre corazón segando la cosecha aurea del apacible fruto de justicia para alabanza de Aquél que, en su amor y compasión por nuestras penas, toma a su cargo cuidar de nosotros y tratar con nosotros en santo gobierno, y concentra su cuidado sobre cada uno en particular como si tuviera que atender sólo a este uno.

¡Cuán admirable es esto! ¡Y cómo el pensar en ello debiera ayudarnos en nuestras pruebas y experiencias! Estamos en manos de Aquél cuyo amor es infinito, cuya sabiduría es infalible, cuyo poder es omnímodo, cuyos recursos son inagotables. ¿Por qué, pues, habremos de abatirnos? Si nos castiga es porque nos ama y busca nuestro

bien real. A veces podemos pensar que el castigo es duro, podemos sentirnos dispuestos a *extrañar* que el amor pueda infligirnos dolor y enfermedad; pero debemos recordar que el amor divino es sabio y fiel, y que sólo nos inflige el dolor, la enfermedad y la pesadumbre para nuestro provecho y bendición. No siempre debemos juzgar del amor por la forma con que se reviste. Considera a esa madre apasionada y tierna cuando aplica un vejigatorio a su hijo al cual ama como a su propia vida. Sabe perfectamente que aquel vejigatorio producirá a su hijo un dolor y sufrimiento reales; con todo, lo aplica sin titubear aunque su corazón sufre agudamente al hacerlo. Pero sabe que es absolutamente necesario; cree que desde el punto de vista humano y médico la vida del niño depende de ello. Sabe que unos momentos de sufrimiento pueden, con la ayuda de Dios, restablecer la salud a su querido hijo. Así que, mientras el niño se preocupa solamente de su pasajero sufrimiento, la madre piensa en el bien permanente que resultará; y si el niño pudiera pensar como la madre, no le parecería tan difícil de soportar aquel remedio.

Así acontece en el asunto del trato disciplinario de nuestro Padre con nosotros; y el recuerdo de esto nos ayudará muchísimo a soportar lo que su mano correctora pueda mandarnos. Tal vez se diga que hay una inmensa diferencia entre soportar por algún tiempo un vejigatorio y años enteros de sufrimiento corporal intenso. Sin duda la hay; mas también hay una gran diferencia entre los resultados que se consiguen en cada uno de esos casos. Es el fundamento de este asunto lo que hemos de considerar. Cuando vemos a un amado hijo de Dios o siervo de Cristo, llamado a pasar por años de intenso sufrimiento, podemos sentirnos inclinados a extrañarlo, y quizá el amado paciente hará otro tanto, y en ocasiones quizá desmaye bajo el peso de su prolongada aflicción. Quizá se siente tentado a exclamar: "¿Por qué estoy así? ¿Puede esto considerarse como una prueba de amor? ¿Puede ser ésta la expresión del tierno cuidado de un Padre?" "Sí, en verdad" responde la fe de un modo claro y enfático. "Es todo amor, divinamente justo. Por todo un

mundo no lo quisiera de otro modo. Conozco que este intenso sufrimiento está obrando una bendición eterna. Sé que mi amante Padre me ha puesto en este horno para depurarme mi escoria, y hacer salir en mí la expresión de su propia imagen. Sé que el amor divino hará siempre lo mejor para su objeto, y, por lo tanto, este intenso sufrir es lo más conveniente para mí. Por supuesto, siento el dolor, porque no soy un tronco o una piedra. El ánimo de mi Padre es que lo sienta, como la madre se hace el ánimo de que el vejigatorio obre, pues de lo contrario ningún bien producirá. Pero yo le alabo de todo corazón por la gracia que resplandece en el asombroso hecho de que él se ocupe de mí en tal modo, para corregirme de lo que ve de mal en mí. Yo le alabo por haberme puesto en el horno, y ¿cómo no he de alabarle cuando le veo sobre la hornaza, en su infinita gracia y paciencia, vigilando el proceso y sacándome de ella cuando esté terminada la obra?"

Tal es, amado lector cristiano, el verdadero camino y tal es el verdadero espíritu para pasar a través de cualquier clase de prueba, sea aflicción corporal, pérdida de seres queridos o bienes o circunstancias apremiantes. Hemos de ver en ello la mano de Dios, leer el corazón de un Padre, reconocer el propósito divino. Esto nos permitirá vindicar, justificar y glorificar a Dios en medio de la hornaza de la aflicción. Rectificará todo pensamiento murmurador y silenciará toda expresión quejosa. Llenará nuestros corazones de la más dulce paz y nuestras bocas de alabanza.

Volvamos ya por unos momentos a los versículos restantes de nuestro capítulo, en los cuales encontraremos los más conmovedores y poderosos llamamientos al corazón y a la conciencia de la congregación. El legislador, en el profundo, verdadero y ferviente amor de su corazón, emplea las más solemnes advertencias, las más sinceras amonestaciones y las más tiernas súplicas, con el fin de guiar al pueblo al magno e importante punto de la obediencia. Si les habla del horno de hierro de Egipto, del cual Jehová les rescató por su gracia soberana; si se de-

tiene en exponer las poderosas señales y maravillas hechas en favor de ellos; si alza ante sus ojos las glorias de la tierra sobre la cual estaban próximos a sentar sus pies; o si relata la maravillosa conducta de Dios para con ellos en el desierto, es, todo ello, con el fin de reforzar la base moral del derecho de Jehová a su amorosa y reverente obediencia. El pasado, el presente y el porvenir son invocados a presentarse ante ellos, todo con el fin de que sirvan de poderosos argumentos para que se consagren de todo corazón al servicio de su gracioso, benévolo y Todopoderoso Libertador. En suma, todas las razones militaban en favor de la debida obediencia y no había ningún pretexto para desobedecer. Todos los hechos de su historia desde el primero al último, fueron eminentemente calculados para dar fuerza moral a las exhortaciones y amonestaciones comprendidas en el siguiente pasaje.

"Guardaos no os olvidéis del pacto de Jehová nuestro Dios, que él estableció con vosotros, y os hagáis escultura o imagen de cualquier cosa, que Jehová tu Dios te ha vedado. Porque Jehová tu Dios es fuego que consume, Dios celoso. Cuando hubiereis engendrado hijos y nietos, y hubiereis envejecido en aquella tierra, y os corrompíeis, e hiciereis escultura, o imagen de cualquier cosa, e hiciereis mal en ojos de Jehová vuestro Dios, para enojarlo; yo pongo hoy por testigos al cielo y a la tierra, que presto pereceréis totalmente de la tierra hacia la cual pasáis el Jordán para poseerla; no estaréis en ella largos días sin que seáis destruídos. Y Jehová os esparcirá entre los pueblos, y quedaréis pocos en número entre las gentes a las cuales os llevará Jehová: Y serviréis allí a dioses hechos de manos de hombres, a madera y a piedra, que no ven, ni oyen, ni comen ni huelen.

¡Cuán solemne es todo esto! ¡Qué fieles prevenciones son esas! El cielo y la tierra son invocados como testigos. ¡Ah! ¡Cuán pronto y de que modo más completo fué olvidado todo ello! ¡Y cuán literalmente todas estas graves amenazas se han cumplido en la historia de la nación!

Pero, gracias a Dios, hay un lado luminoso en el cuadro. Hay misericordia también, como hay justicia; y nuestro

Dios, bendito sea eternamente, es algo más que "un fuego devorador y Dios celoso." En verdad es un fuego devorador, por cuanto es santo. No puede tolerar el mal, y ha de limpiarnos de nuestras escorias. Además, es celoso porque no puede soportar que ningún rival ocupe lugar en los corazones de aquellos a quienes ama. Ha de poseer el corazón por entero, porque sólo Él es digno de ello, así como Él sólo puede llenarlo y satisfacerlo para siempre. Y si su pueblo se desvía de Él y va tras los ídolos, obra de sus manos, segarán los amargos frutos de tales hechos, y experimentarán con tristeza la verdad de aquellas palabras: "multiplicarán sus dolores los que se apresuran tras otros dioses."

Pero notemos de qué modo más conmovedor Moisés presenta al pueblo el reverso de la medalla, el brillante caudal de la eterna estabilidad de la gracia de Dios, y la completa provisión que esa gracia tiene hecha para todas las necesidades de su pueblo, de la primera a la última. "Pero," dice él, —y ¡oh! cuán hermosos son algunos de los "peros" de la sagrada escritura!—"si desde allí buscases a Jehová tu Dios, lo hallarás, si lo buscases de todo tu corazón, y de toda tu alma." ¡Gracia exquisita! "Cuando estuvieres en angustia y te alcanzaren todas estas cosas, si en los postreros días te volvieres a Jehová tu Dios, y oyeres su voz," ¿qué pues? ¿encontrarás un "fuego devorador"? Nada de esto, sino: "porque Dios misericordioso es Jehová tu Dios, no te dejará, ni te destruirá, ni se olvidará del pacto de tus padres que les juró."

Aquí tenemos una notable ojeada sobre el porvenir de Israel, su apartamiento de Dios con la consiguiente dispersión entre las naciones; el completo fracaso de su constitución política, y el desvanecimiento de su gloria nacional. Peño, bendito sea por siempre el Dios de toda gracia, hay algo más allá de ese fracaso, de ese pecado, ruina y juicio. Cuando llegamos al último límite de la triste historia de Israel, historia que en verdad puede resumirse en la breve pero comprensiva sentencia: "¡Oh, Israel, tú mismo te has destruído," nos encontramos con un magnífico despliegue de la gracia, misericordia y fidelidad de

Jehová, el Dios de sus padres, cuyo corazón amante se descubre a sí mismo en el resto de la sentencia: "en mí está tu ayuda." Sí; todo el tema va envuelto en estas dos vigorosas declaraciones: "Tú mismo te has echado a perder." "Pero en mí está tu ayuda." En la primera tenemos la aguda flecha para la conciencia de Israel; en la segunda el bálsamo calmante para el corazón quebrantado de aquel pueblo.

Al meditar acerca de la nación de Israel, hemos de estudiar dos páginas, es a saber, la histórica y la profética. La página histórica pone de manifiesto con inequívoca fidelidad, su completa ruina. La página profética revela con incomparables acentos de gracia, el remedio de Dios. El pasado de Israel ha sido negro y sombrío. El porvenir de Israel ha de ser brillante y glorioso. En la primera, vemos las miserables acciones del hombre; en la segunda los benditos caminos de Dios. En la primera se nos da la pujante ilustración de lo que es el hombre; en la segunda, un brillante despliegue de lo que Dios es. Hemos de mirar a entrambas, si deseamos comprender debidamente la historia de ese pueblo notable, "pueblo terrible desde sus comienzos acá," y pudiéramos en verdad añadir, un pueblo admirable hasta el fin de los tiempos.

No es nuestro intento en esta ocasión aducir pruebas en apoyo de nuestras afirmaciones en cuanto al pasado y al porvenir de Israel. De hacer esto, podríamos decir sin exagerar que necesitaríamos un tomo, toda vez que ya lo requería la copia de vastas porciones de los libros históricos por un lado, y de los libros proféticos por otro. No hay necesidad de decir que no tenemos tal propósito; nos limitamos a llamar la atención del lector sobre la preciosa enseñanza comprendida en la cita arriba expuesta. Contiene toda la verdad en cuanto al pasado, al presente y al porvenir de Israel. Nótese como su pasado está vívidamente retratado en estas pocas palabras: "Cuando hubiereis engendrado hijos y nietos, y hubiereis envejecido en aquella tierra, y os corrompiereis, o hiciereis escultura o imagen de cualquier cosa e hiciereis mal en ojos de Jehová vuestro Dios para enojarlo". . .

¿No es precisamente esto lo que hicieron? ¿No está aquí su conducta en pocas palabras? Ellos hicieron el mal en ojos de Jehová su Dios para provocarle a ira. La palabra "*mal*," lo comprende todo, desde el becerro de Horeb hasta la cruz del Calvario. Eso fué Israel en el pasado.

Y ¿qué es de su presente? ¿No son un perpetuo monumento de la imperecedera verdad de Dios? ¿Ha faltado una sola jota o un tilde de cuanto Dios ha hablado? Oigamos estas palabras: "Yo pongo hoy por testigo al cielo y a la tierra que presto pereceréis totalmente de la tierra, hacia la cual pasáis el Jordán para poseerla: no estaréis en ella largos días sin que seáis destruídos. Y Jehová os esparcirá entre los pueblos, y quedaréis pocos en número entre las gentes a las cuales os llevará Jehová."

¿No se ha cumplido todo esto al pie de la letra? ¿Quién lo dudará? El pasado de Israel y el presente de este pueblo atestiguan por igual la verdad de la palabra de Dios. Y ¿no podemos declarar que, así como su pasado y su presente son un cumplimiento literal de la verdad de Dios, lo será su porvenir? Ciertamente. La página de su historia, como la página profética fueron ambas dictadas por el mismo Espíritu, y por lo tanto ambas son igualmente verdaderas; y así como la historia nos relata el pecado de Israel y su dispersión, así la profecía predice el arrepentimiento de Israel y su restauración. La una es tan verdadera para la fe como la otra. Tan cierto es que Israel pecó en el pasado, y están esparcidos al presente, como es cierto también que se arrepentirán y serán restaurados en el porvenir.

Esto está, según creemos, fuera de toda duda; y nos alegramos de pensar en ello. No hay ningún profeta, desde Isaías a Malaquías, que no establezca de la manera más clara, en acentos de la más dulce gracia y más tierna misericordia, la futura bendición, preeminencia y gloria de la simiente de Abraham.¹ Sería muy ameno ci-

¹ Jonás fué, por supuesto, una excepción, ya que la misión que se le encomendó fué para Nínive. Es el único profeta al que se confió una comisión de exclusiva referencia a los Gentiles.

tar algunos de los sublimes pasajes que tratan de ese interesantísimo tema; mas hemos de contentarnos con indicar al lector que las lea por sí mismo, recomendándole especialmente los pasajes contenidos en los capítulos terminales de Isaías, en los que hallará cosa exquisita, así como la más completa confirmación del dicho apostólico: "todo Israel será salvo." Todos los profetas "desde Samuel y en adelante" convienen en ello. Las enseñanzas del Nuevo Testamento armonizan con las voces de los profetas; y de aquí que dudar de la verdad de la restauración de Israel en su propia tierra y su final bendición en ella, bajo el régimen de su propio Mesías, es simplemente desconocer o negar el testimonio de los profetas y de los apóstoles que hablaron y escribieron por directa inspiración de Dios el Espíritu Santo; es poner a un lado un cuerpo de evidencia de la escritura completamente convencedor.

Parece altamente extraño que un verdadero amante de Cristo procure hacer tal cosa; con todo, así es y así ha sido, por prejuicios religiosos y varias otras causas. Mas no obstante todo ello, la gloriosa verdad de la restauración de Israel y de su preeminencia en la tierra, brilla con fulgor no opacado en la página profética, y todo el que procura ponerla a un lado o en algún modo oponerse a ella, no sólo insulta la sagrada escritura—contradiciendo la voz unánime de apóstoles y profetas, sino entrometiéndose, por ignorancia sin duda, en el consejo, propósito y promesa del Señor Dios de Israel, haciendo nulo el pacto con Abraham, Isaac y Jacob.

Esta es una obra seria para el que la emprenda; y creemos que muchos están cumpliéndola sin darse cuenta; porque hemos de entender que cualquiera que toma las promesas hechas a los padres del Antiguo Testamento para aplicarlas a la iglesia del Nuevo Testamento, en realidad no hace sino llevar a cabo la obra de que hemos hecho mención. Sostenemos que nadie tiene el más mínimo derecho a transferir las promesas hechas a los padres. Podemos aprender de esas promesas, deleitarnos

en ellas; obtener consuelo y aliento por el hecho de su estabilidad eterna y aplicación literal directa. Todo esto es una verdad bendita; pero otra cosa muy distinta que algunos hombres, bajo la influencia de un sistema de interpretación falsamente llamado "espiritualismo," quieran aplicar a la iglesia o a los creyentes del tiempo del Nuevo Testamento, profecías, las cuales, tan sencilla y claramente como lo pueden indicar las palabras, se aplican a Israel, o literalmente a la simiente de Abraham.

Esto es lo que consideramos como muy grave. Creemos que tenemos escasa idea de cuán completamente opuesto es esto a la mente y corazón de Dios. Él ama a Israel, le ama por causa de los padres; y podemos tener por seguro que no puede sancionar ideas tan erróneas, con respecto a su posición relativa, su porción o heredad o su gloriosa perspectiva. Todos estamos familiarizados con las palabras del inspirado apóstol, en Romanos XI, no obstante podemos haber equivocado u olvidado su verdadera importancia y fuerza moral.

Hablando de Israel en relación con el olivo de la promesa, dice: "Y aun ellos, si no permanecieren en incredulidad serán ingeridos, que *poderoso es Dios*"—la más sencilla, sólida y bendita de toda otra razón cualquiera,—"para volverlos a ingerir. Porque si tú eres cortado del natural acebuche, y contra natura fuiste ingerido en la buena oliva, ¿cuánto más éstos, que son las ramas naturales, serán ingeridos en su oliva? Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis acerca de vosotros mismos arrogantes: que el endurecimiento en parte ha acontecido en Israel, hasta que haya entrado la plenitud de los Gentiles;¹ y luego todo Israel será salvo; como está escrito: Vendrá de Sión el Liber-

¹ Conviene que el lector se dé cuenta de la diferencia entre "la plenitud de los Gentiles" de Romanos XI, y "el tiempo de los Gentiles" en Lucas XXI. La primera frase hace referencia a los que actualmente están reunidos en la iglesia. La última, al contrario, se refiere a los tiempos de la supremacía de los Gentiles, que principió en Nabucodonosor y alcanza a los tiempos de "la piedra cortada no con mano," que caerá, con aplastante poder, sobre la imagen de Daniel. (Capítulo II.)

tador, que quitará de Jacob la impiedad; y *este es mi pacto con ellos*, cuando quitaré sus pecados. Así que, cuanto al evangelio, son enemigos por causa de vosotros; mas cuanto a la elección, son muy amados por causa de los padres. Porque sin arrepentimiento son las mercedes y la vocación de Dios. Porque como también vosotros en algún tiempo no creísteis a Dios, mas ahora habéis alcanzado misericordia por la incredulidad de ellos; así también éstos ahora no han creído, para que, por la misericordia para con vosotros, ellos también alcancen misericordia." Esto es, que en vez de entrar por causa de la ley o descendencia carnal, entrarán sencillamente por causa de la gracia soberana, exactamente como los Gentiles. "Porque Dios encerró a todos en incredulidad, para tener *misericordia de todos*."

Aquí termina la sección en que estriba nuestro tema; pero no podemos menos que citar el espléndido himno de alabanza a Dios con que prorrumpe el rebosante corazón del inspirado apóstol al cerrar la gran sección dispensacional de su epístola: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? o ¿quién fué su consejero? ¿O quién le dió a él primero, para que le sea pagado? Porque *de él*, —es decir, como la fuente,—y *por él*, —"esto es, el conducto."—y *en él*, —como el objeto,—"son todas las cosas. A él sea gloria por siglos. Amén."

El espléndido pasaje que antecede, como en realidad toda la escritura, está en perfecta concordancia con la enseñanza del capítulo cuarto de nuestro libro. La presente condición de Israel es el fruto de su sombría incredulidad. La gloria futura de Israel será el fruto de la rica soberana misericordia de Dios. "Porque Dios misericordioso es Jehová tu Dios: no te dejará, ni te destruirá, ni se olvidará del pacto de tus padres que les juró. Porque pregunta ahora de los tiempos pasados, que han sido antes de ti, desde el día que crió Dios al hombre sobre la tierra, y desde un cabo del cielo al otro," los más

extremos límites del tiempo y del espacio son invocados para que declaren: "si se ha hecho cosa semejante a esta gran cosa, o si se haya oído otra como ella. ¿Ha oído pueblo la voz de Dios, que hablase de en medio del fuego, como tú la has oído, y vivido? ¿O ha Dios probado a venir a tomar para sí gente de en medio de otra gente, con pruebas, con señales, con milagros, y con guerra, y mano fuerte, y brazo extendido, y grandes espantos, según todas las cosas que hizo con vosotros Jehová vuestro Dios en Egipto ante tus ojos? A ti te fué mostrado, para que supieses que Jehová él es Dios; no hay más fuera de él. De los cielos te hizo oír su voz, para enseñarte; y sobre la tierra te mostró su gran fuego, y has oído sus palabras de en medio del fuego."

Aquí tenemos expuesto, con singular potencia moral, el gran objeto de todas las acciones divinas en favor de Israel. El objeto fué que pudieran saber que Jehová era el Dios único y viviente, y que fuera de Él no había ni podía haber otro. En una palabra; era el propósito de Dios que Israel fuese su testigo sobre la tierra, como lo será con toda seguridad, aunque hasta ahora han fracasado señaladamente, y han sido causa de que su grande y Santo Nombre fuese blasfemado entre las naciones. Nada puede impedir el propósito de Dios. Su pacto permanecerá para siempre. Israel será aún un testigo bendito y eficaz de Dios sobre la tierra, y el conducto de rica y permanente bendición para todas las naciones. Jehová ha dicho esto; y los poderes todos de la tierra y del infierno, de los hombres y de los diablos conjurados no podrán impedir el pleno cumplimiento de todo lo que Él ha hablado. Su gloria va envuelta en el porvenir de Israel; y si una sola jota o un tilde de su palabra hubiese de faltar, sería una mancha en el honor de su Nombre y daría ocasión al enemigo, lo cual es absolutamente imposible. La bendición futura de Israel y la gloria de Jehová están enlazadas entre sí por un vínculo que jamás podrá ser roto. Si no se echa de ver esto con toda claridad, no podemos entender ni el pasado ni el porvenir de Israel. Más aún, podemos asegurar con la más absoluta confian-

za que, a menos de que ese bendito hecho sea plenamente admitido, nuestro sistema de interpretación de la profecía será del todo falso.

Pero hay otra verdad expuesta en nuestro capítulo; verdad preciosa y de especial interés. No es solamente la gloria de Jehová la que va envuelta con la bendición y futura restauración de Israel; también el amor de su corazón va comprometido en ello. Esto se manifiesta con conmovedora dulzura en las siguientes palabras: "Y por cuanto él amó a tus padres, escogió su simiente después de ellos, y sacóte delante de sí de Egipto con su gran poder, para echar de delante de ti gentes grandes y más fuertes que tú; y para introducirte y darte su tierra por heredad como hoy."

Así la verdad de la palabra de Dios, la gloria de su grande Nombre y el amor de su corazón están interesados en sus tratos con la simiente de Abraham su amigo; y aun cuando ellos han quebrantado la ley, deshonrado su Nombre, despreciado sus mercedes, rechazado sus profetas, crucificado a su Hijo y resistido a su Espíritu, aun cuando han hecho todo esto, y por consecuencia de ello, se ven esparcidos, despojados y quebrantados y han de pasar aún por la tribulación sin ejemplo, con todo, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, glorificará su Nombre, verificará su palabra, y manifestará el inalterable amor de su corazón en la historia futura de su pueblo terrenal. "Nada cambia el amor de Dios." A quien Él ama, y del modo que lo ama, lo ama hasta el fin.

Si negamos esto en cuanto a Israel, no nos queda a nosotros ni siquiera una pulgada de terreno firme sobre el cual sentar el pie. Si tocamos a la verdad de Dios en una sola sección, no tendremos seguridad en ningún otro. "La escritura no puede ser quebrantada." "Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por nosotros a gloria de Dios." Dios se ha comprometido a sí mismo con la simiente de Abraham. Él ha prometido darles la tierra de Canaán *para siempre*. "Porque sin arrepentimiento son las mercedes y la vocación de Dios." Jamás se arrepiente de su dádiva o de su llamamiento; y,

por lo tanto el que procura enajenar sus promesas o sus dones, o se entremete, de cualquier modo en su aplicación de ellos, comete grave ofensa contra Él. Mancha la integridad de la verdad divina, nos priva de toda certidumbre en la interpretación de la sagrada escritura, y sumerge al alma en tinieblas, duda y perplejidad.

La enseñanza de la escritura es clara, definida y precisa. El Espíritu Santo que inspiró el sagrado volumen, expresa exactamente lo que piensa y piensa lo que dice. Si habla de Israel, se refiere a Israel; si Sión, quiere decir Sión; si Jerusalén, quiere designar Jerusalén. Aplicar cualquier de estos nombres a la iglesia del Nuevo Testamento, es confundir cosas diferentes entre sí, e introducir un método de interpretación de la escritura que, por su vaguedad, sólo puede conducir a las más desastrosas consecuencias. Si tomamos la palabra de Dios de tal manera, es absolutamente imposible que ejerza su divina autoridad sobre nuestras conciencias, o ponga de manifiesto su poder formativo en nuestros caminos, conducta y carácter.

Debemos considerar, por unos momentos, el poderoso llamamiento con que Moisés resume su discurso en nuestro capítulo. Demanda nuestra profunda y reverente atención. "Aprende *pues* hoy, y *reduce a tu corazón* que Jehová él es el Dios arriba en el cielo y abajo sobre la tierra; no hay otro. Y guarda sus estatutos y sus mandamientos, que yo te mando hoy para que te vaya bien a ti y a tus hijos después de ti, y prolongues tus días sobre la tierra que Jehová tu Dios te da para siempre," (versículos 39 y 40.)

Vemos por lo expuesto que el derecho moral a su cordial obediencia se funda sobre el carácter revelado de Dios y de sus maravillosas acciones en favor de ellos. En una palabra, estaban obligados a obedecer, obligados por todas las consideraciones que pudieran influir en el corazón, la conciencia y el entendimiento. Aquél que los había sacado de la tierra de Egipto con mano poderosa y brazo levantado, que hizo temblar aquella tierra hasta sus cimientos por los repetidos golpes de la vara de su

juicio, que les abrió un vado a través del mar, que les mandaba el pan del cielo y sacó aguas de la dura roca, y todo ello por la gloria de su gran Nombre y a causa del amor a sus padres, ciertamente había establecido el derecho de ser obedecido por ellos de todo corazón..

Este es el grande argumento, tan eminentemente característico de este bendito libro del Deuteronomio. Y por cierto que está repleto de enseñanzas para los Cristianos. Si Israel estaba moralmente obligado a obedecer, ¡cuánto más lo estamos nosotros! Si sus motivos y fines fueron poderosos ¡cuánto más lo son los nuestros! ¿Sentimos su poder? ¿Los tenemos en cuenta en nuestros corazones? ¿Nos damos cuenta de los derechos de Cristo sobre nosotros? ¿Nos acordamos de que no nos pertenecemos a nosotros, sino que fuimos comprados por precio, el precio infinitamente precioso de la sangre de Cristo? ¿Nos damos cuenta de esto? ¿Procuramos vivir para El? ¿Es su gloria el objeto que inspira nuestros actos, su amor el motivo que nos constriñe? ¿O más bien vivimos para nosotros mismos? ¿Procuramos prosperar en el mundo, el mundo que crucificó a nuestro bendito Señor y Salvador? ¿Buscamos hacer fortuna? ¿Amamos el dinero, ya sea por lo que es, ya por lo que puede proporcionarnos? ¿Nos dejamos gobernar por el dinero? ¿Nos procuramos un sitio en el mundo, ya para nosotros o para nuestros hijos? Retemos honradamente a nuestros corazones, como si estuviéramos en la presencia de Dios, a la luz de su verdad, a que nos digan ¿cuál es nuestro propósito, el propósito realmente dominante, estimado, apetecido por nuestras almas?

Lector, esas son preguntas escrutadoras. No las desdénamos. Midamos su importancia a la luz del tribunal de Cristo. Creemos que son saludables y muy necesarias. Vivimos en tiempos de mucha gravedad. Por todos lados existe un terrible cúmulo de falsedad y en nada es tan manifiesta esta falsedad como en la llamada religión. Hasta los presentes días en los cuales vivimos han sido diseñados por una pluma que nunca matiza, nunca exagera, sino que siempre presenta los hombres y las cosas

tal como son. "Esto también sepas, que en los *postreros días*," enteramente distintos de "los *venideros tiempos*," de 1. Timoteo IV, más avanzados, más pronunciados, mejor definidos, más fuertemente marcados son esos días, en los cuales "vendrán tiempos peligrosos (o difíciles). Que habrá hombres *amadores de sí mismos*, avaros, *vanagloriosos*, soberbios, detractores, *desobedientes a los padres*, ingratos, sin santidad, *sin afecto*, desleales, *calumniadores*, destemplados, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, arrebatados, hinchados, *amadores de los deleites más que de Dios*." Y luego ¡nótese el coronamiento con que el inspirado apóstol remata ese aterrador edificio! "Teniendo apariencia de piedad, mas habiendo negado la eficacia de ella." (2 Tim. III. 1-5.)

¡Qué terrible cuadro! Aquí tenemos en unas pocas palabras o sentencias al Cristianismo *infiel*, así como en 1. Timoteo IV, se nos describe el Cristianismo *supersticioso*. En este último vemos al papismo; en el anterior vemos la incredulidad. Ambos elementos están obrando alrededor nuestro; pero el último se levantará y será prominente; y en verdad, aun en la actualidad está avanzando a pasos rápidos. Los mismos directores y maestros del Cristianismo no se avergüenzan ni se asustan de atacar los fundamentos del Cristianismo. Un obispo que se llama cristiano no se avergüenza ni se amedrenta de poner sobre el tapete la autenticidad de los cinco libros de Moisés, con ellos, la de toda la Biblia; porque ciertamente, si Moisés no fué el inspirado escritor del Pentateuco, todo el edificio de la santa escritura queda barrido de bajo nuestros pies. Los escritos de Moisés están enlazados tan íntimamente con las restantes porciones del divino volumen, que si se minan, todo lo demás desaparece. Afirmamos resueltamente que si el Espíritu Santo no inspiró a Moisés, siervo de Dios, a escribir los primeros cinco libros de la Biblia, no tenemos ni una pulgada de terreno firme sobre el que podamos sostenernos. Y positivamente se nos deja sin un solo átomo de autoridad divina sobre que descansar nuestras almas. Los mismos pilares de nuestro glorioso Cristianismo quedan barridos, y se nos

deja debiendo andar a tientas en desesperante perplejidad, entre las contradictorias teorías y opiniones de los doctores incrédulos, sin un rayo de luz del foco celestial de la Inspiración.

¿Le parece esto demasiado fuerte al lector? ¿Cree acaso que podemos asentir al incrédulo que niega a Moisés y, con todo, creer en la inspiración de los Salmos, los Profetas y del Nuevo Testamento? Si lo cree así, esté convencido de que está bajo la influencia de un fatal engaño. Vea pasajes como los siguientes y pregúntese a sí mismo qué significan y qué va en ellos envuelto. Nuestro Señor, hablando a los Judíos, (que, dicho sea de paso, no habrían estado de acuerdo con un obispo cristiano que niega la autenticidad de Moisés,) les dice: "No penséis que yo os tengo de acusar delante del Padre; hay quien os acusa, Moisés, en quien vosotros esperáis. Porque si vosotros creyeseis a Moisés, creeríais a mí; porque de mí escribió él. Y si a sus escritos no creéis, ¿cómo creeréis a mis palabras?"

Piensa en esto. El que no cree en los escritos de Moisés, que no acepta cada línea suya, como divinamente inspirada, no cree en las palabras de Cristo, y por tanto no puede tener ninguna fe de procedencia divina en Cristo mismo, no puede ser Cristiano. Esto lo constituye un muy grave asunto para todo aquél que niega la divina inspiración del Pentateuco, y grave igualmente para todo aquél que le escucha o está de acuerdo con él. Uno puede hablar de amor cristiano y de liberalidad de espíritu. Pero aún nos resta aprender que no es amor cristiano y liberalidad de espíritu sancionar, del modo que fuere, al hombre que tiene el atrevimiento de derrocar los mismos fundamentos de nuestra fé. Hablar de tal hombre como obispo cristiano o un ministro cristiano, de la clase que fuere, es tan sólo empeorar la cosa mil veces más. Cuando uno como Voltaire o Paine ataca la Biblia, podemos comprenderlo. No esperamos de ellos otra cosa; pero cuando los que pretenden ser los ministros reconocidos y ordenados de la religión y los guardianes de la fe de los elegidos de Dios; cuando los que se consideran a sí mis-

mos como los únicos autorizados para enseñar y para predicar a Jesucristo, alimentar y dirigir a la iglesia de Dios, ponen en duda, como hoy acontece, la inspiración de los cinco libros de Moisés, ¿no tenemos derecho a preguntar: dónde estamos? ¿A dónde ha venido a parar la iglesia profesante?

Pero veamos otros pasajes. Uno de ellos es la poderosa declaración que el Salvador resucitado dirige a los dos desorientados discípulos en camino a Emaus, cuando les dice: "¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y de todos los profetas declarábaseles en todas las escrituras lo que de él decían." Y otra vez, a los once y a otros que con ellos estaban, les dice: "Estas son las palabras que os hablé estando aún con vosotros: que era necesario que se cumplieran todas las cosas que están escritas de mí en la ley de Moisés, y en los profetas, y en los salmos. (Lucas XXIV, 25-27, 44.)"

Vemos aquí que nuestro Señor, de la manera más clara y positiva, reconoce la ley de Moisés como parte integral del canon de la inspiración, y la enlaza con las demás grandes secciones del divino volumen, de tal modo que es absolutamente imposible tocar la una sin destruir la integridad del todo. Si no ha de creerse a Moisés, tampoco habrá de creerse a los Profetas y a los Salmos. Juntos se sostienen en pie o han de caer juntos. Y no sólo esto; sino que, o hemos de admitir la divina autenticidad del Pentateuco o sacar la blasfema conclusión de que nuestro adorable Señor y Salvador dió la sanción de su autoridad a un juego de documentos falsos, citando como escritos de Moisés, lo que Moisés jamás escribiera. No hay, en realidad ni una pulgada de terreno firme entre estas dos conclusiones.

Aún más: veamos el siguiente pasaje, importantísimo y de mucho peso, al final de la parábola de Lázaro y el rico: "Y Abraham le dice: *A Moisés y a los profetas tie-*

nen; oiganlos. Él entonces dijo: No, padre Abraham: mas si alguno fuere a ellos de los muertos, se arrepentirán. Mas Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán, si alguno se levantara de los muertos." (Lucas XVI, 29-31.)

Finalmente, si a esto añadimos el hecho de que nuestro Señor, en su conflicto con Satanás en el desierto, cita solamente escritos de Moisés, tendremos un cuerpo de evidencia del todo suficiente, no sólo para establecer, fuera de toda duda, la divina inspiración de Moisés, sino también para probar que el hombre que pone a discusión la autenticidad de los cinco primeros libros de la Biblia, no puede en realidad tener ni Biblia, ni revelación divina, ni autoridad, ni sólido fundamento para su fe. Puede llamarse, o ser llamado por otros, obispo cristiano o ministro cristiano; pero en realidad es un escéptico y debe ser tratado como tal por todo el que cree y conoce la verdad. No podemos comprender cómo uno que tenga una chispa de vida divina en el alma pueda hacerse reo del horrendo pecado de negar la inspiración de una gran parte de la palabra de Dios, o de afirmar que nuestro Señor Jesucristo pudiera citar documentos falsos.

Quizá parezcamos severos al escribir así. Hoy en día parece estar en moda el considerar como Cristianos a los que niegan los mismos cimientos del Cristianismo. Es concepto muy extendido que, con tal que la gente sea moral, amable, benévola, caritativa y filantrópica, poco importa lo que crea. Suele decirse que la vida es mejor que el credo o dogma. Todo esto suena muy plausible; pero el lector puede estar seguro de que tales argumentos tienden a alejarnos de la Biblia, del Espíritu Santo, de Cristo, de Dios, en fin, de todo lo que la Biblia revela a nuestras almas. Tenga el lector esto bien presente en su mente, y procure adherirse a la preciosa palabra de Dios. Atesore esa palabra en su corazón y entréguese más y más al estudio de ella acompañado de la oración. Así se preservará de la agostadora influencia del escepticismo y de la incredulidad en cualquiera de sus formas; su alma será alimentada y nutrida por la sincera leche de la

palabra y su ser moral entero será guardado continuamente bajo el refugio de la presencia divina. Esto es lo que se necesita. Toda otra cosa de nada sirve.

Hemos de terminar ya nuestra meditación sobre este maravilloso capítulo que ha venido ocupando nuestra atención; pero antes de hacerlo, vamos a dar una ojeada por unos momentos a la notable información sobre las tres ciudades de refugio. Al lector superficial quizá le parezca abrupto; pero lejos de ello, y como no podíamos menos de esperar, es de un perfecto y hermoso orden moral. La escritura es siempre divinamente perfecta; y si no vemos y apreciamos sus bellezas y glorias morales, es simplemente debido a nuestra ceguera e insensibilidad.

"Entonces apartó Moisés tres ciudades de esta parte del Jordán al nacimiento del sol, para que huyese allí el homicida que matase a su prójimo por yerro, sin haber tenido enemistad con él desde ayer ni antes de ayer, y que huyendo a una de estas ciudades salvara la vida: a saber, a Beser, en el desierto, en tierra de la llanura, de los Rubenitas; y a Ramoth en Galaad, de los Gaditas; y a Golan en Basán, de los de Manasés."

Aquí se nos ofrece un hermoso despliegue de la gracia de Dios, elevándose, como sucede siempre, sobre la debilidad y caída humanas. Las dos y media tribus, al escoger su heredad de este lado del Jordán, no alcanzaron evidentemente a ocupar la parte adecuada del Israel de Dios que estaba al otro lado del río de la muerte. Mas, no obstante ese fracaso, Dios, en su abundante gracia, no quiso dejar al infortunado homicida sin un refugio en el día de su desgracia. Si el hombre no puede ascender a la altura de los pensamientos de Dios, Dios puede descender a las profundidades de la humana necesidad, y así lo hizo de una manera bendita en este caso, en el que las dos y media tribus pudieron tener tantas ciudades de refugio, a este lado del Jordán como las nueve tribus y media tuvieron en la tierra de Canaán.

Esto era, en verdad, gracia abundante. ¡Cuán desemejante al modo de obrar humano! ¡Cuán por sobre de la mera ley o de la justicia legal! Por la vía legal tal

vez se hubiese dicho a las dos y media tribus: "Si vosotros escogéis vuestra heredad más acá de lo designado divinamente, si os contentáis con menos que con Canaán, la tierra de promisión, no esperéis gozar de los privilegios y bendiciones de aquella tierra. Las instituciones de Canaán deben ser a Canaán reservadas; por lo tanto, vuestros homicidas deben atravesar el Jordán, si pueden, y encontrar refugio allí."

La ley hubiese hablado así, pero la gracia habló de muy diferente modo. Los pensamientos de Dios no son como nuestros pensamientos; ni sus caminos son como nuestros caminos. Hubiésemos creído un acto de gracia maravillosa designar sólo una ciudad de refugio para las dos y media tribus. Pero nuestro Dios "hace las cosas mucho más abundantemente" de lo que pensamos o pedimos; y así fué que el distrito más acá del Jordán, comparativamente pequeño respecto a Canaán, fué tan completo en la provisión de gracia como lo fuera este último.

¿Prueba esto que las dos tribus y media hacían bien? No; lo que prueba es que Dios era bueno; y que Él obra siempre como quien es, a despecho de todas nuestras debilidades y locura. ¿Pudo Él dejar al pobre homicida sin un lugar de refugio en la tierra de Galaad, porque Galaad no fuese Canaán? De seguro que no. Esto no hubiera sido digno de Aquél que dice: "*Cercana* está mi justicia." Él tuvo cuidado de poner la ciudad de refugio "cercana" al homicida. Hizo que su rica y preciosa gracia se derramara y alcanzara al necesitado allí donde se encontrara. ¡Tal es el proceder de nuestro Dios, sea su santo Nombre bendito para siempre!

"Esta, pues, es la ley que Moisés propuso delante de los hijos de Israel. Estos son los testimonios, y los estatutos, y los derechos que Moisés notificó a los hijos de Israel cuando hubieron salido de Egipto, de esta parte del Jordán, en el valle delante de Beth-peor, en la tierra de Sehón, rey de los Amorrheos, que habitaba en Hesbón, al cual hirió Moisés con los hijos de Israel cuando hubieron salido de Egipto: y poseyeron su tierra, y la tierra de Og, rey de Basán; dos reyes de los Amorrheos que estaban

de esta parte del Jordán, al nacimiento del sol; desde Aroer que está junto a la ribera del arroyo de Arnón, hasta el monte de Sión, que es Hermón: y toda la llanura de esta parte del Jordán, al Oriente, hasta la mar del llano, las vertientes de las aguas abajo del Pisga."

Aquí termina este discurso maravilloso. El Espíritu de Dios se complace en trazar los límites del pueblo y en detenerse en los más minuciosos detalles relacionados con su historia. Toma un amoroso y viviente interés en cuanto les afecta, en sus conflictos, sus victorias, sus posesiones, sus mojones; todo cuanto hace referencia a ellos está expuesto con una minuciosidad, que por su gracia conmovedora y condescendiente llena el alma de admiración, amor y alabanza. El hombre, en su despreciable arrogancia, piensa que está muy por debajo de su dignidad descender a minuciosos detalles; mas *nuestro* Dios cuenta los cabellos de nuestra cabeza, recoge nuestras lágrimas en su redoma, tiene cuenta de todos nuestros cuidados, nuestras penas y nuestras necesidades. Nada hay demasiado pequeño para su amor, así como no hay nada demasiado grande para su poder. Concentra sus amantes cuidados sobre cada uno de los que constituyen su pueblo como si no tuviera que cuidar sino a sólo aquél; y no hay una sola circunstancia en la historia de nuestra vida, día tras día, que, aunque trivial, no tome en ella un amante interés.

Recordemos siempre esto, para nuestra consolación; y aprendamos a confiar mejor en Él, y a hacer uso con fe más sincera de su paternal amor y cuidado. Él nos dice que echemos sobre Él toda nuestra solicitud, en la seguridad de que Él cuida de nosotros. Quisiera que nuestros corazones estuvieran tan libres de cuidados como nuestras conciencias están libres de culpa. "Por *nada* estéis afanosos, sino sean notorias vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con hacimiento de gracias; y la paz de Dios, que sobrepuja *todo* entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros entendimientos en Cristo Jesús." (Fil. IV, 6, 7.)

Es de temer que la gran mayoría de nosotros apenas

conozcamos la profundidad real, la significación y el poder de tales palabras. Las leemos, las oímos, pero, no nos apropiamos de ellas. No las digerimos y las ponemos en práctica. Cuán poco profundizamos en la bendita verdad de que nuestro Padre está interesado en todos nuestros pequeños cuidados y pesares; y que podemos acudir a Él en todas nuestras pequeñas necesidades y dificultades. Creemos que tales cosas escapan al conocimiento del Altísimo Todopoderoso que habita en la eternidad y se sienta sobre el círculo de la tierra. Este es un grave error, que además nos roba incalculables bendiciones en nuestra vida diaria. Hemos de recordar a todas horas que para nuestro Dios no hay nada grande ni pequeño. Todas las cosas son iguales para Aquél que sustenta el vasto universo por la palabra de su potencia, y que toma cuenta del gorrión que cae. Tan fácil le es crear un mundo como proporcionar alimento a una pobre viuda. La grandeza de su poder, la majestad moral de su gobierno y la minuciosidad de su tierno cuidado, todas estas cosas atraen por igual la admiración y la adoración de nuestros corazones.

Lector cristiano, procura hacer tuyas todas estas cosas. Procura vivir más cerca de Dios en tu vida diaria. Apóyate más en Él. Empléalo más. Acude a Él en toda necesidad, y no tendrás que contar nunca tu necesidad a ningún mortal. "Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús." ¡Qué fuente! "Dios." ¡Qué norma! "Sus riquezas en gloria." ¡Qué conducto! "Cristo Jesús" Es tu dulce privilegio poner todas *tus necesidades* en la luz de *sus riquezas*, y perder de vista las primeras en presencia de las últimas. Su inagotable tesoro está abierto de par en par para ti en todo el amor de su corazón; ve y saca de allí en la ingenua simplicidad de la fe, y no tendrás nunca motivo para acudir a criatura alguna en busca de manantial, ni apoyarte en criatura alguna como báculo.

CAPITULO V.



LLAMÓ Moisés a todo Israel, y díjoles: Oye, Israel, los estatutos y derechos que yo pronuncio hoy en vuestros oídos y aprendedlos, y guardadlos para ponerlos por obra."

Fijémonos en estas cuatro palabras, especialmente características del libro de Deuteronomio, y tan a propósito para el pueblo del Señor, en todos tiempos y en todo lugar: "oír," "aprender," "guardar," "hacer" (poner por obra). Son palabras estas de inestimable valor para toda alma realmente piadosa, para todo el que sinceramente desea andar por la senda estrecha de la justicia práctica tan agradable a Dios, y tan segura y tan dichosa para nosotros.

La primera de estas palabras coloca al alma en la más bendita actitud en que cada uno puede encontrarse, esto es, *oyendo*. "La fe viene por el *oír*, y el *oír* por la palabra de Dios." "Oíré qué mandará Jehová." "Oíd y vivirá vuestra alma." El oído atento está en el comienzo de toda verdadera y práctica vida cristiana. Coloca al alma en la única actitud verdadera y propia de la criatura. Es el verdadero secreto de toda paz y bendición.

No hay por qué recordar al lector que cuando hablamos del alma en actitud de oír se sobrentiende que se trata sencillamente de oír la palabra de Dios. Israel había de dar oído a los "estatutos y derechos" de Jehová y no a otra cosa. No era a mandamientos, tradiciones, y doctrinas de hombres a lo que tenían que prestar oídos; sino a las mismas palabras de Dios quien les había redimido y libertado de la tierra de Egipto, lugar de servidumbre, oscuridad y muerte.

Es conveniente tener esto en cuenta. Esto preservará al alma de caer en engaños y dificultades. Oímos hablar mucho de obediencia, y de la congruencia moral de depone nuestra propia voluntad, sometiéndonos a la autoridad. Todo eso suena muy bien, y tiene gran peso entre gran número de personas verdaderamente religiosas y mo-

ralmente excelentes. Pero cuando los hombres nos hablan de obediencia, debemos preguntarles: "¿obediencia a qué?" Cuando nos hablen de subordinar nuestra voluntad, debemos preguntarles: "¿a quién hemos de subordinarla?" Cuando nos hablen de someternos a la autoridad, debemos insistir en que nos digan la fuente o fundamentos de esa autoridad.

Esto es de la mayor importancia para todo miembro de la familia de la fe. Hay muchas personas verdaderamente sinceras y serias que encuentran muy cómodo no tener que pensar por sí mismas, y encontrarse con que su esfera de acción y su línea de conducta están trazadas de antemano por cabezas más capacitadas que las suyas. Parece cosa muy desahogada y agradable tener la obra de cada día designada ya por alguna mano maestra. Alivia al corazón de un gran cúmulo de responsabilidades, y tiene cierto aspecto de humildad y propia desconfianza el someternos voluntariamente a alguna autoridad.

Pero estamos obligados ante Dios a mirar muy bien el fundamento de la autoridad a la que nos sometemos, de lo contrario podemos encontrarnos en una situación del todo falsa. Tomemos por ejemplo el fraile o la monja, o cualquier miembro de una comunidad. El monje obedece a su abad; la monja a la madre abadesa; la "hermana" obedece a la "superiora." Mas la situación y la relación de cada uno de ellos es, en absoluto, falsa. No hay en todo el Nuevo Testamento ni sombra de alguna autoridad en favor de monasterios, conventos o hermandades; al contrario, la enseñanza de la sagrada escritura, así como también la voz de la naturaleza, son absolutamente contrarias a todo ello, puesto que separan hombres y mujeres del sitio y de las relaciones en que Dios los ha colocado, en los que están destinados a moverse; y se constituyen en asociaciones que son enteramente destructoras de los afectos naturales y subversivas de toda verdadera obediencia cristiana.

Creemos conveniente llamar la atención del lector cristiano sobre este punto en la actualidad, en vista de que el enemigo está haciendo un vigoroso esfuerzo para hacer

revivir el sistema monástico, en medio de nosotros, bajo varias formas. Ciertamente algunos han tenido la temeridad de decirnos que la vida monástica es la única forma verdadera de Cristianismo. Cuando se hacen tan monstruosas afirmaciones y éstas son escuchadas sin protesta, nos corresponde estudiar este asunto a la luz de la escritura, e invitar a los defensores y adictos del monaquismo a que nos muestren los fundamentos de ese sistema en la palabra de Dios. ¿Dónde hay, en todo el contenido del Nuevo Testamento, algo que, ni remotamente se parezca a monasterio, convento o hermandad? ¿Dónde podrá en él hallarse una autoridad para cosa parecida a los cargos de abad, abadesa, o superiora? No se encuentra absolutamente nada de tales cosas, ni siquiera una sombra de ellas; y por lo tanto, no vacilamos en calificar a todo el sistema, desde sus cimientos a la cúpula, de fábrica de superstición igualmente contraria a la voz de la naturaleza y a la voz de Dios; ni podemos comprender tampoco cómo alguien en su cabal juicio pueda decirnos que el monje o la monja son la única expresión verdadera de la vida cristiana. Sin embargo, hay algunos que así hablan, y muchos que les escuchan con asentimiento, y esto en nuestros días en que la clara e intensa luz de nuestro glorioso cristianismo brilla sobre nosotros desde las páginas del Nuevo Testamento.¹

Pero, bendito sea Dios, somos llamados a la obediencia. Somos llamados a "oír," llamados a inclinarnos en santa y reverente sumisión a la autoridad. En cuanto a esto tomamos parte opuesta a la de los incrédulos y sus altaneras pretensiones. La senda del Cristiano piadoso y humilde está igualmente separada de la superstición por una

¹ Hemos de distinguir cuidadosamente entre "*naturaleza*" y "*carne*." La primera está reconocida en la escritura; la segunda está condenada y anulada. "La misma naturaleza ¿no os enseña...?" dice el apóstol (1. Cor. XI. 14.) Jesús, mirando al joven príncipe en Marcos X "amóle" aunque en él no había más que la naturaleza. El ser sin afectos naturales es una de las señales de la apostasía. La escritura nos enseña que estamos muertos al pecado, mas no a la naturaleza, de otro modo ¿qué sería de nuestras naturales relaciones de familia?

parte y de la incredulidad por otra. La noble respuesta de Pedro ante el Concilio, en Hechos V, presenta en breve una respuesta completa para ambas. "Es menester obedecer a Dios antes que a los hombres." Hacemos frente a la incredulidad en todas sus fases, en todos sus grados en sus más profundas raíces, con esta sola y grave sentencia: "Hemos de obedecer." Y hacemos frente a la superstición, sea cual fuere el traje con que se vista, con la importantísima frase: "Hemos de obedecer a Dios."

Con esto se expone en la forma más sencilla, el deber de todo verdadero Cristiano. Debe obedecer a Dios. El incrédulo se sonreirá desdeñosamente de un fraile o una monja y se admirará de que un ser racional pueda someter su razón y entendimiento a la autoridad de un mortal como él, o someterse a reglas y prácticas tan absurdas, tan degradantes y tan contrarias a la naturaleza. El incrédulo se gloria en su supuesta libertad intelectual, e imagina que su sola razón le es un guía enteramente suficiente. No comprende que está más lejos de Dios que el pobre fraile o la monja a quienes él desprecia. No conoce que, mientras se jacta de su voluntad propia, va cautivo de Satanás, el príncipe y dios de este mundo. El hombre ha sido creado para obedecer, creado para mirar arriba a alguien superior a él. El Cristiano es santificado o separado a la obediencia de Jesucristo; esto es, al mismo tipo de obediencia que manifestó nuestro mismo Señor y Salvador.

Esto es de la mayor importancia para todo el que realmente quiera saber qué es la verdadera obediencia cristiana. Entender esto es el verdadero secreto de librarse de la terquedad del incrédulo como de la falsa obediencia de la superstición. Jamás puede ser recto hacer nuestra propia voluntad. Puede ser enteramente erróneo hacer la voluntad de nuestro semejante. Ha de ser siempre justo hacer la voluntad de Dios. Esto es lo que Jesús vino a hacer; y esto fué lo que Él siempre hizo. "Heme aquí para que haga, oh Dios, tu voluntad." "Me complazco en hacer tu voluntad, oh Dios mío, y tu ley está en medio de mi corazón."

Ahora, pues, somos llamados y apartados para este bendito carácter de obediencia, según se nos enseña por el inspirado apóstol Pedro, en el principio de su primera epístola, en donde habla de los creyentes como "elegidos según la presciencia de Dios Padre, en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo."

Este es un inmenso privilegio, y, al mismo tiempo, una muy santa y solemne responsabilidad. No hemos de olvidar nunca, ni por un momento, que Dios nos ha elegido, y que el Espíritu Santo nos ha puesto aparte, no solamente para ser rociados con la sangre de Jesucristo, sino también para su obediencia. Tal es la evidente significación y fuerza moral de las palabras que acabamos de citar, palabras de indecible preciosidad a todo amante de la santidad, palabras que nos libran de una manera efectiva de la propia voluntad de la legalidad y de la superstición. ¡Bendita liberación!

Mas quizá el piadoso lector se sentirá inclinado a llamar nuestra atención a la exhortación que se nos da en Hebreos XIII: "Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como aquellos que han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría y no gimiendo; porque esto no os es útil."

Muy importantes palabras, ciertamente, a las cuales podemos unir el pasaje de 1. Tesalonicenses: "Y os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan: y que los tengáis en mucha estima por amor de su obra (Cap. V. 12, 13.) Y también en 1. Corintios, XVI, 15, 16: "Y os ruego, hermanos, (ya sabéis que la casa de Estéfanas, es las primicias de Acaya, y que se han dedicado al ministerio de los santos), que vosotros os sujetéis a los tales, y a todos los que ayudan y trabajan." A todo esto debemos añadir otro hermoso pasaje de la 1a. epístola de Pedro: "Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de las aflicciones de Cristo, que soy también participante de la gloria que ha de ser revelada: apacentad la grey de Dios que está en-

tre vosotros, teniendo cuidado de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonestas, sino de un ánimo pronto; y no como teniendo señorío sobre las heredades del Señor, sino siendo dechados de la grey. Y cuando apareciere el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria." (Cap. V, 1-4.)

Se nos preguntará: "Los mencionados pasajes ¿no establecen el principio de obediencia a ciertos hombres? Y si es así, ¿por qué hacer objeciones a la autoridad humana?" La respuesta es muy sencilla. Dondequiera que Cristo conceda un don espiritual, ya sea el don de enseñar, sea el de dirigir, sea el de pastorear, es deber y privilegio de los Cristianos el reconocer y apreciar tales dones. No hacerlo así sería abandonar nuestras propias mercedes. Pero hemos de tener en cuenta que en todos esos casos, el don debe existir en realidad, evidente, palpable, de buena fe, dado divinamente. No es el hombre que asume cierto cargo o posición, o que es designado por sus compañeros para alguno de los llamados ministerios. Todo esto es perfectamente inútil, peor que inútil; es una atrevida intrusión sobre un sagrado dominio que ha de atraer, tarde que temprano, el juicio de Dios.

Todo verdadero ministerio es de Dios, y está fundado en la posesión de un don positivo procedente de la Cabeza de la iglesia; de modo que en verdad podemos decir: si no hay don, no hay ministerio. En todos los pasajes citados antes, vemos que es poseído el don positivo y en verdad una obra efectuada. Además, se ve un corazón verdadero para los corderos y las ovejas del rebaño de Cristo; vemos la gracia divina y el poder. La palabra en Hebreos XIII es: "Obedeced a los que os guían." Ahora bien; es esencial para un verdadero guía que vaya delante de vosotros en el camino. Sería el colmo de la locura en alguno llamarse guía si desconociera el camino y no tuviese ni voluntad ni capacidad de andar en él. ¿Quién pensaría en obedecerle?

Así también cuando el apóstol exhorta a los Tesalonicenses a "conocer" y "estimar" a ciertas personas, ¿en qué funda su exhortación? ¿Es acaso sobre la simple asun-

ción de un título, un cargo o una posición? Nada de esto. Él funda su exhortación sobre el hecho bien conocido de que aquellas personas eran sobre ellos *en el Señor*, y que les amonestaban. Y ¿por qué debían "tenerlos en mucha estima"? ¿Era por su cargo o su título? No; sino "por amor de su obra." Y, ¿por qué se exhortó a los Corintios a que se sometieran a la casa de Estéfanos? ¿Fue por un título huero o por un cargo que hubiese asumido? De ningún modo; sino porque "se dedicaron al ministerio de los santos." Trabajaban en la obra. Habían recibido de Cristo el don y la gracia, tenían afección por su pueblo. No se vanagloriaban de su cargo o hacían hincapié en su título, sino que se entregaban a sí mismos piadosamente al servicio de Cristo, en las personas de su amado pueblo.

Este es el verdadero principio o fundamento del ministerio. No es en modo alguno por autoridad humana, sino por don divino y poder espiritual comunicados por Cristo a sus siervos; ejercidos por éstos en responsabilidad para con Él; reconocidos con gratitud por sus santos. Puede un hombre establecerse como enseñador o pastor, o puede ser designado por sus compañeros para el cargo o título de pastor; pero a menos que él posea un don positivo concedido por la Cabeza de la iglesia, será todo una mera falsedad, y su voz será la voz de un extraño que las ovejas de Cristo no conocen y no deben reconocer.¹

Y, por otra parte, donde haya el instructor divinamente dotado, el pastor verdadero, amante, sabio, fiel y laborioso, que vela por las almas, llora por ellas, mira por ellas, semejante a una nodriza suave, tierna, capaz de decirles: "ahora vivimos, si estáis firmes en el Señor"; don-

¹ El lector hará bien en ponderar el hecho de que según el Nuevo Testamento no fué por nombramiento humano que ciertos individuos fueron llamados a predicar el evangelio, enseñar en la asamblea de Dios o apacentar el rebaño de Cristo. Fueron ordenados ancianos y diáconos por los apóstoles o sus delegados, Timoteo y Tito; pero jamás fueron ordenados de tal modo los evangelistas, pastores y enseñadores. Hemos de distinguir entre don y cargo local. Los ancianos y los diáconos podían poseer o no un don especial; pero no tenía nada que ver con su cargo local. Si el lector quiere entender el tema del minis-

dequiera que tales cosas se encuentren, no habrá gran dificultad en reconocerlas y apreciarlas. ¿Cómo conoceremos que un dentista es bueno? ¿Será porque veamos su nombre grabado en una placa de bronce? No, sino por su trabajo. Un hombre puede llamarse a sí mismo dentista a boca llena; pero si sólo es un operador inhábil, ¿quién querrá ponerse en sus manos?

Así sucede en todos los asuntos humanos, y así sucede también en el asunto del ministerio. Si un hombre tiene un don, es un ministro; si no lo tiene, todo nombramiento, toda autoridad y toda ordenación que el mundo pueda conferirle, no podrán hacer de él un ministro de Cristo. Podrán hacerlo un ministro de religión; pero ministro de religión y ministro de Cristo, son dos cosas totalmente distintas. Todo verdadero ministerio procede de Dios; descansa sobre autoridad divina, y su objeto es dirigir las almas a la presencia de Dios y enlazarlas con Él. El falso ministerio, al contrario, tiene una fuente humana; descansa sobre humana autoridad y su objeto es enlazar las almas a su ministerio. Esto marca la inmensa

terio, estudie I. Corintios XII-XIV; y Efesios IV, 8-13. En la primera tenemos primero, la *base* de todo verdadero ministerio en la iglesia de Dios, esto es, la *designación divina*: "Mas ahora, Dios ha colocado los miembros..." etc. En segundo lugar, el *motivo original*, "amor." Y en tercer lugar, el *objeto*, "para edificación del cuerpo de Cristo." En Efesios 4, tenemos la *fuerza* de todo ministerio, un Señor resucitado y que ascendió a los cielos. El *designio*, "para perfección de los santos, para la obra del ministerio." La *duración*, "hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo."

En una palabra; el ministerio, en todas sus clases, es *enteramente* una institución divina. No es de hombre, ni por hombre, sino de Dios. El Maestro debe en cada caso equipar, llenar y nombrar el vaso o sujeto escogido por Él. No hay ninguna autoridad en la escritura en que fundar la creencia de que todo hombre tiene derecho a ministrar en la iglesia de Dios. Esa libertad para el hombre es radicalismo y no es según la escritura. Libertad para que el Espíritu Santo ministre por medio de quien Él quiera, es lo que aprendemos en el Nuevo Testamento. ¡Aprendámoslo!

diferencia entre ambos. El primero conduce a Dios; el segundo aleja de Dios; aquel alimenta, nutre y refuerza la nueva vida; éste dificulta su progreso en todos sentidos y la sumerge en dudas y tinieblas. En una palabra, podemos decir que el verdadero ministerio es de Dios, por Dios y para Dios. El falso ministerio es del hombre y por y para el hombre. Al primero lo apreciamos en más de lo que pudiéramos decir: al segundo lo rechazamos con toda la energía de nuestro ser moral.

Esperamos haber dicho lo suficiente para satisfacer al lector con respecto al tema de la obediencia debida a los que el Señor haya considerado aptos para ser llamados a la obra del ministerio. Estamos obligados, en todo caso, a juzgar por la palabra de Dios, y asegurarnos de que es una divina realidad y no una impostura humana; un don positivo de la Cabeza de la iglesia y no un título huero conferido por los hombres. En todos los casos en que hay realmente don y gracia, es un dulce privilegio obedecer y someternos, puesto que discernimos a Cristo en la persona y el ministerio de sus amados siervos.

Para una mente espiritual no hay dificultad en reconocer la gracia real y el poder. Podemos fácilmente discernir si un hombre procura, en verdadero amor, alimentar nuestras almas con el pan de vida y guiarnos por los caminos de Dios, o si procura exaltarse a sí mismo y favorecer sus propios intereses. Los que viven cerca del Señor pueden discernir prontamente entre el verdadero poder y la hueca pretensión. Además, nunca encontraremos el verdadero ministro de Cristo haciendo ostentación de su autoridad o envaneciéndose de su cargo; hace su obra y deja que ella hable por sí misma. En el caso del bendito apóstol Pablo, le vemos una y otra vez hacer referencia a las evidentes pruebas de su ministerio, la incuestionable evidencia proporcionada por la conversión y bendición de las almas. Y así él pudo decir a los Corintios, cuando mal guiados por la influencia de algún pretendiente que se alababa a sí mismo, pusieron neciamente sobre el tapete la cuestión de su apostolado: "Pues buscad una prueba de Cristo que habla en mí... examinad a vosotros mismos."

Esto era decisivo, terminaba la cuestión. Ellos mismos eran las pruebas vivientes de su ministerio. Si su ministerio no era de Dios ¿qué eran ellos y dónde estaban? Pero era de Dios, y éste era su gozo, su consuelo y su fuerza. Él era "apóstol, no de los hombres, ni por hombre, mas por Jesucristo y por Dios el Padre, que lo resucitó de los muertos." Él se gloriaba en el origen de su ministerio; y en cuanto al carácter de tal, no tenía más que apelar a un cuerpo de evidencia enteramente suficiente para llevar la convicción a toda mente sana. En el caso de Pablo podría decirse en verdad que no era el discurso sino el poder. 1 Cor. 4:19.

Así debe ser, a proporción, en cada caso. La realidad y el poder del Espíritu Santo deben ser manifiestos. Los meros títulos no son nada. Los hombres pueden dedicarse a expedir títulos y designar para cargos; pero no tienen más autoridad para ello que para nombrar almirantes de la armada o generales para el ejército. Si viéramos a un hombre adoptando el estilo y título de almirante o general, sin el debido nombramiento, le tacharíamos de imbécil o maniático. Este no es más que un débil ejemplo para demostrar la locura de ciertos hombres que se arrogan el título de ministros de Cristo sin un átomo de don espiritual o de divina autoridad.

¿Se dirá que no hemos de juzgar? Estamos obligados a juzgar. "Guardaos de falsos profetas." ¿Cómo podremos guardarnos si no hemos de juzgar? ¿Pero cómo debemos juzgar? "Por sus frutos los conoceréis." ¿No puede el pueblo del Señor discernir la diferencia entre un hombre que se dirige a ellos, con el poder del Espíritu, dotado por la Cabeza de la iglesia, lleno de amor para sus almas, que desea sinceramente su verdadera bendición, buscando no lo suyo, sino lo de ellos; un siervo de Cristo santo, humilde, lleno de la gracia y no teniendo designios de adquirir honores personales; y otro hombre que se presenta con un título que él mismo se ha conferido o que le han otorgado otros, sin un rasgo de algo celestial o divino ni en su ministerio ni en su vida? Por supuesto que sí puede; nadie que tenga cabal juicio podrá dudar de hecho tan evidente.

Pero además, preguntaremos, ¿qué significan las siguientes palabras del venerable apóstol Juan? "Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios: porque muchos falsos profetas son salidos en el mundo." ¿Cómo probaremos los espíritus, o cómo vamos a discernir entre los verdaderos y los falsos, si no hemos de juzgar? Nuevamente, el mismo apóstol al escribir a la "señora elegida y a sus hijos," le hace la solemne amonestación siguiente: "Si alguno viene a vosotros y no trae esta doctrina, no le recibáis en casa, ni le digáis ¡bienvenido! Porque el que le dice bienvenido, comunica con sus malas obras." ¿No debía ella obrar de acuerdo con esta exhortación? Ciertamente que sí. Pero ¿cómo pudo hacerlo, si es que no debemos juzgar? Y ¿qué había de juzgar ella? ¿Debía asegurarse de que los que iban a su casa eran ordenados, autorizados o licenciados por algún hombre o alguna corporación humana? Nada de esto. La grande e importante cuestión para ella era la doctrina. Si aquellos hombres exponían la verdadera, la divina doctrina de Cristo, la doctrina de Jesucristo hecho carne, había de recibirlos en su casa; si no, había de cerrar la puerta con mano firme, no importaba quiénes fueran ni de dónde vinieran. Aunque estuviesen provistos de todas las credenciales que el hombre puede otorgar, si no llevaban *la verdad*, debía ella rechazarlos con firme decisión. Esto parecía ser muy rudo, de estrecho criterio, muy fanático, mas con todo esto nada tenía ella que ver. Tenía que ser cabalmente tan ancha o tan estrecha de criterio como fuese la verdad. Su puerta y su corazón debían ser lo bastante amplios para admitir a todos los que trajesen a Cristo, pero no más. ¿Había ella de dar cumplimientos a expensas de su Señor? ¿Había de buscar fama de grandeza de corazón y de tolerancia recibiendo en su casa y a su mesa a los que enseñaban un falso Cristo? El solo pensamiento de ello es enteramente horrible.

Y, finalmente, en el capítulo segundo del Apocalipsis, vemos que se alaba a la iglesia de Efeso por haber probado a los que se decían apóstoles y no lo eran. ¿Cómo pudo ser esto si no debemos juzgar? ¿No es evidéntísimo pa-

ra el lector que se han tomado en un sentido enteramente falso las palabras de nuestro Señor en Mateo VII, 1, "No juzguéis para que no seáis juzgados," y también las del apóstol en 1. Corintios IV, 5. "Así que, no juzguéis nada antes de tiempo"? Es imposible que la escritura se contradiga; y, por lo tanto, sea lo que fuere la significación verdadera de "no juzguéis" que dijo nuestro Señor, o "no juzguéis nada" según dijo el apóstol, lo que no podemos dudar es que estas frases no se opongan, ni de la manera más remota, al solemne deber de todo Cristiano, a juzgar del don, de la doctrina y de la vida de todo el que ocupe el puesto de predicador, instructor o pastor en la iglesia de Dios.

Y si se nos pregunta por la significación de las frases "no juzguéis," y "no juzguéis nada," creemos que esas palabras nos prohíben juzgar de los motivos o resortes ocultos de la acción que juzgamos. Con estos nada tenemos que ver. No podremos penetrar bajo la superficie; y, gracias a Dios, no somos llamados tampoco a ello; sí, nos está terminantemente prohibido. No podemos penetrar en los consejos del corazón de otro; esto corresponde al cargo y prerrogativa de sólo Dios. Pero decir que no debemos juzgar de la doctrina, del don y de la conducta de los predicadores, instructores y pastores de la iglesia de Dios, es insultar la santa escritura, y desconocer los propios instintos de la naturaleza divina implantada en nosotros por el Espíritu Santo.

Desde ahora, pues, podemos insistir con nueva luz y decisión en nuestro tema de la obediencia cristiana. Aparece ahora perfectamente claro que el más completo reconocimiento de todo verdadero ministerio en la iglesia y la más benévola sumisión a todos aquellos a los cuales nuestro Señor Jesucristo ha capacitado para ser pastores, instructores y guías entre nosotros, no puede nunca estar en contradicción, ni en el menor grado, con el gran principio fundamental expuesto en la magnífica réplica de Pedro al Concilio: "Es menester obedecer a Dios antes que a los hombres."

La mira y el fin de todo verdadero ministro de Cris-

to será siempre el dirigir a aquellos a quienes ministra, por la verdadera senda de la obediencia a la palabra de Dios. El capítulo que está abierto ante nuestros ojos, así como todo el libro de Deuteronomio, nos demuestra claramente, de qué modo Moisés, el eminente siervo de Dios, procuró siempre y trabajó con diligencia en inculcar en la mente de la congregación de Israel, la absoluta necesidad de la más implícita obediencia a todos los estatutos y juicios de Dios. No procuró ninguna autoridad para sí mismo. Jamás se enseñoreó de la heredad de Dios. Su gran tema, desde el principio al fin fué el de la obediencia. Era el punto principal de todos sus discursos; obediencia, no a él, sino al Señor de ellos y suyo. Creía acertadamente que esto era el secreto de su felicidad, de su seguridad moral, de su dignidad y de su fuerza. Él sabía que un pueblo obediente ha de ser, necesariamente, un pueblo invencible e invulnerable. Ningún arma fraguada contra él podía prosperar, en tanto fuesen gobernados por la palabra de Dios. En una palabra; sabía y creía que la obligación de Israel era obedecer a Jehová; y que a Jehová le pertenecía bendecir a Israel. Su única ocupación consistía en "oír," "aprender," y "guardar" y "hacer" la voluntad revelada de Dios; y haciéndolo así podían contar con Él, en la más completa confianza de que sería su escudo, su fuerza, su salvaguardia, su refugio, su recurso, su todo en todo. El único verdadero camino para el Israel de Dios, era la senda de la obediencia, sobre la cual la luz del rostro de Dios brilla siempre en señal de aprobación: y todo el que, por gracia, huella esa senda encontrará en Él, "un guía, una gloria, una defensa, para salvar de todo temor."

Esto es, de seguro, suficiente. No tenemos nada que ver con las consecuencias. Estas podemos dejar con entera confianza a Aquél a quien pertenecemos y a quien debemos servir. "Torre fuerte es el nombre de Jehová: a él correrá el justo y será levantado." Si hacemos su voluntad, encontraremos siempre que su Nombre es como torre fuerte. Mas, por otra parte, si no andamos por la senda de la justicia práctica; si hacemos nuestra volun-

tad, si vivimos en habitual descuido de la clara palabra de Dios, entonces será enteramente vano el pensar que el Nombre del Señor sea para nosotros una torre fuerte; más bien su Nombre será una reprensión para nosotros, guiándonos a juzgar nuestros caminos, y a volver a la senda de justicia que habíamos abandonado.

Bendito sea su Nombre, su gracia siempre será manifestada en toda su plenitud y liberalidad, si nos acusamos y confesamos a Él cuando hayamos caído y nos hayamos descarriado; pero esto es una cosa totalmente distinta. Hemos de decir como el salmista: "Desde profundos abismos clamo a ti, oh Jehová. Señor, oye mi voz; estén tus oídos atentos a la voz de mis súplicas. Jehová, si tú mirares las iniquidades, oh Señor, ¿quién podrá estar en pie? Empero hay perdón contigo, para que seas temido." Así pues, un alma que clama a Dios desde los abismos y obtiene el perdón es una cosa, y el alma que mira a Él en la senda de la justicia práctica es otra cosa muy distinta. Hemos de distinguir cuidadosamente entre ambas. El confesar nuestros pecados y hallar el perdón no debe confundirse nunca con el andar en justicia y contar con Dios. Ambas cosas son ciertas; pero no son la misma cosa.

Continuemos ya con nuestro capítulo.

En el versículo segundo, Moisés recuerda al pueblo la relación en que están con Jehová por un pacto. Dice él: "Jehová *nuestro* Dios hizo pacto con nosotros en Horeb. No con nuestros padres hizo Jehová este pacto, sino con nosotros todos los que estamos aquí hoy vivos. Cara a cara habló Jehová con vosotros en el monte de en medio del fuego. (Yo estaba entonces entre Jehová y vosotros para denunciaros la palabra de Jehová; porque vosotros tuvisteis temor del fuego, y no subisteis al monte) diciendo": etc.

El lector ha de distinguir y comprender a fondo la diferencia entre el pacto hecho en Horeb, y el pacto hecho con Abraham, Isaac y Jacob. Son esencialmente distintos. El primero fué un pacto de obras, por el cual el pueblo se comprometía a hacer todo lo que el Señor les había hablado. El último fué un pacto de pura gracia en el cual

Dios se obligaba a sí mismo con juramento a hacer todo cuanto había prometido.

El lenguaje es insuficiente para establecer la diferencia inmensa, en todos conceptos, entre esos dos pactos. En sus fundamentos, en su carácter, en sus acompañamientos y en sus resultados prácticos, son tan diferentes como lo podrán ser dos cosas opuestas. El pacto de Horeb deperdía de la competencia humana para el cumplimiento de sus términos; y este solo hecho era más que suficiente para explicar el total fracaso de aquella institución. El pacto con Abraham descansaba sobre la capacidad divina para el cumplimiento de sus términos, y por esto no había la posibilidad de su fracaso ni en una sola jota ni en un tilde.

Habiendo dado ya en nuestras "Notas sobre el libro del Éxodo" una relación algo extensa sobre el tema de la ley, y tratado de exponer el fin divino en la promulgación de la misma, y hecho constar además, la absoluta imposibilidad para nadie de alcanzar la vida o la justificación por guardarla, hemos de dirigir al lector a cuanto allí escribimos sobre este tema tan profundamente interesante.

Parece extraño a todo el que está instruido exclusivamente por la escritura, que abunde entre los Cristianos profesantes tal confusión de ideas con respecto a una cuestión tan clara y distintamente establecida por el Espíritu Santo. Si se tratara tan sólo de la cuestión de la divina autoridad de Exodo XX o de Deuteronomio V, como porciones inspiradas de la Biblia, no diríamos ni una palabra. Creemos por completo que esos capítulos son tan inspirados como el décimoséptimo de Juan o el octavo de los Romanos.

Pero la cuestión no es ésta. Todo verdadero Cristiano acepta, con gratitud, la preciosa manifestación de que: "Toda escritura es divinamente inspirada." Y, además, se alegra con la seguridad de que: "las cosas que antes fueron escritas, para nuestra enseñanza fueron escritas; para que por la paciencia, y por la consolación de las escrituras, tengamos esperanza." Y, finalmente, cree que la

moralidad de la ley es de aplicación permanente y universal. El asesinato, el adulterio, el robo, el falso testimonio, la codicia, son maldad; maldad siempre y en todas partes. El honrar a nuestros padres es justo; justo siempre y dondequiera. En el capítulo cuatro a los Efesios leemos: "El que hurtaba, no hurte más." Y también en el capítulo seis leemos: "Honra a tu padre y a tu madre que es el primer mandamiento con promesa. Para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra."

Todo esto es tan divinamente claro y establecido que la discusión está por demás. Pero cuando miramos a la ley como fundamento de nuestra relación con Dios, entramos en una región de pensamientos enteramente diferente. La escritura en muchísimos puntos y del modo más claro posible nos enseña que, como Cristianos, como hijos de Dios, no estamos sobre este terreno. El Judío sí estaba en aquel terreno, pero no podía estar allí con Dios. Era muerte y condenación. "Porque no podían tolerar lo que se mandaba: Si bestia tocara al monte será apedreada o pasada con dardo. Y tan terrible cosa era lo que se veía, que Moisés dijo: Estoy asombrado y temblando." El Judío se encontró con que la ley era una cama sobre la que no se podía tender, con cubiertas en las que no podía abrigarse. Isaías 28:20.

En cuanto al Gentil jamás estuvo colocado bajo la ley. Su estado se declara expresamente al principio de la epístola a los Romanos; que estaban "sin ley". "Porque los Gentiles que no tienen ley," etc. Y además: "Porque todos los que sin ley pecaron, sin ley también perecerán; y todos los que en la ley pecaron, por la ley serán juzgados."

Aquí se colocan a los dos clases en agudo y vívido contraste, en cuanto al asunto de la posición dispensacional de cada uno. El Judío, bajo la ley; el Gentil, sin ley. Nada puede haber más distinto. El Gentil fué colocado bajo gobierno, en la persona de Noé, pero jamás bajo la ley. Si alguno está dispuesto a dudar de ello, sírvase citar una sola línea de la escritura que pruebe que en alguna ocasión Dios hubiese colocado a los Gentiles bajo la ley. Que

escudriñe y vea. A nada conduce argüir, razonar y objetar. Es enteramente vano decir: "*nosotros pensamos*" tal o cual cosa. La cuestión es: ¿Qué dice la escritura sobre ello? Si dice que los Gentiles fueron puestos bajo la ley, cítese el pasaje. Pero nosotros declaramos de la manera más terminante que no dice esto, sino todo lo contrario. Describe la condición y posición del Gentil como "sin ley," como "no teniendo ley."

En Hechos X vemos a Dios abriendo el reino de los cielos a los Gentiles. En Hechos XIV, 27, le vemos también abriendo a los Gentiles la puerta de la fe. En Hechos XXVIII, 28, vemos también a Dios mandando su salvación a los Gentiles. Pero buscamos en vano, a través de todo el santo libro, un pasaje en el que conste que coloca a los Gentiles bajo la ley.

Rogamos muy sinceramente al lector cristiano que preste su atención más detenida a esta interesante e importante cuestión. Procure poner a un lado sus pensamientos preconcebidos y examine esta materia a la sola luz de la escritura. Sabemos muy bien que nuestras afirmaciones sobre este asunto serán consideradas por muchísimos como una novedad, si no como una herejía formal, pero esto no hará mella alguna en nosotros. Es nuestro deseo el ser enseñados única y exclusivamente por la escritura. Las opiniones, los mandamientos y las doctrinas de hombres no pesan absolutamente nada en nuestro ánimo. Los dogmas de las varias escuelas de teología deben estimarse en lo que valen. Pedimos la escritura. *Muéstrenos* en la palabra de Dios, que los Gentiles fueron puestos bajo la ley en alguna ocasión, y nos inclinaremos inmediatamente; mas toda vez que no podemos encontrar tal cosa en ella, rechazamos por completo tal idea y quisiéramos que el lector hiciese otro tanto. El lenguaje invariable de la escritura al describir la situación del Judío, es, "bajo la ley"; y al describir la situación del Gentil es, "sin ley." Esto es tan evidente que no podemos menos de maravillarnos de que el lector de la Biblia no pueda echar de verlo.¹

¹ El lector preguntará tal vez ¿sobre qué terreno habrán de ser juzgados los Gentiles, si no están bajo la ley? En Ro-

Vuelva el lector por un momento su atención al capítulo décimoquinto de los Hechos de los Apóstoles y verá de qué modo la primera tentativa de poner bajo la ley a los Gentiles convertidos fue tratada por los apóstoles y por toda la iglesia de Jerusalén. La cuestión se suscitó en Antioquía; y Dios, en su infinita bondad y sabiduría dispuso que no se ventilara allí, sino que Pablo y Bernabé subiesen a Jerusalén para discutirla completa y libremente y dejarla definitivamente establecida por la unánime voz de los doce apóstoles y de toda la iglesia.

¡Cómo hemos de bendecir a Dios por ello! Desde luego podemos comprender que la decisión de una asamblea local como la de Antioquía, aun aprobada por Pablo y Bernabé no hubiera tenido el mismo peso y autoridad que la dada por los doce apóstoles reunidos en concilio en Jerusalén. Pero el Señor, bendito sea su Nombre, tuvo cuidado de que el enemigo quedara completamente confundido; y que a los enseñadores de la ley en aquel día y a los de todos los tiempos sucesivos se les hiciera saber de un modo claro y autorizado que no era la voluntad de Dios que los Cristianos fuesen colocados bajo la ley para ningún propósito.

El tema es tan profundamente importante, que no podemos dejar de citar algunos pasajes al lector. Creemos que refrescará tanto al lector como al que esto escribe, hacer referencia al conmovedor mensaje librado por el notabilísimo y más interesante concilio que jamás se haya reunido.

"Entonces algunos que venían de Judea enseñaban a los hermanos: Que si no os circuncidáis conforme al rito

manos I. 20, se nos enseña claramente que el testimonio de la creación les deja sin excusa. Luego, en el capítulo II, 15, se considera del punto de vista de la conciencia. "Porque los Gentiles que no tienen ley, naturalmente haciendo lo que es de la ley, los tales, aunque no tengan ley, ellos son ley a sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio juntamente sus conciencias," etc. Finalmente, en cuanto a las naciones que han llegado a ser Cristianas de profesión, serán juzgadas desde el punto de vista de esa profesión.

de Moisés, no podéis ser salvos." ¡Cuán funesto! ¡Cuán terriblemente desalentador! ¡Qué fúnebre sonido para los oídos de los que habían sido convertidos por la espléndida plática de Pablo en la sinagoga de Antioquía! "Séaos pues notorio, varones hermanos, *que por éste,*" sin circuncisión u obras de la ley de ninguna clase, "os es anunciada remisión de pecados; y de *todo lo que* por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, *en éste* es justificado todo aquél que creyere... Y saliendo ellos de la sinagoga de los Judíos, los Gentiles les rogaron que el sábado siguiente les hablasen estas palabras."

Tal fué el glorioso mensaje dado a los Gentiles por labios del apóstol Pablo; mensaje de salvación libre, completa, inmediata y perfecta; completa remisión de pecados y perfecta justificación por la fe en nuestro Señor Jesucristo. Mas, según las enseñanzas de "algunos que venían de Judea," todo esto no bastaba. Cristo no era suficiente sin la circuncisión y la ley de Moisés. Desdichados Gentiles que jamás habían oído o de circuncisión o de la ley de Moisés; a Cristo y su gloriosa salvación debían añadir el guardar toda la ley.

¡Cómo debió haber ardido el corazón de Pablo al ver a sus amados Gentiles sujetos a tan monstruosa enseñanza! No vió en ello nada menos que la completa derrota del Cristianismo. Si la circuncisión debía añadirse a la cruz de Cristo; si la ley de Moisés debía ser complementaria de la gracia de Dios, todo quedaba deshecho.

Pero, bendito sea para siempre el Dios de toda gracia, que suscitó una noble oposición para rechazar tan mortífera enseñanza. Cuando el enemigo se presentó como una marea, el Espíritu de Dios, levantó un estandarte contra él. "Así que, suscitada una disensión y contienda no pequeña a Pablo y a Bernabé contra ellos, determinaron que subiesen Pablo y Bernabé a Jerusalén, y algunos otros de ellos, a los apóstoles, y a los ancianos sobre esta cuestión. Ellos, pues, habiendo sido acompañados de la iglesia, pasaron por la Fenicia y Samaria, contando," no la circuncisión, sino, "la conversión de los Gentiles; y daban gran gozo a todos los hermanos."

Los hermanos estaban en la corriente de la mente de Cristo, y en dulce comunión con el corazón de Dios; y de aquí que se regocijaron al oír de la conversión y salvación de los Gentiles. Podemos estar seguros de que no les hubiera producido gozo alguno saber que se había puesto al cuello de aquellos amados discípulos que acababan de ser llevados a la gloriosa libertad del evangelio, el pesado yugo de la circuncisión y de la ley de Moisés. Pero al oír de su conversión a Dios, de su salvación por Cristo, de haber recibido el sello del Espíritu Santo, llenó de gozo sus corazones, gozo que estaba en bella armonía con la mente del cielo.

"Y llegados a Jerusalén, fueron recibidos de la iglesia y de los apóstoles y de los ancianos, y refirieron todas las cosas que Dios había hecho con ellos. Mas algunos de la secta de los Fariseos que habían creído, se levantaron diciendo: Que es menester circuncidarlos y mandarlos que guarden la ley de Moisés."

¿Quién decía "que era menester"? No era Dios, seguramente por cuanto, en su infinita gracia, les había abierto la puerta de la fe, sin la circuncisión ni mandamiento alguno de Moisés. No era Dios: eran "ciertos hombres" que presumían hablar de tales cosas como necesarias; hombres que han perturbado la iglesia de Dios desde aquellos tiempos hasta nuestros días; hombres en fin que quieren "ser doctores de la ley, sin entender ni lo que hablan, ni lo que afirman." Los que enseñan la ley no sabrán jamás lo que va envuelto en su negra y deplorable enseñanza. No tienen ni la más remota idea de cuán aborrecible es su enseñanza a los ojos del Dios de toda gracia, el Padre de misericordias.

Mas gracias a Dios, el capítulo que estamos citando nos proporciona la más clara y poderosa evidencia de cual sea la mente divina sobre tal cuestión. Prueba, fuera de toda duda, que el colocar a los creyentes bajo la ley no era cosa de Dios.

"Y se juntaron los apóstoles y ancianos para conocer de este negocio. Y habiendo habido grande contienda,"—¡ay! cuan pronto comenzó— "levantándose Pedro, les di-

jo: Varones hermanos, vosotros sabéis cómo ya hace algún tiempo que Dios escogió que los Gentiles oyesen por mi boca"—no la ley de Moisés o la circuncisión, sino "la palabra del evangelio y creyesen. Y Dios, que conoce los corazones, les dió testimonio, dándoles el Espíritu Santo también como a nosotros; y *ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos*, purificando con la fe sus corazones. Ahora pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos yugo, que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?"

Nota bien esto, lector. La ley había resultado un yugo insoportable para los que estaban bajo ella, esto es, los Judíos; y además que el poner este yugo a la cerviz de los Gentiles Cristianos, era nada menos que tentar a Dios. ¡Ojalá que todos los enseñadores de la ley por todos los ámbitos de la Cristiandad pudiesen abrir los ojos a ese gran hecho! Y no sólo esto, sino que a todo el amado pueblo del Señor le fuese dado comprender que el querer ponerles bajo la ley, con el fin que se quiera, es estar en verdadera oposición con la voluntad de Dios. "Antes" continúa el bendito apóstol a la circuncisión "por la gracia del Señor Jesús,"—y no por la ley en cualquier forma,—"*creemos que seremos salvos, como también ellos.*"

Esto es extraordinariamente bello, viniendo de labios del apóstol que fué enviado a predicar el evangelio a los de la circuncisión. No dice: "serán salvos como nosotros," sino: "seremos salvos como ellos." El Judío se contenta con descender de su elevada posición dispensacional, y ser salvo de la misma manera que el pobre Gentil incircunciso. De seguro que esas nobles expresiones sonaron con fuerza aturdidora en los oídos de los partidarios de la ley. No les quedó ni un apoyo sobre el cual sostenerse.

"Entonces toda la multitud calló, y oyeron a Bernabé y a Pablo, que contaban cuán grandes maravillas y señales Dios había hecho por ellos entre los Gentiles." El Espíritu inspirador ha creído conveniente no decirnos lo que Pablo y Bernabé dijeron en aquella memorable ocasión, y en ello echamos de ver su sabiduría. Evidentemente su objeto fué dar preeminencia a Pedro y a Jaco-

bo como hombres cuyas palabras necesariamente habían de pesar más en el ánimo de los partidarios de la ley, que las que pronunciaran el apóstol de los Gentiles y su compañero.

"Y después que hubieron llamado, Jacobo respondió, diciendo: Varones hermanos, oidme. Simón ha contado cómo Dios primero visitó a los Gentiles" no para convertirlos a todos, sino, "para tomar de ellos pueblo para su nombre: y con esto concuerdan las palabras de los profetas," y aquí cita él abundante evidencia del Antiguo Testamento para derribar a los judaizantes "como está escrito: Después de esto volveré y restauraré la habitación de David, que estaba caída; y repararé sus ruinas, y la volveré a levantar: para que el resto de los hombres busque al Señor, y *todos los Gentiles*,"—sin la más mínima alusión a la circuncisión, o a la ley de Moisés,—"sobre los cuales es llamado mi nombre, dice el Señor que hace todas estas cosas. Conocidas son a Dios desde el siglo todas sus obras. Por lo cual yo juzgo que los que de los Gentiles se convierten a Dios, no han de ser inquietados."

Aquí, pues, tenemos esta gran cuestión resuelta definitivamente por el Espíritu Santo, los doce apóstoles y toda la iglesia; y no deja de impresionarnos el hecho de que en este importantísimo concilio nadie habló más enérgicamente y de una manera más clara y decidida que Pedro y Santiago, el primero, el apóstol de la circuncisión, y el segundo, el que se dirigió de un modo especial a las doce tribus, y cuya posición y ministerio darían más peso a sus palabras, en el juicio de todos los que estaban aún más o menos bajo la influencia del Judaísmo o de la ley. Esos dos eminentes apóstoles expresaron clara y decididamente su criterio de que los Gentiles convertidos no debían ser "inquietados" ni agobiados con la ley. Demostraron en sus poderosos discursos que el colocar a los Gentiles Cristianos bajo la ley era directamente contrario a la palabra, a la voluntad y a los caminos de Dios.

¿Quién no verá en esto la maravillosa sabiduría de Dios? Las palabras de Pablo y Bernabé no constan por

escrito. Se nos dice simplemente que repitieron las cosas que Dios había hecho entre los Gentiles. Que se mostraron completamente opuestos a que se colocara a los Gentiles bajo la ley, era de esperarse. Pero el ver a Pedro y a Jacobo tan decididos hubo de llevar gran peso a todos.

Pero si el lector quiere tener una clara visión de los pensamientos de Pablo sobre la cuestión de la ley, debe estudiar la epístola a los Gálatas. Allí ese bendito apóstol, bajo la directa inspiración del Espíritu Santo, derrama su corazón a los Gentiles convertidos con palabras de ardiente sinceridad y potencia persuasiva. Es verdaderamente sorprendente que uno pueda leer esta maravillosa epístola y continuar sosteniendo que los Cristianos están bajo la ley en algún concepto o con algún fin determinado. Apenas el apóstol ha escrito la breve introducción de su carta, cuando aborda con su energía característica el tema del cual su grande y amoroso corazón aunque dolorido y apenado, está rebozando. "Estoy maravillado," dice el apóstol, y bien podía estarlo, "de que tan pronto os hayáis traspasado del que os llamó"—les llamó ¿a qué? ¿a la ley de Moisés? No, sino "a la gracia de Cristo, a otro evangelio; no que hay otro," sino que hay algunos que os inquietan, y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Mas aun si nosotros o un ángel del cielo os anunciare otro evangelio del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, ahora decimos otra vez: Si alguno os anunciare otro evangelio del que habéis recibido, sea anatema."

Que los enseñadores de la ley mediten bien estas palabras. ¿Parecen fuertes y severas? Recordemos que son las palabras de Dios el Espíritu Santo. Sí, lector; Dios el Espíritu Santo lanza su pavoroso anatema a todo aquél que intente añadir la ley de Moisés al evangelio de Cristo; a todo aquél que procure colocar a los Cristianos bajo la ley. ¿Cómo es, pues, que los hombres no temen, en vista de tales palabras, abogar por la ley? ¿No tienen miedo de incurrir la solemne maldición de Dios el Espíritu Santo?

Algunos, no obstante, tratan de resolver esa cuestión diciéndonos que ellos no aceptan la ley para la justificación, sino como una regla de vida. Pero esto no es ni razonable ni inteligente, ya que podríamos preguntarles lícitamente ¿quién nos ha dado autoridad para decidir respecto a cómo hemos de cumplir la ley? ¿Estamos o no estamos bajo la ley? Si estamos bajo ella, la cuestión no es saber cómo la miramos, sino cómo nos afecta a nosotros.

En esto estriba toda la diferencia. La ley no conoce esas distinciones por las que contienden algunos teólogos. Si estamos bajo ella, sea por lo que fuese, estamos bajo la maldición, pues está escrito: "Maldito todo aquél que no permaneciere en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley, para hacerlas." Decir que he nacido de nuevo, que soy Cristiano, no resuelve en modo alguno la cuestión; porque ¿qué tiene que ver la ley en el asunto del nuevo nacimiento, o del Cristianismo? Nada absolutamente. La ley se dirige al hombre como ser responsable. Exige obediencia perfecta, y pronuncia su maldición sobre todo el que falte a ella.

Además, de nada sirve decir que, aunque nosotros hemos fracasado en guardar la ley, Cristo la ha cumplido en lugar nuestro y en favor de nosotros. La ley no sabe nada de esto. Su lenguaje es: "El hombre que los hiciere vivirá en ellos."

Y no es solamente el hombre que ha faltado al cumplimiento de la ley, sobre quien se pronuncia la maldición; sino que, como si fuera para sentar ese principio de la manera más clara posible ante nosotros, se nos dice: "Porque todos los que son de las obras de la ley, están bajo la maldición." (Véase el texto griego.) Esto es, todos cuantos quieran colocarse bajo la ley, todos cuantos descansen en este principio, en una palabra, todos cuantos se entiendan con obras de la ley, están necesariamente bajo la maldición. Por todo lo cual podemos ver de una ojeada, la terrible contradicción en que incurre todo Cristiano que sostiene la idea de estar bajo la ley como regla de vida, y no estar, sin embargo, bajo la mal-

dición. Repugna a las más claras exposiciones de la sagrada escritura. Bendito sea el Dios de toda gracia, el Cristiano no está bajo la maldición. Pero ¿por qué no? ¿Es acaso porque la ley haya perdido su poder, su majestad, su dignidad o su santa fuerza estricta? De ningún modo. Decir tal cosa sería menospreciar la ley. Decir que un "hombre," sea Cristiano, Judío o Pagano, puede estar bajo la ley, puede encontrarse en este terreno, y a pesar de ello no estar bajo la maldición, equivale a decir o que cumple perfectamente la ley o que la ley está derogada, nula o vacua. ¿Quién se atrevería a decir tal cosa? ¡Ay, del que tal hiciera!

¿Pero cómo ha sucedido que el Cristiano no está bajo la maldición? Porque no está bajo la ley. ¿Y cómo ha sido librado de la ley? ¿Es porque otro la cumplió en lugar suyo? No; repetiremos la relación ya hecha, no se encuentra tal idea en toda la economía legal, la de la obediencia a la ley por sustituto. ¿Cómo ha sido pues? Aquí lo veremos en toda su fuerza moral, en su totalidad y en toda su belleza: "Porque yo por ley, soy muerto a la ley para vivir a Dios."¹

Ahora pues, si es verdad, y el apóstol dice que lo es, que *estamos muertos a la ley*, ¿qué posibilidad cabe de que la ley pueda ser una regla de vida para nosotros? De-

¹ La omisión del artículo añade inmensa fuerza, plenitud y claridad al pasaje. ¡Admirable cláusula! ¡Ojalá fuera mejor comprendida! Anula una inmensa masa de humana teología. Deja a la ley en su propia esfera; pero libra completamente al creyente de su poder condenatorio, y lo deja por fuera de su alcance, mediante la muerte. "Así también vosotros, hermanos míos, estáis muertos a la ley por el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, a saber: del que resucitó de los muertos, a fin de que fructifiquemos a Dios," lo que nunca pudiéramos hacer, si estuviéramos bajo la ley. "Porque mientras estábamos en la carne"—frase en correlación con "bajo la ley"—los afectos de los pecados que eran por la ley, "obrabán en nuestros miembros fructificando para muerte." ¡Obsérvese la triste combinación! "¡Bajo la ley"; "en la carne"; los afectos de los pecados"; "frutos para muerte." ¿Puede haber nada más fuertemente destacado? Pero esta cuestión tiene otro lado, gracias a Dios; su lado brillante y bendito. Y es este. "Mas ahora

mostró ser *únicamente* una regla de muerte, maldición y condenación para los que estaban bajo ella, los que la recibieron por disposición de ángeles. ¿Puede demostrarnos ser otra cosa para nosotros? ¿Produjo en alguna ocasión la ley los frutos de justicia en la historia de algún hijo de Adán? Oigamos la respuesta del apóstol: "Mientras estábamos en la carne," esto es, cuando éramos considerados como hombres en nuestra naturaleza caída. "los afectos de los pecados que eran por la ley, obraban en nuestros miembros fructificando para muerte."

Es muy importante que el lector se haga cargo de la fuerza real de la expresión "en la carne." En este pasaje no significa "en el cuerpo." Designa simplemente el estado del hombre y de la mujer no convertidos obligados a cumplir la ley. Ahora pues, en tal estado, todo lo que se produjo siempre o pudo producirse eran "frutos para muerte," "afectos de los pecados." No la vida, ni la justicia, ni la santidad, nada para Dios, nada justo.¹

Pero, ¿en qué situación estamos ahora como Cristianos? Oigamos la respuesta: "Porque yo por la ley soy muerto a la ley, para vivir a Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne"—aquí la palabra

estamos libres de la ley."—Mas ¿cómo? ¿Es porque otro la cumplió por nosotros? De ningún modo, sino porque "habiendo muerto a aquella en la cual estábamos detenidos, para que sirvamos en novedad de espíritu y no en vejez de letra." ¡Cuán perfecta y cuán hermosa es la concordancia entre Romanos VII y Gálatas II! "Porque yo por la ley soy muerto a la ley, para vivir a Dios."

¹ Es menester recordar que, aunque los Gentiles, por los planes dispensacionales de Dios, nunca fueron puestos bajo la ley, con todo, en realidad, todos los que han profesado por el bautismo han ocupado ese terreno. Por lo tanto hay una inmensa diferencia entre el Cristianismo y los paganos, en cuanto a la cuestión de la ley. Miles de personas no convertidas piden cada semana a Dios, que incline sus corazones a guardar la ley. Ciertamente tales personas están en muy diferente terreno que los paganos que nunca han oído nada de la ley, y nada han oído de la Biblia.

significa el cuerpo—"lo vivo"—¿de qué modo? ¿por la ley como regla de vida? ni una insinuación sobre esto, sino—"en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí."

Esto, y no otra cosa es el Cristianismo. ¿Lo comprendemos? ¿Nos penetramos de ello? ¿Estamos en posesión del poder de ello? Hay dos males de los cuales somos librados enteramente por la preciosa muerte de Cristo; y son: la legalidad por un lado, y por otro lado, el libertinaje. En vez de estos dos terribles males, nos introduce en la santa libertad de la gracia, libertad para servir a Dios, libertad para "mortificar nuestros miembros que están sobre la tierra," libertad para renunciar "a la impiedad y a los deseos mundanos," libertad para vivir sobria, justa y píamente," libertad de "herir el cuerpo y ponerlo en servidumbre."

Sí, amado lector cristiano, recordemos esto. Meditemos profundamente estas palabras: "Con Cristo estoy crucificado, y vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí." El viejo "Yo," muerto, crucificado, enterrado. El nuevo "Yo," vivo en Cristo. No nos equivoquemos en esto. No sabemos de nada más terrible, más peligroso, que el viejo "Yo" ocupe el lugar correspondiente al nuevo "Yo"; o en otras palabras, que las gloriosas doctrinas del Cristianismo sean adoptadas por un hombre en la carne, que el pueblo inconverso hable de ser libertado de la ley, y convierta la gracia de Dios en licencia. Confesamos que quisiéramos mil veces más la legalidad que la licencia. Es ésta contra la que muchos de nosotros hemos de estar en guardia con toda la sinceridad posible. Está aumentando alrededor nuestro con aterradora rapidez, y preparando el camino para la oscura y desoladora marea de incredulidad que antes de mucho se extenderá por todos los ámbitos de la Cristiandad.

Hablar de ser libertados de la ley, de una manera que no sea por haber muerto a ella y por haber vivido a Dios, no puede ser el Cristianismo sino la licencia de la cual toda alma piadosa debe alejarse con santo horror. Si somos muertos a la ley, somos también muertos al pecado;

y de aquí que no hayamos de hacer nuestra voluntad, (que no es más que otro nombre para designar el pecado); sino la voluntad de Dios, que es la verdadera santidad práctica.

Además, no perdamos de vista que si estamos muertos a la ley, estamos asimismo muertos a este presente mundo malo, y enlazados con un Cristo, resucitado, ascendido y glorificado. Por lo tanto no somos del mundo así como tampoco lo es Cristo. El esfuerzo en lograr una posición en el mundo equivale a negar que estamos muertos a la ley, ya que es imposible que estemos vivos para el uno y muertos para la otra. La muerte de Cristo nos ha libertado de la ley, del poder del pecado, del presente siglo malo y del temor a la muerte. Mas todas estas cosas están en dependencia recíproca y no podemos ser libertados de una de ellas sin que seamos libertados de todas las restantes. Afirmar nuestra liberación de la ley, y seguir una vida carnal, de licencia y de mundanalidad es uno de los más negros y mortales males de los últimos días.

El Cristiano está llamado a demostrar en su vida diaria que la gracia puede producir resultados que la ley jamás pudo conseguir. Una de las glorias morales del Cristianismo es la de capacitar al hombre para abandonar el "yo" y vivir para otros. La ley jamás pudo hacer esto. El hombre se ocupaba de sí mismo. Bajo sus reglas cada hombre tenía que obrar lo mejor que pudiera mirando por sí mismo. Si procuraba amar al prójimo, era para labrarse una justicia para sí mismo. Bajo la gracia todo está invertido del modo más bendito y glorioso. El "yo" está puesto a un lado como cosa crucificada, muerta y enterrada. El viejo "Yo" ha desaparecido, y el nuevo "Yo" está ante Dios en toda la aceptación y valía de Cristo. Él es nuestra vida, nuestra justicia, nuestra santidad, nuestro objeto, nuestro modelo, nuestro todo. Él está en nosotros y nosotros en Él; y nuestra vida práctica diaria ha de consistir simplemente en Cristo reproducido en nosotros, por el poder del Espíritu Santo. De aquí es que seamos llamados a amar no sólo a nuestros prójimos, sino a nuestros enemigos; y esto no para labrarnos una justi-

cia, porque hemos sido hechos justicia de Dios en Cristo; es sencillamente como efusión de la vida que poseemos, que está en nosotros, y esta vida es Cristo. El Cristiano es un hombre que debe vivir la vida para Cristo. No es ni un Judío "bajo la ley," ni un Gentil "sin ley," sino un hombre "en Cristo," subsistiendo en la gracia, llamado al mismo carácter de obediencia que manifestó Cristo mismo.

No vamos a continuar sobre este punto; pero sí rogamos sinceramente al lector cristiano que estudie atentamente el capítulo décimoquinto de Hechos y la epístola a los Gálatas. Empápese de las benditas enseñanzas de esas escrituras; y estamos seguros de que llegará a comprender claramente la gran cuestión de la ley. Verá que el Cristiano no está bajo la ley, en ningún concepto; que su vida, su justicia, su santidad están sobre una base o un principio enteramente distinto; que colocar al Cristiano bajo la ley, en cualquier modo que se quiera, es negar el mismo fundamento del Cristianismo, y contradecir las más claras exposiciones de la palabra. Del capítulo tercero a los Gálatas, aprenderá que ponernos nosotros mismos bajo la ley, es renunciar a Cristo; renunciar al Espíritu Santo; renunciar a la fe; renunciar a las promesas.

¡Terribles consecuencias! Pero allí están claramente expuestas ante nuestros ojos; y por cierto que cuando contemplamos el estado de la iglesia profesante, no podemos menos de notar cuán terriblemente se han realizado esas consecuencias.

¡Quiera Dios el Santo Espíritu abrir los ojos de todos los Cristianos a la verdad de estas cosas! ¡Quiera Él guiarles al estudio de las escrituras y someterse a su santa autoridad en todo. Esta es la necesidad particular de nuestros tiempos. No estudiamos lo bastante la escritura. No nos dejamos guiar de ella. No nos damos cuenta de la absoluta necesidad de comprobarlo todo por la luz de la escritura, y rechazar lo que no puede sostenerse ante ella. Toleramos muchas cosas que no tienen fundamento alguno en la palabra; es más, se oponen completamente a ella.

¿Cuál será el fin de todo ello? Temblamos al pensar-

lo. Sabemos, bendito sea Dios, que nuestro Señor Jesucristo vendrá pronto, y tomará a su amado pueblo, comprado con su sangre, para llevarlo al hogar, al sitio preparado en la casa del Padre, y estar para siempre con Él en la inefable bendición de aquella gloriosa morada. Pero, ¿qué será de los que quedarán atrás? ¿Qué de esa inmensa masa de bautizados profesantes del mundo? Estas son graves preguntas que deben ser *consideradas* en la inmediata presencia de Dios, a fin de tener la verdadera, la divina respuesta. Que el lector las considere ante aquella presencia, en toda ternura de corazón y con espíritu dispuesto a aprender, y el Espíritu Santo le guiará a la verdadera respuesta.

Habiendo procurado exponer desde distintos puntos de la escritura, la gloriosa verdad de que los creyentes no están bajo la ley, sino bajo la gracia, vamos a continuar nuestro estudio del capítulo quinto de Deuteronomio. En él tenemos los diez mandamientos; pero no exactamente como los tenemos en el capítulo vigésimo de Éxodo. Hay algunos pequeños retoques característicos que exigen la atención del lector.

En Éxodo XX tenemos historia; en Deuteronomio V, tenemos no sólo historia sino comentario. En este último, el legislador presenta motivos morales y hace llamamientos que estarían *fuera de lugar* en el primero. En aquél tenemos hechos verídicos, no más; en éste hechos y comentarios; hechos y su aplicación práctica. En una palabra, no hay el menor fundamento para imaginar que Deuteronomio V tiene por designio ser una repetición literal de Éxodo XX; de aquí es que los argumentos que los incrédulos fundan en esa aparente divergencia quedan reducidos a polvo bajo nuestros pies. Están sencillamente desprovistos de base y son enteramente despreciables.

Comparemos, por ejemplo, ambos capítulos en lo que hace referencia al sábado. En Éxodo XX leemos: "Acordarte has del día del reposo (Sábado) para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra; mas el séptimo día será reposo para Jehová tu Dios: no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu cria-

da, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. *Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, la mar y todas las cosas que en ellos hay*, y reposó en el séptimo día: por tanto Jehová bendijo el día del reposo, y lo santificó."

En Deuteronomio V. leemos: "Guardarás el día del reposo para santificarlo, como Jehová tu Dios te ha mandado, seis días trabajarás y harás toda tu obra: mas el séptimo es reposo a Jehová tu Dios: ninguna obra harás tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu buey, ni tu asno, ni ningún animal tuyo, ni tu peregrino que está dentro de tus puertas; porque descansen tu siervo y tu sierva como tú. *Y acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto, y que Jehová tu Dios te sacó de allá con mano fuerte y brazo extendido; por lo cual Jehová tu Dios te ha mandado que guardes el día del reposo.*" (Vers. 12-15.)

Ahora bien; el lector podrá ver de una ojeada la diferencia entre los dos pasajes. En Éxodo XX el mandato de guardar el Sábado se funda en la *creación*. En Deuteronomio V, está fundado en la *redención*, sin aludir para nada a la creación. En una palabra, los puntos de diferencia nacen del distinto carácter de cada uno de estos dos libros, y son perfectamente claros a la mente espiritual.

Con respecto a la institución del sábado hemos de recordar que descansa enteramente sobre la autoridad directa de la palabra de Dios. Otros mandamientos exponen distintos deberes morales. Todo el mundo sabe que es moralmente malo matar o robar; pero en cuanto a la observancia del sábado, nadie podría en ella reconocer un deber si no hubiera sido señalado distintamente por la autoridad divina. De aquí su inmensa importancia e interés. Tanto en nuestro capítulo como en Éxodo está al lado de todos esos grandes deberes morales que son universalmente reconocidos por la conciencia humana.

Y no sólo esto; sino que encontramos en otras partes de la escritura, que el sábado se ha designado y presentado con especial prominencia, como un precioso vínculo entre Jehová e Israel; un sello de su pacto con ellos, y un pode-

roso elemento de prueba de su afecto hacia Él. Todo el mundo puede reconocer el mal moral del robo y del asesinato; sólo aquellos que aman a Jehová y su palabra amarán y honrarán su sábado.

Así en el décimosexto capítulo de Éxodo, en conexión con el envío del maná, leemos: "En el sexto día, recogieron doblada comida, dos gomeres para cada uno; y todos los príncipes de la congregación vinieron a Moisés y se lo hicieron saber. Y él les dijo: Esto es lo que ha dicho Jehová: Mañana es el *santo Sábado el reposo de Jehová*: lo que hubiereis de cocer, cocedlo hoy; y lo que hubiereis de cocinar, cocinadlo; y todo lo que os sobrare, guardadlo para mañana... Y dijo Moisés: Comedlo hoy, porque hoy es *Sábado de Jehová*: hoy no hallaréis en el campo. En los seis días lo recogeréis; mas el séptimo día es sábado, en el cual no se hallará. Y aconteció"—tan poco podían apreciar el alto y santo privilegio de guardar el sábado de Jehová "que algunos del pueblo salieron en el séptimo día a recoger, y no hallaron. Y Jehová dijo a Moisés: ¿Hasta cuándo no querréis guardar mis mandamientos y mis leyes?" Su negligencia del sábado demostraba que su condición moral era totalmente mala, demostraba que andaban descaminados en cuanto a todos los mandamientos y leyes del Señor. El sábado era la gran piedra de toque, la medida y sonda del estado real de sus corazones respecto a Jehová. "Mirad que Jehová os *dió* el sábado, y por eso os da en el sexto día pan para dos días. Estése, pues, cada uno en su estancia, y nadie salga de su lugar en el séptimo día. Así el pueblo reposó el séptimo día." Y encontraron descanso y comida en el santo sábado.

También al final del capítulo XXXI, tenemos un notable pasaje que prueba la importancia e interés que en la mente de Jehová se le daba al sábado. A Moisés se le había dado una completa descripción del tabernáculo y de sus pertenencias, y estaba para recibir las dos tablas del testimonio de manos de Jehová, mas, como si se quisiera dar a entender el prominente lugar que en la mente de Jehová ocupaba el santo sábado, leemos como sigue: "Habló además Jehová a Moisés, diciendo: Y tú hablarás a

los hijos de Israel, diciendo: Con todo eso vosotros guardaréis mis sábados; *porque es señal entre mí y vosotros por vuestras edades*, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico. Así que guardaréis el sábado, porque santo es a vosotros: el que lo profanare, de cierto morirá; porque cualquiera que hiciere obra alguna en él, aquella alma será cortada de en medio de sus pueblos. Seis días se hará obra, mas el día séptimo es sábado de reposo consagrado a Jehová; cualquiera que hiciere obra el día del sábado, morirá ciertamente. Guardarán, pues, el sábado los hijos de Israel, celebrándolo por sus edades *como pacto perpetuo. Señal es para siempre entre mí y los hijos de Israel*: porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó, y reposó." (Éxodo XXXI, 12-17.)

Este es un pasaje muy importante. Demuestra muy claramente el carácter permanente del sábado. Los términos en que se habla de él son enteramente suficientes para demostrar que no era una institución temporaria. "Es señal entre mí y vosotros por vuestras edades." "Un pacto perpetuo." "Señal es para siempre."

Fíjese bien el lector en estas palabras. Demuestran, sin la menor duda, primero: que el sábado era para Israel. Segundo: que el sábado es una institución permanente, en la mente de Dios. Es necesario tener esto presente, a fin de evitar pensamientos que carecen de precisión y expresiones inexactas en este asunto tan profundamente interesante.

El sábado fué distinta y exclusivamente instituido para la nación Judía. De él se habla enfáticamente como un signo entre Jehová y su pueblo Israel. No hay la más remota sugestión de que fuese designado para los Gentiles. Veremos más adelante que es un hermoso tipo de los tiempos de la restitución de todas las cosas del cual habló Dios por boca de todos sus santos profetas desde el principio del mundo; pero esto en nada afecta al hecho de ser una institución exclusivamente judaica. No hay ni una sola sentencia en la escritura que indique que el sábado tuviese *algo que ver con los Gentiles*.

Algunos nos dicen que, puesto que se nos habla del sábado en el capítulo segundo del Génesis, ha de tener

forzosamente un alcance más amplio que la sola nación judaica. Leamos, pues, el pasaje: "Y acabó Dios en el día séptimo su obra que hizo, y reposó el día séptimo de toda su obra que había hecho. Y bendijo Dios el día séptimo y santificólo, porque en él reposó de toda su obra que había Dios criado y hecho."

Esto es bastante sencillo. Aquí no se menciona para nada al hombre. No se nos dice que el hombre reposara en el séptimo. Los hombres pueden inferir, deducir o imaginar que así fué; pero el segundo capítulo de Génesis no dice nada acerca de ello. Y no sólo esto, sino que es en vano buscar alguna alusión al sábado en todo el libro de Génesis. La primera noticia que tenemos del sábado con relación al hombre está en el capítulo décimosexto de Éxodo, pasaje citado ya; y allí vemos, de la manera más clara, que fué dado a Israel, como pueblo en reconocida relación por el pacto con Jehová. Que ellos no lo comprendieron o no lo apreciaron es evidente; que ellos jamás se penetraron de ello es asimismo evidente por lo que se nos dice en el Salmo XCV, y en Hebreos IV. Pero ahora tratamos de lo que era esa institución en la mente de Dios; y Él nos dice que era un signo entre Él y su pueblo Israel, una poderosa prueba de su estado moral, y del sentimiento de su corazón respecto a Jehová. No era sólo una parte integrante de la ley como dada por Moisés a la congregación de Israel, sino que está especialmente señalada una y otra vez como siendo una institución que ocupaba muy especial lugar en la mente de Dios.

Así, en el libro del profeta Isaías, leemos: "Bienaventurado el hombre que hiciere esto, y el hijo del hombre que se agarrare de esto: que guarda el sábado de profanarlo, y que guarda su mano de hacer todo mal. Y el hijo del extranjero allegado a Jehová, no hable diciendo: Apartárame totalmente Jehová de su pueblo. No diga el eunuco: He aquí, yo soy árbol seco. Porque así dijo Jehová a los eunucos que guardaren mis sábados, y escogieren lo que yo quiero, y abrazaren mi pacto; Yo les daré lugar en mi casa, y dentro de mis muros, y nombre mejor que el de hijos y de hijas; nombre perpetuo les daré, que nunca pe-

recerá. Y a los hijos de los extranjeros,"—aquí desde luego considerados en relación con Israel, como en Números XV y otras partes de la escritura—, "que se llegaren a Jehová, para ministrarle, y que amaren el nombre de Jehová," para ser sus siervos, a todos los que guardaren el sábado de profanarlo y abrazaren mi pacto; y los llevaré al monte de mi santidad, y los recrearé en mi casa de oración: sus holocaustos, y sus sacrificios, serán aceptos sobre mi altar; porque mi casa, "Casa de Oración" será llamada de todos los pueblos."

Y luego: "Si retrajeres del sábado tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo: y al sábado llamares delicias, santo, glorioso de Jehová, y lo venerares, no haciendo tus caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus palabras: entonces te deleitarás en Jehová: y te haré subir sobre las alturas de la tierra; y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre; porque la boca de Jehová lo ha hablado." (Isaías LVIII, 13, 14.)

Las anteriores citas son del todo suficientes para mostrar el lugar que el cumplimiento del sábado ocupa en la mente de Dios. No es necesario multiplicar citas; pero hay una a la cual nos permitiremos referir al lector, relacionada con nuestro presente tema, es a saber, la de Levítico XXIII. "Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: Las solemnidades de Jehová, las cuales proclamaréis santas convocaciones aquestas serán mis solemnidades: Seis días se trabajará, y el séptimo día sábado de reposo será, convocación santa; ninguna obra haréis; sábado es de Jehová en todas vuestras habitaciones." (Vers. 1 - 3.)

Aquí aparece a la cabeza de todas las festividades descritas en este maravilloso capítulo en el cual hemos simbolizado la historia entera de los tratos de Dios con su pueblo Israel. El sábado es la expresión del descanso eterno de Dios, al cual es su propósito aun llevar a su pueblo, cuando hayan pasado ya sus fatigas, sus pesares, sus pruebas y sus tribulaciones, el bendito sábado o reposo que "queda para el pueblo de Dios." De varias maneras procuraba Él mantener este glorioso descanso ante los corazones

de su pueblo; el séptimo día, el año séptimo, el año del jubileo, todas esas hermosas épocas sabáticas fueron señaladas para significar aquel bendito tiempo cuando Israel será reunido a la amada tierra suya, cuando el sábado será guardado en toda su profunda, divina bendición, como nunca lo ha sido aún.

Y esto nos conduce, naturalmente, al segundo punto respecto al sábado, es decir: su permanencia. Esto se demuestra claramente por las expresiones "perpetua" "signo para siempre" "por todas vuestras edades" o generaciones. Tales palabras jamás hubieran sido empleadas para designar instituciones meramente temporarias. Verdad es que Israel, ¡ay! nunca guardó el sábado de acuerdo con esa intención de Dios; nunca entendió su significado, nunca disfrutó de sus bendiciones, no penetró jamás en su espíritu. Lo convirtió en una divisa de su propia justicia; se vanagloriaron en él como institución nacional y lo emplearon para su propia exaltación; pero nunca lo celebraron en comunión con Dios.

Hablamos aquí de la nación como un todo. No dudamos de que hubo almas preciosas que, en secreto, disfrutaron del sábado, y penetraron en los pensamientos de Dios tocante al mismo. Pero como nación, Israel nunca guardó el sábado de acuerdo con los propósitos de Dios. Oigamos lo que dice Isaías: "No me traigáis más vano presente: el perfume me es abominación; luna nueva y sábado, el convocar asambleas, no las puedo sufrir; son iniquidad vuestras solemnidades." (Cap. I, 13.)

Aquí vemos que la preciosa y bella institución del sábado que Dios dió como un signo de su pacto con su pueblo, llegó a ser en sus manos una verdadera abominación, enteramente intolerable para Él. Y cuando abrimos las páginas del Nuevo Testamento, vemos a los príncipes y cabezas del pueblo Judío continuamente oponiéndose a nuestro Señor Jesucristo tocante al sábado. Veamos, por ejemplo, los primeros versículos del capítulo VI de Lucas. "Y aconteció que pasando él por los sembrados en un sábado segundo del primero, sus discípulos arrancaban espigas, y comían, restregándolas con las manos. Y algu-

nos de los Fariseos les dijeron: ¿Por qué hacéis lo que no es lícito hacer en los sábados? Y respondiendo Jesús les dijo: ¿Ni aun esto habéis leído, qué hizo David cuando tuvo hambre, él, y los que con él estaban; cómo entró en la casa de Dios, y tomó los panes de la proposición, y comió, y dió también a los que estaban con él, los cuales no era lícito comer, sino a solos los sacerdotes? Y les decía: El Hijo del hombre es Señor aun del sábado."

Y de nuevo leemos: "Y aconteció también en otro sábado, que él entró en la sinagoga y enseñaba: y estaba allí un hombre que tenía la mano derecha seca. Y le *acechaban* los escribas y los Fariseos, si sanaría en sábado, por hallar de qué acusarle"—¡Intentar una acusación por curar a un mortal afligido!—"Mas él sabía los pensamientos de ellos"—sí; leía sus corazones y nada le era oculto—"Y dijo al hombre que tenía la mano seca: Levántate y ponte en medio. Y él levantándose, se puso en pie. Entonces Jesús les dice: Os preguntaré una cosa ¿Es lícito en sábados hacer bien, o hacer mal? ¿salvar la vida, o quitarla? Y mirándolos a todos alrededor, dice al hombre: Extiende tu mano. Y él lo hizo así y su mano fué restaurada. Y ellos se llenaron de rabia; y hablaban los unos a los otros qué harían a Jesús."

¡Qué conocimiento más profundo se nos da aquí de la falta de sinceridad e inutilidad de los esfuerzos del hombre por guardar el sábado! Esos guías religiosos habrían permitido que los discípulos hubiesen perecido de hambre antes de ver profanado *su* sábado. Habrían permitido que aquel hombre hubiese llevado a la tumba su mano seca antes que se la curasen en *su* sábado. ¡Ay; aquél era en verdad el sábado de ellos, no el de Dios! Dios no podía descansar en presencia de los hambrientos y los enfermos. Jamás habían entendido la historia del acto de David cuando comió los panes de la proposición. No comprendían que las instituciones legales debían ceder ante la gracia divina que salía a remediar las necesidades humanas. La gracia se eleva en su magnificencia por sobre todas las barreras legales, y la fe se regocija ante su esplendor; pero la mera religiosidad se ofende ante las actividades

de la gracia y el atrevimiento de la fe. Los Fariseos no veían que el hombre con la mano seca era un notable comentario acerca del estado moral de la nación, una prueba viviente de que ellos estaban lejos de Dios. Si ellos hubiesen sido como debían ser, no hubiese habido manos secas que curar; pero no lo eran; de ahí que su sábado fuera una vacía formalidad, una ordenanza sin poder y sin valor, una deforme anomalía, aborrecible a Dios y del todo incompatible con la condición humana.

Tomemos otro ejemplo, en Lucas XIII. "Y enseñaba en una sinagoga en sábado"—ciertamente el sábado no era día de reposo para Él. "Y he aquí una mujer que tenía espíritu de enfermedad dieciocho años y andaba agobiada, que en ninguna manera se podía enhestar. Y como Jesús la vió, llamóla y díjole: Mujer, libre eres de tu enfermedad. Y puso las manos sobre ella: y luego se enderezó y glorificaba a Dios." Hermoso ejemplo de la obra de la gracia en el alma, y su práctico resultado, en todo caso. Todos sobre los cuales Cristo pone sus benditas manos, son "inmediatamente enderezados" y capacitados para glorificar a Dios.

Pero el sábado humano había sido vulnerado. "El príncipe de la sinagoga respondió con indignación a causa de que Jesús hubiese curado en día de sábado." Se indignó por la benévola obra de curación, aunque permaneció indiferente ante el humillante caso de la enfermedad, y dijo al pueblo: "Seis días hay en que es necesario obrar: en estos, pues, venid y sed curados, y no en día de sábado." ¡Cuán poco sabía ese pobre religioso insincero que estaba en la presencia del Señor del sábado! ¡Cuán completamente insensible era a la moral inconsistencia de procurar guardar el sábado, mientras la condición humana clamaba en voz alta a la obra divina! "Entonces el Señor le respondió, y dijo: Hipócrita, cada uno de vosotros ¿no desata en sábado su buey o su asno del pesebre, y lo lleva a beber? Y a esta hija de Abraham, que he aquí Satanás la había ligado dieciocho años, ¿no convino desatarla de esta ligadura en día de sábado?"

¡Qué áspera reprensión! ¡Qué modo de descubrir la

vaciedad y completa desdicha de todo su sistema de Judaísmo! ¡Pensemos un poco en la notoria contradicción entre guardar el sábado y una hija de Abraham atada por espacio de diez y ocho años por la mano cruel de Satanás! Nada hay en el mundo que tanto ciegue la inteligencia, que endurezca tanto el corazón, que amortigüe tanto la conciencia y desmoralice tanto al ser entero, como la religión sin Cristo. Su poder de engañar y degradar, sólo puede conocerse a la luz de la divina presencia. De atender solamente a lo que preocupaba al príncipe de la sinagoga, aquella mujer hubiese acabado sus días, encorvada e incapaz de enderezarse. Se hubiera contentado con despacharla como un triste ejemplo del poder de Satanás, con tal que pudiera guardar su sábado. Su religiosa indignación se excitó, no por el poder de Satanás, visible en el estado de aquella mujer, sino por el poder de Cristo, visible en su completa curación.

Pero el Señor le dió aquella respuesta. "Y diciendo estas cosas, se avergonzaban todos sus adversarios"—razón tenían en avergonzarse—"mas todo el pueblo se gozaba de todas las cosas gloriosas que eran por Él hechas." ¡Qué contraste más notable! Por una parte, los defensores de una religión impotente, sin corazón e inútil, desenmascarados y cubiertos de confusión y vergüenza; y por otra parte, todo el pueblo gozándose en los gloriosos hechos del Hijo de Dios, que había venido en medio de ellos para librarles del poder opresivo de Satanás y llenar sus corazones del gozo de la salvación de Dios, y sus bocas de alabanza!

Hemos de llamar la atención del lector al evangelio de Juan para encontrar nuevos ejemplos sobre este asunto. Desearíamos sinceramente que la cuestión del sábado fuese examinada a fondo a la luz de la escritura. Creemos que en ella va envuelto mucho más de lo que a muchos Cristianos profesantes les parece.

Al comienzo del capítulo V, se nos pone ante una escena que indica de un modo muy marcado el estado de Israel. No es nuestro intento entrar de lleno en el citado pasaje, sólo haremos referencia al mismo en cuanto tiene relación con nuestro tema.

El estanque de Bethesda, o "casa de misericordia," al paso que era expresión de la misericordia de Dios para con su pueblo, daba plena evidencia de la miserable condición del hombre, en general, y de Israel en particular. Sus cinco pórticos estaban aglomerados con una "multitud de enfermos, ciegos, cojos, secos, que estaban esperando el movimiento del agua." ¡Qué muestrario de la especie humana, y de la nación de Israel! ¡Qué ejemplo más instructivo de su estado moral y espiritual desde el punto de vista divino! "Ciegos, cojos, secos," ese es el estado real del hombre, si él solamente lo supiera.

Pero había un hombre, en medio de aquella multitud de desdichados, cuya enfermedad era tan grave que el estanque de Bethesda no servía para un caso como el suyo. "Y estaba allí un hombre que había treinta y ocho años que estaba enfermo. Como Jesús vió a este echado, y entendió que ya había mucho tiempo, dícele: ¿Quieres *ser sano?*"—¡Qué gracia y poder en la pregunta! Iba mucho más allá de lo que sus más optimistas pensamientos le consentían. Pensó sólo en la ayuda humana, o en su habilidad para entrar en el estanque. No sabía que el que le hablaba estaba más elevado y tenía un alcance mucho mayor que el estanque y el movimiento circunstancial de sus aguas; mucho mayor alcance que el ministerio angélico, mayor que todo esfuerzo o auxilio humano; que era el poseedor de todo poder en el cielo y en la tierra. "Señor le respondió el enfermo, no tengo hombre que me meta en el estanque cuando el agua fuere revuelta; porque entretanto que yo vengo, otro antes de mí ha descendido."—¡Qué cuadro tan verídico de los que buscan la salvación por medio de ordenanzas! Cada cual haciendo para sí lo mejor que puede y sabe. No tiene cuidado de los demás. No piensa en ayudarles. "Dícele Jesús: Levántate, toma tu lecho y anda. Y luego aquel hombre fué sano, y tomó su lecho e íbase." "Y era sábado aquel día."

Aquí tenemos de nuevo el sábado del hombre. No era ciertamente el sábado de Dios. La desdichada multitud reunida alrededor del estanque demostraba que el pleno descanso de Dios no había llegado aún, que su glorioso

antitipo del sábado no había aún amanecido sobre esta tierra herida por el pecado. Cuando llegue ese día refulgente, no habrá ciegos, cojos ni secos amontonándose en los pórticos de Bethesda. El sábado de Dios y las miserias humanas son del todo incompatibles.

Pero era el sábado del hombre. No era ya el sello del pacto de Jehová con la simiente de Abraham, como lo fué en un tiempo y lo será de nuevo, sino la divisa de la justicia del hombre en su propia estimación. "Entonces los Judíos decían a aquél que había sido sanado: sábado es; no te es lícito llevar tu lecho." Sin duda, lo que era lícito, a su parecer, era yacer postrado en aquella cama semana tras semana, mes tras mes y año tras año, mientras ellos seguían en su intento, vano, hueco e inútil de guardar el sábado. Si hubiesen tenido un sólo rayo de luz espiritual, hubiesen visto la flagrante inconsistencia de intentar mantener sus ideas tradicionales respecto al sábado y la presencia de la miseria, dolencias y degradación humanas. Pero estaban completamente cegados; de aquí es que cuando se desplegaron los gloriosos frutos del ministerio de Cristo, tuvieron la temeridad de tacharlos de ilícitos.

Y no sólo esto; sino que, "por esta causa los Judíos perseguían a Jesús y procuraban matarle, porque hacía estas cosas en sábado." ¡Qué espectáculo! ¡Un pueblo religioso, más aún, los mismos jefes e instructores en religión, los guías del que profesaba ser el pueblo de Dios, procurando matar al Señor del sábado, porque en día de sábado volvió sano un hombre!

Pero, obsérvese la respuesta del Señor: "Mi Padre hasta ahora obra, y yo obro." Esta breve pero comprensiva declaración nos lleva al fondo del asunto. Nos enseña cuál es el estado de la humanidad en general, y de Israel en particular; y nos presenta, en su más tierno modo, el gran secreto de la vida y ministerio de nuestro Señor. Bendito sea su Nombre, no vino a descansar en este mundo. ¿Cómo podía descansar, cómo podía guardar el sábado en medio de la miseria y necesidad humanas? La multitud de ciegos, cojos, secos y paralíticos que se aglo-

meraban en los pórticos del estanque de Bethesda, ¿no pudo haber enseñado a "los Judíos" la locura de sus ideas sobre el sábado? ¿No era aquella multitud una muestra del estado de la nación de Israel y de toda la familia humana? ¿Y cómo pudiera el amor divino reposar en medio de tales condiciones? Del todo imposible. El amor ha de ser un obrero en una escena de pecado y de aflicción. Desde el momento de la caída del hombre, el Padre había estado obrando. Luego apareció el Hijo para continuar la obra. Y ahora el Espíritu Santo está trabajando. Trabajar, y no descansar, es la orden divina en un mundo como éste. "Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios."

El bendito Señor Jesús anduvo haciendo bienes, en día de sábado, como en otro día cualquiera; y habiendo cumplido finalmente la gloriosa obra de la redención, pasó el sábado en la tumba, y se levantó el primer día de la semana, como el Primogénito de los muertos y Cabeza de la nueva creación, en la cual todas las cosas son de Dios, y en la que, podemos añadir con toda seguridad, la cuestión de los "días, meses, tiempos y años" no puede tener aplicación. Nadie que comprenda a fondo la significación de la muerte y resurrección podrá sancionar, ni por un momento, la observancia de días. La muerte de Cristo puso fin a todo aquel orden de cosas; y su resurrección nos introdujo en esfera enteramente distinta, en la que es nuestro elevado privilegio andar en la luz y poder de esas eternas realidades que son nuestras en Cristo, y que son en vívido contraste con la supersticiosa observancia de una religiosidad carnal y mundana.

Y al llegar aquí vamos acercándonos a un punto muy interesante de nuestro tema, es a saber: la diferencia entre el sábado y el día del Señor, o primer día de la semana. Estos dos a menudo son confundidos. Muchas veces oímos de boca de personas realmente piadosas, la frase "sábado cristiano," expresión que no se encuentra en todo el Nuevo Testamento. Puede ser que algunos que de ella hacen uso conocen la verdad como está en la palabra de Dios, pero debemos procurar expresarnos en términos que son

de acuerdo con la enseñanza de la santa escritura.

Estamos convencidos de que el enemigo de Dios y de su Cristo ha tenido mucho más que ver con los convencionalismos del Cristianismo de lo que muchos de nosotros pensamos; y esto es lo que hace a esta materia tan grave. El lector podrá llegar a la conclusión que es simplemente pérdida de tiempo el detenido escudriñamiento para encontrar alguna falta con el término "sábado cristiano." Pero puede estar seguro que no es así; al contrario, si se digna examinar con toda detención este asunto a la luz del Nuevo Testamento, encontrará que en él van envueltas cuestiones no solamente interesantes, sino de mucho peso e importancia. Es locución vulgar "*que el nombre no hace a la cosa*"; mas en el asunto de que tratamos el nombre tiene un significado muy especial.

Ya hemos hecho notar que nuestro Señor pasó el sábado en el sepulcro. ¿No es este un hecho elocuente y altamente significativo? No podemos dudarlo. De él podemos deducir, por lo menos, la completa abrogación del antiguo régimen, y la absoluta imposibilidad de guardar el sábado en un mundo de pecado y de muerte. El amor no podía descansar en un mundo como éste; sólo podía trabajar y morir. Tal es la inscripción que leemos en la tumba donde el Señor del sábado yacía enterrado.

Pero ¿qué del primer día de la semana? ¿No es el mismo sábado sobre un nuevo fundamento, el sábado cristiano? No se describe jamás de tal modo en el Nuevo Testamento. No hay ni siquiera la más mínima alusión a ello. Si miramos a los Hechos de los apóstoles, veremos que se habla de los dos días de la manera más distinta. En sábado los Judíos se reunían en sus sinagogas para la lectura de la ley y de los profetas. En el primer día de la semana los Cristianos se reunían para partir el pan. Los dos días eran tan distintos como el Judaísmo y el Cristianismo; y no hay ni siquiera fundamento en la escritura para la idea de que el sábado fué absorbido por el primer día de la semana. ¿Dónde está en la escritura el menor fundamento para afirmar que el sábado ha sido cambiado del séptimo día al octavo, o primer día de la semana?

Si hay alguno, nada más fácil que exponerlo. Pero no hay absolutamente ninguno.

Y, recuérdese que el sábado no es solamente *un* séptimo día, sino *el* séptimo día. Conviene hacer notar esto, ya que muchos abrigan la idea de que con tal que dediquemos una séptima parte del tiempo al descanso y a las ordenanzas públicas religiosas, es lo bastante, y no importa como lo llamemos; y así es como diferentes naciones y diferentes sistemas religiosos tienen su día de descanso que se llama sábado. Mas esto nunca podrá satisfacer a los que desean ser enseñados exclusivamente por la escritura. El sábado de Edén era *el* séptimo día. El sábado para Israel fué *el* séptimo día. Pero el octavo día dirige nuestros pensamientos adelante hacia la eternidad: y en el Nuevo Testamento, se le llama "el primer día de la semana," como indicando el comienzo de aquel nuevo orden de cosas de las cuales la cruz es el cimiento imperecedero y el Cristo resucitado la gloriosa Cabeza y Centro. Llamar a ese día "sábado cristiano" es simplemente confundir las cosas terrenas con las celestiales. Es bajar al Cristiano de su elevada posición como asociado con una cabeza resucitada y glorificada en los cielos, y emplearlo en la supersticiosa observancia de días, cosa que hacía dudar al bendito apóstol respecto al estado de las iglesias de Galacia.

En suma, cuanto más consideramos la frase "sábado cristiano" más convencidos estamos de que su tendencia, como muchas otras fórmulas del Cristianismo, es despojar al Cristiano de todas las grandes verdades distintivas del Nuevo Testamento que distinguen a la iglesia de Dios de todo lo que fué antes de ella y de todo lo que pueda venir después. La iglesia, aunque en la tierra, no es de este mundo, así como Cristo tampoco es de este mundo. Ella es celestial en su origen, celestial en su carácter, celestial en sus principios, conducta y esperanza. Está colocada entre la cruz y la gloria. Los límites de su existencia en la tierra están comprendidos entre el día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo descendió para constituirla, y la venida de Cristo para tomarla consigo.

Nada hay que pueda sobresalir como esto; de ahí que, el que intente inculcar en la iglesia de Dios la legal o supersticiosa observancia de "días, meses, tiempos y años," falsifique enteramente la posición cristiana, mancha la integridad de la revelación, y desposee al Cristiano del lugar y heredad que le pertenecen, por la infinita gracia de Dios, y el sacrificio de expiación consumado por Cristo.

¿Juzga el lector esta declaración demasiado severa? Si así es, procure considerar el siguiente espléndido pasaje de la carta de Pablo a los Colosenses, pasaje que debiera escribirse con letras de oro. "Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en Él: arraigados y sobredificados en Él, y confirmados en la fe, así como habéis aprendido, creciendo en ella con hacimiento de gracias. Mirad que ninguno os engañe (o haga presa de vosotros) por filosofías y vanas sutilezas," nótese la combinación muy poco lisonjera para la filosofía, "según las tradiciones de los hombres, conforme a los elementos del mundo, y no según Cristo. Porque en Él habita *toda la plenitud de la divinidad* corporalmente: Y en Él estáis cumplidos, el cual es la cabeza de todo principado y potestad." ¿Qué más podemos necesitar? "En el cual también sois circuncidados de circuncisión *no hecha con manos*, con el despojamiento del cuerpo de los pecados de la carne, en la circuncisión de Cristo; sepultados juntamente con Él en el bautismo, en el cual también resucitasteis con Él, por la fe de la operación de Dios que le levantó de los muertos. Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os vivificó juntamente con Él, *perdonándoos todos los pecados*, rayendo la cédula de los ritos que nos era contraria, que era contra nosotros, quitándola de en medio y enclavándola en la cruz; y despojando los principados y las potestades, sacólos a la vergüenza en público, triunfando de ellas en sí mismo."

¡Magnífica victoria! ¡Victoria ganada con su mano sola, sin ayuda de nadie, ganada para nosotros! ¡Eterno y universal homenaje sea dado a su nombre incomparable! ¿Qué queda, pues? "Por tanto, nadie os juzgue en comida

o en bebida, o en parte de día de fiesta, o de nueva luna, o de sábados; lo cual es la sombra de lo porvenir; mas el cuerpo es de Cristo."

¿Qué tiene que ver con comidas o bebidas o días de fiesta, el que ha sido hecho completo y acepto en Cristo resucitado y glorificado? ¿Qué pueden hacer para él la filosofía, la tradición o la humana religiosidad? ¿Qué pueden añadir las sombras que pasan al que ha asido, por fe, la eterna sustancia? Nada, con seguridad; por esto continúa el apóstol "Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, metiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado en el sentido de su propia carne, y *no teniendo la Cabeza*, de la cual todo el cuerpo, alimentado y conjunto por las ligaduras y conjunturas, crece en aumento de Dios. Pues *si sois muertos con Cristo* cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué *como si vivieseis al mundo*, os sometéis a ordenanzas, tales como, no manejes, ni gustes, ni aun toques, (las cuales cosas son todas para destrucción en el uso mismo), en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres? Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, y humildad, y en duro trato del cuerpo: no en alguna honra para el saciar de la carne." Esto es, no dando la medida de honor al cuerpo, que le es debido como vaso de Dios, sino hinchando la carne con religioso orgullo, alimentado por una hueca e inútil apariencia de piedad. (Col. II, 6-23).

No nos atrevemos a hacer una apología por esta larga cita. ¡Una apología por citar la escritura! ¡Lejos de nosotros tal pensamiento! No es posible que haya alguien que comprenda ese maravilloso pasaje, y no está bien impuesto no sólo con respecto a la cuestión del sábado, sino también de todo el sistema de cosas que con él se relaciona. El Cristiano que comprende su posición, ha sido librado para siempre de todas las cuestiones relativas a comidas y bebidas, días, meses, tiempos y años. No sabe nada de tiempos santos ni lugares santos. Está muerto con Cristo a los rudimentos del mundo y ha sido librado de las ordenanzas de una religión tradicional. Pertenece

al cielo, donde no hay nuevas lunas, días santos ni sábados. Está en la nueva creación, donde todas las cosas son de Dios; así que no puede ver ninguna fuerza moral en palabras tales como, "no manejes," "ni gustes," "ni toques." No tienen aplicación posible a él. Vive en una región donde no se ven jamás las nubes, vapores y nieblas del monaquismo y del ascetismo. Ha abandonado todas las inútiles formas del mero pietismo carnal, y tomado, en cambio, las sólidas realidades de la vida cristiana. Sus oídos han sido abiertos para oír, y su corazón para comprender la poderosa exhortación del inspirado apóstol: "Si habéis pues, resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque *muertos sois*, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifestare, entonces vosotros también seréis manifestados con Él en gloria. Amortiguad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra."

Aquí tenemos, desplegadas ante nuestros ojos, algunas de las glorias del Cristianismo verdadero, práctico, vital; en contraste con todas las estériles y secas formas de la religiosidad carnal y mundana. La vida cristiana no consiste en la observancia de ciertas reglas, mandamientos y tradiciones humanas. Es una realidad divina. Es tener a Cristo en el corazón y a Cristo reproducido en la vida diaria por el poder del Espíritu Santo. Es el nuevo hombre, formado sobre el modelo de Cristo mismo, y apareciéndose en los más minuciosos detalles de nuestra vida diaria, en la familia, en los negocios, en todas nuestras relaciones con nuestros semejantes; en nuestro genio, espíritu, estilo, conducta, en todo. No es asunto de mera profesión, o de dogma, o de opinión o de sentimiento; es una realidad viva e inconfundible. Es el reino de Dios establecido en el corazón, ejerciendo su bendita dominación sobre todo el ser moral y derramando su genial influencia sobre toda la esfera en la que somos llamados a movernos día tras día. Es el Cristiano que sigue las benditas pisadas de Aquél que pasó haciendo bienes;

haciendo todo lo posible para satisfacer toda forma de necesidad humana; viviendo no para sí mismo sino para los otros, deleitándose en servir y dar; listo para calmar y simpatizar con cualquier espíritu quebrantado o corazón desolado.

Esto es el Cristianismo. Mas ¡ay! ¡cuánto difiere de todas las formas de que se revisten la legalidad y la superstición! ¡Cuán diferente de la observancia rutinaria y sin significado de días, de meses, de tiempos y años, abstinencia de ciertas comidas como carnes, prohibición de casarse y otras por el estilo! ¡Cuán diferente de las farronadas del místico, de la melancolía del ascético, de las austeridades del monje! ¡Cuán totalmente distinto de todo esto! Sí, lector; y pudiéramos añadir ¡cuán diferente también de la deforme asociación de la elevada profesión con la baja práctica; entre las sublimes verdades aceptadas por la inteligencia, profesadas, enseñadas y defendidas en discusión, y la mundanalidad, y la insubordinación! El Cristianismo del Nuevo Testamento se difiere igualmente de ambos extremos. Es lo divino, lo celestial, lo espiritual, desplegado por entre lo humano, lo terreno y lo natural. ¡Ojalá sea el santo propósito del que esto escribe, como también del lector de estas líneas; de no quedar satisfecho con nada menos que aquel moralmente glorioso Cristianismo revelado en las páginas del Nuevo Testamento!

Creemos que no es necesario añadir nada más sobre la cuestión del sábado. Si el lector se ha dado completa cuenta de la importancia de esas escrituras que han pasado ante nuestros ojos, poca dificultad tendrá en comprender el lugar que ocupa el sábado en las vías dispensacionales de Dios. Verá que hace referencia directa a Israel y a la tierra, que fué un signo del pacto entre Jehová y su pueblo terreno, y un poderoso comprobante del estado moral de aquel pueblo.

Además, verá que Israel en realidad nunca guardó el sábado, nunca entendió su significado, nunca apreció su valor. Esto fué manifestado en la vida, ministerio y muerte de nuestro Señor Jesucristo, quien verificó muchas de

sus obras de curación en el día del sábado, y al fin, pasó ese día en el sepulcro.

Finalmente, entenderá con toda claridad la diferencia entre el sábado Judío y el primer día de la semana, o día del Señor; que este día no se le denomina, ni una sola vez, sábado en el Nuevo Testamento, sino que, al contrario, se le presenta constantemente con su propia y característica distinción. No es el mismo sábado que se haya cambiado o transferido, sino un día enteramente nuevo, teniendo su propia base especial, y sus propias peculiaridades, dejando al sábado enteramente intacto, como una institución suspendida para ser más tarde reanudada, cuando la simiente de Abraham haya sido reinstalada en su propia tierra. (Véase Ezequiel, XLVI, 1, 12).

Pero no dejaremos este interesante asunto sin decir algo respecto al sitio asignado en el Nuevo Testamento al día del Señor o primer día de la semana. Aunque no es el sábado, y aunque nada tiene que ver con días santos, o nuevas lunas, o "días y meses y tiempos y años," con todo, tiene su propio, único lugar en el Cristianismo, según es evidente en los muchos textos de las escrituras del Nuevo Testamento.

Nuestro Señor se levantó de los muertos en ese día. Se mostró a sus discípulos varias veces en dicho día. El apóstol y los hermanos de Troas se juntaron en tal día a partir el pan. (Hech. XX, 7). El apóstol instruye a los Corintios, y a todos los que en todo lugar invocan el Nombre de nuestro Señor Jesucristo, a que aparten lo que puedan para ofrendas en tal día; enseñándonos claramente con ello que el primer día de la semana era *el* día especial para que se reuniera el pueblo del Señor para la cena, y para el culto, comunión y ministerio relacionados con esa preciosísima institución. El bendito apóstol Juan nos dice expresamente que fué en el Espíritu en el día de domingo cuando recibió la maravillosa revelación que cierra el divino Volumen.¹

¹ Algunos son de opinión de que la frase, "en el día del Señor" debiera traducirse "de el día del Señor," significando que el apóstol era en el espíritu de aquel día en el cual nuestro

Así, pues, tenemos ante nosotros un conjunto de evidencia en la sagrada escritura, suficiente para demostrar a toda mente piadosa que el día del Señor no ha de ser reducido al nivel de los días ordinarios. Para el verdadero Cristiano, no es ni el sábado Judío, ni el Gentílico día de domingo, sino el día del Señor en el cual su pueblo con alegría y agradecimiento se reúne alrededor de su Mesa, para celebrar esa preciosa fiesta, por la cual se anuncia su muerte hasta que Él venga.

No habrá ninguna necesidad de decir que no hay ni una sombra de esclavitud legal ni de superstición relacionadas con este primer día de la semana. Decir esto, o pensarlo siquiera, sería negar toda la serie de verdades con las que ese día está relacionado. No tenemos ningún mandamiento directo tocante a la observancia de ese día; pero las citas a las que hemos hecho referencia son ampliamente suficientes para toda mente espiritual; y además, podemos decir que los instintos de la divina naturaleza guiarían a todo Cristiano verdadero a honrar y a amar el día del Señor, poniéndolo aparte de la manera más reverente para el culto y servicio de Dios. El solo pensamiento de que cualquiera que profesa amar a Cristo, se dedicara al negocio o a un trabajo no preciso en el día del Señor, repugnaría, a nuestro entender, a todo sentimiento piadoso. Creemos que es un santo privilegio re-

Señor Jesucristo asumirá su gran poder y su reino. Pero a este modo de ver pueden oponerse dos serias objeciones. En primer lugar, las palabras traducidas en la Revelación I, 10, "el día del Señor," son enteramente distintas de las otras en I. Tesalonicenses V, 2; 2. Tesalonicenses II, 2; 2 Pedro III, 10, traducidas con toda propiedad "el día del Señor."

Esto lo consideramos como una objeción de peso, y bastante para fijar la cuestión. Pero, en adición a lo dicho, tenemos el argumento basado en el hecho de que la mayor parte del libro de la Revelación se ocupa no de cosas de "el día del Señor," sino de acontecimientos anteriores al mismo.

De aquí, pues, que estemos convencidos de que "el día del Señor" y "el primer día de la semana" son idénticos, y creemos que este es un hecho importante que demuestra que ese día tiene un lugar especial en la palabra de Dios, lugar que todo Cristiano inteligente reconocerá con agradecimiento.

tirarnos, lo más posible, de todas las distracciones de las cosas naturales, y dedicar las horas del día del Señor a Él mismo y a su servicio.

Quizá se diga que el Cristiano debe dedicar todos los días al Señor. Ciertamente; somos del Señor en el sentido más completo y más elevado de la palabra. Todo lo que tenemos y todo lo que somos a Él lo debemos. Esto lo reconocemos con gozo. Somos llamados a hacerlo todo en su Nombre y para su gloria. Es nuestro gran privilegio comprar y vender, comer y beber, hacerlo todo bajo su mirada y en temor y amor a su santo Nombre. No debiéramos poner manos en nada, en cualquier día de la semana, sobre lo cual no pudiéramos invocar la bendición de Dios con la más completa confianza.

Todo esto está completamente admitido. Todo verdadero Cristiano lo reconoce plenamente y con gozo. Pero a la vez, nos parece imposible leer el Nuevo Testamento sin echar de ver que el día del Señor ocupa un lugar único, que ha sido señalado para nosotros de la manera más evidente; que tiene una significación y una importancia, las cuales no pueden justamente ser reclamadas por ningún otro día de la semana. Y en verdad, tan convencidos estamos de la verdad de todo ello, que, aunque no fuera ley de Inglaterra el observar el día del Señor, creeríamos que, tanto como un sagrado deber como por elevado privilegio, debiéramos abstenernos de emprender cualquier trabajo en dicho día, salvo que fuera absolutamente indispensable.

Gracias a Dios, es ley de Inglaterra que se observe el día del Señor. Esto es una señalada merced para todos los que aman ese día por amor del Señor. No podemos menos de reconocer su gran bondad al arrebatar este día de la codiciosa garra del mundo, y lo haya otorgado a su pueblo y a sus siervos para dedicarlo a su culto y a su obra.

¡Qué merced es el día del Señor, con su profundo retiro de las cosas del mundo! ¡Qué haríamos sin él? ¡Qué bendita suspensión de los afanes semanales! ¡Qué refrescantes sus ejercicios para la mente espiritual! ¡Cuán preciosa la reunión alrededor de la mesa del Señor para

recordarle, para anunciar su muerte y celebrar sus alabanzas! ¡Qué deleitosos los varios servicios del día del Señor, ya sean los del evangelista, pastor, instructor, del obrero en la escuela dominical, y del distribuidor de tratados! ¿Qué lenguaje humano pudiera exponer de manera adecuada el valor y el interés de todas estas cosas? Ciertamente es que el día del Señor es cualquier otra cosa que día de descanso corporal para sus siervos; en realidad a menudo se fatigan más en este día que en cualquier otro de la semana. Mas, ¡ah! es una bendita fatiga, una alegre fatiga; una fatiga que tendrá su brillante recompensa en el descanso que queda para el pueblo de Dios.

Una vez más, amado lector cristiano, levantemos nuestro corazón en cántico de alabanza a Dios por la bendita dádiva del día del Señor. ¡Quiera Él conservarlo hasta que venga! ¡Que contrarreste Él con su omnímodo poder, todos los esfuerzos de los incrédulos y de los ateos para quitar las barreras que la ley inglesa ha levantado alrededor del día del Señor! Sería en verdad un triste día para Inglaterra aquél en el que esas vallas desaparecieran.

Quizá se diga por algunos que el sábado judaico ha desaparecido y que, por lo tanto, no es obligatorio. Un gran número de Cristianos profesantes han tomado esa actitud, y abogan por la apertura de los parques y sitios públicos de recreo durante el domingo. ¡Ah! Fácilmente se comprende a dónde los tales se dirigen y lo que buscan. Quisieran poner aparte la ley a fin de procurar una libertad licenciosa. No comprenden que el único camino para verse libre de la ley consiste en estar muerto a ella; y si somos muertos a la ley, estamos también necesariamente, muertos al pecado, y muertos al mundo.

Esto cambia las cosas por completo. El Cristiano está, gracias a Dios, libre de la ley, pero si lo está, no lo está para que pueda divertirse, en el día del Señor, o en cualquier otro día; sino para que viva a Dios. "Porque yo por la ley soy muerto a la ley, para vivir a Dios." Tal es el terreno que ocupa el Cristiano; y sólo puede ser ocupado por los que son nacidos verdaderamente de Dios. El mundo no puede comprenderlo; ni tampoco puede comprender

los santos privilegios y los ejercicios espirituales del día del Señor.

Todo esto es cierto; pero, al mismo tiempo, estamos profundamente convencidos de que si Inglaterra quitara las vallas que rodean al día del Señor, daría una prueba muy triste de que abandonaba la profesión de la religión que por tanto tiempo la ha caracterizado como nación, para precipitarse en la dirección de la incredulidad y del ateísmo.

No debemos perder de vista el hecho importante de que Inglaterra ha tomado el partido de ser una nación cristiana, una nación que ha profesado ser dirigida por la palabra de Dios. Es pues mucho más responsable que aquellas naciones envueltas en las oscuras sombras del paganismo. Nosotros creemos que las naciones, como los individuos, serán responsables en conformidad con la profesión que hayan hecho; de aquí, que las naciones que profesan ser cristianas, y así se han llamado ellas mismas, serán juzgadas no simplemente por la luz de la creación, ni tampoco por la ley de Moisés, sino por la plena luz de ese Cristianismo que profesan, por toda la verdad contenida entre las tapas de ese bendito libro que poseen y del cual hacen ostentación. Los paganos serán juzgados a la luz de la creación; el Judío por la ley; el Cristiano nominal, desde el punto de vista de la verdad del Cristianismo.

Este hecho importante agrava la situación de Inglaterra y de todas las naciones que profesan ser cristianas. Dios tratará con ellas, seguramente, a base de sus profesiones. De nada sirve el decir que no entienden lo que profesan; ¿por qué profesan lo que no entienden o no creen? El hecho es que ellas profesan entender y creer; y a tenor de este hecho serán juzgadas. Se jactan de la sentencia popular de que "La Biblia y sólo la Biblia es la religión de los Protestantes."

Si esto es así, ¡cuán solemne es el pensamiento que Inglaterra será juzgada por la norma de una Biblia abierta! ¿Cuál será su juicio? ¿cuál su fin? Dejamos la aterradora respuesta a la consideración de todos aquellos a quienes incumba.

Debemos dejar ya el interesantísimo tema del sábado y del día del Señor y terminar esta sección citando para el lector el notable párrafo con que termina nuestro capítulo. No exige largo comentario, pero nos parece provechoso en estas "Notas sobre el Deuteronomio" proporcionar al lector pasajes completos del mismo libro a fin de que tenga ante sus ojos las mismas palabras del Espíritu Santo sin tener que tomarse la molestia de dejar el tomo que está en sus manos.

Habiendo expuesto al pueblo los diez mandamientos, el legislador sigue recordándoles las solemnes circunstancias que rodearon a la entrega de la ley, juntamente con sus propios sentimientos y expresiones en aquella ocasión.

"Estas palabras habló Jehová a toda vuestra congregación en el monte, de en medio del fuego, de la nube, y de la oscuridad, a gran voz: y no añadió más. Y escribiólas en dos tablas de piedra, las cuales me dió a mí. Y aconteció, que como vosotros oísteis la voz de en medio de las tinieblas, y visteis el monte que ardía en fuego, llegasteis a mí todos los príncipes de vuestras tribus, y vuestros ancianos, y dijisteis: He aquí, Jehová nuestro Dios nos ha mostrado su gloria, y su grandeza, y hemos oído su voz de en medio del fuego: hoy hemos visto que Jehová habla al hombre y éste vive. Ahora pues, ¿por qué moriremos? que este gran fuego nos consumirá: si tornáremos a oír la voz de Jehová nuestro Dios, moriremos. Porque ¿qué es toda carne, para que oiga la voz del Dios viviente que habla de en medio del fuego, como nosotros la oímos, y viva? Llega tú, y oye todas las cosas que dijere Jehová nuestro Dios, y tú nos dirás todo lo que Jehová nuestro Dios te dijere, y *nosotros lo oiremos y haremos*. Y oyó Jehová la voz de vuestras palabras, cuando me hablabais, y díjome Jehová: He oído la voz de las palabras de este pueblo, que ellos te han hablado: bien está todo lo que han dicho. ¡Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen *todos los días todos mis* mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre! Ve y diles: Volveos a vuestras tiendas. Y tú estate aquí conmigo, y te diré todos los mandamientos y

estatutos, y derechos que les has de enseñar, a fin que los pongan por obra en la tierra que yo les doy para poseerla. Mirad, pues, que hagáis como Jehová vuestro Dios os ha mandado; no os apartéis a diestra ni a siniestra. Andad *en todo camino* que Jehová vuestro Dios os ha mandado, para que viváis, y os vaya bien, y tengáis largos días en la tierra que habéis de poseer."

Aquí, el capital principio del libro de Deuteronomio brilla con fulgor nada común. Está incorporado en aquellas conmovedoras y poderosas palabras que forman el verdadero núcleo del espléndido pasaje citado: "¡Quién diera que tuviesen *tal corazón, que me temiesen* y guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!"

¡Preciosas palabras! Ellas nos exponen del modo más bendito el secreto manantial de aquella vida que nosotros, como Cristianos, somos llamados a vivir día tras día, la vida de simple, implícita y completa obediencia, esto es; la de un corazón que teme al Señor; que le teme no con un espíritu servil, sino con aquel amor profundo, verdadero y adorador que el Santo Espíritu derrama en nuestras almas. Es esto lo que agrada al corazón de nuestro amoroso Padre. Sus palabras a nosotros son: "Hijo mío, dame tu corazón." Donde se da el corazón todo lo demás sigue en hermoso orden moral. Un corazón amante halla su más profundo gozo en obedecer todos los mandamientos de Dios; y nada es de valor alguno ante Dios sino lo que brota de un corazón amante. El corazón es la fuente de todo lo que sea manifestado en la vida; de aquí que cuando es gobernado por el amor de Dios, hay una amorosa respuesta a todos sus mandamientos. Amamos sus mandamientos porque le amamos a Él. Toda palabra suya es preciosa al corazón que le ama. Todo precepto, todo estatuto, todo juicio, en una palabra, la totalidad de su ley es amada, reverenciada y obedecida porque su Nombre y su autoridad van unidas a ella.

El lector encontrará en el Salmo CXIX un ejemplo hermoso y raro del punto de que tratamos; un más notable ejemplo de uno que responde admirablemente a las

palabras citadas antes: ¡Quién diera que tuviesen *tal corazón* que me temiesen, y guardasen *todos los días* mis mandamientos!" Es el hermoso aliento de un alma que encontró su más profundo y constante deleite en la ley de Dios. No hay menos de ciento setenta alusiones a esa preciosa ley, bajo un título u otro. Vemos esparcidas por todo este maravilloso salmo, en rica profusión, joyas tales como las siguientes: "En mi *corazón* he guardado tus dichos, para no pecar contra tí." "Heme gozado en el camino de tus testimonios, como sobre toda riqueza." "En tus mandamientos meditaré; consideraré tus caminos." "Recrearéme en tus estatutos; no me olvidaré de tus palabras." "Quebrantada está mi alma de desear tus juicios en todo tiempo." "Tus testimonios son mis deleites y mis consejeros." "Allegádome he a tus testimonios." "He aquí, yo he codiciado tus mandamientos." "En tu palabra he confiado." "A tu juicio espero." "Busqué tus preceptos." "Me deleitaré en tus mandamientos que he amado." "Acordéme de tus juicios." "Cánticos me fueron tus estatutos en la mansión de mis peregrinaciones." "Torné mis pies a tus testimonios." "Tus mandamientos he creído." "Mejor me es la ley de tu boca que millares de oro y de plata." "En tu palabra he esperado." "Tu ley es mi deleite." "Mis ojos desfallecen por tu palabra." "Todos tus mandamientos son verdad." "Para siempre, O Jehová, permanece tu palabra en los cielos." "Nunca jamás me olvidaré de tus preceptos." "He buscado tus preceptos." "Yo entenderé tus testimonios." "Ancho sobre manera es tu mandamiento." "¡Oh! ¡cuánto amo tu ley! todo el día es ella mi meditación." "¡Cuán dulces a mi paladar son tus palabras; más dulces que la miel a mi boca!" "He tomado tus testimonios por heredad para siempre; porque son el gozo de mi corazón." "Deleitaréme siempre en tus estatutos." "Amo tus mandamientos más que el oro, sí, más que el oro muy puro." "Todos los preceptos de todas las cosas estimo rectos." "Maravillosos son tus testimonios." "Abrí mi boca y suspiré; porque deseo tus mandamientos." "Rectos son tus juicios." "Tus testimonios . . . son rectos y muy fieles."

"Muy pura es tu palabra." "Tu ley es la verdad." "Eternamente justos son tus testimonios." "Todos tus mandamientos son verdad." "El principio de tu palabra es verdad, y eterno es todo juicio de tu justicia." "Mi corazón tuvo temor de tus palabras." "Gózome yo en tu palabra como quien halla muchos despojos." "Grande es la paz de los que aman tu ley." "Mi alma ha guardado tus testimonios; helos amado en gran manera." "He escogido tus preceptos." "Tu ley es mi deleite."

Ciertamente fortalece al corazón y refresca al ánimo transcribir frases tales como las anteriores, muchas de las cuales pueden ser usadas para describir la vida de nuestro Señor durante su peregrinación terrenal. Él vivió siempre de la palabra. Fué el alimento de su alma, la autoridad de su camino, el material de su ministerio. Por ella venció a Satanás; por ella cerró la boca a los Saduceos, Fariseos y Herodianos. Por ella enseñó a sus discípulos. A ella encomendó a sus siervos cuando estaba a punto de ascender a los cielos.

¡Cuán importante es todo esto para nosotros! ¡Cuán intensamente interesante! ¡Cuán altamente práctico! ¡Qué lugar tan elevado le da a la sagrada escritura! Porque recordamos que es en verdad el bendito volumen de la inspiración lo que se nos pone delante en esas áureas sentencias entresacadas del salmo CXIX. ¡Cuanto nos anima, nos refresca y fortalece observar de qué modo emplea nuestro Señor las santas escrituras, en todas las ocasiones, el sitio preferente que les da y la dignidad de que las colma! Acude a ellas en todas las ocasiones como divina autoridad, contra la cual no puede haber apelación. Él, aunque era Dios sobre todas las cosas, y Autor del volumen sagrado, habiendo tomado en la tierra un lugar como hombre, expone con toda la claridad posible, cuál es el deber obligatorio y elevado privilegio del hombre, a saber, vivir por la palabra de Dios, e inclinarse en reverente sujeción a su divina autoridad.

Y ¿no se nos da aquí una satisfactoria respuesta a la pregunta tantas veces repetida de la incredulidad: "¿Cómo sabemos que la Biblia es la palabra de Dios?" Si en

verdad creemos en Cristo; si reconocemos en Él al Hijo de Dios, Dios manifestado en carne, verdadero Dios y verdadero hombre, no podemos menos que ver la fuerza moral del hecho de que esta divina Persona apele constantemente a las escrituras, a Moisés, a los Profetas, a los Salmos, como a una norma divina. ¿No les reconocía Él como la palabra de Dios? Indudablemente. Como Dios, las había dado; como Hombre, las aceptaba, las vivía y reconocía su suprema autoridad en todas las cosas.

¿Qué hecho de peso hay aquí para la iglesia profesante! ¿Qué áspera reprensión para todos los llamados doctores y escritores cristianos que han osado entrometerse oficiosamente con la gran verdad fundamental de la plena inspiración de las santas escrituras en general, y de los cinco libros de Moisés en particular! ¡Cuán terrible el pensar que muchos que profesan ser maestros en la iglesia de Dios se atrevan a señalar como espurios, escritos que nuestro Señor y Maestro aceptó y reconoció por divinos!

¡Y, con todo, se nos dice, y aun se espera a que estemos dispuestos a creer que las cosas van mejorando! ¡Ah! Es una miserable ilusión. Los degradantes absurdos del ritualismo, y los blasfemos razonamientos de la incredulidad van en rápido aumento en derredor nuestro; y donde estas influencias no están actualmente dominando, observamos en la mayoría una fría indiferencia y mundanidad, todo en breve, excepto un adelanto evidente. Si la gente no es arrastrada a la incredulidad, por una parte, o al ritualismo, por otra, es en gran parte debido a que anda muy preocupada en sus placeres o en sus negocios para pensar en otras cosas. Y en cuanto a la religión de hoy día, si dejamos a un lado el dinero y la música, lo que resta es insignificante.

De aquí, pues, que sea imposible desprendernos de la convicción de que los testimonios de la observación y de la experiencia reunidos sean directamente opuestos a la idea de que las cosas vayan mejorándose. En verdad, el que ante tanta evidencia en contrario, persiste en pensar así, sólo puede ser considerado como fruto de la más inconcebible credulidad.

Tal vez algunos dirán que no debemos juzgar según lo que vemos y que debemos vivir en esperanza. Ciertamente, con tal que tengamos una divina garantía para nuestra esperanza. Si puede aducirse una sola línea de la escritura para probarnos que el actual sistema de cosas ha de ser caracterizado por progreso gradual, ya sea religioso, político, moral o social, entonces, tengamos esperanza. Una sola cláusula de la inspiración es suficiente para formar la base de una esperanza, que elevaría los corazones sobre las negras y deprimentes circunstancias que vemos.

Pero ¿dónde hallar esa cláusula? En ninguna parte. El testimonio de la Biblia desde el principio hasta el fin; las varias enseñanzas de la escritura desde el principio al fin; las voces de los profetas y apóstoles con armonía no interrumpida; todos, sin una nota discordante, prueban con una fuerza y claridad perfectamente irrefutable, que el actual estado de cosas, lejos de mejorarse gradualmente, va rápidamente de mal en peor; que antes de que los brillantes rayos de la gloria del milenio puedan alegrar a este mundo dolorido, la espada del juicio debe hacer su obra aterradora. Citar los pasajes en prueba de nuestra afirmación llenaría un libro; consistiría tan sólo en transcribir una gran parte de las escrituras proféticas del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Por supuesto, no vamos a intentarlo. No hay necesidad. El lector tiene la Biblia ante sí. Búsquelo en ella con diligencia. Deje a un lado todas sus ideas preconcebidas, todos los convencionalismos de la Cristiandad, toda la fraseología corriente del mundo religioso, todos los dogmas de las escuelas teológicas, y lléguese con la simplicidad de un niño a la pura fuente de la santa escritura, y beba en ella su celestial doctrina. Con sólo que haga esto, se levantará del estudio con la clara y firme convicción de que el mundo, con toda seguridad, no será convertido con los medios puestos en práctica actualmente; de que no será con el evangelio de paz, sino con la escoba de la destrucción que se preparará a la tierra para la gloria.

¿Es que vamos a negar el bien que se está haciendo?

¿Somos insensibles a ello? ¡Lejos de nosotros tal pensamiento! Bendecimos de todo corazón a Dios por cada átomo de ese bien. Nos regocijamos en todo esfuerzo empleado en la diseminación del precioso evangelio de la gracia de Dios; damos las gracias por toda alma que ingresa en el bendito círculo de la salvación de Dios. Nos deleitamos en el pensamiento de que son en número de ochenta y cinco millones las Biblias esparcidas por toda la superficie de la tierra. ¿Qué mente humana podrá calcular el resultado de todo ese número, ni siquiera el de un sólo ejemplar? Deseamos sinceramente que Dios ayude a todo misionero de fiel corazón que publica las buenas nuevas de la salvación, ya sea en las callejuelas y patios de Londres, o ya en las más remotas regiones de la tierra.

Pero, aun admitiendo todo esto sinceramente no creemos, sin embargo, en la conversión del mundo por los medios puestos en práctica actualmente. La escritura nos dice que cuando los juicios divinos vengan sobre la tierra, los habitantes del mundo aprenderán justicia. Esta sola cláusula de la inspiración debiera ser suficiente para probar que no es por el evangelio que el mundo será convertido; y hay centenares de cláusulas que emplean el mismo lenguaje y enseñan esa misma verdad. No es por la gracia, sino por los juicios que los habitantes de la tierra aprenderán justicia.

¿Cuál, pues, es el objeto del evangelio? Si no es para convertir al mundo, ¿con qué objeto se le predica? El apóstol Santiago en su discurso en el memorable concilio de Jerusalén da una respuesta directa y concluyente a esa pregunta. Dice él: "Simón ha contado cómo Dios primero visitó a los Gentiles." ¿Para qué? ¿Para convertirlos a todos? Al contrario: "para tomar de ellos pueblo para su nombre." Nada puede haber más claro que esto. Nos pone delante lo que debe ser el magno objeto de todo esfuerzo misionero, cosa que todo misionero divinamente enviado y divinamente enseñado tendrá bien presente en sus benditos trabajos. Son enviados para "tomar de ellos pueblo para su nombre."

¡Cuán importante es recordar esto! Cuán necesario nos es tener siempre ante nuestra vista el verdadero fin en todos nuestros trabajos. ¿De qué sirve el trabajar con un fin falso? ¿No es mucho mejor trabajar teniendo la vista fija en lo que Dios está haciendo? ¿Es que amenguará las energías del misionero el tener siempre presente el propósito de Dios en sus trabajos? De seguro que no. Veamos el caso de dos misioneros que salen a algún lejano campo misionario; el uno se propone la conversión del mundo entero; el otro, el tomar del mundo pueblo para Su nombre. Hechos 15: 14. ¿Será este último, por razón de su propósito, menos aplicado, menos enérgico, menos entusiasta que el primero? No podemos creerlo; muy al contrario; el solo hecho de conocer los propósitos divinos comunicará a su obra estabilidad y consistencia; y al mismo tiempo dará estímulo a su corazón ante las dificultades y obstáculos que le rodean.

Pero, sea esto lo que fuere, es perfectamente claro que los apóstoles de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, al salir para su trabajos no se proponían la conversión del mundo. "Id por todo el mundo; predicad el evangelio a toda criatura; el que creyere y fuere bautizado, será salvo, mas el que no creyere, será condenado."

Esto fué dicho a los doce. El mundo debía ser su esfera de trabajo; la proclamación debía hacerse a toda criatura, la aplicación efectiva a todo creyente. Era una cosa eminentemente individual. La conversión de todo el mundo no debía ser su objeto; esto se efectuará por una operación totalmente distinta, cuando la presente acción de Dios por el evangelio haya producido la separación de un pueblo para los cielos.¹ El Espíritu Santo descendió

¹ Recomendamos a la atención del lector el Salmo LXVII. Es uno entre una extensa clase de pasajes que demuestra que la bendición de las naciones depende de la restauración de Israel. "Dios tenga misericordia de nosotros [Israel] y nos bendiga; y haga resplandecer su rostro sobre nosotros [Selah]; para que tu camino sea conocido en la tierra, y en todas las naciones tu salvación... Dios nos bendecirá, y todos los términos de la tierra le temerán." No puede haber prueba más hermosa o más eficaz del hecho de que será Israel y no la iglesia lo que se empleará para la bendición de las naciones.

en el día de Pentecostés, no para convertir al mundo, sino para redargüirle o demostrarle su culpa en haber rechazado al Hijo de Dios.² El efecto de su presencia era demostrar al mundo su culpabilidad; y en cuanto al magno objeto de su misión, era para constituir un cuerpo compuesto de creyentes de entre los Judíos, como de entre los Gentiles. En esto se ha ocupado durante esos diez y nueve siglos. Este es "el misterio" del cual el apóstol Pablo fué hecho ministro, y que tan por completo y por modo tan bendito nos revela en su epístola a los Efesios. Es imposible que el que comprenda la verdad expuesta en aquel maravilloso documento no vea que la conversión del mundo y la formación del cuerpo de Cristo, la iglesia, son dos cosas totalmente distintas, que no es posible que vayan juntas.

Medita el lector sobre el hermoso pasaje siguiente: "Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los Gentiles, si es que habéis oído la dispensación de la gracia de Dios que me ha sido dada para con vosotros, a saber, que por revelación me fué declarado el misterio, como antes he escrito en breve; leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi inteligencia en el misterio de Cristo: el cual misterio en los otros siglos no se dió a conocer a los hijos de los hombres," no dado a conocer en las escrituras del Antiguo Testamento; no revelado a los santos o profetas del Antiguo Testamento, "como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas," esto es, a los profetas del Nuevo Testamento, "en el Espíritu: que los Gentiles sean juntamente herederos e incorporados, y consortes de su promesa en Cristo por el evangelio; del cual yo soy hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su potencia. A mí que

² La aplicación de Juan XVI, 8-11 a la obra del Espíritu en el individuo, es, a nuestro juicio, una grave equivocación. Se refiere al efecto de su presencia en la tierra, en cuanto al mundo en su totalidad. Su obra en el alma es una preciosa verdad, no hay por qué decirlo; pero no es la verdad que se nos enseña en este pasaje.

soy menos que el más pequeño de todos los santos, es dada esta gracia de anunciar entre los Gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio *escondido desde los siglos en Dios*, que crió todas las cosas. Para que la multi-forme sabiduría de Dios sea ahora notificada por la iglesia a los principados y potestades en los cielos." (Efes. III, 1-10.)

Veamos otro pasaje de la epístola a los Colosenses. "Si empero permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído; el cual es predicado a toda criatura que está debajo del cielo; del cual yo Pablo soy hecho ministro; que ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia; de la cual soy hecho ministro, según la dispensación de Dios que me fué dada en orden a vosotros, para que cumpla la palabra de Dios; a saber, el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, mas ahora ha sido manifestado a sus santos: a los cuales quiso Dios hacer notorias las riquezas de la gloria de este misterio entre los Gentiles; que es Cristo en vosotros la esperanza de gloria: el cual nosotros anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando en toda sabiduría, para que presentemos a todo hombre perfecto en Cristo Jesús: en lo cual aun trabajo, combatiendo según la operación de él; la cual obra en mí poderosamente. (Cap. I. 23 - 29).

De estos y otros numerosos pasajes, el lector podrá ver el especial objeto del ministerio de Pablo. Seguramente la idea de la conversión del mundo no entraba en la mente del apóstol. Verdad es que predicaba el evangelio, en toda su profundidad, integridad y poder; lo predicó "desde Jerusalén y alrededor hasta Ilírico"; predicó a los Gentiles "las inescrutables riquezas de Cristo," pero no entró en su pensamiento convertir al mundo. Él estaba más al tanto de la verdad. Él sabía y enseñaba que el mundo iba madurando para el juicio; sí, madurando rápidamente; que "los malos hombres y los engañadores irán de mal en

peor"; que "en los *venideros tiempos* algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus de error y a doctrinas de demonios; que con hipocresía hablarán mentira, teniendo cauterizada la conciencia; que prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de las viandas que Dios crió para que con hacimiento de gracias participasen de ellas los fieles, y los que han conocido la verdad."

Y, además este testigo fiel y divinamente inspirado enseñaba que "*en los postreros días*," posteriores a "los tiempos venideros" "vendrán tiempos peligrosos (o dificultosos). Que habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, detractores, desobedientes a los padres, ingratos, sin santidad, sin afecto, desleales, calumniadores, destemplados, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, arrebatados, hinchados, *amadores de los deleites más que de Dios*; teniendo apariencia de piedad, mas habiendo negado la eficacia de ella." (Compárese 1. Timoteo IV, 1-3 con 2 Timoteo III, 1-5.)

¡Qué cuadro! Nos traslada al final del capítulo primero a los Romanos, en el cual la misma pluma inspirada nos retrata las negras formas de paganismo, pero con la terrible diferencia de que en 2 de Timoteo no se trata de paganismo sino del Cristianismo nominal, una "forma de la piedad."

¿Y ha de ser éste el fin del presente estado de cosas? ¿Es este el mundo convertido del que tanto oímos hablar? ¡Ay! abundan los falsos profetas por todas partes. Hay muchos que claman: Paz, paz, y la paz no se ve por ningún lado. Los hay que pretenden "encostrar" los cuarteados muros del Cristianismo con "lodo suelto." Ezequiel 13:10.

Pero esto no prosperará. El juicio está cercano. La iglesia profesante ha fracasado vergonzosamente; se ha apartado lastimosamente de la palabra de Dios, y se ha rebelado contra la autoridad de su Señor. No hay ni un solo rayo de esperanza para el Cristianismo. Es la mancha moral más negra en el vasto universo de Dios, o en las páginas de la historia. El mismo bendito apóstol de cuyos escritos hemos hecho citas tan extensas, nos dice que "ya

está obrando el misterio de iniquidad," de donde se sigue que ha venido obrando a través de diez y nueve siglos. "Solamente espera hasta que sea quitado de en medio el que ahora impide. Y entonces será manifestado aquel inicuo, al cual el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida. A aquel inicuo cuyo advenimiento es según operación de Satanás, con grande potencia, y señales, y milagros mentirosos. Y con todo engaño de iniquidad en los que perecen; por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por tanto, pues, les envía Dios operación de error, para que crean a la mentira; para que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, antes consintieron a "la iniquidad." (2 Tes. II, 7-12.)

¡Cuán terrible es la sentencia de la Cristiandad! ¡Operación de error! ¡Negra condenación! Y todo en contraste vívido con los sueños de esos falsos profetas que hablan al pueblo sobre "el lado glorioso de las cosas." Gracias a Dios, hay un lado glorioso para todos los que pertenecen a Cristo. A los tales puede dirigirse el apóstol con esplendorosos y alegres acentos. "Mas nosotros debemos dar siempre gracias a Dios por vosotros, hermanos amados del Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salud, por la santificación del Espíritu y fe de la verdad: a lo cual os llamó por nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo." (2 Tes. II, 13-14.)

Aquí tenemos, ciertamente, el lado glorioso de las cosas, la gloriosa y bendita esperanza de la iglesia de Dios, la esperanza de ver la brillante "estrella de la mañana." Todos los Cristianos correctamente instruidos están en espera no de un mundo mejorado o convertido sino de la venida del Señor y Salvador que ha ido a preparar lugar para ellos en la casa del Padre; y que vendrá de nuevo para tomarlos a sí mismo, para que donde Él está, estén también ellos. Esta es su dulce promesa que puede realizarse en el momento menos pensado. Para esto Él espera, según nos dice Pedro, "pues es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos pro-

cedan al arrepentimiento." Pero cuando el último miembro sea incorporado por el Espíritu Santo en el bendito cuerpo de Cristo, entonces la voz del arcángel y la trompeta de Dios llamarán a *todos* los redimidos, desde el principio para salir al encuentro del Señor en el aire, para estar con Él para siempre.

Tal es la verdadera, y apropiada esperanza de la iglesia de Dios, esperanza que Él quiere que resplandezca siempre en los corazones de todo su amado pueblo, con su poder de elevar y purificar. De esta bendita esperanza el enemigo ha logrado robar a un gran número del pueblo del Señor. En realidad, durante siglos ha quedado casi borrada del horizonte de la iglesia; y sólo se ha recuperado parcialmente durante los últimos cien años. Mas ¡ay; cuán parcialmente! ¿Dónde oímos hablar de ella en todos los ámbitos de la iglesia profesante? ¿Resuena en los pulpitos de la Cristiandad el grito de gozo: "He aquí, el Esposo viene"? Muy lejos de ello. Aun los escasos siervos amados de Cristo que aguardan su venida, apenas se atreven a predicarlo porque temen que sería rechazado. Y de cierto lo sería. Estamos convencidos de que, en la gran mayoría de casos, los hombres que se aventuraran a predicar la gloriosa verdad de la venida del Señor para su iglesia, tendrían que abandonar sus pulpitos.

¿Qué prueba más solemne y notable del poder cegador de Satanás! Ha despojado a la iglesia de la esperanza que le fué dada divinamente; y en cambio de ella le ha dado un engaño, una mentira. En vez de aguardar la aparición de la "refulgente Estrella de la mañana," le ha impuesto la idea de la conversión del mundo, esto es, un milenio sin Cristo. Ha logrado rodear de una niebla tal el porvenir, que la iglesia ha perdido por completo la orientación. No sabe donde está. Es semejante a un buque, juguete de la tormenta en el océano, sin brújula ni timón, sin distinguir ni sol ni estrellas. Todo es oscuridad y confusión.

Y ¿por qué esto? Sencillamente porque la iglesia ha perdido de vista la pura y preciosa palabra de su Señor; y ha aceptado en su lugar esos credos y confesiones con-

fusos de hombres que de tal modo manchan y mutilan la verdad de Dios, que los Cristianos parecen estar enteramente desorientados en cuanto a su propia situación y su propia esperanza.

Y con todo tienen la Biblia en sus manos. Verdad es, pero también tenían los Judíos la escritura, y sin embargo, rechazaron a Aquél que es el gran tema de la Biblia desde su comienzo al fin. Esa era la inconsistencia moral que nuestro Señor les echaba en cara, en Juan V. "Escudriñáis las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí, y no queréis venir a mí, para que tengáis vida."

Y ¿por qué era eso? Sencillamente porque sus inteligencias estaban cegadas por prejuicios religiosos. Estaban bajo la influencia de doctrinas y mandamientos de hombres. De aquí que, por más que tenían las escrituras, y se vanagloriaban en ellas, estaban en tal ignorancia de las mismas, y se regían tan poco por ellas como los pobres paganos ignorantes que les rodeaban. Una cosa es tener la Biblia en nuestras manos, en nuestras casas y en nuestras reuniones, y otra muy distinta es que las verdades de la Biblia obren en nuestros corazones y conciencias y resplandezcan en nuestras vidas.

Tómese, por ejemplo, el asunto de que estamos tratando y que nos ha conducido a esta larga digresión. ¿Puede haber enseñanza más clara en todo el Nuevo Testamento que ésta, es decir: que el final del actual estado de cosas ha de ser una terrible apostasía de la verdad, y una rebelión declarada contra Dios y el Cordero? Los Evangelios, las Epístolas y el Apocalipsis todos concuerdan en exponer esta solemnísimas verdades, con tal claridad y simplicidad que un niño en Cristo puede entenderlo.

Y con todo, ¡cuán poco creído es, comparativamente! La gran mayoría cree todo lo contrario. La mayoría cree que mediante los varios expedientes hoy en uso, todas las naciones se convertirán. En vano se llama la atención a las parábolas de nuestro Señor en Mateo XIII; la de la cizaña, la de la levadura, la del grano de mostaza. ¿Cómo compaginan estos con la idea de un mundo convertido?

Si el mundo entero ha de ser convertido por la predicación del evangelio ¿cómo es que la cizaña se encuentra en el campo al fin del siglo? ¿Cómo es que hay tantas vírgenes fatuas como prudentes cuando llega el Esposo? Si todo el mundo ha de ser convertido por el evangelio ¿sobre quiénes vendrá "el día del Señor así como viene el ladrón en la noche"? ¿O qué significado pueden tener aquellas terribles palabras: "que cuando dirán, Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción de repente, como los dolores a la mujer preñada, y no escaparán"? Ante un mundo convertido, ¿cuál pudiera ser la justa aplicación, cuál la fuerza moral de las solemnes palabras del primer capítulo del Apocalipsis: "He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y *todos los linajes de la tierra se lamentarán sobre él*"? ¿Dónde se encontrarán esos linajes lamentándose, si todo el mundo ha de ser convertido?

Lector; ¿no resulta tan claro como la luz del sol que ambas cosas no pueden ni por un momento subsistir juntas? ¿No es perfectamente claro que la teoría de un mundo convertido por el evangelio es diametralmente opuesta a la enseñanza entera del Nuevo Testamento? ¿Cómo es, pues, que la gran mayoría de los Cristianos profesantes persiste en sostenerla? No puede haber sino una sola respuesta y es, que no se inclinan ante la autoridad de la escritura. Es muy doloroso y solemne tener que decirlo; mas, ¡ay! es la verdad. La Biblia es leída en la Cristiandad; pero las verdades de la Biblia no son creídas; son rechazadas con persistencia. Y todo esto ante la jactanciosa frase tan a menudo repetida de: "la Biblia, y sólo la Biblia es la religión de los Protestantes."

No continuaremos en este tema, aun cuando reconocemos su valor y su importancia. Confiamos en que el lector será guiado por el Espíritu de Dios a conocer su profunda solemnidad. Creemos que el pueblo del Señor en todas partes necesita ser despertado para que reconozca cuán completamente la iglesia se ha apartado de la autoridad de la escritura. Podemos estar seguros de que aquí se ve la verdadera causa de toda confusión, de todo error, de

todo el mal entre nosotros. Nos hemos apartado de la palabra del Señor y del Señor mismo. Hasta que esto no sea visto, sentido y reconocido, las cosas no pueden cambiar. El Señor busca el verdadero arrepentimiento, el espíritu realmente quebrantado ante su presencia. "Mas a *éste* miraré: al *humillado* y *abatido* espíritu y que tiembla a mi palabra."

Es así siempre. No hay límite a la bendición cuando la actitud del alma es ésta. Pero debe ser una realidad. De nada sirve el hablar de estar "*humillado y abatido*"; debemos estarlo realmente. Es asunto individual. "A *éste* miraré."

¡Oh, quiera el Señor, en su infinita misericordia, guiar, a cada uno de nosotros a juzgarnos a nosotros mismos bajo la acción de su palabra! ¡Qué nuestros oídos sean abiertos para que oigamos su voz! ¡Que nuestros corazones se vuelvan a Él y a su palabra! ¡Volvamos la espalda con santa decisión, de una vez para siempre, a todo lo que no pueda sostener la prueba de la escritura! Estamos convencidos de que esto es lo que busca nuestro Señor Jesús por parte de todos los que le pertenecen, entre los terribles y desesperantes *escombros* de la Cristiandad.

CAPITULO VI.

ESTOS, pues, son los mandamientos, estatutos y derechos que Jehová vuestro Dios mandó que os enseñase para que los pongáis por obra en la tierra a la cual pasáis vosotros para poseerla: para que temas a Jehová tu Dios, guardando todos sus estatutos y sus mandamientos, que yo te mando, tú y tu hijo, y el hijo de tu hijo, todos los días de tu vida, y que tus días sean prolongados. Oye, pues, oh Israel, y cuida de ponerlos por obra, para que te vaya bien, y seáis multiplicados como te ha dicho Jehová el Dios de tus padres en la tierra que destila leche y miel. Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es."

Aquí tenemos expuesta la verdad cardinal que la nación de Israel tenía obligación especial de mantener firmemente y confesar, esto es; la unidad de la Deidad. Esa verdad aparecía en los mismos cimientos de la economía judaica. Era el gran centro alrededor del cual el pueblo debía agruparse. Mientras lo mantuvieron, fueron un pueblo feliz, próspero y fructífero; pero cuando lo abandonaron, todo desapareció. Era su gran baluarte nacional y lo que debía distinguirles de entre todas las naciones de la tierra. Fueron llamados a confesar esta gloriosa verdad ante un mundo idólatra con "sus muchos dioses y muchos señores." Era el elevado privilegio y el santo deber de Israel rendir un firme testimonio a la verdad contenida en esa importante sentencia: "Jehová uno es," en marcada oposición a los innumerables dioses falsos de los paganos que les rodeaban. Su padre Abraham había sido llamado a salir de en medio de la idolatría pagana, para ser testigo del Dios único, verdadero y vivo, para confiar en Él, andar en Él, apoyarse en Él y para obedecerle.

Si el lector desea referirse al último capítulo de Josué, encontrará allí una notable alusión a este hecho, y el uso notable que de ella hizo aquel caudillo en su última proclama al pueblo. "Y juntando Josué todas las tribus de

Israel en Sichein, llamó a los ancianos de Israel, y a sus príncipes, a sus jueces y a sus oficiales, y presentáronse delante de Dios. Y dijo Josué a todo el pueblo: Así dice Jehová, Dios de Israel: Vuestros padres habitaron antiguamente de esotra parte del río, es a saber, Tharé, padre de Abraham y de Nachor, y *servían a dioses extraños*. Y yo tomé a vuestro padre Abraham de la otra parte del río, y trájelo por toda la tierra de Canaán, y aumenté su generación, y díle a Isaac."

Con esto Josué recuerda al pueblo el hecho de que sus padres habían servido a otros dioses, hecho grave e importante, que no debieran haber olvidado nunca, ya que su recuerdo les hubiese advertido de la necesidad profunda en que estaban de vigilarse mucho a sí mismos, o de lo contrario estarían expuestos a recaer en el grosero y terrible peligro del cual Dios, en su gracia soberana y en el amor electo, había sacado a Abraham su padre. Hubiese sido prudente considerar que el mismo mal en el que sus padres habían caído en la antigüedad, era el mismo en que estaban expuestos a caer.

Habiendo presentado este hecho al pueblo, Josué describe a ellos, con fuerza de expresión y vividez raras, todos los hechos sobresalientes de su historia, desde el nacimiento de su padre Isaac hasta el momento en que les dirigía la palabra, y luego lo resume con el siguiente llamamiento: "Ahora, pues, temed a Jehová, y servidle con integridad y en verdad: y *quitad de en medio los dioses a los cuales sirvieron vuestros padres de esotra parte del Jordán, y en Egipto*; y servid a Jehová. Y si mal os parece servir a Jehová, escoged hoy a quien sirváis, si a los dioses que sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron de esotra parte del río, o a los dioses de los Amorreos en cuya tierra habitáis: que yo y mi casa serviremos a Jehová."

Nótese la repetida alusión al hecho de que sus padres habían adorado falsos dioses; y además que la tierra a la cual Jehová les había llevado, había sido manchada de extremo a extremo por las negras abominaciones de la idolatría pagana.

De este modo este fiel siervo de Dios, evidentemente por inspiración del Espíritu Santo, procura poner ante el pueblo el peligro de abandonar la gran verdad central y fundamental de un Dios vivo y verdadero para caer de nuevo en la idolatría. Les hacía ver con firmeza la absoluta necesidad de una decisión de todo corazón: "escogeos hoy a quien sirváis." Nada hay como una decisión clara, franca y abierta para Dios. Le es debida en todo tiempo. Les había dado pruebas de su interés en ellos, redimiéndoles de la esclavitud de Egipto, llevándoles por el desierto y haciéndoles entrar en la tierra de Canaán. De aquí que, el que ellos fueran enteramente consagrados a Él, no era más que un razonable reconocimiento.

Cuán intensamente lo entendía así Josué por lo que a él correspondía, bien lo demuestran aquellas memorables palabras: "Yo y mi casa serviremos a Jehová." ¡Hermosas palabras! ¡Preciosa decisión! Una religión nacional pudiera caer en ruinas, y así sucedió en el caso de Israel; pero la religión personal y familiar puede ser mantenida, por la gracia de Dios, donde quiera que sea y en todo tiempo.

¡Gracias a Dios por esto! ¡No lo olvidemos nunca! "Yo y mi casa" es la clara y gozosa respuesta de la fe a la invitación de Dios cuando nos dice "Tú y tu casa." Sea cual fuere el estado del pueblo de Dios, o que tal profesa ser en cualquier tiempo dado, todo hombre de Dios de verdadero corazón, tiene el privilegio de tomar esa inmortal decisión y obrar conforme a ella: "Yo y mi casa serviremos a Jehová."

Verdad es que esta santa resolución sólo puede ser llevada a cabo por la gracia de Dios acordada continuamente; pero podemos estar seguros de que cuando el corazón está inclinado a seguir al Señor por completo, toda la gracia que se necesite será dispensada día tras día; ya que siempre se pueden realizar aquellas alentadoras palabras del Dios eterno, "Bástete mi gracia; por que mi potencia en la flaqueza se perfecciona."

Veamos ahora por un momento cuál fué el aparente efecto del llamamiento conmovedor que Josué hizo a la

congregación. Parecía ser de gran esperanza. "Entonces el pueblo respondió y dijo: Nunca tal acontezca que dejemos a Jehová por servir a otros dioses: porque Jehová nuestro Dios es el que nos sacó a nosotros y a nuestros padres de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre; el cual delante de nuestros ojos ha hecho estas grandes señales, y nos ha guardado por todo el camino por donde hemos andado, y en todos los pueblos por entre los cuales pasamos; y Jehová echó de delante de nosotros a todos los pueblos, y al Amorrheo que habitaba en la tierra. Por tanto, nosotros también serviremos a Jehová, porque Él es nuestro Dios."

Todas estas palabras sonaban muy bien y despertaban grandes esperanzas. Por ellas parecía que tenían un claro sentido de la base moral de los derechos de Jehová sobre ellos de su implícita obediencia. Podían ellos relatar minuciosamente todos los poderosos hechos que Él había obrado en favor suyo, haciendo fervorosas protestas, sin duda sinceras, contra la idolatría, y promesas de obediencia a Jehová su Dios.

Pero es evidente que Josué no confiaba mucho en tales protestas, pues dijo al pueblo: "No podréis servir a Jehová porque él es Dios santo, y Dios celoso: no sufrirá vuestras rebeliones y vuestros pecados. Si dejareis a Jehová, y sirviereis a dioses ajenos, se volverá y os maltratará y os consumirá después que os ha hecho bien. El pueblo entonces dijo a Josué: No, antes a Jehová serviremos. Y Josué respondió al pueblo: Vosotros sois testigos contra vosotros mismos de que os habéis elegido a Jehová para servirle. Y ellos respondieron: Testigos somos. Quitad, pues, ahora *los dioses ajenos que están entre vosotros, e inclinad vuestro corazón a Jehová Dios de Israel.* Y el pueblo respondió a Josué: A Jehová nuestro Dios serviremos, y a su voz obedeceremos."

No nos detendremos ahora en considerar el aspecto bajo el cual presenta Josué a Dios ante la congregación, puesto que nuestro propósito, al referirnos a este pasaje, consiste en mostrar la prominencia, asignada en el llamamiento de Josué, a la verdad de la unidad de la deidad.

Esta era la verdad a la que Israel fué llamado a rendir testimonio ante todas las naciones de la tierra, y en dicha verdad habían ellos de encontrar su salvaguardia moral contra las engañosas influencias de la idolatría.

Mas ¡ay! esa misma verdad fué a la que más rápida y señaladamente faltaron. Las promesas, votos y resoluciones hechos bajo la poderosa influencia del llamamiento que Josué les hizo, se demostró bien pronto que fueron semejantes a la niebla de la madrugada y a las nubes de la mañana que se desvanecen. "Y sirvió Israel a Jehová todo el tiempo de Josué y todo el tiempo de los ancianos que vivieron después de Josué; y que sabían todas las obras de Jehová, que había hecho por Israel. Y murió Josué, hijo de Nun, siervo de Jehová, siendo de ciento y diez años... Y toda aquella generación fué también recogida con sus padres: y levantóse después de ellos otra generación que no conocían a Jehová, ni la obra que Él había hecho por Israel. Y los hijos de Israel hicieron lo malo en ojos de Jehová, y *sirvieron a los Baales*; y dejaron a Jehová el Dios de sus padres, que los había sacado de la tierra de Egipto, y *fuéronse tras* otros dioses, los dioses de los pueblos que estaban en sus alrededores, a los cuales *adoraron*, y provocaron a ira a Jehová. Y dejaron a Jehová y adoraron a Baal y Astaroth." (Jueces II, 7-13).

Lector, ¡cuánto sirve esto para nuestra admonición! ¡cuán lleno de solemnes avisos para todos nosotros! ¡Abandonar tan pronto la magna, importantísima, especial y característica verdad! ¡Dejar al solo Dios vivo y verdadero por Baal y Astaroth! En tanto, Josué y los ancianos vivieron, su presencia y su influencia guardaron a Israel de la franca apostasía. Pero apenas desaparecidos esos diques morales, la oscura marea de la idolatría subió barriendo los mismos fundamentos de la fe nacional. Jehová de Israel fué desalojado por Baal y Astaroth. La influencia humana es un sostén inadecuado, una débil barrera. Hemos de ser sostenidos por el poder de Dios, de lo contrario cederemos tarde que temprano. La fe que se asienta solamente en la sabiduría humana y no en el poder de Dios, mostrará ser una fe pobre, insustancial

y sin valor. No podrá subsistir en el día de la prueba, no soportará el fuego; sucumbirá sin duda alguna.

Es conveniente recordarlo. La fe de segunda mano de nada sirve. Debe haber una fe viva que ponga en contacto el alma con Dios. Hemos de entendernos con Dios nosotros mismos, individualmente; de lo contrario cederemos cuando vengan los tiempos de prueba. El ejemplo humano y la humana influencia pueden ser muy buenos en su propia esfera. Bueno era el mirar a Josué y a los ancianos y ver cómo seguían al Señor. Es del todo cierto que "hierro con hierro se aguza; y el hombre aguza el rostro de su amigo." Es muy alentador estar rodeado por un número de fieles verdaderamente devotos; muy deleitoso ser conducido en el seno de una corriente de lealtad colectiva a Cristo, a su Persona y a su causa. Pero si no hay más que esto; si no hay el profundo manantial de la fe personal y del conocimiento personal; si no existe el vínculo divinamente formado y divinamente mantenido de la relación y comunión individuales, entonces cuando los sustentáculos humanos desaparecen, cuando la marea de la influencia humana retrocede, cuando viene esa declinación, nos encontraremos, en principio, como Israel al seguir al Señor, durante los días de Josué y de los ancianos, para después abandonar la confesión de su nombre, volver a las locuras y vanidades de este mundo, cosas no mejores, en realidad, que Baal y Astaroth.

Mas, por otra parte, cuando el corazón está completamente establecido en la verdad y en la gracia de Dios; cuando podemos decir, como todo verdadero creyente tiene el privilegio de decir: "Sé a *quien* he creído, y estoy cierto que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día"; entonces, aunque todos se apartaran de la pública confesión de Cristo, aunque nos encontráramos sin ayuda de un rostro humano, o sin el apoyo de un brazo amigo, encontraríamos que "el fundamento del Señor" está tan seguro como siempre, y la senda de la obediencia tan llana ante nosotros como si centenares estuviesen andando en ella con santa decisión y energía.

No debemos perder nunca de vista que el propósito

divino es que la iglesia profesante de Dios aprenda profundas y santas lecciones de la historia de Israel. "Porque las cosas que antes fueron escritas, para nuestra enseñanza fueron escritas; para que por la paciencia, y por la consolación de las escrituras, tengamos esperanza." No es necesario, en modo alguno, que con objeto de estudiar y aprender de las escrituras del Antiguo Testamento, nos ocupemos en buscar fantásticas analogías, teorías curiosas o ejemplos traídos por los cabellos. Muchos ¡ay! se han engolfado en esos trabajos, y en vez de encontrar "consuelo" en las escrituras han sido arrastrados a opiniones vanas, si no a mortales errores.

Pero lo que sí nos concierne son los hechos recordados en las páginas de la historia inspirada. Esos han de ser nuestros estudios; de ellos hemos de sacar nuestras grandes lecciones prácticas. Tómese, por ejemplo, el hecho grave y amonestador que estamos estudiando, y que aparece con tanto relieve y con trazos tan profundos y amplios en la historia de Israel desde Josué a Isaías, el hecho de su lamentable alejamiento de aquella misma verdad a la que habían sido llamados que mantuviesen y confesasen, la verdad de la unidad de la Deidad. Lo primero que hicieron fué abandonar esa grande e importantísima verdad, esa clave del arco, el fundamento de todo el edificio, el verdadero núcleo de su existencia nacional, el centro vivo de su política nacional. La abandonaron y se volvieron a la idolatría de sus padres de esotra parte del diluvio, y de las naciones paganas que les rodeaban. Renunciaron a la más gloriosa y distintiva verdad, del mantenimiento de la cual dependía nada menos que su propia existencia como nación. Con sólo que hubiesen mantenido con firmeza esa verdad, hubieran sido invencibles; pero al rendir esa verdad, lo rindieron todo y fueron peores que las naciones que les rodeaban, ya que pecaron contra la luz y el conocimiento; pecaron con los ojos abiertos, pecaron ante las más solemnes amonestaciones y las más tiernas súplicas, y, podemos añadir, a pesar de las más vehementes y reiteradas promesas y protestas de obediencia por su parte.

Sí, lector; Israel abandonó el culto del Único, verdadero Dios vivo, Jehová Elohim, el Dios de su pacto; no sólo su Creador, sino también su Redentor; Aquél que les había sacado de la tierra de Egipto, que les había conducido a través del Mar Rojo, que les había guiado en el desierto, que les había hecho atravesar el Jordán, y que les había implantado triunfalmente en la heredad que prometió a Abraham su padre. "Tierra que fluye leche y miel, que es la gloria de todas las tierras." Volvieron las espaldas a Dios y se entregaron a la adoración de falsos dioses. "Y enojáronlo con sus altos, y provocáronlo a celos con sus esculturas."

Es asombroso que un pueblo que había visto y conocido en tal alto grado la bondad y misericordia de Dios, sus poderosos hechos, su fidelidad, su majestad, y su gloria, pudiesen jamás llegar a inclinarse ante un tronco de un árbol. Pero así fué. Toda su historia, desde los días del becerro de oro al pie de Sinaí, hasta el día en que Nabucodonosor redujo a escombros a Jerusalén, va marcada con su espíritu invencible de idolatría. En vano Jehová en su longánima misericordia y sobreabundante bondad, les proporcionaba libertadores, para levantarlos de las terribles consecuencias de su pecado y su locura. Una y otra vez, en su inagotable misericordia y paciencia, los salvaba de la mano de sus enemigos. Él les levantaba un Othoniel, un Aod, un Barac, un Gedeón, un Jephé, un Samsón, instrumentos de su misericordia y poder, testigos de su intenso y tierno amor, y compasión hacia su pueblo infatuado. Mas apenas cada uno de esos jueces había desaparecido de la escena, cuando otra vez la nación se sumergía en su abrumador pecado de idolatría.

Tal aconteció también en la época de los reyes. Es la misma triste historia, que parte el corazón. Ciertamente que había algunas brillantes excepciones de vez en cuando, algunas refulgentes estrellas brillando a través de las profundas sombras de la historia nacional; tenemos un David, un Asa, un Josafat, un Ezequías, un Josías, benditas excepciones de la negra y deplorable regla general. Pero aun esos hombres fracasaron en arrancar del corazón

del pueblo la perniciosa raíz de la idolatría. Aun entre los esplendores sin igual del reinado de Salomón, brotaron de esa raíz amargos renuevos en la monstruosa forma de los altos dedicados a Astaroth, la diosa de los Sidonios; a Melcom, la abominación de los Ammonitas; y a Chemos, la abominación de Moab.

Lector, piensa en esto. ¡Deténte un momento, y contempla el pasmoso hecho del escritor de los Cánticos, del Ecclesiastes y de los Proverbios inclinándose ante el altar de Moloch! ¡Representate al más sabio, al más rico y al más glorioso de los monarcas de Israel quemando incienso y ofreciendo sacrificios en el altar de Chemos!

En verdad tenemos aquí un motivo de profunda meditación. Está escrito para nuestra enseñanza. El reinado de Salomón proporciona una de las más contundentes e impresionantes evidencias del hecho que en este momento ocupa nuestra atención, esto es: la completa y desesperante apostasía de Israel de la gran verdad de la unidad de la Deidad y su indomable espíritu de idolatría. La verdad a que fueron llamados especialmente a mantener y confesar, aquella misma verdad fué la que primeramente y con más persistencia abandonaron.

No continuaremos exponiendo el negro capítulo de evidencias, ni nos detendremos en la descripción de los aterradores juicios nacionales a causa de su idolatría. Actualmente se encuentra Israel en la situación de que habla el profeta Oseas: "Porque muchos días estarán los hijos de Israel sin rey, y sin príncipe, y sin sacrificio, y sin estatua, y sin ephod, y sin teraphim." "El inmundo espíritu de idolatría se ha apartado de ellos" durante estos "muchos días," para volver más tarde con "otros siete espíritus más malos que él," esto es; la perfección de la maldad espiritual. Y entonces vendrán días de incomparable tribulación sobre aquel pueblo por tanto tiempo mal dirigido y muy rebelde: "El tiempo de la tribulación de Jacob."

Pero la liberación vendrá, ¡bendito sea Dios! Brillantes días están reservados a la nación restaurada, "días del cielo sobre la tierra" según el mismo profeta Oseas nos cuenta: "Después volverán los hijos de Israel, y buscarán

a Jehová su Dios, y a David su rey; y temerán a Jehová y a su bondad en el fin de los días." Todas las promesas de Dios a Abraham, Isaac, Jacob y David serán benditamente cumplidas; todas las brillantes predicciones de los profetas, desde Isaías a Malaquías se verán gloriosamente realizadas. Sí; ambas cosas, promesas y profecías serán literal y gloriosamente cumplidas al Israel restaurado en la tierra de Canaán; porque "la escritura no puede ser quebrantada." La larga, oscura y espantosa noche será seguida por el día más brillante que jamás haya lucido sobre la tierra; la hija de Sión se soleará en los refulgentes y benditos rayos del "Sol de Justicia" y "la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren la mar."

Sería en verdad tarea deleitosa reproducir en las páginas de este libro los resplandecientes pasajes de los profetas cuando tratan del porvenir de Israel; no podemos intentarlo, ni es necesario; pero tenemos un deber, el cumplimiento del cual, si no tan placentero para nosotros, ni tan refrescante para el lector, será no menos provechoso. Esto es nuestro sincero deseo.

El deber a que nos referimos es el de fijar la atención del lector, y también la de la iglesia de Dios en la aplicación práctica de ese solemne hecho en la historia de Israel acerca del cual nos hemos extendido en esta digresión, el hecho de haber abandonado tan rápida y enteramente la gran verdad expuesta en el Deuteronomio, VI, 4; "Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es."

Se nos preguntará tal vez; "Pero ¿qué relación puede tener este hecho a la iglesia de Dios?" A nuestro entender tiene una relación importantísima; y además, creeríamos ser culpables de un descuido en el cumplimiento de nuestro deber a Cristo y a su iglesia si dejáramos de señalar esa relación. Sabemos que todos los grandes hechos de la historia de Israel están repletos de instrucción, de amonestaciones y de advertencias para nosotros. Es asunto nuestro; es nuestro ineludible deber procurar aprovecharlos, tener cuidado de estudiarlos rectamente.

Ahora bien; al considerar la historia de la iglesia de

Dios como público testigo de Cristo en la tierra, encontramos que, apenas establecida en toda su plenitud de bendición y privilegios que marcaron el principio de su carrera, ya empezó a abandonar esas mismas verdades que estaba especialmente llamada a mantener y confesar. Como Adán en el jardín de Edén, como Noé en la tierra ya restaurada, como Israel en Canaán, así la iglesia, como mayordomo responsable de los misterios de Dios, apenas instalada en ese puesto, empezó a vacilar y a caer. Casi inmediatamente de constituida empezó a abandonar esas grandes verdades que eran características de su existencia, y debían distinguir al Cristianismo de cuanto se había conocido antes. Aun ante los ojos de los apóstoles de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, los errores y los males empezaron a obrar, los cuales debilitaron el mismo fundamento del testimonio de la iglesia.

¿Se nos piden pruebas? ¡Ay, las poseemos en tristísima abundancia! Oigamos las palabras del bendito apóstol que derramó más lágrimas y lanzó más suspiros sobre las ruinas de la iglesia que otro hombre alguno. "Estoy maravillado," dice el apóstol, y bien podía estarlo, "de que tan pronto os hayáis traspasado del que os llamó a la gracia de Cristo, a otro evangelio." "¡Oh, Gálatas insensatos! ¿quién os fascinó para no obedecer a la verdad, ante cuyos ojos Jesucristo fué ya descrito como crucificado entre vosotros?" "Antes, en otro tiempo, no conociendo a Dios, servíais a los que por naturaleza no son dioses. Mas ahora, habiendo conocido a Dios, o más bien, siendo conocidos de Dios ¿cómo os volvéis de nuevo a los flacos y pobres rudimentos, en los cuales queréis volver a servir? Guardáis los días, y los meses, y los tiempos, y los años." Festividades llamadas cristianas muy imponentes y agradables a la naturaleza religiosa, pero a juicio del apóstol, el juicio del Espíritu Santo, eran sencillamente abandonar al Cristianismo y retroceder a la idolatría. "Temo de vosotros," y era de temer verdaderamente al ver cuán rápidamente volvían la espalda a las grandes verdades características del Cristianismo celestial y se ocupaban en observancias supersticiosas. "Temo de vosotros, que no haya

trabajado en vano en vosotros." "Vosotros corréis bien: ¿quién os embarazó para no obedecer a la verdad? Esta persuasión no es de aquél que os llama. Un poco de levadura leuda toda la masa."

Y todo esto acontecía en los mismos días de los apóstoles. La apostasía fué aun más rápida que en el caso de Israel, ya que éste sirvió al Señor todo el tiempo de Josué y de los ancianos que le sobrevivieron; pero en la historia triste y humillante de la iglesia, el enemigo consiguió, casi inmediatamente, introducir levadura en la harina, y cizaña entre el trigo. Antes de que los mismos apóstoles partiesen de la escena, se sembró una semilla que ha producido sus frutos perniciosos desde entonces, y que continuará produciéndolos hasta que los segadores angélicos limpien el campo.

Pero debemos dar nuevas pruebas de la escritura. Oigamos lo que el mismo testigo inspirado dice casi al final de su ministerio, abriendo su corazón a su querido hijo Timoteo, con acentos a la vez patéticos y solemnes. "Ya sabes esto, que me han sido contrarios todos los que son en Asia." Y más adelante: "Qué prediques la palabra: que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina; antes, teniendo comecón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído, y se volverán a las fábulas."

Tal es el testimonio del hombre que, como perito arquitecto, puso el cimiento de la iglesia. Y ¿cuál era su experiencia personal? Fué, como su Maestro, abandonado, dejado sólo por aquellos que en un tiempo reunió a su alrededor durante los frescos, florecientes y ardorosos días principiantes. Su gran corazón lleno de amor fué quebrantado por los maestros judaizantes que procuraban subvertir el propio fundamento del Cristianismo y trastornar la fe de los elegidos de Dios. Derramaba lágrimas por los procedimientos de muchos que, mientras hacían profesión de Cristianismo, eran sin embargo "enemigos de la cruz de Cristo."

En una palabra, el apóstol Pablo, mirando al porvenir desde su cárcel en Roma, vió el inevitable naufragio y ruina del cuerpo profesante. Vió que acontecería a aquel cuerpo, lo que aconteció al buque en el que hizo su último viaje, viaje altamente significativo e ilustrativo de la triste historia de la iglesia en el mundo.

Pero aquí hemos de recordar al lector que ahora tratamos de la iglesia como testigo responsable de Cristo en la tierra. Esto debe comprenderse con claridad o de lo contrario pudiéramos errar grandemente al tratar de esta cuestión. Debemos distinguir cuidadosamente entre la iglesia como cuerpo de Cristo, y como testigo suyo en la tierra. En su primer carácter, el fracaso es imposible; en el segundo, la ruina es total y sin esperanza.

La iglesia, como cuerpo de Cristo, unida a su Cabeza viviente y glorificada en los cielos, por la presencia y morada en ella del Espíritu Santo, no puede nunca fracasar, no puede ser rota en pedazos como el buque de Pablo, por las tormentas y oleajes de este mundo hostil. Está tan segura como Cristo mismo. La Cabeza y el cuerpo son uno, indisolublemente uno. Ni el poder de la tierra ni del infierno, hombres o demonios pueden jamás tocar al más débil miembro de ese cuerpo bendito. Todos subsisten ante Dios, y bajo su mirada de gracia en la plenitud, belleza y aceptabilidad de Cristo mismo. Como la Cabeza, tales son los miembros, todos los miembros juntos, cada miembro en particular. Todos subsisten en los plenos y eternos resultados de la obra de Cristo consumada en la cruz. No hay, no puede haber ninguna cuestión de responsabilidad aquí. La Cabeza se hizo a sí misma responsable por los miembros. Ella satisfizo todo derecho y pagó toda deuda. No queda nada sino amor, amor profundo como el corazón de Cristo, perfecto como su obra, inmutable como su trono. Toda cuestión que pudiera suscitarse contra alguno o contra todos los miembros de la iglesia de Dios, se suscitó ya, y se liquidó definitivamente entre Dios y su Cristo, en la misma cruz. Todos los pecados, todas las iniquidades, todas las transgresiones, toda la culpabilidad de cada miembro en particular o de todos

los miembros juntos, sí, todo, de la manera más absoluta y completa, fué puesto sobre Cristo y Él cargó con todo ello. Dios, en su inflexible justicia, en su infinita santidad, en su eterna justicia, se entendió con todo lo que pudiera llegar a interponerse en el camino de la salvación más completa, de la bendición perfecta y de la gloria eterna de cada uno de los miembros del cuerpo de Cristo, la iglesia de Dios. Todo miembro de ese cuerpo está empapado de la vida de la Cabeza; toda piedra de ese edificio está animada por la vida de la piedra angular. Todo está ligado con el poder de un vínculo que nunca, no, nunca, se podrá romper.

Y, además, téngase bien entendido que la unidad del cuerpo de Cristo es absolutamente indisoluble. Ese es un punto cardinal que debe ser tenazmente sostenido y confesado con fidelidad. Pero, claro está que no podrá ser sostenido y confesado a menos que sea entendido y creído; y a juzgar por las expresiones que en ocasiones oímos al hablar de este asunto, es muy dudoso que la gente que de tal modo se expresa, haya entendido en su modo divino la gloriosa verdad de la unidad del cuerpo de Cristo, unidad mantenida en la tierra por la presencia del Espíritu Santo.

Así, por ejemplo, algunas veces oímos a gentes que hablan de "quebrantar el cuerpo de Cristo." Es una completa equivocación. Tal cosa es enteramente imposible. Los Reformadores fueron acusados de romper el cuerpo de Cristo, cuando volvían la espalda al sistema Romanista. ¡Qué concepto más erróneo! Esto equivalía simplemente a la monstruosa presunción de que una gran masa de males de orden moral, de errores doctrinales, de corrupciones eclesiásticas y defraudantes supersticiones debían considerarse como el cuerpo de Cristo. ¿Cómo podría cualquiera persona, con el Nuevo Testamento en la mano, considerar a la iglesia de Roma con sus innumerables abominaciones como el cuerpo de Cristo? ¿Cómo podría *alguno* que poseyera la más débil idea de la verdadera iglesia de Dios conceder ese título a la más negra masa de mal-

dad, a la mayor obra maestra de Satanás que haya jamás contemplado el mundo?

No, lector; no debemos confundir nunca los sistemas eclesiásticos del mundo, antiguo, medieval o moderno, Griego, Latino, Anglicano, Nacional o Popular, no debemos confundir todo esto, decimos, con la verdadera iglesia de Dios, el cuerpo de Cristo. No hay bajo la bóveda del cielo, ni jamás hubo un sistema religioso, llámase como se quiera, que tenga el más pequeño derecho a ser llamado "la iglesia de Dios" o "el cuerpo de Cristo." Y, por lo tanto, no puede ser llamado cisma, al menos recta o inteligentemente, ni romper el cuerpo de Cristo el separarse de esos sistemas; no, al contrario; es deber de todo el que quiera mantener y confesar fielmente la verdad de la unidad de ese cuerpo, separarse con decisión de todo lo que falsamente se llamé a sí mismo una iglesia. Sólo puede ser considerado como un cisma el separarse de aquellos que están inequívoca e incuestionablemente reunidos sobre el terreno de la asamblea de Dios.

Ahora ninguna corporación de Cristianos puede reclamar el título de cuerpo de Cristo o iglesia de Dios. Los miembros de ese cuerpo están diseminados por todas partes; pueden encontrarse miembros de ese cuerpo en todas las varias organizaciones religiosas de hoy día salvo las que niegan la deidad de nuestro Señor Jesucristo. No podemos concebir la idea de que ningún verdadero Cristiano continúe frecuentando un lugar en donde se blasfeme el nombre de Cristo. Pero aunque ningún cuerpo de Cristianos puede reclamar el título de asamblea de Dios, todos los Cristianos tienen la obligación de juntarse sobre el terreno de esa asamblea y *no* sobre otro alguno.

Y si se nos preguntara, "¿cómo sabremos dónde encontrar ese terreno?" contestaríamos: "si tu ojo fuere sincero, todo tu cuerpo será luminoso." "El que *quiere hacer* su voluntad, conocerá de la doctrina." Hay *"una senda que nunca la conoció ave, ni ojo de buitre la vió; nunca la pisaron animales fieros, ni león pasó por ella."* Esa senda no la verá la más aguda visión humana, ni la fuerza más

grande podrá pisarla. ¿Cuál es, pues? Hela aquí: "Y dijo *al hombre*"; esto es; al lector, al escritor, a cada uno, a todos. "He aquí que el temor del Señor es la sabiduría, y el apartarse del mal la inteligencia." (Job. XXVIII.)

Pero hay otra expresión que se oye con bastante frecuencia en boca de personas de las cuales podría esperarse más inteligencia; la expresión sigue: "separar miembros del cuerpo de Cristo."¹ Esto es, además, imposible, bendito sea el Señor. Ni un solo miembro del cuerpo de Cristo puede ser separado jamás de la Cabeza ni del sitio al cual fué incorporado por el Espíritu Santo en cumplimiento del eterno propósito de Dios, y en virtud de la expiación cumplida por nuestro Señor Jesucristo. La divina Trinidad está comprometida en la eterna seguridad del más débil miembro del cuerpo, y en el mantenimiento de la indisoluble unidad del todo.

En una palabra, pues, es hoy tan verdadero como lo era cuando el inspirado apóstol escribió el capítulo cuarto de su carta a los Efesios, que hay "un cuerpo" del cual Cristo es la Cabeza, y el Espíritu Santo es el poder formativo, y del cual todos los verdaderos creyentes son miembros. Este cuerpo ha estado en la tierra desde el día de Pentecostés, está en la tierra ahora, y continuará en la tierra hasta el momento que va acercándose rápidamente, en que Cristo vendrá y lo llevará a la casa de su Padre. Es el mismo cuerpo, con una continua sucesión de miembros, de igual modo que decimos que tal regimiento del ejército del rey acuartelado hoy en Aldershot, estuvo presente en la batalla de Waterloo, aunque ningún hombre de los que hoy lo integran estaba presente en aquella memorable batalla en 1815.

¹ La expresión, "separar" (o cortar) miembros del cuerpo de Cristo, se aplica generalmente a casos de disciplina. Es, empero, una aplicación equivocada. La disciplina en la asamblea no puede afectar nunca a la unidad del cuerpo. Un miembro del cuerpo puede faltar en la moral, o errar en la doctrina, hasta el punto de ser precisa la acción de la asamblea de separarle de la Mesa del Señor; pero esto nada tiene que ver con su lugar en el cuerpo de Cristo. Las dos cosas son completamente distintas.

¿Encuentra el lector alguna dificultad en todo esto? Puede ser que encuentre un tanto difícil, dado el estado de discordia y desunión de los miembros, creer y confesar la inquebrantable unión de ese todo. Quizá se encuentre con ánimo más dispuesto a creer que debe limitarse la aplicación de lo expuesto en Efesios IV, 4, a los días en que el apóstol escribió aquellas palabras, cuando los Cristianos eran manifiestamente uno, y cuando no se pensaba siquiera en ser miembro de tal o cual iglesia, porque todos eran miembros de una sola iglesia.¹

En cambio debemos protestar contra esa misma idea de poner límites a la palabra de Dios. ¿Qué derecho tene-

¹ La unidad de la iglesia puede ser comparada a una cadena que va de una orilla a otra de un río; podemos ver los dos extremos pero no el intermedio que está sumergido. Pero aunque sumergida, no está rota; aunque no veamos esa unión en su parte media, con todo, *creemos* que en aquella parte se conserva su continuidad. La iglesia fué vista en su unidad en el día de Pentecostés, y será vista en su unidad en la gloria; y por más que no la vemos ahora, con todo, creemos en ella con toda seguridad.

Y recuérdese que la unidad del cuerpo es una grande verdad práctica y formativa; y una deducción muy importante y práctica de esa unidad, es que el estado y conducta de cada miembro afecta a todo el cuerpo. "Por manera que si un miembro padece, todos los miembros a una se duelen." ¿Un miembro de qué? ¿De alguna asamblea local? No, sino un miembro del cuerpo. No debemos hacer del cuerpo de Cristo una cuestión de geografía.

Se nos preguntará tal vez: "Pero, ¿es que podrá afectarnos lo que no vemos o no sabemos?" Seguro que sí. ¿Hemos de limitar acaso la magna verdad de la unidad del cuerpo, con todas las prácticas consecuencias que de ella se derivan, a la medida de sólo nuestro conocimiento y experiencia personales? Lejos de nosotros tal idea. Es la presencia del Espíritu Santo la que une los miembros del cuerpo a la Cabeza y a cada miembro entre sí; de donde resulta que el andar y la conducta de cada uno afecta al todo. Aun en el caso de Israel, aunque no era una corporación sino una unidad nacional, cuando Achán pecó, fué dicho: "Israel ha pecado"; y toda la congregación sufrió una humillante derrota por causa de un acontecimiento del cual estaban en completa ignorancia.

Es altamente asombroso ver cuán poco el pueblo del Señor parece comprender la gloriosa verdad de la unidad del cuerpo, con todas sus consecuencias prácticas.

mos para señalar una cláusula de Efesios IV, 4-6, diciendo que sólo es aplicable a los días apostólicos? Si ha de limitarse una cláusula, ¿por qué no todas? ¿Es que ya no hay "un Espíritu... un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos?" ¿Habría alguien que dude esto? De seguro que no. Pues de esto se sigue que es tan cierto que hay un cuerpo, como es cierto que hay un Espíritu, un Señor, un Dios. Todos están íntimamente unidos entre sí, y no se puede tocar a uno sin tocar a todos los demás. No tenemos más derecho a negar la existencia de un cuerpo que tenemos para negar la existencia de Dios, toda vez que en el mismo pasaje que se nos declara la existencia del uno se nos declara también la del otro.

Pero tal vez alguno pregunte: "¿Dónde puede verse ese "un cuerpo"? ¿No es un absurdo hablar de tal cosa, en vista de las casi innumerables denominaciones del Cristianismo?" A esto contestaríamos que no vamos a abandonar la verdad de Dios porque el hombre haya fracasado tan señaladamente en llevarla a la práctica. ¿No fracasó Israel por completo en mantener, confesar y llevar a la práctica la verdad de la unidad de la Deidad? ¿Por ventura esa gloriosa verdad fué afectada en lo más mínimo por aquel fracaso? ¿No era tan verdad que no había más que un sólo Dios, cuando había tantos altares idólatras como calles en Jerusalén, y toda azotea despedía una nube de incienso a la reina del cielo, como cuando Moisés proclamaba a oídos de toda la congregación aquellas sublimes palabras: "Oye, Israel; Jehová nuestro Dios, Jehová uno es"? Bendito sea Dios, su verdad no depende de los caminos humanos, necios y sin fe. Persiste en su divina integridad; brilla con su propio y celestial esplendor, a pesar de los más grandes fracasos humanos. Si así no fuese ¿qué haríamos? ¿A dónde volveríamos los ojos? o ¿qué sería de nosotros? De hecho vendríamos a parar en esto; si fuéramos a creer tan sólo por la medida de verdad que vemos llevada a la práctica en los caminos de los hombres, nos entregaríamos a la desesperación y seríamos los más desgraciados de los hombres.

Pero ¿cómo hay que llevar a la práctica la verdad del

"un cuerpo"? Rehusando reconocer cualquier otro principio de comunión cristiana, cualquiera otra base de reunión. Todos los verdaderos creyentes deben reunirse simplemente como miembros del cuerpo de Cristo. Deben reunirse el primer día de la semana, alrededor de la Mesa del Señor, y partir el pan, como miembros de aquel "un cuerpo," según leemos en 1. Corintios X, "porque un pan, es que muchos somos un cuerpo, pues todos participamos de aquel "un pan." Eso es tan verdadero y práctico hoy día como cuando el apóstol se dirigía a los Corintios. Es verdad que había divisiones entre los Corintios como las hay en la Cristiandad; pero esto en nada afecta a la verdad de Dios. El apóstol rechaza las divisiones, las tacha de carnales. No simpatizaba con la pobre y baja idea que a veces oímos encomiarse por algunos, de que las divisiones son buenas, puesto que engendran emulación. Él las creía muy malas, fruto de la carne, obra de Satanás.

Tampoco el apóstol hubiese aceptado, seguros estamos de ello, la ilustración popular de que las divisiones en la iglesia son como los regimientos en el ejército, cada uno con su especial paramento, pero todos combatiendo a las órdenes del mismo general. Tal cosa no puede sostenerse ni por un momento; no tiene aplicación alguna a nuestro caso, antes bien es una contradicción a la clara y enfática afirmación: "Hay un cuerpo."

Lector; esa es una verdad muy gloriosa. Considerémosla atentamente. Miremos al Cristianismo a la luz que de ella irradia. Juzguemos por ella de nuestro estado y de nuestra conducta. ¿Obramos de conformidad con ella? ¿Le damos expresión a ella en la Mesa del Señor cada primer día de la semana? Estemos seguros de que el hacerlo así es tanto nuestro sagrado deber como nuestro elevado privilegio. No digamos que existen dificultades de toda clase, muchas piedras de tropiezo en el camino, mucho que nos desalienta en la conducta de los que profesan estar obedeciendo la Palabra de Dios en cuanto a esto.

Todo esto, ¡ay! es demasiado cierto. Hemos de estar preparados para ello. El diablo no dejará piedra por mover a fin de arrojar polvo a nuestros ojos para que no

veamos los benditos caminos de Dios para su pueblo. Pero no debemos prestar atención a sus sugerencias o dejarnos enredar por sus engaños. Siempre ha habido y habrá siempre dificultades en llevar a cabo la preciosa verdad de Dios y quizá una de estas mayores dificultades la encontraríamos en la conducta contradictoria que siguen los que profesan obrar de acuerdo con ella.

Pero hemos de distinguir siempre entre la verdad y los que la profesan, entre el terreno y la conducta de los que lo ocupan. Por supuesto debieran estar de acuerdo ambas cosas; pero no es así; de modo que debemos juzgar la conducta por la palabra de Dios, no la palabra de Dios por la conducta. Si vemos a un hombre cultivar un campo según principios que creemos ser sanos, aunque sea un mal agricultor, ¿qué deberíamos hacer? Por supuesto, deberíamos rechazar su modo de trabajar, aunque nada podríamos decir en contra de los principios en sí mismos.

Otro tanto sucede con la verdad que estamos ahora considerando. Había herejías en Corinto, cismas, errores, males de toda clase. ¿Y qué? ¿Debía abandonarse la verdad de Dios como si fuera un mito, como algo totalmente impracticable? ¿Debía darse todo de mano? ¿Debían los Corintios congregarse bajo otro principio? ¿Debían organizarse sobre nuevas bases? ¿Debían reunirse alrededor de otro punto central? ¡No, gracias a Dios! Su verdad no debía ser rendida ni por un momento aunque Corinto estallara en diez mil sectas y su horizonte se entenebreciera con diez mil herejías. El cuerpo de Cristo era uno; y el apóstol despliega simplemente ante sus ojos la bandera con ese bendito lema: "Pues vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros en parte."

Mas estas palabras fueron dirigidas no solamente "a la iglesia de Corinto" sino también "a todos los que invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo en cualquier lugar, Señor de ellos y nuestro." Por lo tanto, la verdad del "un cuerpo" es permanente y universal. Todo verdadero Cristiano está obligado a reconocerla, y a obrar de conformidad con ella; y toda asamblea de Cristianos, donde-

quiera que se junten, ha de ser la expresión local de esta grande e importante verdad.

Tal vez alguno dirá ¿cómo es posible decir a una asamblea determinada; "vosotros sois el cuerpo de Cristo"? ¿No había santos en Efeso, Colosas y Filipo? Sin duda los había; y si el apóstol hubiese debido dirigirse a ellos tratando del mismo asunto, les hubiera dicho también: "vosotros sois el cuerpo de Cristo," toda vez que eran la expresión local de ese cuerpo; y no sólo esto, sino que al dirigirse a ellos con esa frase, tenía presente en su mente a todos los santos hasta el fin de la carrera terrestre de la iglesia.

Pero tengamos bien presente que el apóstol no pudo dirigir tales palabras a ninguna organización humana, antigua ni moderna. No; ni tampoco aunque todas las organizaciones, llámense como se quiera, se hubiesen amalgamado en una, hubiese podido llamarle "el cuerpo de Cristo." Ese cuerpo, téngase bien entendido, lo forman todos los creyentes en toda la superficie de la tierra. Que no estén unidos sobre esta base divina, es para ellos una grave pérdida y el Señor es deshonrado. Con todo, la preciosa verdad subsiste: "hay un cuerpo," y este es la norma divina, por el cual hay que medir a toda asociación eclesiástica y a todo sistema religioso debajo del sol.

Creemos necesario estudiar detalladamente el lado divino de la cuestión de la iglesia a fin de resguardar a la verdad de Dios de los resultados de falsos conceptos; y para que el lector comprenda bien claramente que, al hablar del completo fiasco y ruina de la iglesia, consideramos el asunto desde el lado humano. Vamos por unos momentos a tratar de este último.

Es imposible leer con calma y con la mente libre de prejuicios, y no ver que la iglesia, como testigo de Cristo sobre la tierra, ha fracasado de una manera evidente y vergonzosa. Copiar todos los pasajes en prueba de esta afirmación equivaldría a escribir un libro. Mas, echemos una ojeada al segundo y tercer capítulos del Apocalipsis, donde vemos a la iglesia ante el juicio. En esos solemnes capítulos tenemos lo que pudiéramos llamar la historia

divina de la iglesia. Siete asambleas son las escogidas como ejemplos de las varias fases de la historia de la iglesia, desde el día que fué establecida, y con responsabilidad, sobre la tierra, hasta el día en que será vomitada de la boca del Señor, como algo completamente intolerable. Si no vemos que esos dos capítulos son proféticos así también como históricos nos privaremos de un vasto campo de valiosísima instrucción. En cuanto a nosotros, podemos asegurar al lector que ningún lenguaje humano podría exponer de un modo adecuado, lo que hemos podido recoger de esos dos capítulos en cuanto a su aspecto profético.

Pero ahora sólo haremos referencia a ellos como las últimas de una serie de pruebas de nuestra presente tesis. Tomemos la arenga dirigida a Efeso, la iglesia a la que el apóstol Pablo escribió su admirable epístola, descubriendo por modo tan bendito el lado celestial de las cosas, tales como los eternos propósitos de Dios con respecto a la iglesia, la posición y porción de la iglesia, como acepta en Cristo, y bendita con toda bendición espiritual en lugares celestiales en Él. No hay fracaso aquí. Ni pensamiento de cosa tal. Ni posibilidad de ello. Aquí todo está en manos de Dios. Es su plan, su obra, su gracia, su gloria, su poder omnímodo de que se trata esta epístola; y todo ello fundado sobre la sangre de Cristo. Aquí no hay cuestión alguna de responsabilidad. La iglesia estaba "muerta en delitos y pecados," pero Cristo murió por ella; Él mismo se puso judicialmente donde ella estaba moralmente; y Dios, en su gracia soberana, entró en la escena, y levantó a Cristo de los muertos, y a la iglesia en Él. ¡Hecho glorioso! Aquí todo está firme y asentado. Es la iglesia en los lugares celestiales *en* Cristo, no la iglesia en la tierra *por* Cristo. Es *el cuerpo* "aceptado," no *el candelero juzgado*. Si no alcanzamos a ver ambos lados de esa gran cuestión, aún nos falta mucho que aprender.

Pero hay el lado terrestre, como hay el celestial; el lado humano, como el lado divino; el candelero, como también el cuerpo. De aquí es que en la arenga judicial en el capítulo II del Apocalipsis leemos las solemnes palabras

siguientes: "tengo contra ti que has dejado tu primer amor."

¡Qué diferencia! Nada de esto vemos en la epístola a los Efesios; nada contra el cuerpo, nada contra la esposa; pero hay algo contra el candelero. La luz, aun ya, parecía opacarse. Apenas se encendió cuando ya se necesitó echar mano de las despabiladeras.

Así pues, en su mismo principio aparecieron síntomas de decadencia; síntomas inequívocos a la penetrante mirada de Aquél que anda entre los siete candeleros de oro; y cuando llegamos al final, y contemplamos la última fase de la condición de la iglesia—la última época de su historia terrenal, como fué ilustrada por la asamblea, no hay nada de bueno. Esta condición es casi sin esperanza. El Señor está por fuera de la puerta. "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo." Ya no se trata ahora como en el caso de Efeso: "tengo algo contra ti." La condición entera es mala. La totalidad del cuerpo profesante está a punto de ser abandonada. "Te vomitaré de mi boca." Él se mantiene aun en espera, bendito sea su Nombre, porque Él es siempre tardo en abandonar su actitud de misericordia y ocupar la del juicio. Nos recuerda la partida de la gloria al principio del libro de Ezequiel. Se movía con paso tardo y mesurado como si de mala gana hubiese de dejar la casa, el pueblo, la tierra. "Y la gloria de Jehová se levantó del querubín al umbral de la puerta; y la casa fué llena de la nube, y el atrio se llenó del resplandor de la gloria de Jehová." "Y la gloria de Jehová se salió de sobre el umbral de la casa, y paró sobre los querubines." Y finalmente, "la gloria de Jehová se fué de en medio de la ciudad, y paró sobre el monte que está al oriente de la ciudad." (Ezeq. X. 4, 18; XI, 23.)

Esto es profundamente conmovedor. Cuán notable el contraste entre la lenta retirada de la gloria, y su rápida entrada en el día de la dedicación de la casa por Salomón, según consta en 1 Crónicas VII, 1. Jehová fué presto en entrar en su morada en medio de su pueblo; lento en abandonarla. Hablando en lenguaje humano diríamos que se vió obligado a marcharse por causa de los pecados y de la

impenitencia sin esperanza de su pueblo infatuado.

Así sucede con la iglesia. En el capítulo II de Hechos vemos su rápida entrada en su casa espiritual. Vino como un viento recio que corría e hinchó la casa con su gloria. Mas en el tercer capítulo del Apocalipsis, veamos su actitud. Está fuera. Sí; pero está llamando. Él está aguardando, no por cierto con alguna esperanza de una restauración corporativa; pero si acaso "alguno oyere su voz y abriere la puerta." El hecho de que Él esté de puertas afuera, demuestra lo que la iglesia es. El hecho de que Él esté llamando, demuestra lo que Él es.

Lector cristiano, procura comprender a fondo todo este asunto. Es importantísimo que así lo hagas. Estamos rodeados por todas partes de falsos conceptos tocante al presente estado y destino futuro de la iglesia profesante. Debemos arrojarlas todas tras nuestras espaldas con santa decisión, y atender con oídos circuncidados y reverente entendimiento a la enseñanza de la escritura. La enseñanza es tan clara como la luz del mediodía. La iglesia profesante es una ruina sin esperanza, y el juicio está a la puerta. Lee la epístola de Judas; lee también la segunda de Pedro II y III; y además la segunda a Timoteo. Deja a un lado este libro, y fíjate atentamente en esas solemnes escrituras, y estamos convencidos de que al terminar su lectura estarás también convencido de que ante la cristianidad no se levanta otra cosa más que la ira no mitigada del Dios todopoderoso. La sentencia está expuesta en esa breve pero solemne frase en Romanos XI: "Tú también serás cortado."

Sí; tal es el lenguaje de la escritura. "Cortado," "vomitado." La iglesia profesante ha fracasado por completo en cuanto a ser el testigo de Cristo en la tierra. Como aconteció con Israel, así sucedió con la iglesia; la misma verdad que tenía el deber de mantener y confesar, la ha abandonado de una manera desleal. Apenas se hubo cerrado el canon del Nuevo Testamento, apenas los primeros obreros enviados dejaron el campo, cuando espesas tinieblas vinieron a posarse sobre la totalidad del cuerpo profesante. Dirijamos nuestra atención donde se quiera, re-

corramos los voluminosos tomos de "los padres" como suele llamárseles y no encontraremos ni un rasgo de esas grandes verdades características de nuestro glorioso Cristianismo. Todo, todo, fué vergonzosamente abandonado. Como Israel en Canaán abandonó a Jehová por Baal y Astaroth, así también la iglesia abandonó la pura y preciosa verdad de Dios por fábulas pueriles y errores mortales. Tan rápida defección es del todo asombrosa; pero fué precisamente lo que Pablo había amonestado desde un principio a los ancianos de Éfeso: "Por tanto mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, (sobreveedores) para apacentar la iglesia del Señor, la cual ganó por su sangre. Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces que no perdonarán al ganado. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para llevar discípulos tras sí." (Hechos XX.)

¡Cuán verdaderamente deplorable! Los santos apóstoles de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, fueron casi inmediatamente seguidos de "lobos rapaces" y de hombres "que hablarían cosas perversas." La totalidad de la iglesia sumergida en densas tinieblas. La lámpara de la revelación divina casi escondida a la vista. La corrupción eclesiástica en todas sus formas; la dominación sacerdotal con todos sus terribles acompañamientos. En suma, la historia de la iglesia, la historia del Cristianismo es el más terrible archivo que jamás se haya escrito.

Verdad es, gracias a Dios, que Él no se quedó sin un testigo. Acá y allá, de vez en cuando, exactamente como en el Israel de la antigüedad, levantó a algunos que hablaron por Él. Aun entre las profundas tinieblas de la edad media, apareció una estrella ocasional que brilló sobre el horizonte. Los Waldenses y otros fueron capacitados, por la gracia de Dios, para sostener firmemente Su palabra y para confesar el nombre de Jesús en frente de la misma oscuridad, terrible tiranía y diabólica crueldad de Roma.

Vino luego la época gloriosa, en el siglo diez y seis, en la que Dios levantó un Lutero y sus amados y honrados colaboradores para predicar la gran verdad de la justifi-

cación por la fe, y para dar el volumen de Dios al pueblo en su lengua materna. No está al alcance del humano lenguaje exponer las bendiciones de aquel tiempo memorable. Por millares oyeron las buenas nuevas de salvación; oyeron, creyeron y fueron salvados. Millares que habían gemido por largo tiempo bajo el peso abrumador de la superstición de Roma, saludaron con profunda gratitud el celestial mensaje. Por miles se agruparon con intensa alegría a sacar agua de aquellas fuentes de inspiración que habían estado cegadas durante siglos por la ignorancia e intolerancia papales. La bendita lámpara de la revelación divina, tapada durante tan largo tiempo por la mano del enemigo, pudo derramar sus rayos atravesando la oscuridad, y miles y miles se regocijaron en su luz celestial.

Pero mientras damos gracias a Dios de todo corazón por todos los gloriosos resultados de lo que se llama comúnmente la Reforma, en el siglo décimosexto, incurriríamos en grave error si imagináramos que aquello era algo que se aproximara a la restauración de la iglesia a su condición original. Lejos, muy lejos de esto. Lutero y los que le ayudaron, a juzgar por sus escritos, preciosos muchos de ellos, no llegaron a remontarse a la idea de la iglesia como el cuerpo de Cristo. No comprendieron la unidad del cuerpo; la presencia del Espíritu Santo en la asamblea, así como su habitación en cada creyente en particular. Jamás alcanzaron a saber la gran verdad del ministerio de la iglesia, "su naturaleza, origen, potencia y responsabilidad." Nunca fueron más allá de la idea de la autoridad humana como base del ministerio. Nada dijeron de la esperanza característica de la iglesia, esto es; la venida de Cristo por su pueblo, la brillante Estrella de la mañana. Fallaron también en alcanzar a comprender el designio apropiado de la profecía, y demostraron ser incompetentes de trazar bien la palabra de verdad.

No quisiéramos ser mal entendidos. Amamos la memoria de los reformadores. Sus nombres son familiares para nosotros. Fueron queridos, devotos, sinceros, benditos siervos del Señor. Ojalá tuviéramos otros semejantes a

ellos en estos días de papismo reavivado y de creciente incredulidad. A nadie cedemos en nuestro amor y estimación por Lutero, Melancthon, Farel, Latimer y Knox. Fueron ellos verdaderas luces brillantes en sus tiempos; y miles y millones darán gracias a Dios por toda la eternidad porque aquellos hombres vivieron, predicaron y escribieron. Y no sólo esto, sino que considerados en su vida privada y en su público ministerio, ponen un estigma de vergüenza a muchos de los que han sido favorecidos por el conocimiento de muchas verdades que en vano buscaríamos en los numerosos escritos de los reformadores.

Pero admitiendo esto, como lo admitimos sin reparo, estamos convencidos, sin embargo, de que aquellos honrados y amados siervos de Cristo no llegaron a alcanzar y, por lo tanto, no predicaron ni enseñaron muchas de las verdades características del Cristianismo; al menos no hemos logrado encontrarlas en sus escritos. Predicaron, sí, la preciosa verdad de la justificación por la fe; dieron al pueblo las sagradas escrituras; pisotearon mucho cascote de la superstición Romana.

Todo esto hicieron por la gracia de Dios, y por ello inclinamos nuestras cabezas con profunda gratitud y alabanza al Padre de misericordias. Pero el Protestantismo no es el Cristianismo; ni tampoco las llamadas iglesias Reformadas, ya sean nacionales o disidentes, son la iglesia de Dios. Lejos de ello. Tendemos la mirada hacia atrás en el curso de esos últimos diez y ocho siglos, y, a pesar de algunos avivamientos ocasionales, a pesar de los brillantes focos de luz que de vez en cuando brillaron en el horizonte de la iglesia, focos de luz que aparecían con todo su esplendor en contraste con la densa oscuridad que les rodeaba; a pesar de las muchas visitaciones de gracia que el Espíritu de Dios ha hecho tanto en Europa como en América durante el siglo pasado y el presente, a pesar, decimos, de todas estas cosas por las cuales damos gracias a Dios de todo corazón, hemos de volver con insistencia a la afirmación que ya hemos hecho, de que la iglesia ha naufragado sin esperanza; que la Cristiandad está rápidamente deslizándose por un plano inclinado hacia la negrura

de la oscuridad eterna; que los países altamente favorecidos, en los cuales tan abundantemente se ha predicado la verdad evangélica, en que las Biblias circulan por millones, y los evangelios por billones, quedarán aún cubiertos con densas tinieblas; ¡abandonados a una "operación de error," para que crean a la mentira"!

¿Y después? Y después ¿qué vendrá? *¿Un mundo convertido?* No; una *iglesia juzgada*. Los verdaderos santos de Dios, esparcidos por toda la Cristiandad, todos los verdaderos miembros del cuerpo de Cristo, serán arrebatados en las nubes a recibir al Señor en el aire; los santos muertos serán resucitados, y los vivos serán transformados en un momento y tomados juntos arriba para estar para siempre con el Señor. Entonces el misterio será incorporado en la persona del hombre de pecado, el impío, el Anticristo. El Señor vendrá, y todos sus santos con Él, para ejecutar el juicio sobre la bestia, o imperio Romano revivido, y del falso profeta o Anticristo, el primero en el oeste, el último en el este.

Este será un acto de juicio sumario de guerra, sin proceso judicial de ninguna clase, puesto que tanto la bestia como el falso profeta serán hallados en abierta rebelión y blasfema oposición contra Dios y el Cordero. Luego viene la sesión judicial de las naciones vivas según lo expuesto en Mateo XXV, 31-46.

Así pues, vencido todo mal, Cristo reinará, con justicia y con paz por mil años, tiempo brillante y bendito, el verdadero sábado para Israel y para toda la tierra, período marcado por los siguientes grandes hechos; Satanás atado, y Cristo reinando. ¡Gloriosos hechos! Al solo pensamiento de ellos el corazón se derrama en alabanza y acción de gracias. ¿Qué será su realidad?

Pero Satanás será libertado de su cautividad milenaria, y se le permitirá que haga un nuevo esfuerzo contra Dios y su Cristo. "Y cuando los mil años fueren cumplidos, Satanás será suelto de su prisión, y saldrá para engañar las naciones que están sobre los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de congregarlos para la batalla;

el número de los cuales es como la arena del mar.¹ Y subieron sobre la anchura de la tierra, y circundaron el campo de los santos, y la ciudad amada: y de Dios descendió fuego del cielo y los devoró. Y el diablo que los engañaba, fué lanzado en el lago de fuego y azufre, donde está la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche para siempre jamás. (Apoc. XX, 7-10.)

Este será el postrer esfuerzo de Satanás que terminará en su eterna perdición. Vendrá entonces el juicio de los muertos, "grandes y pequeños," la sesión judicial de todos los que habrán muerto en sus pecados, desde los días de Caín, hasta llegar a los últimos apóstatas de la gloria del milenio. ¡Tremenda escena! Ninguna inteligencia puede concebir, ninguna lengua, ninguna pluma describir su terrible solemnidad!

Finalmente, se despliega ante los ojos de nuestro espíritu el estado eterno, los cielos nuevos y la tierra nueva en los cuales reinará la justicia a través de los áureos siglos de la eternidad.

Tal es el orden de los sucesos, según están expuestos con toda la claridad posible en las páginas de la inspiración. Hemos dado un breve resumen de los mismos, en relación con las verdades que hemos considerado; verdades que, somos los primeros en reconocer, no son populares, pero que no por esto dejaríamos de proclamar. Nuestra obligación es declarar todo el consejo de Dios, y no buscar la popularidad. No esperamos que la verdad de Dios será popular en la Cristiandad; todo lo contrario, hemos procurado demostrar que, así como Israel abandonó la verdad que debía haber mantenido, así también la iglesia profesante ha dejado escurrir todas esas grandes verdades que caracterizan al Cristianismo del Nuevo Testamento. Y podemos asegurar al lector que nuestro único objeto al insistir en esta serie de argumentos, es para despertar los corazones de todos los verdaderos Cristianos al reconocimiento del valor de esas verdades y de la obligación en que están no tan sólo de aceptarlas, sino también de pro-

¹ El lector debe distinguir entre el Gog y Magog del Apocalipsis, y los de Ezequiel XXXVIII y XXXIX. El primero es postmilenario, y el segundo es premilenario.

curar una realización más plena y una confesión más intrépida de las mismas. Anhelamos ver que se levante un grupo de hombres en esas horas finales de la historia terrestre de la iglesia que se adelanten con verdadero poder espiritual y proclamen con unción y energía esas grandes verdades del evangelio de Dios olvidadas por tan largo tiempo. Quiera Dios, en su gran misericordia para con su pueblo, levantar y enviar a esos hombres. Quiera el Señor Jesús llamar a la puerta más y más, de tal manera que muchos más oigan sus llamadas y le admitan, según el deseo de su amante corazón, y gusten la felicidad de una profunda comunión personal con Él, mientras aguardamos su venida.

Bendito sea Dios, no hay límite alguno a la bendición de toda alma que oye el llamamiento de Cristo y le abre la puerta; y lo que es verdadero para un alma, es verdadero asimismo para cientos y para miles. Seamos verdaderos, sencillos y fieles, sintiendo y reconociendo nuestra completa debilidad y nulidad, dejando toda presunción y vanas pretensiones; no procurando ser algo, o establecer algo nuestro, sino guardando la palabra de Cristo y no negando su Nombre; encontrando nuestra felicidad a sus pies, nuestra más satisfactoria porción en Él mismo, y nuestro verdadero deleite en servirle a Él humildemente. Entonces avanzaremos juntos de una manera armoniosa, amorosa y dichosa, encontrando en Él nuestro centro común y nuestro común objeto será adelantar su causa y promover su gloria. ¡Oh, si tal sucediera entre el amado pueblo del Señor en nuestros días; otros relatos mejores podríamos hacer, y otro mejor aspecto ofreceríamos al mundo que nos rodea! ¡Quiera el Señor avivar su obra!

Tal vez crea el lector que nos hemos separado largo trecho del capítulo sexto del Deuteronomio; pero debemos recordarle, de una vez por todas, que no sólo debe llamar nuestra atención lo que cada capítulo *contiene*, sino también lo que nos *sugiere*. Y además debemos añadir que al sentarnos a escribir a intervalos, nuestro único deseo es que el Espíritu de Dios nos guíe a exponer las verdades que sean más adecuadas a las necesidades de todos nuestros

lectores. Con sólo que el rebaño de Cristo sea alimentado, instruido y confortado, poco nos importa que lo sea mediante escritos bien relacionados o por notas sueltas y fragmentarias.

Volvamos ya a nuestro capítulo.

Habiendo declarado Moisés la gran verdad fundamental contenida en el versículo cuarto: "Oye, Israel; Jehová vuestro Dios, Jehová uno es," continúa urgiendo a la congregación su sagrado deber con respecto a Aquel bendito Jehová. No era solamente un Dios sino que era el Dios de ellos. Se había dignado entrar en relaciones con ellos mediante un pacto. Él les había redimido, les había traído como sobre alas de águilas, y les había traído a Sí, a fin de que le fueran por pueblo y que Él fuera el Dios de ellos.

¡Hecho bendito! ¡Bendita relación de dependencia! Pero había que recordar a Israel la conducta apropiada a una relación de tal naturaleza, conducta que sólo podía emanar de un corazón amante. "Y amarás a Jehová *tu* Dios de *toda* tu *corazón*, y de *toda* tu alma y con *todo* tu poder." En esto descansa el secreto de toda verdadera religión práctica. Sin esto, todo lo demás es de ningún valor para Dios. "Hijo mío, dame tu corazón." Cuando se da el corazón todo lo demás andará bien. El corazón puede ser comparado al regulador de un reloj, que obra sobre el muelle, éste, sobre la rueda maestra y ésta, sobre las manecillas moviéndolas sobre el cuadrante o esfera. Si un reloj va mal, no bastará alterar las manecillas, se debe ajustar el regulador. ¡El Señor busca una obra real en el corazón, bendito sea su Nombre! Las palabras que nos dirige son: "Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y en verdad."

¡Cuánto hemos de bendecirle por estas conmovedoras palabras! Con ellas revela su corazón lleno de amor por nosotros. Ciertamente, Él nos ama en verdad, y no puede estar satisfecho con otra cosa, ya sea en nuestra conducta con Él o en nuestra conducta para con los demás. Todo debe proceder directamente del corazón.

"Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán *sobre*

tu corazón," esto es, en la misma fuente de todas las manifestaciones de la vida. ¡Esto es especialmente precioso! Todo lo que hay en el corazón asoma a los labios y aparece en la vida. Cuán importante será, pues, tener el corazón lleno de la palabra de Dios, tan lleno que no quede espacio para las vanidades y locuras de este presente siglo malo. Así que, nuestra conversación debe ser siempre con gracia, sazónada con sal. "De la abundancia del corazón habla la boca." De aquí que podamos juzgar de lo que hay en el corazón por lo que habla la boca. La lengua es el órgano transmisor del corazón, el órgano del hombre. "El hombre bueno del buen tesoro del corazón saca buenas cosas: y el hombre malo del mal tesoro saca malas cosas." Cuando el corazón está realmente gobernado por la palabra de Dios, todo el carácter revela el bendito resultado. Así ha de ser forzosamente ya que el corazón es el muelle de nuestra condición moral entera: está en el centro de todas aquellas influencias morales que gobiernan nuestra historia individual y forman nuestra vida práctica.

En todas partes del divino libro vemos la gran importancia que Dios da a la actitud y estado del corazón con respecto a Él o a su palabra que es una misma e idéntica cosa. Cuando el corazón es recto para con Él, es seguro que todo saldrá bien; mas, por otra parte, veremos que si el corazón va enfriándose y va descuidando de Dios y de su palabra, aparecerá tarde que temprano una abierta desviación del sendero de la verdad y de la justicia. Hay, pues, una gran fuerza en las palabras de exhortación dirigidas por Bernabé a los convertidos en Antioquía y son de gran valor: "y exhortó a todos a que permaneciesen en el *propósito del corazón en el Señor*."

¡Cuán necesario es esto! Lo fué entonces, lo es ahora, lo será siempre. Ese *propósito de corazón* es muy precioso para Dios. Es lo que podríamos aventurarnos a llamar el gran regulador moral. Comunica un hermoso fervor al carácter cristiano, grandemente deseable por todos nosotros. Es un antídoto divino contra la frialdad, el amortiguamiento y el formalismo tan aborrecibles a los ojos

de Dios. La conducta exterior podrá ser muy correcta, y el credo será tal vez muy ortodoxo, pero si falta el fervor del propósito del corazón, la constante afección de todo el ser moral para Dios y su Cristo, todo es completamente sin valor.

Es por el corazón que el Espíritu Santo nos instruye. De aquí que el apóstol oraba por los santos en Efeso para que fuesen "alumbrados los ojos de sus entendimientos" Y más abajo: "Que habite Cristo por la fe en vuestros corazones."

Así vemos que toda la escritura guarda perfecta armonía con la exhortación de nuestro capítulo. "Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón." ¡Cuán cerca les hubiese mantenido esto a su Dios del pacto! ¡Cuán seguros hubiesen estado, además, de todo mal, y especialmente del mal abominable de la idolatría, su pecado nacional! Si las preciosas palabras de Jehová hubiesen tenido su debido lugar en sus corazones, no habrían temido a Baal, a Chemos ni a Astaroth. En una palabra, todos los ídolos paganos habrían ocupado su debido lugar y ellos habrían sido estimados en su verdadero valor, con sólo que la palabra de Dios hubiese morado en el corazón de Israel.

Y nótese bien cuán bellamente característico es todo esto del libro Deuteronomio. No se trata ya de la observancia de ciertas reglas religiosas, o del ofrecimiento de sacrificios, o de prestar obediencia a ciertos ritos o ceremonias. Todas estas cosas ocupaban, sin duda, su lugar debido, pero no son en modo alguno la preeminente o suprema tesis de Deuteronomio. No: aquí el tema supremo es *LA PALABRA*. Es la *palabra de Jehová* en el *corazón de Israel*.

El lector debe comprender bien este hecho, si desea poseer la clave del hermoso libro de Deuteronomio. No es un libro ceremonial; es un libro de obediencia moral y afectuosa. En casi todas sus secciones enseña esa lección de inapreciable valor, la siguiente lección: que el corazón que ama, ensalza y honra la palabra de Dios, está dispuesto a cualquier acto de obediencia, ya sea a ofrecer

un sacrificio o a la observancia de un día determinado. Pudiera darse el caso que un Israelita se encontrara en un sitio y en circunstancias en las cuales le fuera imposible una rígida observancia de los ritos y de las ceremonias; pero jamás pudo encontrarse en sitios y circunstancias en las que no pudiera amar, reverenciar y obedecer la palabra de Dios. Dondequiera que hubiera ido, aunque fuese llevado como un cautivo desterrado a los fines de la tierra, nada podía privarle del privilegio de hablar y obrar según las benditas palabras: "Dentro de mi corazón he escondido tu palabra, para no pecar contra ti."

¡Palabras preciosas! Ellas contienen el gran principio del libro Deuteronomio, y podemos añadir, el gran principio de la vida divina, en todo tiempo y en todo lugar. No puede perder jamás su valía y su fuerza moral. Se mantiene siempre. Fué verdad en los días de los patriarcas, fué verdad cuando Israel estuvo en la tierra, fué verdad en la dispersión de Israel por todo el mundo, verdad para la iglesia en su conjunto, verdad para cada individuo en particular entre las ruinas irreparables de la iglesia. En una palabra, la obediencia es siempre el santo deber y privilegio de la criatura, obediencia sencilla, firme y absoluta a la palabra del Señor. Esta es una indecible merced por la cual debemos alabar día y noche a nuestro Dios. Él nos ha dado su palabra, bendito sea su Nombre, y nos exhorta a que esa palabra habite abundantemente en nosotros, que more en nuestros corazones y que ejerza su santo imperio sobre nuestra conducta y carácter.

"Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón. Y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y has de atarlas por señal en tu mano, y estarán por frontales entre tus ojos y las escribirás en los postes de tu casa y en tus portadas."

Todo esto es perfectamente bello. La palabra de Dios escondida en el corazón, rebosando en amorosa instrucción a los hijos, y en santa conversación en el seno de la familia; brillando en todas las actividades de la vida diaria, de tal modo que todo el que entrare de puertas adentro

pudiera ver que la palabra de Dios era la norma para cada uno, para todos y en todas las cosas.

Así debería haber sido con el Israel de la antigüedad, y ciertamente así debiera ser con los Cristianos de hoy día. Pero ¿sucede así? ¿Enseñamos así a nuestros hijos? ¿Es nuestro constante propósito presentar a sus corazones la palabra de Dios con todos sus celestiales atractivos? ¿La ven ellos brillar en nosotros en nuestra vida diaria? ¿Notan la influencia que ejerce sobre nuestros hábitos, nuestro temperamento, nuestras relaciones familiares o en las transacciones de nuestros negocios? Esto es lo que entendemos nosotros que significa atar esa palabra en las manos, tenerla por frontales entre los ojos, y tenerla escrita en los postes y puertas de la casa.

Lector, ¿lo hacemos así? De poco sirve que intentemos enseñar a nuestros hijos la palabra de Dios, si nuestras vidas no están dirigidas por esa palabra. Tampoco estamos de acuerdo en hacer de la bendita palabra de Dios un simple libro textual para nuestros hijos; hacer tal cosa es convertir un deleitoso privilegio en una cansada tarea. Nuestros hijos han de ver que vivimos en la verdadera atmósfera de la escritura sagrada; que ella forma el tema de nuestras conversaciones, cuando estamos en el seno de nuestra familia, en nuestros momentos de recreo.

¡Ah, cuán poco frecuente es esto! ¿No hemos de estar profundamente humillados en la presencia de Dios, cuando pensamos en el carácter general y tono de nuestra conversación en la mesa y en el círculo de la familia? ¿Cuán poco llevamos a la práctica lo expuesto en Deuteronomio VI, 7! ¿Y cuánto en cambio de "necesidades y truhanerías que no convienen"! ¿Cuán de hablar mal de nuestros hermanos, de nuestros vecinos, de nuestros colaboradores! ¿Cuánta charla inútil! ¿Cuán palique sin valor!

Y ¿de qué procede todo esto? Sencillamente del estado del corazón. La palabra de Dios, los mandamientos y dichos de nuestro Señor y Salvador Jesucristo no habitan en nuestros corazones; y de aquí que no fluyan en vivas corrientes de gracia y de edificación.

¿Dirá alguno que los cristianos no necesitan considerar

a tales cosas? Si así fuese meditemos sobre las sanas palabras siguientes: "Ninguna palabra torpe salga de nuestra boca, sino la que sea buena para edificación, para que dé gracia a los oyentes." Y después: "Sed llenos del Espíritu; hablando entre vosotros con salmos y con himnos, y canciones espirituales cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando gracias siempre de todo al Dios y Padre en el nombre de nuestro Señor Jesucristo." (Ef. IV, 29; V, 18-20).

Estas palabras fueron dirigidas a los santos de Efeso; y ciertamente debiéramos aplicar con diligencia nuestro corazón a las mismas. Nos damos poca cuenta quizá, de cuán profundamente y con cuánta frecuencia faltamos en mantener la costumbre de una conversación espiritual. Esa falta se pone más de manifiesto en el seno de la familia y especialmente en nuestro trato ordinario. De aquí la necesidad de recordar esas palabras de exhortación que acabamos de citar. Es evidente que el Espíritu Santo previó la necesidad antedicha, y por gracia se anticipó a ella. He aquí lo que dice "a los santos y hermanos fieles que están en Colosas": "Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la cual asimismo sois llamados en un cuerpo; y sed agradecidos. La palabra de Cristo habite en vosotros en abundancia en toda sabiduría, enseñándoos y exhortándoos los unos a los otros con salmos e himnos y canciones espirituales, con gracia cantando en vuestros corazones al Señor." (Col. III.)

¡Hermosa descripción de la vida ordinaria cristiana! No es sino un mayor y más completo desarrollo de lo que se nos dice en nuestro capítulo, donde se ve al Israelita entre su familia, con la palabra de Dios fluyendo de su corazón en amante instrucción para su hijos; se le ve en su vida diaria y en todos sus quehaceres tanto dentro como fuera de su casa, bajo la santificadora influencia de la palabra de Jehová.

Amado lector cristiano: ¿no anhelamos ver a nuestro alrededor más de todo esto llevado a la práctica? ¿No es en ocasiones muy triste y humillante observar el estilo de conversación que se emplea en el círculo de nuestras fami-

lias? ¿No nos sonrojaríamos a veces si pudiéramos ver nuestras conversaciones reproducidas por la prensa? Y ¿cuál es el remedio para eso? Helo aquí: Un corazón lleno de la paz de Cristo, la palabra de Cristo, de Cristo mismo. Nada más podrá lograrlo. Hemos de empezar por el corazón, y cuando éste se encuentra completamente ocupado de antemano con las cosas celestiales poco nos costará dominar todo intento de denigrar, de necia conversación, y de bufonería.

"Y será, cuando Jehová tu Dios te hubiere introducido en la tierra que juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob, que te daría: en ciudades grandes y buenas que tú no edificaste, y casas llenas de todo bien, que tú no henchiste, y cisternas cavadas, que tú no cavaste, viñas y olivares que no plantaste; luego que comieres, y te hartares; guárdate que no te olvides de Jehová, que te sacó de tierra de Egipto, de casa de siervos." (Vers. 10 - 12.)

En medio de todas las bendiciones, las mercedes y los privilegios de la tierra de Canaán, debían recordar a aquel Único, fiel y lleno de gracia quien les había redimido de la tierra de esclavitud. Debían recordar, asimismo que todas aquellas cosas de las que habían entrado en posesión eran dones gratuitos de Él. La tierra, con todo lo que contenía, les era concedida en virtud de la promesa que Jehová hizo a Abraham, Isaac y Jacob. Ciudades edificadas, casas proveídas, cisternas, fructíferos viñedos y olivares, todo al alcance de sus manos, todo como don gratuito de la gracia soberana y del pacto de misericordia. Todo lo que tenían que hacer era tan sólo tomar posesión de ello, con sencilla fe; y guardar siempre en la memoria al munificente Dador de todo ello. Debían pensar en Él, y encontrar en el amor con que les redimió el verdadero motivo de una vida de obediencia afectuosa. Doquiera volvieran sus miradas podían observar las señales de su gran bondad, el rico fruto de su amor maravilloso. Toda ciudad, toda casa, toda cisterna, toda vid, todo olivo, toda higuera hablaba a sus corazones de la abundante gracia de Jehová, y proporcionaba una prueba material de su infalible fidelidad a su promesa.

"A Jehová tu Dios temerás, y a Él servirás y por su

nombre jurarás. No andaréis en pos de dioses ajenos, de los dioses de los pueblos que están en vuestros contornos. Porque el Dios celoso, Jehová tu Dios, en medio de ti está; porque no se inflame el furor de Jehová tu Dios contra ti, y te destruya de sobre el haz de la tierra."

Hay dos grandes motivos expuestos a la congregación en este capítulo, a saber: el "amor," en el verso 5, y el "temor," en el verso 13. Estos motivos se encuentran en todo el transcurso de la escritura, y su importancia como guías de la vida y moldeadores del carácter no podrán jamás ser debidamente apreciados. "El principio de la sabiduría es el temor de Jehová." Se nos exhorta a "temer a Jehová todo el día." Es una gran salvaguardia moral contra todo lo malo. "Y dijo al hombre: He aquí que el temor del Señor es la sabiduría, y el apartarse del mal la inteligencia."

El bendito Libro abunda en pasajes exponiendo en todas las formas posibles la inmensa importancia del temor de Dios. "¿Cómo, pues, haría este grande mal," dice José, "y pecaría contra Dios"? El hombre que anda habitualmente en el temor de Dios, está preservado de toda forma de depravación moral. La realización constante de la presencia divina ha de ser un abrigo efectivo contra toda tentación. Cuán a menudo vemos que la presencia de una persona muy santa y espiritual es un freno eficaz contra la ligereza y la insensatez; si tal es la influencia moral de un simple mortal, ¡cuánta más poderosa no habrá de ser la presencia de Dios realizada!

Lector Cristiano: prestemos la más seria atención a tan importante asunto. Procuremos vivir con la conciencia de que estamos en la inmediata presencia de Dios. De este modo seremos preservados de mil formas del mal, a las cuales estamos expuestos diariamente, y a las que estamos desgraciadamente tan inclinados. El recuerdo de que la mirada de Dios está fija sobre nosotros ejercerá una más poderosa influencia sobre nuestra vida y conducta que la presencia de todos los santos en la tierra y de todos los ángeles del cielo. No podríamos hablar falsamente; no podríamos decir con los labios lo que no sintiéramos en el

corazón; no podríamos hablar neciamente, no podríamos decir mal de nuestro hermano o de nuestro prójimo; no podríamos hablar de otro sin el debido miramiento, con sólo que nos sintiéramos en la presencia de Dios. En una palabra, el santo temor de Dios, de que tanto habla la escritura, obraría como muy bendito freno contra los malos pensamientos, las malas palabras, las malas acciones, contra el mal, en fin, en todas sus formas.

Además, tendería a hacernos más veraces e ingenuos en nuestros dichos y hechos. Hay demasiado fingimiento y necesidad a nuestro alrededor. Frecuentemente decimos mucho más de lo que sentimos. No somos honrados. No hablamos, cada cual, la verdad con nuestro prójimo. Damos expresión a sentimientos que no son la verdadera expresión del corazón. Nos portamos como hipócritas los unos con los otros.

Todo esto da una triste prueba de cuán poco "vivimos, nos movemos y somos," (Actos 17: 28) en presencia del Señor. Con sólo que recordáramos que Dios nos oye y nos ve, oye toda palabra y ve todo pensamiento nuestro, ¡cuán diferente sería nuestra conducta! ¡Qué santa vigilancia ejerceríamos sobre nuestros pensamientos, nuestro temperamento y sobre nuestras lenguas! ¡Qué pureza de corazón y de mente! ¡Qué verdad y probidad en todas las relaciones con nuestros semejantes! ¡Qué veracidad y sencillez en nuestra conducta! ¡Qué dichosa liberación de toda afectación, de toda presunción, de toda pretensión! ¡Qué libres de toda forma de preocupación personal! ¡Oh, que vivamos constantemente con el profundo sentimiento de la presencia divina! ¡Andar en el temor del Señor durante el transcurso de todo el día!

¡Y en fin gustar la "vasta influencia constrictiva" de su amor! ¡Ser guiados a todas las santas actividades que ese amor pueda sugerirnos siempre! ¡Hallar nuestro deleite en hacer bien! ¡Gustar el placer espiritual de dar alegría a otros corazones! ¡Estar en continua meditación de planes benéficos! ¡Vivir junto a la fuente del amor divino, de tal modo que podamos ser corrientes refrescantes en medio de una escena sedienta, rayos de luz en medio

de la obscuridad moral que nos rodea. "El amor de Cristo," dice el bendito apóstol, "nos constriñe, pensando esto: Que si uno murió por todos, luego todos son muertos; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, mas para Aquél que murió y resucitó por ellos."

¡Cuán moralmente hermoso es todo esto! ¡Ojalá se llevara a la práctica de un modo más completo y fuera más fielmente manifestado entre nosotros! ¡Ojalá el temor y el amor de Dios estuvieran de continuo en nuestros corazones en todo su bendito poder e influencia formativa para que de ese modo nuestra vida diaria brillara en alabanza suya, y para verdadero provecho, bienestar y bendición de todos los que se pongan a nuestro alcance ya sea en privado o en público! ¡Que Dios, en su infinita misericordia nos lo conceda por causa de Cristo!

El versículo diez y seis de nuestro capítulo reclama una atención especial. "No tentaréis a Jehová vuestro Dios, como lo tentasteis en Massa." Estas palabras fueron citadas por nuestro bendito Señor cuando Satanás le tentó para que se arrojara desde las almenas del templo. "Entonces el diablo le pasa a la santa ciudad, y le pone sobre las almenas del templo, y le dice: Si eres Hijo de Dios, échate abajo: que escrito está: a sus ángeles mandará por tí, y te alzarán en las manos para que nunca tropieces con tu pie en piedra."

Es este un pasaje muy notable. Demuestra cómo Satanás puede citar la escritura cuando le conviene. Pero omite una cláusula muy importante: "Para que te guarden en todos tus caminos." Ahora bien; no entraba en los caminos de Cristo arrojarse desde las almenas del templo. No era esa la senda del deber. No tenía ningún mandato de Dios para que hiciera semejante cosa; de ahí que rehusara hacerlo. No tenía necesidad de tentar a Dios, de ponerlo a prueba. Tenía, como hombre, la más perfecta confianza en Dios, la completa seguridad de su protección.

No hay duda de que nuestro Dios es muy misericordioso, lleno de gracia, y su tierna misericordia se ejercita en nosotros, aun cuando nos descarriamos de la senda del deber; pero otra cosa enteramente distinta, y que en nada

afecta a esta afirmación, es el saber que sólo podemos contar con la protección divina cuando nuestros pies van siguiendo la senda del deber. Si un Cristiano se aleja en un bote para recreo suyo, o si se encarama a los Alpes sólo por ver el paisaje, ¿tiene algún derecho a creer que Dios tendrá cuidado de él? Dejamos a la conciencia que dé la respuesta. Si Dios nos llama a cruzar un lago tempestuoso para predicar el evangelio; si Dios nos llama a cruzar los Alpes para algún especial servicio suyo, entonces con toda seguridad podemos encomendarnos a su mano poderosa para que nos proteja contra todo mal. El punto principal para todos nosotros es que se nos halle en la santa senda del deber. Puede ser angosta, áspera y solitaria; pero es una senda sombreada por las alas del Todopoderoso e iluminada por la luz de su rostro aprobante.

Antes de terminar el tema que nos ha sugerido el verso 16, quisiéramos de una manera breve hacer constar el hecho interesante e instructivo, de que nuestro Señor, en su réplica a Satanás para nada toma en cuenta la mal citada cita del Salmo XCI, 11. Observemos este hecho cuidadosamente y procuremos recordarlo. En vez de decir al tentador: "Tú has omitido una importantísima cláusula del pasaje que tú has atrevido a citar,"—Él cita otro pasaje para autorizar su conducta. Así venció al tentador, y de tal modo nos dió un bendito ejemplo.

Es digno de nuestra atención especial que el Señor Jesucristo no venció a Satanás en virtud del poder divino que tenía. Si hubiera obrado así no podría ser un dechado para nosotros. Pero cuando le vemos, como hombre, empleando la palabra como su única arma, y ganando de tal modo una gloriosa victoria, nuestros corazones quedan animados y consolados; y no sólo esto, sino que aprendemos una lección muy preciosa, de cómo debemos en nuestra esfera y medida mantenernos en tal conflicto. El hombre Cristo Jesús venció por la simple dependencia de Dios, y obediencia a su palabra.

¡Bendito hecho! Hecho repleto de confortamiento y de consuelo para nosotros. Satanás nada pudo contra quien obraba solamente por la autorización divina y por el poder

del Espíritu. Jesús nunca hizo su propia voluntad, aunque según sabemos ya, su voluntad, bendito sea su Santo Nombre, era absolutamente perfecta. Descendió del cielo, según Él mismo nos lo dice en Juan VI, no para hacer su voluntad, sino para hacer la voluntad del Padre que le envió. Él fué un perfecto servidor desde el principio al fin. Su regla de conducta fué la palabra de Dios; su poder de acción, el Espíritu Santo, su solo motivo de acción, la voluntad de Dios; de aquí que el príncipe de este mundo no tenía nada en Él. Satanás no pudo, con todas sus sutiles astucias, separarlo de la senda de obediencia, o de su actitud de dependencia.

Lector Cristiano; meditemos estas cosas. Ponderémoslas profundamente. Recordemos que nuestro bendito Señor y Maestro nos dejó un ejemplo para que siguiéramos sus pisadas. ¡Oh; sigámoslas diligentemente durante el corto espacio de tiempo que aún queda! ¡Que podamos por el ministerio de gracia del Espíritu Santo enterarnos del gran hecho que somos llamados a andar como Él anduvo. Él es nuestro gran Modelo en todo. ¡Estudiémosle más profundamente a fin de que podamos reproducirle con más fidelidad!

Terminaremos esta ya larga sección citando el último párrafo del capítulo en que nos hemos ocupado; es un pasaje de singular plenitud, profundidad y poder, y muy característico de todo el libro de Deuteronomio.

"Guardad cuidadosamente los mandamientos de Jehová vuestro Dios, y sus testimonios, y sus estatutos, que te ha mandado. Y harás lo recto y bueno en ojos de Jehová, para que te vaya bien, y entres, y poseas la buena tierra que Jehová juró a tus padres: para que él eche a todos tus enemigos de delante de ti, como Jehová ha dicho. Cuando mañana te preguntare tu hijo diciendo: ¿Qué significan los testimonios, y estatutos, y derechos, que Jehová nuestro Dios os mandó? Entonces dirás a tu hijo: Nosotros éramos siervos de Faraón en Egipto, y Jehová nos sacó de Egipto con mano fuerte: y dió Jehová señales y milagros grandes y nocivos en Egipto sobre Faraón, y sobre toda su casa, delante de nuestros ojos, y sacónos de allá,

para traernos y darnos la tierra que juró a nuestros padres. Y mandónos Jehová que ejecutásemos todos estos estatutos, y que temamos a Jehová nuestro Dios, para que nos vaya bien todos los días, y para que nos dé vida, como hoy. Y tendremos justicia cuando cuidáremos de poner por obra todos estos mandamientos delante de Jehová nuestro Dios, como él nos ha mandado."

¡Cuán prominente resulta en cada página y en cada párrafo de este libro la palabra de Dios! Es el gran tema del corazón del venerable legislador y de todos sus discursos. Su único propósito es exaltar la palabra de Dios en todos sus aspectos, ya sea en la forma de testimonios, mandamientos, estatutos o juicios; y poner de manifiesto la importancia moral; sí, la urgente necesidad de la obediencia de todo corazón, ardorosa, diligente por parte del pueblo. "Guardad *cuidadosamente* los mandamientos de Jehová vuestro Dios." Y luego: "Y harás lo *recto y bueno* en ojos de Jehová."

Todo esto es moralmente hermoso. Aquí tenemos desarrollados ante nuestros ojos esos eternos principios que no pueden menoscabar el cambio de dispensación, ni el cambio de escena, lugar o circunstancias. "Lo que es recto y bueno" ha de ser siempre de aplicación universal y permanente. Nos recuerda las palabras del apóstol Juan a Gaio: "Amado, no sigas lo que es malo, sino lo que es bueno." La asamblea pudiera estar en mala condición, pudiera haber muchas cosas que atribularan el corazón de Gaio y que quebrantaran su espíritu; Diotrefes pudiera portarse de un modo indecoroso e inexcusable para con el venerable apóstol y otros; todo esto pudiera ser verdad, y mucho más; sí, la totalidad del cuerpo profesante pudiera desviarse. ¿Y qué? ¿Qué debía hacer Gaio? Sencillamente seguir lo que es justo y bueno; abrir su corazón, sus brazos y su casa a todo aquel que viniera con *la verdad*; que procurara ayudar a la causa de Cristo por cualquier camino recto.

Tal era el deber de Gaio en su tiempo; y ese es el deber de todo verdadero amante de Cristo en todo tiempo, en todo lugar y en toda circunstancia. Quizá no habrá

muchos que se junten con nosotros, quizá nos encontremos en ocasiones, casi solos, pero debemos seguir lo que es bueno, cueste lo que cueste. Debemos *apartarnos* de la iniquidad, *limpiarnos* de vasos de deshonor, *huir* los deseos juveniles, *volver la espalda* a enseñadores sin poder. ¿Y después? "Seguir la justicia, la fe, el amor, la paz." ¿De qué modo? ¿En el aislamiento? No; puedo hallarme sólo en un lugar determinado durante algún tiempo; pero no puede haber aislamiento, mientras el cuerpo de Cristo esté en la tierra, y esto durará hasta que Él venga a buscarnos. Así que no esperamos ver el día en el cual no podamos hallar unos cuantos que invocan al Señor de todo corazón; quinesquiera que sean, y dondequiera que estén es nuestro deber hallarlos, y una vez hallados, andar con ellos en santa comunión "hasta el fin."

P. D. Debemos dejar para otro tomo los restantes capítulos de Deuteronomio. ¡Quiera el Señor en su gracia, conceder su rica bendición sobre las meditaciones hechas hasta aquí! ¡Quiera Él revestir estas páginas del poder del Espíritu Santo y haga que sean un mensaje directo a los corazones de su pueblo en todo el mundo! ¡Quiera Él también conceder el poder espiritual para desarrollar la verdad contenida en las restantes secciones de este libro tan profundo, y a la par tan comprensivo y tan sugerente!

Rogamos sinceramente al lector Cristiano a que se una a nosotros en oración para alcanzar esto, recordando esas preciosísimas palabras: "Si dos de vosotros se convinieren en la tierra, de toda cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos."

C. H. M.

Служба связи с прессой
и общественностью
Министерства культуры
и народного просвещения
Секция культуры
и искусства

РЕДАКЦИЯ
СОВЕТОВ РАЙОНОВ

Вопросы (вопросы) культуры и искусства (вопросы) культуры и искусства

Вопросы (вопросы) культуры и искусства (вопросы) культуры и искусства

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ



ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ

ВНЕШНЯЯ И ВНЕШНЯЯ